

NEGRA
ALFAGUARA

Pierre Lemaitre

Camille

Narrativa Internacional Traducción de Juan Carlos Durán Romero



Pierre Lemaitre

Camille

Traducción del francés de Juan Carlos Durán Romero

ALFAGUARA

The logo for Alfaguara, featuring a stylized, symmetrical knot or infinity symbol.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Pascaline

A Cathy Bourdieu, por su apoyo

Con cariño

Solo conocemos una centésima parte de lo que nos ocurre.

No sabemos qué mínima parte del cielo paga todo este infierno.

WILLIAM GADDIS, *Los Reconocimientos*

Día 1

10.00 h

Un acontecimiento se considera decisivo cuando desbarata nuestras vidas por completo. Camille Verhoeven había leído esta afirmación unos meses antes, en un artículo sobre «La aceleración de la historia». Ese acontecimiento decisivo, sobrecogedor, inesperado, capaz de provocar un cortocircuito en el sistema nervioso, lo podrán distinguir inmediatamente del resto de accidentes vitales porque transmite una energía y una intensidad particulares. En cuanto ocurra, serán conscientes de que sus consecuencias van a ser de proporciones gigantescas, de que lo que ha pasado es irreversible.

Por ejemplo, tres disparos de una escopeta de repetición sobre la mujer que uno ama.

Eso es lo que le va a suceder a Camille.

Y poco importa que ese día hayan tenido que acudir, como él, al entierro de su mejor amigo y que tengan la sensación de que ya ha sido suficiente para una sola jornada. El destino no es de los que se contentan con ese tipo de banalidades; es perfectamente capaz, por el contrario, de manifestarse en forma de asesino armado con una Mossberg 500 del calibre 12 y cañón recortado.

Queda saber ahora cómo reaccionarían. Esa es la cuestión.

Porque la capacidad de razonar queda aturdida hasta tal punto que la mayoría de las veces se reacciona de forma puramente instintiva. Por ejemplo cuando, antes de los tres disparos, muelen literalmente a palos a la mujer amada y después se ve claramente al asesino empuñar la escopeta tras haberla cargado con un golpe seco.

Sin duda en esos momentos surgen los hombres

extraordinarios, aquellos que saben tomar las mejores decisiones en las peores circunstancias.

Pero si ustedes son tan solo ordinarios se defenderán como puedan. Y con toda probabilidad, frente a un seísmo de tales dimensiones, estarán condenados a lo aproximativo o al error, cuando no reducidos directamente a la impotencia.

Si uno es lo suficientemente mayor como para haber pasado por alguna de estas situaciones, imagina que ya está inmunizado. Es el caso de Camille. Su primera mujer fue asesinada, un cataclismo del que tardó años en recuperarse. Cuando se ha atravesado ese mal trago, uno piensa que no le puede pasar nada peor.

Es una trampa.

Porque bajamos la guardia.

Para el destino, siempre atento, es el mejor momento para cruzarse en nuestro camino.

Y recordarnos la infalible puntualidad del azar.

Anne Forestier entra en la galería Monier poco

después de que abran. El vestíbulo principal está casi vacío, todavía flota un olor un poco mareante a producto de limpieza. Las tiendas van abriendo con parsimonia y sacan sus puestos de libros o de joyas y los expositores.

La galería, construida en el siglo XIX al pie de los Campos Elíseos, alberga *boutiques* de lujo, papelerías, peleterías y tiendas de antigüedades. Está cubierta de cristaleras, de modo que, al levantar la vista, el paseante curioso puede descubrir un montón de detalles *art déco*, cerámicas, molduras y pequeñas vidrieras. Anne podría admirarlas también si tuviese ganas, pero, como ella misma admite, las mañanas no son lo suyo. Y a esas horas, las alturas, los detalles y los techos son lo que menos le importa.

Lo único que necesita por encima de todo es un café. Muy cargado.

Porque hoy, precisamente, Camille ha remoloneado en la cama. Al contrario que ella, es madrugador. Aunque Anne no estaba muy por la labor esta vez. Así que, rechazando amablemente

las proposiciones de Camille —que tiene las manos muy cálidas, es difícil resistirse a ellas—, se ha metido en la ducha olvidando la cafetera que había dejado puesta, ha vuelto a la cocina mientras se secaba el pelo, se ha encontrado el café ya frío, ha recuperado una de sus lentillas a pocos milímetros del desagüe del lavabo...

Y después de todo eso, la hora se le ha echado encima y no ha tenido más remedio que salir. Con el estómago vacío.

A su llegada al pasaje Monier, poco después de las diez, se sienta pues en la terraza del pequeño café que hay a la entrada. Es la primera clienta. La cafetera está calentándose aún, tiene que aguardar a que le sirvan y si consulta su reloj varias veces no es porque tenga prisa. Es por el camarero, para quitárselo de encima. Como no tiene gran cosa que hacer aparte de esperar a que esté lista la máquina, el hombre aprovecha para intentar entablar conversación. Pasa la bayeta a las mesas de alrededor mientras la observa por debajo del brazo y, como quien no quiere la cosa, se va

acercando en círculos concéntricos. Es un tipo alto, delgado, parlanchín, un rubio con el pelo graso de los que se ven a menudo en las zonas turísticas. Cuando termina su última vuelta se planta cerca de ella, con una mano en los riñones, lanza un silbido de admiración mirando al exterior y suelta su reflexión meteorológica diaria, de una mediocridad lamentable.

Este camarero es un imbécil pero no carece de gusto, porque Anne, a sus cuarenta años, sigue siendo una preciosidad. Delicadamente morena, con sus hermosos ojos verde claro y una sonrisa arrebatadora... es una mujer francamente luminosa. Con hoyuelos... Y sus gestos lentos, elásticos, que provocan unas ganas irreprimibles de tocarla porque todo en ella parece redondo y firme: sus senos, sus nalgas, su pequeño vientre, sus muslos. En verdad todo en ella es redondo y firme, el tipo de tentación que vuelve loco.

Cada vez que lo piensa, Camille se pregunta qué hace con él. A sus cincuenta, está casi calvo, pero sobre todo, sobre todo, mide un metro cuarenta y

cinco. Para hacerse una idea, tiene la estatura aproximada de un chico de trece años. Hay que decir también, para evitar elucubraciones, que Anne no es muy alta, pero en cualquier caso mide veintidós centímetros más que él. Le saca casi una cabeza.

Anne responde a las insinuaciones del camarero con una sonrisa encantadora y muy expresiva: vete a tomar por saco (el hombre da señales de haberlo comprendido, no le vayan a reprochar el ser amable), y una vez apurado el café, atraviesa el pasaje Monier en dirección a la rue Georges-Flandrin. Está llegando casi al otro extremo cuando introduce la mano en su bolso, sin duda para coger la cartera, y siente algo húmedo. Sus dedos se ponen perdidos de tinta. Una pluma que ha reventado.

Para Camille, la historia propiamente dicha empieza con esa pluma. O con el hecho de que Anne eligiese ir a esa galería y no a otra, precisamente esa mañana y no otra, etcétera. La suma de coincidencias necesarias para que

sobrevenga una catástrofe es de todo punto desalentadora. Pero Camille y Anne se conocieron también gracias a una suma similar de coincidencias, así que no puede quejarse.

Esa pluma, por tanto, con su corriente cartucho de tinta que gotea. Azul oscuro y muy pequeña. Camille la recuerda. Anne es zurda, su mano adopta una posición muy particular cuando escribe, uno no sabe cómo lo consigue, pero es que además tiene una letra enorme, como si encadenara con rabia una serie de firmas y, curiosamente, elige siempre plumas minúsculas, lo que hace que el espectáculo sea todavía más asombroso.

Cuando saca del bolso su mano cubierta de tinta, el primer impulso de Anne es inquietarse por los daños. Busca una solución y la encuentra, a su derecha, en una jardinera. Apoya el bolso en el borde de madera y comienza a sacarlo todo.

Está bastante molesta, pero el susto es mayor que el estropicio. De hecho, si la conociésemos un poco, veríamos que no hay nada que temer. Anne

no posee nada. Ni en su bolso ni en su vida. Cualquiera podría comprarse lo que lleva encima. No tiene casa ni coche propios, gasta lo que gana, no más pero tampoco menos. No ahorra porque no lo lleva en la sangre: su padre era comerciante. Justo antes de declararse en bancarrota, se fugó con la caja de una cuarentena de asociaciones que lo acababan de elegir tesorero y no se le volvió a ver. Lo que sin duda explica que Anne tenga una relación muy distante con el dinero. Sus últimas preocupaciones financieras se remontan a la época en que educaba sola a su hija, Agathe, mucho tiempo atrás.

Anne tira la pluma a la papelera y se guarda el móvil en el bolsillo de la chaqueta. La cartera está manchada y no tiene arreglo, pero los papeles que hay en el interior siguen intactos. En cuanto al bolso, el forro está húmedo pero la tinta no lo ha atravesado. Anne piensa quizá en comprarse otro esa misma mañana, una galería comercial es el lugar ideal, pero no lo sabremos nunca porque lo que pasará después le impedirá seguir adelante

con cualquier proyecto. Mientras tanto, intenta hacer un apaño tapizando el fondo del bolso con unos pañuelos de papel y, al terminar, lo único que le importa son sus dedos llenos de tinta, ahora los de ambas manos.

Podría volver a la cafetería, aunque encontrarse de nuevo con el camarero es una perspectiva bastante desalentadora. Cuando ya se ha hecho a la idea, ve ante ella el cartel de unos aseos públicos, algo no muy frecuente en un lugar de ese tipo. Es un espacio situado justo después de la pastelería Cardon y la joyería Desfossés.

A partir de ese momento las cosas se aceleran.

Anne recorre los treinta metros que la separan de los servicios, empuja la puerta y se encuentra de frente a dos hombres.

Han entrado por la salida de emergencia que da a la rue Damiani y se dirigen hacia el interior de la galería.

Es solo un segundo... Suena ridículo pero resulta evidente: si Anne hubiese entrado cinco segundos después, ya se habrían colocado los

pasamontañas y todo habría sido muy distinto.

Pero esto es lo que ocurre en realidad: Anne entra y todos se quedan de piedra mientras se observan fijamente.

Ella mira a uno de los hombres y luego al otro, atónita por su presencia y su indumentaria, sobre todo los monos negros.

Y sus armas. Escopetas de repetición. Aunque no sepa nada de armas, impresionan.

Uno de los tipos, el más bajo, lanza un gruñido, algo similar a un grito. Anne lo mira, está pasmado. Vuelve después la cabeza hacia el otro. Más alto, con un rostro duro, rectangular. La escena dura apenas unos segundos, pero los tres protagonistas permanecen mudos, estáticos, tan estupefactos la una como los otros. Todos desprevenidos. Los dos hombres se colocan precipitadamente el pasamontañas. El más alto levanta su arma, se gira y, como si sostuviera un hacha y se dispusiese a talar un roble, golpea a Anne en plena cara con la culata de la escopeta.

Con todas sus fuerzas.

Le revienta literalmente la cabeza. Lanza incluso un bramido que le sale del vientre, como los tenistas cuando golpean una bola.

Anne cae hacia atrás, intenta agarrarse a cualquier cosa pero no encuentra nada. El golpe ha sido tan repentino y violento que tiene la sensación de que su cabeza se ha separado del resto del cuerpo. Sale proyectada un metro hacia atrás y la parte posterior de su cráneo golpea la puerta. Con los brazos abiertos, se derrumba en el suelo.

La culata de madera le ha abierto casi la mitad del rostro, desde la mandíbula hasta la sien, le ha aplastado el pómulo izquierdo, que se ha partido como una fruta, y se ha llevado por delante unos diez centímetros de mejilla. La sangre empieza a brotar. Desde fuera, el ruido ha sido parecido al de un guante de boxeo contra el saco de entrenamiento. Anne, sin embargo, lo ha sentido desde dentro como un martillazo, pero de un martillo de veinte centímetros de largo, asido e impulsado con las dos manos.

El otro tipo empieza a gritar, furioso. Anne lo

oye como en la lejanía, porque a su mente le cuesta mucho fijar la atención.

Como si nada, el más alto avanza hacia ella, apunta con el cañón de su arma a su cabeza, la carga con un golpe seco y se dispone a disparar cuando su cómplice grita de nuevo. Esta vez mucho más fuerte. Quizá hasta le agarre por la manga. Anne, aturdida, no consigue abrir los ojos, solo sus manos se agitan, se abren y cierran en el vacío, en un movimiento espasmódico y reflejo.

El hombre que sostiene la repetidora se detiene, se da la vuelta, duda: es cierto que un disparo es la mejor forma de atraer a la poli antes de haber empezado, cualquier profesional lo sabe. Por un momento vacila sobre los pasos a seguir y, una vez tomada la decisión, se vuelve de nuevo hacia Anne y le lanza una larga serie de patadas. Ella trata de esquivarlas, pero incluso si hubiese tenido fuerzas se lo habría impedido la puerta contra la que está arrinconada. No hay salida. Por un lado la puerta, por el otro el hombre, en equilibrio sobre su pie izquierdo, que la golpea violentamente con la

punta del zapato. Entre una sacudida y la siguiente, Anne recupera fugazmente la respiración, el tipo se detiene un instante y, como no consigue lo que se propone, decide pasar a un método más radical: da la vuelta a la escopeta, la levanta por encima de la cabeza y empieza a machacarla a culatazos. Con todas sus fuerzas, con saña.

Se diría que intenta clavar una estaca en un suelo helado.

Anne se contorsiona para protegerse, se gira, resbala en su propia sangre, abundante, y cruza las dos manos sobre la nuca. El primer golpe llega a la altura del occipucio. El segundo, más ajustado, le aplasta los dedos.

El cambio de método tampoco logra que se pongan de acuerdo, porque el otro hombre, el más bajo, agarra a su cómplice y le impide que siga golpeándola sujetándole el brazo y gritándole. Eso hace que el tipo abandone su idea y recurra de nuevo a la fórmula artesanal. Vuelve a patear el cuerpo de Anne, con golpes bien encajados, llevados a cabo con una fuerte bota de cuero de

estilo militar. Apuntando a la cabeza. Agazapada, Anne continúa protegiéndose con los brazos. Los golpes llueven sobre el cráneo, la nuca, los antebrazos, la espalda. Pierde la cuenta de las patadas, los médicos dirán que al menos ocho, el forense más bien nueve, váyase a saber, caen por todas partes.

Es en ese momento cuando Anne pierde el conocimiento.

Para los dos hombres el asunto parece resuelto. Pero el cuerpo de Anne bloquea la puerta que conduce a la galería comercial. Sin ponerse de acuerdo, se inclinan, el más bajo agarra a Anne de un brazo y tira hacia él. La cabeza de la mujer golpea y se balancea por el suelo. Cuando la puerta puede abrirse por fin, le suelta el brazo, que cae pesadamente pero en una posición casi celestial, como las manos de algunos retratos de la Virgen, sensuales y lánguidas. Si hubiese sido testigo de esa parte de la escena, Camille habría captado enseguida el extraño parecido del brazo de Anne, ese abandono, con el de *La víctima*,

también llamado *La asfixiada*, de Fernand Pelez, lo que habría sido muy perjudicial para su ánimo.

Ahí podría terminar la historia. El relato de una circunstancia desafortunada. Pero el más alto de los dos no lo considera así. Está claro que es el que manda y comprende de inmediato cómo están las cosas.

¿Qué va a pasar ahora con esa chica?

¿Se despertará y empezará a gritar?

¿O irrumpirá en la galería Monier?

Peor aún: ¿puede huir, sin que se den cuenta, por la salida de emergencia y buscar ayuda?

¿Se esconderá en uno de los retretes, cogerá el móvil y llamará a la policía?

Adelanta, pues, el pie para mantener la puerta abierta, se inclina sobre ella, la agarra del tobillo derecho y sale del baño arrastrándola por el suelo una treintena de metros, como un niño que tira de un juguete, con la misma facilidad, con la misma indiferencia de lo que pasa a su espalda.

El cuerpo de Anne tropieza aquí y allá, el hombro choca contra la esquina de los aseos, la

cadera contra la pared del pasillo, la cabeza se balancea al ritmo de las sacudidas, se topa con un zócalo, con la esquina de un macetero de los que bordean la galería. Anne no es más que un trapo, un fardo, un maniquí amorfo, sin vida, que se vacía de sangre y deja tras de sí un largo rastro rojo que se coagula al cabo de unos minutos. La sangre se seca pronto.

Está como muerta. Cuando el hombre la suelta, abandona en el suelo un cuerpo desarticulado al que ni siquiera mira, ya no es asunto suyo. Acaba de cargar la escopeta con un gesto firme, definitivo, que da cuenta de su determinación. Los dos hombres irrumpen en la joyería Desfossés gritando órdenes. El establecimiento acaba de abrir. Si hubiese habido un observador, no habría podido dejar de sorprenderse ante el desfase entre la brutalidad que demuestran en cuanto entran y la poca gente que se halla en la tienda. Los dos hombres vociferan sus órdenes al personal (solo hay dos mujeres) y comienzan a repartir golpes de inmediato, en el vientre, en la cara. Todo sucede

muy deprisa. Se oye el ruido de vitrinas rotas, gritos, gemidos, jadeos de terror.

Como consecuencia, quizá, de haberse visto arrastrada treinta metros, por los tumbos que ha dado durante el traslado, por la pulsión de seguir viva..., por lo que sea, en ese momento Anne intenta volver a conectarse con la realidad. Su cerebro, como un radar enloquecido, busca desesperadamente encontrar un sentido a lo que pasa, pero es inútil, tiene la conciencia aturdida, literalmente anestesiada por los golpes, por lo repentino de lo que está sucediendo. En cuanto a su cuerpo, está entumecido por el dolor, le resulta imposible mover un solo músculo.

El espectáculo del cuerpo de Anne desplomado en el pasaje y vertiendo un mar de sangre a la entrada de la tienda tendrá un efecto positivo: acelerará definitivamente el golpe.

Dentro no se encuentran más que la dueña y una aprendiz, una jovencita de dieciséis años, delgada como una hoja, que se hace un moño de vieja para ganar un poco de prestancia. En cuanto

ve aparecer a los dos hombres cubiertos y armados, en cuanto comprende que se trata de un atraco, se queda con la boca abierta como un pez, hipnotizada, sacrificada, pasiva como una víctima dispuesta a la inmólación. Sus piernas no la sostienen, debe apoyarse en el mostrador. Antes de que sus rodillas cedan, recibe el cañón de un arma en plena cara y se derrumba lentamente, como un suflé. Pasará el resto del tiempo en esa posición, contando los latidos de su corazón, con los brazos sobre la cabeza como si esperase una lluvia de piedras.

En cuanto a la propietaria de la joyería, se atraganta al ver el cuerpo inerte de Anne siendo arrastrado por el suelo por un pie, con la falda levantada hasta la cintura, y el largo rastro de sangre que va dejando tras ella. Intenta pronunciar una palabra que permanece bloqueada en alguna parte. El más alto de los hombres se coloca en la entrada de la tienda, vigila los laterales; el más bajo se precipita sobre ella, apuntándola con su arma. Se la clava brutalmente en el abdomen, a la

altura del estómago. Ella consigue retener las náuseas. Él no pronuncia palabra alguna, no es necesario, ya ha puesto el piloto automático. La mujer desactiva torpemente el sistema de seguridad, busca las llaves de las vitrinas, pero no las lleva todas encima, debe ir a la trastienda, y al dar el primer paso se da cuenta de que se ha orinado encima. Entrega el manojito de llaves con mano temblorosa. Nunca lo dirá en sus declaraciones, pero en ese momento le susurra al hombre: «No me mate...». Cambiaría el mundo entero por veinte segundos de existencia. Mientras lo dice, sin que se lo pidan, se tumba en el suelo, con las manos sobre la nuca, y se la escucha murmurar febrilmente: está rezando.

En vista de la brutalidad de esos hombres, uno se pregunta si la oración, por muy fervorosa que sea, constituye una solución práctica. Poco importa, mientras reza no pierden el tiempo, abren todas las vitrinas y vacían el contenido en grandes sacos de tela.

El atraco está bien organizado, dura menos de

cuatro minutos. La hora ha sido bien elegida, la entrada por los aseos bien planeada y se han repartido las tareas de forma muy profesional: mientras el primer hombre recoge las joyas de las vitrinas, el segundo, cerca de la puerta, bien plantado, firme y decidido, vigila la tienda por un lado y la galería por el otro.

Una cámara de vídeo situada en el interior del establecimiento mostrará al primer atracador abriendo las vitrinas y los cajones y apropiándose del botín. Una segunda cámara cubre la entrada de la joyería y una pequeña parte de la galería comercial. En esas imágenes se ve a Anne tirada en el pasaje.

En ese instante es cuando la organización del atraco empieza a fallar. A partir del momento en que, en el vídeo, se ve cómo Anne se mueve. Es infinitesimal, algo semejante a un tic. Camille no lo tiene claro al principio, no está seguro de haber visto bien, pero sí, no hay duda, Anne se mueve... Gira la cabeza, la balancea de derecha a izquierda, muy lentamente. Camille conoce ese gesto. En

algunos momentos del día, cuando quiere relajarse, se recoloca las cervicales y los músculos del cuello, habla del «esternocleidomastoideo», Camille ni siquiera sabía que existía. Evidentemente, esta vez el movimiento no tiene ni la amplitud ni la suavidad del gesto de relajación. Anne está tumbada de lado, con la pierna derecha doblada de tal manera que la rodilla toca su pecho, su pierna izquierda está estirada, tiene el tronco girado de través, como si fuera a rotar sobre sí misma, mientras su falda, completamente levantada, deja ver sus bragas blancas. La sangre brota con fuerza de su cara.

No está tumbada, la han tirado allí.

Al principio del atraco, el hombre que permanecía cerca de Anne ha estado echándole rápidos vistazos, pero como no se movía, toda su atención se ha dirigido hacia la vigilancia del lugar. Ya no se ocupa de ella, le da la espalda y ni siquiera advierte que un chorro de sangre ha llegado hasta su talón derecho.

Anne empieza a salir de la pesadilla e intenta encontrarle sentido a lo que sucede a su alrededor. Al levantar la cabeza, la cámara capta su rostro muy brevemente. Es desgarrador.

Cuando lo descubre, Camille se queda tan impactado que se equivoca de botón, corrige dos veces, para, rebobina: ni siquiera la reconoce. No hay nada en común entre la tez luminosa y los ojos alegres de Anne y ese rostro bañado en sangre, abotargado, de mirada vacía, que parece tener el doble de volumen y ha perdido su forma original.

Camille se agarra al borde de la mesa y siente unas ganas repentinas de llorar, porque Anne está frente al objetivo de la cámara, mirando aproximadamente hacia él, como hablándole, pidiéndole socorro. Es lo primero que se le ocurre, un pensamiento desolador. Imagínense a uno de sus allegados, a alguien que cuenta con su protección, imagínenselo sufriendo, a punto de morir. Seguro que les recorre un sudor frío. Pues imaginen, aún más allá, que se dirige a ustedes en el preciso instante en que su terror es intolerable.

Sentirán ganas de morir. Camille está en esa situación, delante de la pantalla, completamente impotente, sin poder hacer otra cosa que mirar esas grabaciones cuando todo ha pasado ya...

Insoportable, absolutamente insoportable.

Visionará esas imágenes decenas de veces.

En cuanto a Anne, se va a comportar como si todo lo que la rodea hubiese dejado de existir. Si el atracador se colocase sobre ella y apuntara de nuevo a su nuca con el cañón de la escopeta, haría lo mismo. Su instinto de supervivencia resulta increíble, aunque visto desde el otro lado de la pantalla se parece más a un suicidio: en esa posición, a menos de dos metros de un hombre armado que ha demostrado, minutos antes, estar dispuesto a pegarle un tiro en la cabeza sin el menor parpadeo, Anne se dispone a hacer lo que nadie más se atrevería a hacer. Va a intentar levantarse. Sin preocuparse de las consecuencias. Va a tratar de huir. Anne es una mujer con carácter, pero de ahí a enfrentarse desarmada a una escopeta de repetición hay un trecho.

Lo que vendrá después es el resultado casi mecánico de la situación, del enfrentamiento entre dos energías opuestas. Una u otra tendrá que vencer. Están atrapadas en un engranaje. La diferencia es, evidentemente, que una cuenta con un calibre 12. Eso ofrece una ventaja indiscutible. Pero Anne es incapaz de medir la relación de fuerzas presentes, de calcular de manera razonable sus posibilidades, actúa como si estuviese sola. Reúne toda la vitalidad que le queda —y en las imágenes puede verse que no es gran cosa—, mueve la pierna, se apoya en sus brazos, le cuesta mucho, sus manos resbalan en el charco de sangre, está a punto de volver a derrumbarse, lo intenta por segunda vez, y la lentitud con la que trata de levantarse hace que la escena tenga algo de alucinante. Se mueve con pesadez, entumecida, casi podría oírse cómo jadea, y dan ganas de compartir su esfuerzo, de tirar de ella y ayudarla a ponerse en pie.

Camille desea más bien suplicarle que no haga nada. Aunque el tipo tardase un minuto en

volverse, Anne, en el estado de embriaguez y de extravío en el que se encuentra, no podría recorrer ni tres metros antes de que la primera descarga de escopeta la partiese prácticamente en dos. Pero Camille está detrás de la pantalla, varias horas después, y lo que pueda pensar ahora no tiene ninguna importancia, es demasiado tarde.

La conducta de Anne no obedece a un pensamiento previo, es la resolución en estado puro y escapa a toda lógica. En el vídeo se ve con claridad diáfana: en su determinación no hay otra cosa que instinto de supervivencia. No parece una mujer amenazada, a quemarropa, por una escopeta, sino una borracha al final de la velada que recoge su bolso —al que permanece aferrada desde el principio, arrastrado tras ella y bañado en su sangre— y, tambaleándose, busca la salida para volver a casa. Se podría jurar que su principal adversario es su aturdida conciencia y no un arma del calibre 12.

Las cosas esenciales no tardan más de un segundo en producirse: Anne no reflexiona, se

levanta con dificultad. Encuentra algo parecido al equilibrio, pero su falda se ha quedado enganchada y deja al descubierto toda la pierna... Sin estar aún por completo en pie, comienza a huir.

A partir de ese momento todo se va a torcer, no será más que una sucesión de incongruencias, azares y torpezas. Se podría pensar que Dios, sobrepasado por los acontecimientos, ya no sabe dónde poner orden, de modo que los actores improvisan y la cosa sale mal, claro.

Primero porque Anne no sabe dónde está, no consigue situarse geográficamente. Ha tomado una dirección completamente equivocada para escapar. Si alargase el brazo tocaría el hombro del tipo, no le haría falta más, él se volvería y...

Vacila durante un instante interminable, ebria, anonadada. Mantiene de milagro su equilibrio inestable. Se limpia el rostro ensangrentado con el reverso de la manga, inclina la cabeza a un lado, como para escuchar algo, quiere dar un paso... Y,

de pronto, a saber por qué, decide echar a correr. Al ver eso en el vídeo, Camille pierde la compostura, siente que se disuelve la poca sangre fría que le queda.

La intención de Anne es buena. Lo que falla es la ejecución, porque sus pies resbalan en el charco de sangre. Solo consigue patinar. En un dibujo animado hasta sería gracioso; en la realidad resulta patético ver cómo chapotea en su propia sangre, cómo intenta permanecer de pie buscando una salida y no logra más que tambalearse peligrosamente. Da la impresión de estar corriendo a cámara lenta en las narices del hombre del que pretende huir. Es aterrador.

El tipo no se percata de inmediato de la situación. A Anne le falta un pelo para caer sobre él, pero de pronto sus pies hallan un poco de terreno seco, recupera una pizca de aplomo, el mínimo indispensable para echar a correr, como propulsada por un resorte.

En la dirección equivocada.

Primero realiza una trayectoria extraña, girando

sobre sí misma, como una muñeca desarticulada. Dibuja un cuarto de vuelta, avanza un paso, se detiene, se vuelve de nuevo como un peatón desorientado buscando su camino y milagrosamente acaba tomando una dirección aproximada hacia la salida. Pasan unos segundos antes de que el atracador vea que su presa está huyendo. En cuanto se da cuenta, se da la vuelta y dispara.

Camille pasa y repasa el vídeo: no hay duda, el tirador está sorprendido. Sostiene el arma a la altura de la cadera. Es el tipo de postura que suele adoptarse con una escopeta de repetición para destrozar casi todo lo que haya en un radio de cuatro o cinco metros. Quizá no ha recuperado todo su aplomo. Quizá, por el contrario, se siente demasiado seguro de sí mismo, ocurre con frecuencia: cojan una persona extremadamente tímida, denle una escopeta del calibre 12 y libertad para usarla, y ya verán cómo se envalentona. O quizá es tan solo la sorpresa, o una mezcla de todo ello. Lo cierto es que el cañón

mira hacia arriba, demasiado arriba. Es un tiro reflejo, sin apuntar.

Anne no ve nada. Conmocionada, avanza por un agujero negro cuando la lluvia de cristal cae sobre ella con ruido de tormenta, porque el disparo ha reventado la lucerna situada justo sobre su cabeza, a pocos metros de la salida, una vidriera semicircular de casi tres metros de base. Conociendo el destino de Anne, resulta cruelmente paradójico: la vidriera representa una escena de montería. Dos apuestos jinetes caracolean a pocos metros de un ciervo de desmesurada cornamenta literalmente asediado por una jauría desbordante de agresividad, relucientes colmillos y fauces codiciosas. Nadie apostaría un céntimo por el ciervo... Es increíble, la galería Monier y su vidriera semicircular sobrevivieron a dos guerras mundiales, llega un atracador armado y torpe y... Hay cosas difíciles de aceptar.

Todo tiembla: escaparates, espejos, suelo..., y todo el mundo se protege instintivamente como puede.

—Metí la cabeza entre los hombros —dirá el anticuario a Camille imitando el gesto.

Es un hombre de treinta y cuatro años (que insiste en esa cifra, no le vayan a confundir con alguien de treinta y cinco). Lleva un peluquín demasiado pequeño y con las puntas levantadas por delante y por detrás. Tiene la nariz grande y su ojo derecho permanece prácticamente cerrado, un poco como el del personaje con casco de la *Infidelitas* de Giotto. Con solo recordar la explosión, revive el impacto que le causó.

—Simplemente pensé que era un atentado terrorista —cree que con eso lo dice todo—. Pero después me dije: no, un atentado aquí..., es ridículo, no es un objetivo y tal.

Es el tipo de testigo que reconstruye la realidad a la velocidad de su memoria. Sin embargo, no es de los que pierden el norte. Antes de salir a la galería para ver qué había ocurrido, echó un vistazo a su tienda para comprobar si se habían producido daños.

—Ni esto —dice, maravillado, chascando la

uña del pulgar con el incisivo.

La galería es bastante más alta que larga, un pasillo de unos quince metros flanqueado por tiendas cubiertas de escaparates. La deflagración resulta colosal para un espacio de ese tipo. Pasada la explosión, las vibraciones se propagan a la velocidad del sonido para después volver sobre sí mismas, rebotando en cada obstáculo que encuentran, dando la impresión de un eco en el que todas las olas llegan en una reverberación continua.

Primero el disparo, y después los miles de fragmentos de vidrio que se derraman como el granizo detienen de golpe a Anne. Levanta los brazos por encima de su cabeza para protegerse, aplasta el mentón contra el pecho, se tambalea, cae, esta vez de lado, y su cuerpo rueda sobre los cristales, pero hace falta algo más que un tiro de escopeta y el estallido de una vidriera para detener a una mujer como ella. No se sabe cómo, vuelve a ponerse en pie.

El tirador ha fallado el primer disparo, y ha

sacado una lección provechosa. Ahora se toma su tiempo. En las imágenes puede verse cómo vuelve a cargar el arma e inclina la cabeza. Si el vídeo fuese lo suficientemente preciso, se vería cómo su índice se contrae sobre el gatillo.

De pronto aparece una mano enguantada de negro. Es el otro hombre, que le golpea en el hombro en el momento en que dispara...

El escaparate de la librería revienta en centenares de trozos. Placas enteras de vidrio, algunas grandes como platos, cortantes como cuchillas de afeitar, caen y estallan en el suelo.

—Yo estaba en la trastienda...

Una mujer de unos cincuenta años, comerciante hasta la médula, baja y ancha, segura de sí misma, con un dineral en maquillaje encima. De las que van dos veces por semana a la esteticista y llevan innumerables pulseras, collares, cadenas, anillos, pendientes (es sorprendente que los atracadores no se la hayan llevado con el botín), con la voz ronca de tanto fumar, quizás también de beber. Camille no tiene tiempo de profundizar en ello. Todo ha

ocurrido pocas horas antes, y se encuentra muy mal, quiere saber, está impaciente.

—Salí corriendo... —dice ella señalando con un gesto amplio la galería.

Hace una pausa dramática, se pirra por cualquier cosa que le dé protagonismo. Dosifica bien los efectos. Pero con Camille eso no va a durar mucho.

—¡Vaya al grano! —murmura con voz grave.

Para ser policía no es muy amable, piensa ella, debe de ser por su estatura, seguro que le provoca deseos de venganza, irritabilidad. Lo que ella vio, poco después del disparo, fue el cuerpo de Anne propulsado contra el escaparate, como si una mano gigante la hubiese empujado por la espalda, para rebotar después contra la luna y desplomarse en el suelo. La imagen es todavía tan poderosa que la librera olvida por un instante sus consecuencias.

—¡Se estampó contra el escaparate! ¡Aun así, nada más tocar el suelo, intentaba levantarse de nuevo! —se muestra realmente asombrada, hasta llena de admiración—. Iba ensangrentada y

parecía muy febril, muy agitada, movía los brazos en todas direcciones, no podía mantenerse en pie, ¿sabe?...

En el vídeo, durante un breve instante, los dos hombres parecen paralizados. El que ha desviado el disparo empujando brutalmente a su cómplice ha tirado los sacos al suelo y, con los brazos caídos, hace frente a su compañero. Bajo el pasamontañas se puede apreciar que aprieta los labios, parece que escupe las palabras.

En cuanto al tirador, ha bajado la escopeta. Sus manos se tensan sobre el arma, parece titubear, pero finalmente se impone la realidad y renuncia. Se vuelve a regañadientes hacia Anne. Sin duda la ve levantarse y caminar tambaleándose hacia la salida del pasaje Monier, pero el tiempo corre y en su mente debe de haber saltado la alarma: todo eso empieza a durar demasiado.

El cómplice recoge los sacos y le lanza uno al tirador. Ese gesto es decisivo. Los dos huyen corriendo y salen de escena. Una fracción de segundo más tarde, el tirador da media vuelta y se

le ve de nuevo a la derecha. Recupera el bolso que Anne ha abandonado en su fuga y se marcha. Ya no volverá atrás. Se sabe que los dos hombres regresaron a los aseos y salieron unos segundos más tarde a la rue Damiani, donde otro cómplice les esperaba dentro de un coche.

Anne no sabe dónde se encuentra. Cae, se vuelve a levantar y consigue, a pesar de todo, sin saber muy bien cómo, llegar a la entrada de la galería y salir a la calle.

—Estaba llena de sangre mientras caminaba...
¡Parecía un zombi!

De origen sudamericano, pelo negro, tez cobriza, unos veinte años. Trabaja en la peluquería, justo en la esquina, y había salido a buscar café.

—La máquina se ha estropeado, hay que ir a buscar café para las clientas.

Lo explica la patrona. Janine Guénot. Sólidamente plantada frente a Verhoeven, parece una *madame*, tiene todos los atributos. Y también el sentido de la responsabilidad, no dejaría a una

de sus chicas charlar con hombres en la acera sin velar por los ingresos. Poco importa la razón del desplazamiento, los cafés, la máquina rota, Camille lo rechaza todo de plano. Bueno, no todo.

Porque en el instante en que Anne irrumpe en la calle, la peluquera lleva una bandeja redonda con cinco cafés y camina deprisa porque las clientas, en ese barrio, son particularmente quisquillosas, tienen mucho dinero, para ellas ser exigentes es como hacer uso de un derecho milenario.

—Un café tibio es un drama —explica la jefa con cara de pena.

Sigamos con la joven peluquera.

Ya sorprendida e intrigada por las dos explosiones que ha escuchado desde la calle, corre por la acera con su bandeja y se encuentra de frente a una loca, cubierta de sangre, que sale de la galería tambaleándose. Un shock. Las dos mujeres se dan de bruces, la bandeja sale volando. Adiós a las tazas, los platillos, los vasos de agua..., la peluquera se tira los cafés encima de su traje azul, el uniforme de trabajo. Los disparos, los cafés, la

pérdida de tiempo, pase, pero un traje tan caro, joder, dice la patrona subiendo el tono de voz como para remarcar el perjuicio. Vale, vale, dice Camille con un gesto, y ella pregunta quién va a pagar la tintorería, debe de haber alguna ley que la proteja. Vale, repite Camille.

—¡Y ni siquiera se detuvo! —subraya la jefa, como si se tratase de un caso de atropello con motocicleta.

Empieza a relatar el asunto como si le hubiese sucedido a ella. Adopta un tono autoritario porque ante todo se trata de «su chica» y porque lo de los cafés en el traje le da derecho a ello. Ese tipo de cosas se le quedan grabadas a la clientela. Camille la agarra del brazo, y ella baja la mirada hacia él, curiosa, como si mirara una mierda sobre la acera.

—Usted... —dice Camille en tono muy bajo—, deje de tocarme los cojones.

La patrona no cree lo que acaba de oír. ¡De ese enano! Qué desfachatez. Pero cuando Verhoeven la mira fijamente a los ojos, impresiona. Frente a semejante tensión, la joven peluquera quiere

demostrar que le importa su empleo.

—Estaba gimiendo... —precisa para cambiar de tema.

Camille se vuelve hacia ella, quiere saber más. ¿Cómo que gemía? Sí, unos gritos débiles, como..., es difícil de explicar..., no sé cómo decirlo. Inténtalo, dice la jefa, que a pesar de todo quiere quedar bien con la policía, nunca se sabe. Toma a su chica por el codo, venga, haz lo que dice el señor, esos gritos..., ¿qué gritos? La chica les mira, pestañea, no está segura de haber comprendido lo que se le pide, y de pronto, en lugar de intentar describir los gritos, empieza a imitarlos, a emitir pequeños quejidos, una especie de gemidos, buscando la tonalidad correcta, iii, iii, o más bien aaa, aaa, algo así, dice, muy concentrada, aaa, aaa, y al encontrar por fin la sonoridad adecuada, sube el volumen, cierra los ojos, los vuelve a abrir por completo, al cabo de unos segundos, aaa, aaa, se podría jurar que va a tener un orgasmo.

Están en la calle, hay bastante gente (se

encuentran en el lugar donde los empleados municipales han pasado la manguera sin mucho esmero sobre la sangre de Anne, que se extiende hasta la alcantarilla, con la gente pisando las manchas todavía visibles, cosa que duele en el alma a Camille...), los peatones descubren a un policía de un metro cuarenta y cinco y, frente a él, a una joven peluquera de piel morena que le mira de forma extraña y lanza gemidos orgásmicos y agudísimos, ante la mirada aprobadora de su *madame*... Dios mío, lo nunca visto por aquí. Los demás comerciantes, a la puerta de sus establecimientos, asisten al espectáculo aterrados. Lo de los disparos no es la publicidad ideal para la clientela, pero es que, ahora, esa calle está bajando francamente de categoría.

Camille va recogiendo las declaraciones y las combina para comprender cómo terminó todo.

Anne sale del pasaje Monier a la rue Georges-Flandrin, a la altura del número 34, completamente desorientada, tuerce a la derecha y sube en dirección al cruce. Unos metros más allá se

tropieza con la peluquera pero no se detiene, prosigue su camino apoyándose, paso a paso, en la carrocería de los coches aparcados, donde se encuentran las huellas de sus palmas ensangrentadas, bien marcadas, en el techo de los vehículos y en las puertas. Para todos los que se topan con ella fuera después de haber escuchado las explosiones en la galería, esa mujer ensangrentada de los pies a la cabeza es una auténtica aparición. Flotando mientras camina, tambaleándose pero incapaz de detenerse, ya no sabe lo que hace ni dónde está. Avanza, gime (aaa, aaa) como si estuviese ebria, pero no deja de avanzar. La gente se aparta a su paso. Sin embargo, alguien se arriesga y le dice: «¿Señora?», pero toda esa sangre impresiona...

—Se lo aseguro, señor, esa joven daba miedo...
No supe qué hacer.

Está descompuesto. Un anciano de rostro tranquilo, con el cuello terriblemente delgado y la mirada un poco velada —cataratas, piensa Camille, su padre tenía la misma mirada al final de

su vida—. Después de cada frase se sumerge en un sueño. Sus ojos se clavan en Camille, una bruma cubre su mirada y, antes de retomar el relato, hace una pausa. Lo siente, abre los brazos, también muy delgados, Camille traga saliva, bombardeado por las emociones.

El anciano la llama: «¡Señora!», pero no se atreve a tocarla, está como sonámbula, la deja pasar, Anne anda un poco más.

Y entonces, gira de nuevo a su derecha.

No busquen una razón, no la encontrarán. Porque a la derecha está la rue Damiani. Y dos o tres segundos después de la aparición de Anne, el coche de los atracadores circula a toda velocidad.

En dirección a ella.

Y al ver a su víctima a pocos metros de él, el tipo que le ha partido la cabeza y ha fallado el tiro en dos ocasiones no puede resistirse a la idea de volver a agarrar la escopeta. De acabar el trabajo. Cuando el coche llega a la altura de Anne, la ventanilla está bajada y el cañón la apunta de nuevo, todo sucede muy rápido, ella ve el arma

pero es incapaz de hacer un movimiento más.

—Miraba el coche... —dice el anciano—, no sabría explicarle..., como si lo esperase.

Es consciente de estar diciendo una barbaridad. Camille lo comprende. Quiere decir que Anne se ve invadida por un inmenso hartazgo. Después de todo lo que ha vivido, se dispone a morir. De hecho, todo el mundo está de acuerdo en ese punto, Anne, el tirador, el anciano, el destino..., todo el mundo. Hasta la joven peluquera:

—Vi cómo el cañón salía por la ventanilla. Y también tuvo que verlo la señora. Lo seguimos todos con la mirada, pero es que ella estaba justo delante, ¿sabe?

Camille contiene la respiración. Así que todo el mundo está de acuerdo. Salvo el conductor del coche. Para Camille —le ha dado muchas vueltas al asunto—, el conductor no sabe exactamente en qué punto se encuentra la masacre. Agazapado en su asiento, ha escuchado las detonaciones, el tiempo previsto para el atraco se ha sobrepasado hace un buen rato. Impaciente, inquieto, debía de

encontrarse golpeando nerviosamente el volante, quizá dudando si darse a la fuga, cuando, por fin, ve salir a sus cómplices, el uno empujando al otro hacia el vehículo... ¿Ha habido muertos?, se pregunta. ¿Cuántos? Por fin, los atracadores suben al coche. Presionado por los acontecimientos, el conductor arranca y, al llegar a la esquina de la calle —habrán recorrido, ¿cuánto?, doscientos metros, y el coche ya tiene que frenar considerablemente para atravesar el cruce—, descubre en la acera a una mujer ensangrentada que se tambalea. Al verla, el tirador sin duda le grita que vaya más despacio, baja precipitadamente la ventanilla, quizá llega a lanzar un alarido de victoria, una ocasión así no debe desperdiciarse, cualquiera diría que es un guiño del destino, como si acabase de encontrarse con su alma gemela. Lo había dado por perdido y mira por dónde. Coge la escopeta, se la echa al hombro y apunta. El conductor, por su parte, se ve en una fracción de segundo cómplice de un asesinato casi a quemarropa, frente a una docena larga de

testigos, sin contar con lo que ha podido pasar en la galería, que desconoce pero de lo que se sabe copartícipe. El golpe se ha torcido, no esperaba que las cosas salieran así...

—El coche se quedó clavado —dice la peluquera—. ¡En seco! Menudo frenazo...

Las huellas de los neumáticos sobre el asfalto permitirán determinar el modelo, un Porsche Cayenne.

En el interior del habitáculo, todos los ocupantes son propulsados hacia delante, incluso el tirador. El disparo revienta las dos puertas y las ventanillas laterales del vehículo aparcado en el que se apoya Anne, a punto de morir. En la calle, los viandantes echan cuerpo a tierra, salvo el anciano, que no tiene tiempo de esbozar el más mínimo gesto. Anne se derrumba, el conductor pisa a fondo el acelerador, el coche da un bote y las ruedas chirrían nuevamente sobre el asfalto. Cuando vuelve a levantarse, la peluquera ve al anciano, que se sujeta a una pared con una mano y se lleva la otra al corazón.

Anne ha quedado tumbada en la acera, con un brazo colgando del bordillo y una pierna bajo el vehículo aparcado. «Resplandecía», dirá el anciano. No puede ser de otra manera, está cubierta de fragmentos del parabrisas que ha estallado.

—Sobre ella, parecía nieve...

10.40 h

Los turcos no están contentos.

Nada contentos.

El gordo, que tiene pinta de bruto, conduce prudentemente, pero atraviesa la place de l'Étoile y baja por la avenue de la Grande-Armée con los puños apretados sobre el volante. Frunce el ceño, quiere parecer convincente. O quizá sea algo cultural manifestar así sus emociones.

El más nervioso es el hermano pequeño. Un tipo agresivo. Moreno hasta decir basta, con un rostro

brutal, en el que se adivina su carácter desconfiado. También hace muchos gestos, blandiendo el dedo índice, amenazando. Resulta bastante cansino. No entiendo nada de lo que dice —yo, el español...—, pero no es difícil adivinarlo: nos llaman para un golpe rápido y suculento y nos encontramos con un tiroteo interminable. Abre los brazos del todo: ¿y si no te hubiese detenido? Una atmósfera bastante pesada se apodera del habitáculo, seguramente pregunta qué habría pasado si la chica hubiese muerto. De repente, no puede evitarlo, se vuelve a dejar llevar por la cólera: esto era un atraco, no una matanza, etcétera.

Cansino de verdad. Por fortuna, soy una persona tranquila. Si me enfadase, el asunto empezaría ya a degenerar.

No tiene importancia, pero resulta pesado. Ese chico se está agotando con tanta recriminación, valdría más que conservase sus fuerzas, porque va a necesitar reflejos.

La cosa no ha ido exactamente como estaba

previsto, pero hemos conseguido el objetivo global, eso es lo que importa. Hay dos sacos repletos a nuestros pies. Un buen pico. Y esto es solo el principio porque, si todo va bien, voy a tirar del hilo de esos sacos y a hacerme con más. El turco también está echando un ojo a los sacos. Está hablando con su hermano, parecen ponerse de acuerdo, el conductor asiente con la cabeza. Se las están arreglando en familia, como si estuviesen solos, deben de estar calculando la compensación que me pueden exigir. *Exigir...*, habrase visto. De vez en cuando el más pequeño se interrumpe para dirigirse a mí, con rabia. Puedo entender dos o tres palabras: «pasta», «reparto». Habría que preguntarse dónde las han aprendido, no llevan más de veinticuatro horas en Francia... Lo mismo los turcos tienen un don para los idiomas, vete a saber. En realidad, poco importa. Por ahora me vale con adoptar un aire avergonzado, encogerme un poco y asentir. Ya estamos en Saint-Ouen, vamos a buen ritmo, sin problemas.

Atravesamos el extrarradio. Hay que ver cómo

se desgañita el otomano, increíble. A fuerza de vociferar, cuando llegamos delante del almacén la atmósfera en el coche se ha vuelto irrespirable, se nota que nos dirigimos hacia la Gran Explicación final. El más pequeño grita una pregunta, la repite varias veces, exige una respuesta y, para demostrar hasta qué punto es agresivo, blande su dedo índice y lo golpea sobre el puño cerrado de la otra mano. El gesto debe de tener un significado claro en Esmirna, pero en Saint-Ouen la cosa es más problemática. De todas formas se entiende bien la intención general, reivindicativa y amenazante, hay que asentir con la cabeza, decir de acuerdo. En el fondo no es mentira, porque pronto llegaremos a un acuerdo.

Mientras tanto el conductor ha bajado del coche, pero por mucho que se esfuerza con la llave del trastero no consigue levantar el cierre. Gira la llave en todos los sentidos, alucina, vuelve al coche, está claro que no lo entiende, cuando la probó funcionaba a la perfección. Suda mientras el motor sigue en marcha. No hay riesgo de llamar la

atención, porque estamos en un largo callejón sin salida en medio de ninguna parte, pero no me gustaría que esto se eternizara.

Para ellos se trata de otro contratiempo, uno más. Y ya es demasiado. Esta vez, el pequeño está al borde de la apoplejía. Nada está saliendo como habían previsto, se siente estafado, traicionado. «Franchute de mierda.» Tengo que poner otra vez cara de compungido, eso de que el cierre no se abra es incomprensible, debería funcionar, lo probamos ayer mismo. Salgo con calma del coche, extrañado e incómodo.

La Mossberg 500 es una escopeta de siete cartuchos. En vez de aullar como hienas, estos incas deberían haber contado las municiones. Se van a enterar de que cuando se es mal cerrajero más vale ser bueno en aritmética, porque una vez de pie, con la puerta del coche abierta, me basta con avanzar hasta el cierre metálico, apartar ligeramente al conductor para ponerme en su lugar —déjame intentarlo...— y, al volverme, estar justo en la posición ideal. Me queda en la escopeta

lo justo para apuntar al conductor y lanzarlo contra el muro de hormigón de un disparo en el pecho. En cuanto al pequeño, es suficiente con girar levemente el cañón para tener el placer de volarle los sesos a través del parabrisas. Un chorro fulgurante. El parabrisas estalla, las ventanillas laterales se cubren de sangre, ya no se ve nada del interior. Hay que acercarse para descubrir el resultado, la cabeza ha estallado en pedazos, no queda nada, solo el cuello, y debajo, el cuerpo contoneándose. Los pollos también hacen eso cuando son decapitados, siguen corriendo. Pasa algo parecido con los turcos.

La Mossberg hace un poco de ruido, pero después, ¡qué tranquilidad!

Ahora no debo perder tiempo. Echar los dos sacos a un lado, sacar la llave correcta para abrir el almacén, arrastrar al gordo dentro del garaje, meter el vehículo con el hermano pequeño hecho pedazos en el interior —debo pasar sobre el cuerpo del otro, pero qué más da, ya no puede guardarme rencor—, cerrar la puerta y listo.

Basta ahora con recoger los sacos, caminar hasta la boca del callejón y subir al coche alquilado. Pero esto no ha terminado. Bien mirado, no ha hecho más que empezar. Es necesario cerrar el círculo. Sacar el móvil y marcar el número del teléfono que activa la bomba. La detonación se siente hasta aquí. Y eso que estoy bastante lejos, pero el coche alquilado tiembla por efecto de la onda expansiva. A más de cuarenta metros. ¡Menuda explosión! Los turcos irán directos al jardín de las delicias. Ya pueden dedicarse a sobar a las vírgenes, ese par de gilipollas. Una columna de humo negro empieza a ascender por encima de los tejados de las naves industriales, en su mayor parte tapiadas, expropiadas por el Ayuntamiento para reconstruir encima. Al fin y al cabo, es echarle un cable a la comunidad, se ve que uno puede ser atracador y tener además conciencia cívica. Los bomberos se pondrán en marcha en treinta segundos. No hay tiempo que perder.

Dejar los sacos con las joyas en la consigna de la estación del Norte. El cliente enviará a alguien

para recogerlo todo. La llave, en un buzón del boulevard Magenta.

Y, por último, hacer balance. Se dice que los asesinos vuelven siempre al lugar del crimen.

Respetemos la tradición.

11.45 h

Dos horas antes de salir hacia el entierro de Armand llaman por teléfono a Camille y le preguntan si conoce a una tal Anne Forestier. Su número, que figura en primer lugar de su lista de contactos, es el último que ha marcado. La llamada le produce un escalofrío: así es como uno se entera de la muerte de alguien.

Pero Anne no está muerta. «Víctima de una agresión, acaban de llevarla al hospital.» Por el tono de voz de la informante, Camille comprende de inmediato que su estado es grave.

De hecho, Anne está *muy* grave. Demasiado

débil incluso para interrogarla. Los policías encargados del caso han dicho que llamarían, que volverían para verla en cuanto fuera posible. Son necesarios varios minutos de negociación con la enfermera de planta, una mujer de unos treinta años con los labios demasiado gruesos y un tic en el ojo derecho, para que Camille pueda acceder a la habitación. Con la condición de no quedarse mucho tiempo.

Abre la puerta y permanece un instante en el umbral. Descubrirla en ese estado lo derrumba.

Al principio solo ve su cabeza completamente vendada. Se diría que ha sido arrollada por un camión. La mitad derecha de su rostro no es más que un enorme hematoma entre negro y azul, tan hinchado que sus ojos han desaparecido debajo, como hundidos en el interior de la cabeza. El lado izquierdo deja ver una larga herida, de unos diez centímetros, de bordes rojos y amarillos, remendada por puntos de sutura. Tiene los labios partidos, tumefactos, y los párpados azules y abotargados. La nariz, fracturada, ha triplicado su

volumen. La encía inferior muestra un par de heridas, Anne mantiene la boca un poco entreabierta, dejando caer un hilo de saliva permanente. Parece una anciana. Encima de las sábanas reposan sus dos brazos vendados hasta los dedos, en cuyos extremos se vislumbran las férulas. En la mano derecha, un apósito más ligero cubre una herida profunda y suturada.

Cuando advierte la presencia de Camille, intenta tenderle la mano mientras su mirada se enturbia de lágrimas. Después parece perder energía, cierra los ojos, los vuelve a abrir. Unos ojos vidriosos, apagados, que han perdido incluso su bonito color verde claro.

Con la cabeza inclinada hacia un lado, se expresa con voz ronca. La lengua, pesada, le duele mucho, se ha mordido con fuerza, apenas se entiende lo que dice, las labiales no suenan.

—Me duele...

Camille se queda sin voz. Anne intenta hablar, él apoya la mano sobre la sábana para calmarla pero ni siquiera se atreve a tocarla. De pronto ella

se muestra nerviosa, agitada, a Camille le gustaría hacer algo pero no sabe qué. ¿Llamar? Anne le mira febrilmente, quiere expresar algo, con urgencia.

— ... gado... erte...

Lo repentino de los acontecimientos la tiene aún estupefacta, como si acabasen de producirse.

Inclinado sobre ella, Camille la escucha con atención, finge entenderla, intenta sonreír. Es como si Anne masticase sin cesar un puré hirviendo. Atrapa sílabas muy deformadas, pero a fuerza de concentrarse, después de unos minutos, empieza a discernir las palabras, a deducir su sentido... Traduce mentalmente. Es increíble lo pronto que podemos adaptarnos. A cualquier cosa. A veces es deprimente.

«Atrapado», comprende, «pegado», «fuerte».

Las cejas de Anne se levantan, sus ojos se abren con pavor, como si el hombre estuviese de nuevo ante ella y se dispusiese a machacarla otra vez a culatazos. Camille tiende la mano, la apoya en su hombro, Anne se sobresalta violentamente y lanza

un grito.

—Camille... —dice.

Gira la cabeza de izquierda a derecha, su voz se vuelve casi inaudible. Los dientes que le faltan hacen que silbe. Porque también tiene tres dientes rotos, incisivos del lado izquierdo, arriba y abajo. Cuando abre la boca, Anne tiene treinta años más, parece una mala versión de Fantine^[1], ha hablado insistentemente con la enfermera, pero nadie quiere darle un espejo.

De hecho, aunque le resulte trabajoso, intenta taparse la boca cuando habla. Con el dorso de la mano. La mayoría de las veces no sirve de nada, la boca es un agujero enorme, de labios blandos y azulados.

—¿Me... an operar...?

Es lo que Camille entiende que ha preguntado. Vuelven las lágrimas, da la impresión de que son independientes de lo que dice, brotan y se desbordan, sin lógica aparente. El rostro de Anne no expresa otra cosa que un mudo estupor.

—No lo saben aún... Cálmate —responde en

voz muy baja—. Todo irá bien.

Pero la mente de Anne ya ha volado más allá. Gira la cabeza al otro lado, como si sintiese vergüenza. De pronto, lo que dice es aún menos inteligible. Camille cree escuchar: «Así no...», no quiere que nadie la vea en ese estado. Consigue darse la vuelta por completo. Camille apoya la mano sobre su hombro pero Anne no reacciona; congelada en una posición de rechazo, su espalda refleja solo sus silenciosos sollozos.

—¿Quieres que me quede? —pregunta él.

No hay respuesta. Permanece allí, sin saber qué hacer. Al cabo de un buen rato, Anne dice no con la cabeza, no, no se sabe bien qué niega, todo, lo que pasa, lo que ha pasado, ese absurdo que se apodera de nuestras vidas sin avisar, la injusticia a la que las víctimas no pueden evitar dar un significado personal. Imposible dialogar con ella. Es demasiado pronto. No están en el mismo punto. Callan.

Ella se duerme. O no se sabe. Se gira lentamente, vuelve a tumbarse boca arriba, con los

ojos cerrados. Y ya no se mueve.

Ya está.

Camille la mira, pone una mano sobre la suya, escucha nervioso su respiración, intenta comparar ese ritmo con el que conoce de sus sueños. Ha dedicado horas a verla dormir. Al principio, por las noches, se levantaba incluso para observarla y dibujar su perfil, parecido al de una nadadora, porque durante el día no conseguía nunca encontrar la magia exacta de su rostro. Hizo de ella centenares de bocetos, pasó un tiempo infinito tratando de plasmar sus labios, su pureza, sus párpados. O esbozando su silueta sorprendida bajo la ducha. En la grandeza de su fracaso comprendía hasta qué punto le resultaba importante: podía reproducir los rasgos de cualquiera, en solo unos minutos, con una exactitud casi fotográfica, pero Anne encerraba algo irreductible, inalcanzable, que escapaba a su mirada, a su experiencia, a su observación. Y la mujer allí tumbada, tumefacta, vendada, como momificada, ha perdido toda la magia, no queda de ella sino su envoltorio, un

cuerpo feo, terriblemente prosaico.

Eso es lo que, al cabo de unos minutos, provoca la cólera de Camille.

A veces se despierta de pronto, lanza un grito, mira a su alrededor y Camille descubre en ella lo que también vio en Armand las semanas que precedieron a su muerte: expresiones desconocidas, completamente nuevas, que revelan el estupor de estar en esa situación, la incomprensión. La injusticia.

Todavía no ha logrado encajar toda esa angustia y la enfermera ya ha entrado a recordarle que su tiempo de visita ha terminado. Se comporta de forma discreta, pero no sale de la habitación hasta que él se marcha. En su placa pone «Florence». Permanece erguida con las manos en la espalda, en una posición que aúna insistencia y respeto y con una sonrisa comprensiva que el colágeno o el ácido hialurónico han vuelto totalmente artificial. A Camille le hubiera gustado quedarse hasta que Anne pudiese contarle algo, siente una gran impaciencia por saber qué ha ocurrido. Pero no

puede hacer más que esperar. Salir. Anne debe descansar. Camille sale.

Para entender, habrá que esperar veinticuatro horas.

Y veinticuatro horas es mucho más tiempo del que necesita un hombre como Camille para arrasar el planeta.

Al salir del hospital, solo cuenta con algunos datos que le han dado por teléfono y aquí, en el hospital. En realidad, aparte de las generalidades, nadie sabe nada, todavía es imposible trazar con precisión el hilo de los acontecimientos. Camille no tiene más que la imagen terrible de Anne desfigurada, lo que ya es mucho para un hombre muy sensible a las experiencias fuertes, y esa visión aumenta su cólera natural.

En cuanto sale de urgencias, entra en ebullición.

Quiere saberlo todo, de inmediato, quiere ser el primero en saber, quiere...

Hay que entender que Camille no es en absoluto un vengador. Tiene sus rencores, como todo el mundo, pero, por poner un ejemplo, Buisson, el

hombre que mató a su primera mujer hace cuatro años[2], sigue vivo y Camille nunca ha pensado en ordenar su asesinato en la cárcel, y no habría sido complicado a juzgar por los contactos que mantiene en ese entorno.

Ahora, con Anne (no es su segunda mujer, pero no sabe muy bien qué término emplear), con Anne no se trata de eso, no, no es afán de venganza.

Es como si su propia vida estuviese amenazada por este suceso.

Necesita actuar porque se siente incapaz de imaginar las consecuencias de un acto que afecta a su relación con ella, lo único que, desde la muerte de Irène, ha dado sentido a su vida.

Quien piense que no es más que grandilocuencia es que no es responsable de la muerte de alguien a quien ha amado. Eso marca una diferencia radical.

Mientras baja precipitadamente las escaleras del hospital vuelve a ver el rostro de Anne, sus ojos con ojeras amarillas, el preocupante color de los hematomas, la carne abotargada.

Acaba de verla muerta.

Todavía desconoce de qué forma ni por qué razón, pero alguien ha querido matarla.

La repetición es lo que le preocupa. Después del asesinato de Irène... Las dos circunstancias no tienen nada que ver. Irène era el blanco personal de un asesino, Anne simplemente se ha cruzado con la persona equivocada en el momento equivocado, pero en ese instante Camille no distingue entre los dos sentimientos.

Es sencillamente incapaz de dejarlo pasar sin reaccionar.

Sin intentar reaccionar.

De hecho, ya ha realizado una primera acción sin darse cuenta, por instinto, durante la conversación telefónica de primera hora de la mañana. Anne ha resultado «herida» durante un atraco a mano armada en el distrito VIII y «tiene lesiones», le ha dicho la funcionaria de la Prefectura de Policía. A Camille le encanta esa expresión: tener lesiones. A la policía le encanta. También les fascinan los términos «individuo» y «estipular», pero lo de «tener lesiones» es mucho

mejor. Con dos palabras se cubre una gama que va desde un simple empujón hasta una paliza, y el interlocutor realiza su propia composición de lugar, lo cual es muy práctico.

—¿Cómo que «lesiones»?

La funcionaria no tenía más información, debía de estar leyendo un papel, cabría preguntarse incluso si comprendía de verdad lo que estaba diciendo:

—Un robo a mano armada. Se han producido disparos. La señora Forestier no ha recibido ninguno, pero presenta lesiones. Ha sido trasladada a urgencias.

¿Alguien ha disparado? ¿Sobre Anne? ¿Durante un atraco a mano armada? Así expuesto, no resulta fácil de entender, de imaginar. Anne y «a mano armada» son dos conceptos tan alejados el uno del otro...

La chica ha explicado que Anne no llevaba ningún tipo de documentación, ni bolso, solo habían encontrado su nombre y su dirección en el teléfono móvil.

—Hemos llamado a su casa pero no hay nadie.

Y entonces han marcado el teléfono con más llamadas, el de Camille, en primer lugar en la lista de contactos.

La funcionaria le ha preguntado su nombre y su relación con ella. Pronunciaba «Ferven», y Camille ha tenido que precisar: Verhoeven. Tras un corto silencio, le ha pedido que lo deletreara.

El fogonazo de Camille ha llegado en ese momento. Ha sido un acto reflejo.

Porque Verhoeven no es un apellido corriente, pero entre los polis es francamente raro. Y no es por alardear, pero Camille forma parte de esos comandantes de policía que uno recuerda. No solo por su altura, también por su historia personal, su reputación, Irène, el caso de las bombas[3] y todo lo demás. Para bastante gente, lleva encima la etiqueta «Visto en televisión». Ha protagonizado apariciones destacadas, los cámaras adoran grabarle en picado con su mirada aguileña y su cráneo reluciente. Pero la asistente no lo ha relacionado con Verhoeven, el policía, la tele y

todo lo demás, le ha pedido que deletree su apellido.

Retrospectivamente, la cólera indica a Camille que esa ignorancia es quizás la buena noticia de un día que no tendrá más.

—¿Ha dicho usted Ferven? —ha insistido la chica.

Y Camille ha respondido:

—Eso es, Ferven.

Y lo ha deletreado.

14.00 h

La humanidad está hecha así, hay un accidente y todos se asoman al balcón. Mientras quede una sirena encendida o un rastro de sangre, quedará alguien mirando. Y esta vez quedan muchos. Con razón, un atraco y disparos en pleno París. Al lado de esto, el parque de atracciones es una tontería.

Teóricamente la calle está cortada, pero eso no

impide que los peatones la atraviesen. La consigna es dejar pasar solo a los vecinos, pero es inútil, todo el mundo se ha convertido en vecino porque todo el mundo quiere saber qué ha ocurrido. Ahora ha vuelto la calma, pero a tenor de los comentarios, a última hora de la mañana esto era un auténtico caos. Vehículos policiales, camionetas, técnicos, motos, y todo reunido al pie de los Campos Elíseos, donde el atasco ha crecido en ambos sentidos y en dos horas lo ha bloqueado todo, desde Concorde hasta la place de l'Étoile y desde Malesherbes hasta el Palais de Tokyo. Pensar que soy el responsable de todo ese desbarajuste es bastante adulator.

Cuando has disparado varias veces a una chica ensangrentada de la cabeza a los pies y has huido después derrapando en un todoterreno con cincuenta mil euros en joyas, volver al lugar de los hechos produce un poco el mismo efecto que la magdalena de Proust. Nada desagradable, por cierto. Cuando los negocios funcionan, uno se siente ligero. Hay un café, en la rue Georges-

Flandrin, justo a la salida del pasaje Monier. Muy bien situado. Le Brasseur. ¡Vaya ambiente que tiene todavía! No se habla más que de eso. Y claro, todo el mundo lo ha visto todo, lo ha escuchado y lo sabe todo.

Me siento discretamente, lejos de la entrada, en un extremo del bar, donde se concentra más gente. Me fundo en la masa y escucho.

Una buena retahíla de gilipollices.

14.15 h

Da la sensación de que el cielo otoñal ha sido pintado para ese cementerio. Hay mucha gente. Es la ventaja de los funcionarios en activo, se desplazan en delegación a los entierros, enseguida se forma una muchedumbre.

De lejos, Camille divisa a los allegados de Armand, su mujer, sus hijos, sus hermanos y hermanas. Todos pulidos, rectos, tristes y serios. No se sabe exactamente a qué se parecen en

realidad, pero el conjunto recuerda a una familia de cuáqueros.

La muerte de Armand, cuatro días antes, apenó inmensamente a Camille. También lo liberó. Semanas y semanas visitándolo, cogiéndole de la mano, hablándole, incluso cuando nadie era capaz de saber si todavía escuchaba o entendía algo. Así que se contenta con dedicar un gesto con la cabeza a su esposa, desde lejos. Tras esa larga agonía, con todas las palabras que le ha dicho a su mujer, a sus hijos, Camille ya no tiene nada para ellos. Hasta podría haberse abstenido de acudir, todo lo que podía dar a Armand ya se lo ha dado.

Les unían muchas cosas a los dos. El hecho de haber comenzado su carrera juntos, un lazo de juventud más valioso si se tiene en cuenta que ni uno ni otro habían sido nunca realmente jóvenes.

Después, el hecho de la avaricia patológica de Armand. Nadie puede imaginar de lo que era capaz en ese sentido. Estaba en una permanente lucha a muerte contra el gasto y, finalmente, contra el dinero. Camille no puede evitar interpretar su

muerte como una victoria del capitalismo. Evidentemente no era la avaricia lo que les unía, sino el complejo de sentirse asombrosamente pequeños y la obligación de cargar con ello. Era, si puede decirse así, una especie de solidaridad entre tullidos.

Y además, eso quedó confirmado durante toda su agonía, Camille era el mejor amigo de Armand.

Lo que uno significa para los demás es un vínculo terriblemente fuerte.

De los cuatro miembros históricos de su equipo, Camille es el único con vida presente en ese cementerio, algo que le resulta difícil de explicar.

Louis Mariani, su ayudante, no ha llegado todavía. No hay por qué preocuparse, tiene un gran sentido del deber, llegará a tiempo: en su cultura, faltar a un entierro es como eructar en la mesa, inconcebible.

Armand está excusado por su cáncer de esófago, nada que reprochar.

Queda Maleval, al que Camille hace años que no ve. Un policía brillante antes de que lo

expulsaran del cuerpo. Louis y él hacían buenas migas; a pesar de la diferencia de clase, tenían la misma edad y se complementaban bastante bien. Hasta el seísmo: Maleval había sido el informante del asesino de Irène, la mujer de Camille. No lo hizo adrede, pero lo hizo. En ese momento Camille se lo hubiera cargado con sus propias manos, estuvieron a dos pasos de una tragedia griega, los Atridas en versión Brigada Criminal. Pero tras la muerte de Irène el valor de Camille se partió en dos, quedó hundido en la depresión, y después aquello no habría tenido ningún sentido.

Echa de menos a Armand más que a nadie. Con él, la brigada Verhoeven desaparece de golpe. Con este entierro comienza el tercer capítulo de una historia sobre la que Camille intenta reconstruir su vida. Nada más frágil.

La familia de Armand está entrando en el crematorio cuando llega Louis. Traje beis de Hugo Boss, muy elegante. Buenas tardes, Louis. Louis no responde buenas tardes, jefe. Camille se lo tiene prohibido, dice que no están en una serie de

televisión.

La pregunta que Camille se plantea a veces sobre sí mismo está más justificada aún en el caso de su ayudante: ¿qué hace este tío en la policía? Es rico de nacimiento, y además está dotado de una inteligencia que le abrió las puertas de las mejores escuelas que pueda frecuentar un diletante. Tras lo cual, inexplicablemente, ingresó en la policía para recibir el salario de un maestro de escuela. En el fondo, Louis es un romántico.

—¿Todo bien?

Camille asiente con la cabeza, todo bien, claro, perfecto. La mayor parte de sí mismo permanece en la habitación de hospital donde Anne, medio anestesiada por los analgésicos, está esperando a que le hagan radiografías y escáneres.

Louis mira a su jefe un segundo de más, sacude la cabeza, pronuncia una especie de mmmm. Es un chico extremadamente fino, y en él ese mmmm es como colocarse el flequillo. Todo un lenguaje que depende de si lo hace con la mano derecha o con la izquierda. Y ese mmmm dice con claridad: no

tiene usted cara de entierro, hay algo más.

Y para que hoy ocupe más sitio que la muerte de Armand, debe de ser bastante importante...

—Nos van a asignar un atraco que ha tenido lugar esta mañana, en el distrito VIII...

Louis se pregunta si será esa la respuesta a su pregunta.

—¿Con víctimas?

Camille balancea la cabeza, sí y no.

—Una mujer...

—¿Muerta?

Sí y no, no exactamente; Camille mira hacia el frente, como si hubiese niebla, frunciendo el ceño.

—No... Bueno, todavía no...

Louis está bastante sorprendido. No es el tipo de casos que se adjudican normalmente a su unidad, los atracos no son la especialidad del comandante Verhoeven. Al mismo tiempo, parece decirse, por qué no, pero ha trabajado lo suficiente junto a Camille como para discernir cuándo las cosas no marchan correctamente. Muestra su sorpresa con una ojeada a sus zapatos (unos

brillantes Crockett & Jones), acompañada de unos tos seca, apenas perceptible. Que es más o menos el sùmmum de la emoción que puede expresar.

Camille señala el cementerio, la entrada al crematorio.

—En cuanto esto haya terminado, me gustaría que te informases un poco. Con discreción... No nos lo han asignado todavía, sabes... —Camille vuelve por fin la mirada hacia su ayudante—. Se trata de ganar algo de tiempo, ¿entiendes?

Ya está buscando con la mirada a Le Guen entre el gentío, y lo encuentra sin dificultad. Imposible no verlo, es un mastodonte.

—Bueno, es la hora.

Cuando Le Guen era todavía su comisario, Camille no tenía más que levantar un dedo para obtener lo que quisiese, ahora la cosa está más difícil.

Justo al lado del comisario jefe Le Guen camina la comisaria Michard, balanceándose como si fuera una oca.

14.20 h

El café Le Brasseur vive uno de los grandes momentos de su existencia. No habrá otro atraco como este en cien años. Hasta los que no han visto nada están de acuerdo. Los testimonios se suceden a buen ritmo. Han visto una chica, a veces dos, o a una mujer, armada, desarmada, con las manos vacías, que gritaba. ¿No es la propietaria de la joyería? ¡No! ¡Es la hija! ¿Ah, sí? No sabía que tenía una hija, ¿está usted seguro? Un atraco con un coche, ¿qué tipo de coche? Las opiniones cubren toda la gama de vehículos extranjeros vendidos en Francia.

Degusto tranquilamente mi café, es el primer momento de descanso en una jornada bastante larga.

El dueño, un auténtico cabeza de chorlito, estima el botín en cinco millones de euros. Como mínimo. No se sabe de dónde ha sacado esa cifra,

pero no tiene duda alguna. Te dan ganas de darle una Mossberg cargada y de arrastrarlo hasta la primera joyería del barrio. Cuando haya terminado el atraco y vuelto a su bar, que cuente el botín, y si obtiene una tercera parte de lo que esperaba que se jubile, el imbécil, porque no podrá hacerlo mejor.

¡Y el cochazo que llevaban! ¿Cuál? ¡Ese! ¡Se diría que ha atropellado a un búfalo en plena estampida! ¿Con qué le dispararon, con una bazuca o qué? Ahí llegan los comentarios balísticos, igual que con los coches: se citan todos los calibres, dan ganas de pegar un tiro al aire para que se callen. O al montón, para que haya paz.

Hinchado como un pavo, el dueño sentencia:

—Calibre 22 largo.

Cierra los ojos al final de la frase, convencido de su análisis.

Me lo imagino decapitado como un turco por un calibre 12, y eso me sube la moral. Sea un 22 largo o lo que sea, la clientela da su aprobación, nadie tiene ni idea. La poli se va a divertir con testigos como estos.

14.45 h

—Pero... ¿por qué me pide eso? —pregunta la comisaria mientras se gira.

Efectúa una amplia rotación en torno a su eje principal: un culo titánico, babilónico. Absolutamente desproporcionado. La comisaria Michard tiene, digamos, entre cuarenta y cincuenta años, un rostro marcado por algunas promesas sin cumplir, el pelo muy negro y sin duda con bastantes canas cuando no se lo tiñe, grandes incisivos de conejo en primer plano y, sobre ellos, unas gafas rectangulares que proclaman que es una mujer autoritaria, de mano férrea. Un carácter «fuerte» (para decirlo claramente, una tocapelotas), una inteligencia muy despierta (su capacidad de fastidiar está multiplicada por diez) y, por encima de todo, lo más espectacular, ese culo inmenso. De un volumen alucinante. Uno se

pregunta cómo lo sostiene. Curiosamente, la comisaria Michard (con un apellido así es fácil imaginar las bromas que suscita[4], que, a medida que se la conoce mejor, descienden desde lo indecoroso hasta lo sórdido) tiene un rostro bastante blanduzco que no pega nada con lo que se sabe de ella: su indiscutible competencia, su sentido extremadamente agudo de la estrategia, sus notables actos de servicio. Vamos, el tipo de jefa que trabaja diez veces más que el resto y está encantada de ser la líder. Cuando asistió a su ascenso, Camille comprendió que además de Doudouche (su gata, un animal con carácter, una histérica, es verdad, pero a la que adora), la tocapelotas de casa, tendría otra en el trabajo.

Así pues, «¿por qué me pide eso?».

Delante de ciertas personas es difícil mantener la calma. La comisaria Michard se acerca a Camille, mucho. Siempre le habla así. Su físico de butacón frente a la evanescencia de Verhoeven da la sensación de que ambos están en un *casting* para una comedia americana, pero el ridículo no

hace mella en esa mujer.

Plantados el uno delante del otro, estorban en el camino al crematorio, y son de los últimos en entrar. Camille ha tenido que maniobrar bastante para llegar a ese punto, a ese instante preciso. Porque, en el momento en que hacía su petición, justo al lado de ellos pasaba el comisario jefe Le Guen, amigo íntimo de Camille y predecesor de la comisaria (el juego de las sillas musicales, uno asciende a la subdirección, el otro se convierte en comisario). Es algo que sabe todo el mundo, Camille y Le Guen son más que amigos. Camille ha sido incluso testigo de todas sus bodas, lo que supone mucho trabajo. Le Guen acaba de contraer matrimonio por sexta vez casándose de nuevo con su segunda mujer.

La comisaria Michard, recién nombrada, tiene todavía que «nadar entre dos aguas» (le encantan las frases hechas, y se esfuerza en darles un nuevo brillo original), ha de saber lo que se juega antes de empezar a agitar el gallinero. Y cuando el amigo de su superior pide algo, hay que tenerlo

bastante en cuenta. Sobre todo ahora, cuando son los últimos en entrar. Debería tomarse un tiempo para madurar la petición, pero Michard tiene reputación de reflexionar con rapidez y presume de tomar las decisiones de inmediato. El maestro de ceremonias los mira a su entrada en la sala, van a empezar. Lleva un traje cruzado, tiene el pelo rubio apagado y aires de futbolista, los enterradores ya no son lo que eran.

Esa pregunta —¿por qué Verhoeven quiere ocuparse de un caso de ese tipo?— es la única que Camille ha tenido tiempo de prepararse, porque es la única que en realidad puede plantearse.

El atraco se ha producido hacia las diez de la mañana y no son ni las tres de la tarde. En el lugar de los hechos, el pasaje Monier, los técnicos están finalizando la recogida de indicios y sus compañeros terminando los interrogatorios de los primeros testigos, pero el caso no ha sido todavía asignado a ninguna brigada.

—Porque tengo un soplón —suelta Camille—. Muy bien informado...

—¿Sabía usted lo del atraco?

Abre los ojos de forma muy teatral, a Camille le recuerda enseguida las miradas furibundas de los samuráis en la iconografía japonesa. Quiere decir: me está usted contando demasiado o no lo suficiente, el tipo de expresión hecha que adora.

—¡Por supuesto que no, no sabía nada! — exclama Camille. Se muestra muy convincente en esa escena, da la impresión de creer en sus propias palabras—. Yo no, pero de mi soplón estoy menos seguro... Y la cosa está que arde. Como una brasa —Verhoeven está convencido de que ese tipo de metáforas son las que le gustan a la Michard—. En este momento está muy colaborador... Sería una pena no aprovecharlo.

Basta con una mirada para que la conversación, técnica, se vuelva puramente táctica. Una mirada de Camille hacia el fondo del cementerio para que la figura paternal del comisario jefe planee como una sombra sobre la charla. Silencio. La comisaria sonrío, señal de que ha comprendido: de acuerdo.

Camille añade, por cortesía:

—No es un simple atraco, hay una tentativa de asesinato con agravante y...

La comisaria le mira de forma extraña y después asiente con la cabeza, lentamente, como si, más allá de la maniobra, en definitiva bastante arriesgada, del comandante vislumbrara una pequeña lucecita, indefinible, como si intentara comprender algo. O como si ya lo hubiese comprendido o estuviese a punto de comprenderlo. Camille sabe bien lo sensible que es esa mujer, en cuanto hay un marrón la alarma de su sismógrafo empieza a chillar.

Por eso retoma la iniciativa, con su tono más convincente, hablando muy rápido:

—Se lo voy a explicar. Mi informante estaba en contacto con otro tipo que formaba parte de un equipo, el año pasado, en un asunto que nada tiene que ver, pero ellos tenían...

La comisaria Michard le corta la palabra con un gesto, con cara de decir que ya tiene suficientes problemas. Que lo ha entendido. Que de todas formas ella lleva muy poco tiempo en el puesto

como para interponerse entre su jefe y su subordinado.

—Está bien, comandante. Hablaré con el juez Pereira.

No lo demuestra, pero eso es exactamente lo que Camille estaba deseando.

Porque si no hubiese obtenido esa rendición tan rápida, no tiene la menor idea de cómo habría podido terminar su frase.

15.15 h

Louis se ha marchado rápidamente. Camille, obligado por el cargo, ha tenido que esperar casi hasta el final. La ceremonia era larga, muy larga, y eso que se limitaba a que cada uno exhibiera sus habilidades en materia de discursos. Camille se ha escapado discretamente en cuanto ha podido.

Mientras se dirige a su coche, escucha un mensaje que acaba de recibir. Es de Louis. Ya ha

realizado unas cuantas llamadas y dispone de lo esencial:

—De una Mossberg 500 en un atraco solo existe una coincidencia. El pasado 17 de enero. El parecido deja pocas dudas. Y este asunto no es baladí... Llámeme en cuanto pueda.

Camille llama.

—Lo de enero —explica Louis— fue bastante más fuerte. ¡Atraco cuádruple! Un muerto. Sabemos quién es el jefe de la banda. Vincent Hafner. No hay noticias suyas desde el asunto de enero. Con esto firma un regreso bastante espectacular...

15.20 h

Repentina agitación en Le Brasseur.

Las conversaciones quedan interrumpidas por las sirenas, todo el mundo se precipita hacia la terraza y se asoma a la calle. Da la impresión de

que el sonido de los faros giratorios ha subido un tono. El dueño lo tiene claro: es el ministro del Interior. Intentan recordar cómo se llama, en vano. Si fuera un presentador de la tele sería más fácil. Se reanudan las conversaciones. Algunos piensan que tanta agitación se debe a que hay novedades, han descubierto un cadáver o algo así, pero el dueño cierra de nuevo los ojos, petulante. La oposición de la clientela es un homenaje a su erudición.

—Les digo que es el ministro del Interior.

Seca los vasos serenamente con una sonrisita, sin mirar hacia la terraza, para subrayar hasta qué punto está seguro de sus conclusiones.

La espera es febril, todos contienen el aliento, como antes del paso de una etapa del Tour de Francia.

15.30 h

Tiene la impresión de que su cabeza está llena de algodón hidrófilo y de que alrededor no hay más que venas gruesas como puños que la golpean rítmicamente.

Anne abre los ojos. La habitación. El hospital.

Intenta mover las piernas, se siente paralizada, como una anciana con reuma. Es doloroso, pero consigue levantar una rodilla, y después la otra. Las piernas dobladas le proporcionan un instante de alivio. Mueve lentamente la cabeza para recuperar sensaciones, su cabeza pesa una tonelada, y sus dedos, cubiertos de vendas, parecen pinzas de cangrejo pero más sucias. Las imágenes son un poco borrosas, la puerta del baño en la galería comercial, un charco de sangre, las detonaciones, la sirena de la ambulancia, tan obsesiva, el rostro del radiólogo y, en alguna parte, detrás de él, la voz de una enfermera diciendo: «Pero ¿qué le han hecho?». La emoción la invade de pronto, contiene las lágrimas, respira hondo. Debe dominarse, no dejarse llevar, no abandonarse.

Y para eso tiene que levantarse, seguir viva.

Con un solo movimiento, aparta la sábana, baja una pierna y después la otra. Se marea, permanece un segundo en equilibrio al borde de la cama, se apoya en los pies, se yergue y vuelve a sentarse; ahora es cuando siente punzadas de dolor de verdad, por todas partes, precisas, en la espalda, en los hombros, en la clavícula. La han machacado. Busca su respiración, se yergue de nuevo y por fin está en pie, por decirlo de alguna manera, porque tiene que apoyarse en la mesilla.

Tiene el aseo enfrente. Como si estuviera escalando, pasa de un punto de apoyo a otro, del travesaño de la mesita al pomo de la puerta, al lavabo, y ya está de cara al espejo. Dios mío, ¿es ella?

Esta vez no puede contener el mar de sollozos que la invade. Los pómulos azules, las costras, los dientes rotos... Y esa herida en la mejilla izquierda, el pómulo reventado, la larga serie de puntos de sutura...

¿Qué le han hecho?

Anne se agarra al lavabo para no caer.

—Pero ¿qué hace usted de pie?

Se vuelve, mareada; la enfermera no tiene tiempo de agarrarla y cae al suelo. La enfermera se inclina y asoma fugazmente la cabeza al pasillo.

—Florence, ¿puedes venir a ayudarme?

15.40 h

Camille camina nervioso y rápido, con Louis a su lado. Unos pocos centímetros detrás de su jefe, la medida exacta de la distancia que mantiene con Verhoeven es el resultado de una sabia dosis de respeto y familiaridad, solo él es capaz de realizar cálculos tan delicados.

A pesar de la prisa y la preocupación, Camille levanta maquinalmente los ojos hacia los edificios que bordean la rue Flandrin. Arquitectura haussmaniana, ennegrecida por la contaminación, hay tanta en este barrio que uno no se da ni cuenta.

Su mirada atrapa al vuelo la línea de balcones sostenida en sus extremos por dos atlantes monumentales con taparrabos hinchados por una excepcional protuberancia, y bajo cada balcón, por cariátides de senos ultrajantemente generosos que miran al cielo. Son los senos los que miran al cielo, las cariátides tienen la mirada dulzona y falsamente puritana de quienes están seguras de su efecto. Camille prosigue su camino pero asiente con la cabeza, lleno de admiración.

—René Parrain, diría yo —dice.

Silencio. Camille cierra los ojos mientras espera la respuesta.

—Más bien Chassavieux, ¿no?

Siempre lo mismo. Louis tiene veinte años menos que él y sabe veinte mil veces más cosas. Lo que más le fastidia es que no se equivoca nunca. O casi nunca. Camille ha intentado pillarlo una y otra vez, pero no hay nada que hacer, ese tipo es una enciclopedia.

—Sí —contesta—. Quizá.

Al acercarse al pasaje Monier, Camille se da de

bruces con el vehículo reventado por el calibre 12, que está siendo cargado en una grúa.

Le dirán que apuntaron a la cara de Anne desde el otro lado de ese coche.

El pequeño es el que manda. Ahora resulta que en la policía pasa igual que en la política, el grado es inversamente proporcional a la altura. A ese poli lo conoce todo el mundo. Claro, con un físico así... Es suficiente haberlo visto una vez para que se quede grabado en la memoria, pero en cuanto a su nombre, en el café, las propuestas varían mucho. Recuerdan que tiene un apellido extranjero, pero ¿de dónde?, ¿alemán, danés, flamenco? Uno dice ruso, y otro exclama sí, Verhoeven, eso es, risas, es lo que yo decía, tenían razón, ya se han quedado a gusto.

Se le ve llegar a la entrada de la galería. No muestra su acreditación, hay dispensa por debajo del metro cincuenta. Tras el cristal de la terraza todos contienen la respiración, pero una sensación

triumfa sobre la anterior, vaya día: acaba de entrar en el bar una joven muy morena. El dueño saluda ostentosamente su llegada y todo el mundo se vuelve. Es la peluquera de al lado. Pide cuatro cafés, la máquina de la peluquería se ha estropeado.

Lo sabe todo, sonrío con modestia esperando que la sirvan. La asedian a preguntas. Dice que no tiene tiempo pero enrojece, que es como decirlo todo.

Ahora sabrán la verdad.

15.50 h

Louis da la mano a sus compañeros. Camille quiere ver el vídeo. De inmediato. Louis se extraña. Sabe la poca estima que Camille siente por los usos y protocolos, aunque saltarse así el procedimiento sorprende en alguien de su nivel y experiencia. Louis se coloca el mechón con la

mano izquierda pero sigue a su jefe hasta la trastienda de la librería, convertida en cuartel general provisional. Camille estrecha distraídamente la mano de la encargada, un árbol de Navidad que fuma un cigarrillo plantado en una boquilla de marfil, el tipo de cosas que hace un siglo que no se ven. Camille no se anda por las ramas. Los agentes han recuperado las grabaciones de dos cámaras.

En cuanto se coloca delante del ordenador portátil, se vuelve hacia su ayudante.

—Vale —dice—, voy a ver esto. Tú mientras tanto recoge información.

Señala la habitación de al lado, que es como señalarle directamente la salida. Se sienta sin esperar delante de la pantalla y mira a todo el mundo. Cualquiera diría que quiere estar solo para ver una película porno.

Louis se comporta como si todo le pareciera perfectamente lógico. Tiene algo de mayordomo.

—Vamos —dice empujando a los demás—, nos instalaremos allí.

La grabación que interesa a Camille es la de la cámara situada sobre la puerta de la joyería.

Veinte minutos más tarde, mientras Louis la ve a su vez, compara las imágenes con los primeros testimonios y elabora sus primeras hipótesis de trabajo, Camille camina hasta el pasaje central y se coloca aproximadamente en el lugar donde se encontraba el tirador.

La toma de huellas ha finalizado, los técnicos se han marchado, los trozos de cristal han sido recogidos y el perímetro del atraco está marcado con cinta adhesiva, a la espera de los peritos y los técnicos de seguros. Después lo aislarán todo, llamarán a los albañiles y en dos meses quedará como nuevo, y un atracador demente podrá volver a disparar a la clientela en horario comercial.

El lugar está custodiado por un uniformado, un tipo alto y delgado de mirada cansada, rostro prognato y grandes bolsas bajo los ojos. Camille lo reconoce enseguida, se lo ha cruzado cien veces en escenas de crímenes, como a un actor secundario cuyo nombre nunca recuerda. Se

saludan con la mano.

Camille observa la tienda devastada, los escaparates reventados. Aunque no sabe nada de joyería, tiene la impresión de que no es el lugar que él habría elegido para llevar a cabo un atraco. Pero también sabe que se trata de una impresión completamente equivocada. Si observan una sucursal bancaria, no parece nada extraordinario, pero si se llevan todo lo que contiene tendrán suficiente para comprarla.

Aunque se esfuerza por conservar la calma, Camille mantiene las manos en los bolsillos de la gabardina, porque desde que ha visto el vídeo — lo ha pasado y vuelto a pasar tantas veces como el tiempo se lo ha permitido y esas imágenes le han dejado atónito y destrozado— sus manos no dejan de temblar.

Sacude la cabeza como si tuviera agua en los oídos, como si quisiera vaciar el exceso de emoción, recuperar la distancia, pero claro, esa mancha ahí, en el suelo, es la sangre de Anne. Ella estaba allí, acurrucada en el suelo, el tipo debía de

estar aquí plantado... Camille se aleja unos pasos, el policía alto lo mira, algo inquieto. De pronto, Camille se vuelve, sosteniendo en la cadera una escopeta imaginaria, y el policía alto apoya su mano en el *walkie-talkie*. Camille da tres pasos, mira alternativamente el emplazamiento del tirador y la salida de la galería, y de pronto, sin avisar, echa a correr. Esta vez, sin dudarlo, el agente agarra el aparato, pero Camille se para en seco y el funcionario detiene su gesto. Camille, preocupado, con un dedo en los labios, vuelve sobre sus pasos, levanta los ojos, sus miradas se cruzan y se sonríen temerosos, como si quisieran simpatizar aunque no hablasen la misma lengua.

¿Qué ha podido pasar realmente?

Camille mira a derecha e izquierda, hacia arriba, a la lucerna destrozada por los disparos, avanza, se sitúa a la salida de la galería, en la rue Georges-Flandrin. No sabe qué es lo que busca, una señal, un detalle, un chispazo, su memoria casi fotográfica de lugares y gente clasifica sus impresiones en un orden diferente.

Sin saber por qué, tiene ahora mismo la sensación de ir por mal camino. De no tener nada que hacer aquí. De no haber cogido el caso por el lado correcto.

Así que vuelve sobre sus pasos y retoma los interrogatorios.

A los colegas que han tomado las primeras declaraciones les dice que quiere «hacerse una idea». Habla con la librera, con el anticuario, interroga a la peluquera en la acera. La joyera está hospitalizada. En cuanto a la aprendiz, pasó todo el atraco de cara al suelo y con las manos en la cabeza. Da un poco de pena esa niña, fútil, insignificante, Camille le dice que se vaya a casa y pregunta si hay que llevarla, ella contesta que su amigo la espera en Le Brasseur, señala el café al otro lado de la calle, la terraza atiborrada, con todas las miradas dirigiéndose a ellos. Camille dice: vamos, márchese.

Ha escuchado a los testigos y ha observado atentamente las imágenes.

Ese empeño en matar a Anne se debe en primer

lugar a la electricidad, a la terrible tensión que reina durante un atraco y, después, al encadenamiento de circunstancias. Un círculo vicioso.

Sí, pero esa obstinación, ese encarnizamiento...

El juez está de camino, llegará de un momento a otro. Mientras tanto, vuelve atrás. El asalto es clavado, en detalle, a otro que tuvo lugar en enero.

—¿Es así? —pregunta Camille.

—Sin duda —confirma Louis—. Lo único que cambia es la escala. Hoy tenemos un atraco, en enero efectuaron cuatro. Cuatro joyerías asaltadas en menos de seis horas...

Camille deja escapar un leve silbido de admiración.

—El mismo método de hoy. Tres hombres. El primero obliga a abrir las cajas y arrasa con las joyas, el segundo lo cubre con una Mossberg de cañón recortado, el tercero conduce el vehículo.

—Y en enero, ¿dices que hubo un muerto?

Louis consulta sus notas.

—Ese día su primer objetivo se encuentra en el distrito XV, a la hora de abrir. Saldan el asunto en diez minutos de reloj, es el golpe más limpio de la jornada porque sobre las diez y media irrumpen en una joyería de la rue de Rennes. Cuando se marchan, dejan en el suelo a un empleado que ha tardado en abrir la caja de la trastienda, con un traumatismo craneal. Cuatro días en coma, el chico se recuperó pero con secuelas, está batallando con la administración para conseguir una pensión de invalidez parcial.

Camille escucha con tensa atención. De eso ha escapado Anne de milagro. Tiene los nervios a flor de piel, necesita respirar profundamente, esforzarse en relajar los músculos, cómo se llamaba, «esterno... claudio...», joder.

—Hacia las dos de la tarde —prosigue Louis—, cuando vuelven a abrir las tiendas, la banda irrumpe en una tercera joyería, en el Louvre des Antiquaires. No se andan con tonterías, ya están rodados. Diez minutos más tarde se marchan

abandonando en la acera el cuerpo de un cliente que ha levantado la mano demasiado... Menos serio que lo del empleado de la mañana, pero aun así diagnosticado como herido grave.

—Va a más —dice Camille, que sigue el hilo de sus pensamientos.

—Sí y no —responde Louis—. Los tipos no actúan a la ligera, simplemente hacen su trabajo a su manera.

—Aunque tengan una jornada bien cargada...

—Sin duda.

Hasta para un grupo bien entrenado, preparado y motivado, cuatro atracos en seis horas representan un rendimiento excepcional. Al cabo de un rato, inevitablemente, llega el cansancio. Un atraco a mano armada es como bajar una pista de esquí, los accidentes ocurren siempre al final del día, es el último esfuerzo el que provoca más daños.

—En la rue de Sèvres —prosigue Louis—, el director de la joyería se empeña en hacerse el fuerte. En el momento en que la banda se dispone a partir, cree que puede intentar retrasarlos, agarra

por la manga al encargado de llevarse el botín e intenta derribarlo. El que cubre no tiene ni tiempo de apuntarle con la Mossberg, porque el otro le mete dos balas de 9 mm en pleno pecho.

Sin duda no se sabrá nunca si la jornada había terminado o si tenían otros proyectos y la muerte del joyero les obligó a darse a la fuga.

—Excepto por el número de joyerías en un mismo día, la forma de operar es bastante clásica. Los nuevos profesionales, los jóvenes, gritan, gesticulan, pegan tiros al aire, saltan por encima de los mostradores, eligen armas como las que han visto en los videojuegos, totalmente sobredimensionadas, y se ve enseguida que están muertos de miedo. Nuestros atracadores se muestran muy decididos, muy organizados, no se mueven sin pensar. Si no se hubiesen cruzado con un aspirante a héroe, se habrían marchado dejando atrás algunos daños colaterales, nada más.

—¿El botín de enero? —pregunta Camille.

—Seiscientos ochenta mil euros —anuncia Louis—. Declarados.

Camille levanta una ceja. No es que se extrañe, porque los joyeros no declaran nunca la totalidad de los robos, siempre tienen mercancía en negro. No, Camille simplemente pregunta la verdad.

—Seguramente más de un millón. En la reventa, unos seiscientos mil. Quizás seiscientos cincuenta. Bonito beneficio.

—¿Hay alguna idea de por dónde se ha movido?

Con un botín de esa clase, tan elevado como dispar, se produce mucha pérdida en la reventa, y no hay muchos peristas competentes en París.

—Se supone que la mercancía pasó por Neuilly, pero bueno...

Es evidente. Sería la mejor elección. Se murmura que el perista es un cura que ha colgado los hábitos. Camille no lo ha confirmado, pero tampoco le sorprende, considera que las dos funciones se parecen mucho.

—Envía a alguien a dar una vuelta.

Louis apunta el pedido. En la mayoría de los casos, es él quien se encarga de distribuir las tareas.

Y entonces aparece el juez Pereira. Ojos azules, nariz demasiado larga y orejas de perro. Preocupado, atareado, da la mano a Camille mientras camina, qué tal, comandante, y tras él, su secretaria, una bomba de treinta años, todo pecho, cuyos tacones vertiginosos resuenan sobre las baldosas de cemento. Alguien debería decirle que se pasa un poco. El juez sabe que provoca un escándalo inaudito y que, aunque camine tres pasos por detrás de él, no queda lugar a dudas, la reina del mambo es ella. Si quisiera, hasta podría deambular por la galería haciendo globitos con el chicle. Camille opina que Lolita, con treinta años, parece más bien una auténtica puta.

Improvisan una reunión. Camille, Louis y dos compañeros del equipo que acaban de presentarse. Louis se encarga de officiar. Sintético, preciso, metódico, informado (a pesar de haber aprobado la oposición de entrada a la ENA[5], prefirió estudiar Ciencias Políticas). El juez escucha con

atención. Se habla de acentos del este. Se nombra a una banda de serbios o bosnios, hombres violentos, no hay que olvidar que han disparado cuando podrían haberlo evitado. Y a Vincent Hafner, del que se pasan a enumerar sus antecedentes. El juez asiente. Hafner y los bosnios, una mezcla explosiva, me sorprende que no haya más daños porque son de los peores, dice, con razón.

Después pregunta por los testigos. Normalmente, a la hora de apertura de la joyería, además de la gerente y la aprendiz hay otra empleada, pero esta mañana ha llegado tarde. Apareció justo después de la batalla y solo tuvo tiempo de escuchar el último disparo. Cuando un empleado escapa milagrosamente de un atraco a la tienda o la oficina bancaria en que trabaja, la policía sospecha de inmediato de él.

—Nos la hemos llevado —dice uno de los polis, no muy convencido—. Vamos a investigarla, pero parece tener las manos limpias.

La secretaria se aburre mortalmente. Se

contonea sobre los zancos, se balancea de un pie a otro mirando con descaro la salida. Lleva los labios pintados de un rojo muy oscuro, comprime sus senos en una blusa cuyos dos primeros botones están abiertos, como si hubiesen cedido, exhibiendo un surco blanco increíblemente profundo. Todo el mundo está pendiente del tercer botón, que resiste aún pero alrededor del cual el tejido se estira peligrosamente, como una sonrisa carnívora. Camille la observa, la dibuja mentalmente. Produce efecto, pero solo en conjunto. Porque mirada al detalle la cosa cambia: pies grandes, nariz corta, rasgos un poco groseros, trasero respingón pero demasiado levantado. Un culo para alpinistas. También lleva perfume... Con base de yodo. Tiene la impresión de estar hablando al lado de un cesto de ostras.

—Bien —susurra el juez llevándose a Camille a un aparte—. Me ha dicho la señora comisaria que tiene usted un soplón...

Dice «señora» con voz afectada, como si se entrenase para decir «señor ministro». La

secretaria detesta los apartes. Lanza un largo y ruidoso suspiro.

—Sí —confirma Camille—. Sabré algo más mañana.

—Así que esto debería ir rápido.

—Debería...

El juez está satisfecho. No es comisario, pero de todas formas le gusta tener los números a favor. Decide levantar el campamento. Una mirada seria a la secretaria:

—¿Señorita?

Tono autoritario. Seco.

Se nota en el rostro de Lolita que se lo va a hacer pagar caro.

16.00 h

El testimonio de la joven peluquera es muy jugoso. Repite lo que ha dicho a los polis con una caída de ojos digna de una recién casada. Es el

más preciso de todos los que ha escuchado. Muy preciso, incluso. Con gente así no se arrepiente uno de llevar pasamontañas. Vista la agitación que reina fuera, me mantengo lo más lejos posible de la terraza, cerca de la barra, y pido otro café.

La chica no está muerta, lo peor se lo ha llevado el coche aparcado. A ella la ha recogido el SAMU.

Ahora, al hospital. A urgencias. Antes de que salga o la trasladen.

Pero antes, a llenar el cargador. Siete cartuchos en la Mossberg.

Los fuegos artificiales no han hecho más que empezar.

Vamos a cambiar el decorado.

18.00 h

A pesar de su nerviosismo, Camille evita que sus dedos tamborileen sobre el volante. Todos los

mandos están centralizados en su coche, no hay otra solución cuando los pies cuelgan a varios centímetros del suelo y los brazos son demasiado cortos. Y en un coche equipado para minusválidos, hay que tener cuidado con dónde pone uno los dedos, un gesto fuera de lugar y acabas en la cuneta. Además Camille, entre otros defectos, no es muy hábil con las manos, es francamente torpe en cualquier cosa que no sea dibujar.

Tras detener el coche, atraviesa el aparcamiento del hospital mientras ensaya las frases destinadas al médico, el tipo de frases trabajadas que se pasa uno puliendo horas y que se olvidan cuando se presenta la ocasión. Por la mañana, el vestíbulo estaba lleno de gente y subió directamente a la habitación de Anne. Esta vez se detiene, el mostrador está a la altura de sus ojos (un metro cinco, opina Camille, que en esos temas raramente se equivoca en más de un centímetro o dos). Da la vuelta y empuja con autoridad la portezuela lateral, sobre la que cuelga el típico cartel de «Prohibida la entrada».

—Pero bueno —exclama la chica—, ¿no sabe usted leer?

Camille le muestra su placa.

—¿Y usted?

La chica se echa a reír, con el pulgar hacia arriba.

—¡Excelente!

Le ha gustado de verdad. Es negra, delgada, con ojos muy vivos, sin pecho, con los hombros huesudos y unos cuarenta años. Antillana. En su tarjeta de identificación pone: «Ophélie». Lleva una blusa con chorreras francamente fea, grandes gafas blancas, hollywoodienses, en forma de mariposa, y apesta a tabaco. Le indica a Camille con la palma de la mano muy abierta que espere, contesta una llamada, la despacha, cuelga y después se vuelve hacia él con admiración.

—¡Pues sí que es usted bajito! Para ser policía, quiero decir... ¿No hay una altura mínima para entrar?

Camille no está de humor para ese tipo de cosas, pero la chica le hace gracia.

—Obtuve una dispensa —dice Camille.

—¿Un enchufe?

Cinco minutos más y la cordialidad terminará en descaro. Policía o no, acabarán dándose palmaditas en la espalda. Camille corta en seco y pide hablar con el médico que se ocupa de Anne Forestier.

—A estas horas hay que hablar con el interno de planta.

Camille le hace una seña para indicarle que ha comprendido y se dirige hacia el ascensor. Luego vuelve atrás.

—¿La han llamado por teléfono?

—No que yo sepa...

—¿Está segura?

—Créame. Aquí no hay muchos pacientes que estén en disposición de responder al teléfono.

Camille se va.

—¡Eh, eh, eh!

De lejos, la mujer agita una hoja de papel amarillo, como si abanicase a alguien más alto que ella. Camille regresa. Ella le dedica una tierna

mirada.

—Una cartita de amor... —murmura.

Es un formulario de ingreso. Camille se lo guarda en el bolsillo y sube a la planta. Pregunta por el médico, debe esperar.

En urgencias, el aparcamiento está a rebosar. Ideal para esconderse: nadie distinguirá un coche aquí, a condición de no dejarlo demasiado tiempo en el mismo sitio. Basta con permanecer atento, discreto. En movimiento.

Y mantener la Mossberg cargada en el asiento delantero, debajo de un periódico. Por si acaso.

A ver, los siguientes pasos.

Esperar a que la chica salga del hospital es una primera opción. Incluso la más simple. La Convención de Ginebra impide dispararle a una ambulancia, salvo si a uno le importa una mierda. Las cámaras de vigilancia del vestíbulo no sirven para nada, están ahí para disuadir a los posibles candidatos, lo que no impide reventarlas con un

calibre 12 antes de empezar el trabajo. Nada moralmente irreparable. Nada técnicamente imposible.

No, en esa solución el punto espinoso es más bien logístico, la salida propiamente dicha. Hay un cuello de botella. Siempre se puede pegar un tiro al guardia de seguridad para pasar la barrera —la Convención de Ginebra no prevé nada a propósito de los guardias—, pero no es lo más práctico.

Otra solución: después de la barrera. En ese caso se abre un ángulo de tiro cuando al salir del hospital las ambulancias se ven obligadas a girar a la derecha y a esperar a que el semáforo se ponga verde cuarenta metros más allá. Al llegar van deprisa, transportan mercancía perecedera, pero al salir, en cambio, la cosa es más relajada. Mientras la ambulancia se detiene en el semáforo, un tirador centrado puede llegar tranquilamente por detrás, abrir el portón en un segundo, añadir un segundo más para apuntar y otro para tirar, y si se tiene en cuenta la estupefacción del conductor y los eventuales testigos en ese tipo de situación, queda

tiempo suficiente para subir al coche, rodar en dirección prohibida cuarenta metros hasta llegar al bulevar de dos carriles y después huir por la vía de circunvalación. Tan pancho. Asunto resuelto. Con todo engrasado, la pasta se ve cada vez más cerca.

En ambos casos ella tiene que salir, tanto si vuelve a casa como si es trasladada.

Y si no hay ángulo de tiro, habrá que estudiar el problema.

Queda la posibilidad de hacerlo a domicilio. En plan florista o pizzero. Subir a la habitación, llamar educadamente a la puerta, entrar, hacer entrega del envío y volver a salir. Hay que ser muy preciso. O, al contrario, hacerlo en plan escandaloso. Dos tácticas diferentes, cada una de ellas con sus virtudes. La primera, la del disparo certero, requiere una mayor experiencia y da más satisfacción, pero es un método narcisista, se piensa más en uno mismo que en el otro, le falta un poco de generosidad. La segunda, disparar a discreción, es un método indiscutiblemente más

generoso, magnánimo, casi filantrópico.

De hecho, a menudo son los acontecimientos los que deciden por nosotros. Por eso es necesario calcular. Anticiparse. Ese era el defecto de los turcos, estaban organizados pero, francamente, en cuanto a anticipación eran unos mantas. Cuando uno deja su pueblo para dar un golpe en una capital europea del crimen, ¡hay que preverlo todo! Pero ellos no, aterrizan en Roissy frunciendo sus gruesos ceños negros para dejar claro que son de los malos... Ya ves, los primos de una puta de la Porte de la Chapelle, toda su experiencia anterior consistía en el atraco de una tienda de ultramarinos en las afueras de Ankara y de una gasolinera en Keskin, así que... Para lo que iban a pintar en esta historia no era necesario buscar en las altas esferas, pero, joder, tener que contratar a semejante par de gilipollas... Incluso si era lo más práctico, es un poco humillante.

Dejémoslo. Al menos habrán visto París antes de morir. Podrían haberme dado las gracias.

La paciencia siempre tiene recompensa. Aquí

llega nuestro poli, que atraviesa el aparcamiento con su pasito apresurado y entra en urgencias. Estoy tres pasos por delante de él y pienso conservar la ventaja hasta el final. Desde aquí le veo plantarse delante de la ventanilla de información, seguro que la chica no ve más que su coronilla, como en *Tiburón*. Patalea, ese policía tiene nervio. De hecho, ha dado la vuelta enseguida.

Pequeño pero con carácter.

No importa, le vamos a servir la contradicción a domicilio.

Salgo del coche. Voy a echar un vistazo. Lo importante es ser rápido y liquidar el asunto.

18.15 h

Anne se ha dormido. Los vendajes de su cabeza están manchados de productos cicatrizantes, de un amarillo sucio, que dan a su rostro un tono blanco

lechoso, los párpados cerrados parecen inflados con helio, y su boca... Camille visualiza su forma en la memoria, esa línea que habrá que volver a encontrar para dibujarla, pero se interrumpe, la puerta se abre, asoma una mirada, le llaman. Camille sale al pasillo.

El interno es un indio serio, con gafitas y un apellido de sesenta letras en su tarjeta de identificación. Camille debe mostrar de nuevo la placa, que el joven médico estudia detenidamente, pensando sin duda en qué actitud tomar en semejante caso. Los policías son frecuentes en urgencias, pero la Brigada Criminal no tanto.

—Necesito conocer el estado de la señora Forestier —explica Camille señalando la puerta de la habitación—. El juez querrá interrogarla...

Eso es asunto del jefe de servicio, según el interno, que deberá decidir qué es posible y qué no.

—Mmmm... Y cuál es el estado de... ¿En qué estado está?

El médico lleva en las manos unas radiografías

y unas páginas con el diagnóstico, pero no las necesita, se sabe la ficha de memoria: fractura de nariz («limpia», subraya, no necesitará intervención), una clavícula astillada, dos costillas rotas, dos esguinces (muñeca y pie izquierdos), dedos rotos, también limpiamente, un número incalculable de cortes en las manos, los brazos, las piernas y el vientre, y una incisión profunda en la mano derecha que no afecta a ningún nervio, bastará con un poco de rehabilitación. La larga herida en el rostro es algo más problemática, no puede descartarse que quede una cicatriz, y hay también arañazos incontables, aunque las radiografías son categóricas:

—Resulta espectacular, pero la conmoción no ha provocado alteraciones neuropsicológicas o neurovegetativas. Tampoco hay fractura craneal. Necesitará cirugía dental, habrá que colocar alguna férula... Y tampoco es seguro. Eso se verá después del escáner. Mañana.

—¿Sufre? —pregunta Camille—. Se lo pregunto —añade precipitadamente— por lo de la

entrevista con el juez, ya me entiende...

—Sufre lo menos posible. Tenemos cierta experiencia en ese ámbito.

Camille consigue sonreír, balbucea un agradecimiento. El interno le observa de forma extraña, tiene una mirada muy profunda. Qué emoción la de este hombre, parece estar pensando... Como si Camille no le pareciese muy profesional, como si deseara volver a pedirle su acreditación. Pero prefiere apiadarse de él, porque añade:

—Va a hacer falta tiempo para que todo vuelva a su sitio, los hematomas se reabsorberán, quedarán algunas cicatrices, pero la señora... — consulta su nombre en el informe— Forestier está fuera de peligro y no sufre lesiones irreversibles. Diría que el problema principal de esta paciente ya no son las heridas sino el shock. Vamos a mantenerla en observación un par de días. Después... podría necesitar ayuda.

Camille le da las gracias. Debería marcharse, porque ya no tiene nada que hacer ahí, pero no

quiere ni pensarlo. Es incapaz de irse.

Nada útil en el lado derecho del edificio. Mucho mejor a la izquierda. Una salida de emergencia. De hecho, bastante familiar: la puerta es casi igual a la de los aseos de la galería Monier. El tipo de puerta cortafuegos con una gran barra horizontal en el interior que se abre fácilmente desde el exterior con una placa de metal flexible. Uno se pregunta si los ingenieros no la diseñaron para los ladrones.

Pego una oreja a la puerta, en vano, es demasiado gruesa. No importa, habrá que echar un vistazo a cada lado, deslizar la placa entre las dos hojas, abrir e ir a dar a un pasillo. Al final, otro pasillo, unos pasos firmes y voluntariamente ruidosos por si me cruzo con alguien y, de pronto, me encuentro en el fondo del vestíbulo, justo detrás del mostrador de información. Se diría que los hospitales están hechos para los asesinos.

A mano derecha, el plano de evacuación de la

planta. El edificio es complicado, fruto de las muchas ampliaciones, reconstrucciones, reformas..., un rompecabezas para la seguridad. Y más si se tiene en cuenta que nadie mira los planos de la pared, en caso de incendio habría que improvisar y luego vendrían los lamentos, aunque cuando se miran así, en frío... Sobre todo en un hospital. Aunque el personal esté desbordado, uno tiene la impresión de estar en buenas manos, pero frente a un tipo resuelto y armado con una Mossberg de cañón recortado, un buen conocimiento del plano de evacuación resultaría sin duda más útil.

No importa.

Saco el móvil y le hago una foto al plano. Todas las plantas son parecidas, los ascensores y las bocas contra incendios obligan a respetar cierta configuración.

De vuelta al coche. A pensar. Un riesgo mal calculado es precisamente lo que puede hacerte fracasar a pocos centímetros de la meta.

18.45 h

Camille no enciende la luz en la habitación de Anne, se queda sentado en la silla en la penumbra (en los hospitales, las sillas son muy altas) e intenta recuperar la calma. Todo va terriblemente deprisa.

Anne ronca. Siempre ha roncado un poco, depende de la postura. Cuando se da cuenta, se siente confusa. Ahora todo está cubierto de hematomas, pero normalmente se pone muy guapa cuando se ruboriza, tiene casi la piel de una pelirroja, con pecas minúsculas y muy claras que solo salen a la luz si se siente incómoda o en alguna otra circunstancia.

Camille suele decirle:

—No roncas, respiras fuerte, no tiene nada que ver.

Se pone roja y se toca el pelo para recuperar la compostura.

—El día en que pienses que mis defectos son defectos —dice sonriendo—, habrá que romper definitivamente.

Es habitual, por su parte, evocar la separación. Habla sin distinción de los momentos en que están juntos y de aquellos en los que ya no lo estarán, como si entre ambos no hubiese más que una cuestión de matiz. A Camille le alivia ese planteamiento. Un reflejo de viudo, de depresivo. No sabe si sigue siendo un depresivo, pero sigue siendo viudo. Desde que llegó Anne las cosas son menos claras, menos formales. Avanzan juntos en un periodo del que no saben nada, discontinuo, incierto y reconducible.

—Camille, lo siento...

Anne acaba de abrir los ojos. Articula cada palabra con dificultad. A pesar de los labios embotados, los dientes sibilantes, la mano delante de la boca, Camille entiende todo, y de inmediato.

—Pero ¿qué es lo que sientes, amor mío? —pregunta.

Ella señala su cuerpo yacente, la habitación, su

gesto engloba a Camille, el hospital, su vida, el mundo.

—Todo esto...

Su mirada perdida le da ese aire de superviviente que tienen las víctimas de un atentado. Camille le acaricia una mano, pero sus dedos se encuentran con las vendas. Tienes que descansar, ya no te va a pasar nada, estoy aquí. Como si eso sirviera de algo. Por muy agobiado que esté por sentimientos tan personales, los reflejos profesionales salen a la superficie. Y lo que le inquieta es la perseverancia con la que el asesino de la galería Monier ha querido matarla. Hasta el punto de intentarlo en cuatro ocasiones. La tensión del atraco, el círculo vicioso, claro, pero aun así...

—Allí, en la joyería, ¿has visto u oído alguna otra cosa? —pregunta.

Ella no está segura de comprenderle. Balbucea:

—¿Otra cosa... de qué?

No, nada. Él intenta sonreír, sin convicción, y apoya la mano en su brazo. Ahora debe dejarla

dormir. Pero tiene que conseguir que le hable lo antes posible, que le cuente todo, con detalle, quizás haya algo que se le escape. Es necesario saber qué, esa es la clave.

—Camille...

Él se inclina.

—Lo siento...

—Anda... —responde suavemente—, déjalo ya.

Con sus vendas, la carne tumefacta oscureciéndole el rostro y la boca rota, en medio de la penumbra, el aspecto de Anne es horrible. Camille ve pasar el tiempo. Los hematomas, terriblemente hinchados, pasan inadvertidamente del negro al azul, con tonalidades violetas y amarillentas. Lo quiera o no, tendrá que marcharse. Lo que más le duele son las lágrimas de Anne. Brotan como de una fuente. Incluso cuando duerme.

Se levanta. Esta vez está decidido a marcharse.

Aquí, de todas formas, no puede hacer nada más. Cierra la puerta de la habitación cuidadosamente, como si fuera el cuarto de un

niño.

18.50 h

La chica de información está casi siempre hasta arriba de trabajo. Cuando tiene un momento, sale a fumar un cigarrillo. Normal, en los hospitales el cáncer se considera un compañero de trabajo. Cruza los brazos mientras fuma tristemente.

La ocasión de oro. Deslizarse hasta el edificio, abrir la puerta de emergencia y echar una ojeada para verificar que la telefonista no ha vuelto a su puesto. Se la ve de espaldas, allí en la explanada.

Tres pasos, estirar el brazo y pescar la hoja de admisiones. Basta con tender la mano.

Aquí los medicamentos están bajo llave, pero las fichas personales de los pacientes están al alcance de cualquiera. Las enfermeras piensan que el peligro procede de las enfermedades y las medicinas, es lógico, no tienen en cuenta a los

atracadores ocasionales.

Procedencia: Galería Monier — París VIII

Intervención: SAMU LR-453

Hora de llegada: 10.44 h

Paciente: Forestier, Anne

Habitación: 224

Fecha de nacimiento: n. c.

Dirección: Rue de la Fontaine-au-Roi, 26

Traslado: n. c.

FPA: Escáner progr.

Cobertura sanitaria: En espera

Intervención: Gd-11.5

Vuelta al aparcamiento. La mujer enciende otro cigarrillo, me habría dado tiempo a fotocopiar la carpeta entera.

Habitación 224. Segundo piso.

De nuevo en el coche, acaricio, sobre mis rodillas, el cañón de la Mossberg, como a un animal doméstico. Quería averiguar si van a trasladar a la paciente a una unidad especializada

o la van a dejar aquí, pero nada.

Si todavía hay pasta en juego, será mucha. Estas cosas son lo uno o lo otro. Y con toda la preparación que ha sido necesaria no voy a arriesgarme ahora a perderlo todo por falta de concentración.

La foto del plano de evacuación en mi teléfono confirma que nadie tiene la menor idea del conjunto de lo que representa ese edificio, una especie de estrella con ciertas puntas romas. Si se mira por un lado es un polígono, y si se le da la vuelta, como con esos dibujos para niños en los que hay que buscar al lobo, aparece una calavera. No es muy delicado para un establecimiento hospitalario.

Lo importante no es eso. Si mis cálculos no fallan, podré subir a la habitación 224 por la escalera; una vez en la planta, la habitación está a menos de diez metros. Para la salida hay que optar por un recorrido más complejo, para borrar pistas. Subir un piso, atravesar el pasillo, volver a subir, atravesar las habitaciones de neurocirugía, tres

puertas batientes sucesivas, llegar al vestíbulo por el ascensor opuesto, a veinte pasos de la salida de emergencia, y después rodear todo el aparcamiento hasta el coche. Con el espectáculo que se va a montar, a quién se le va a ocurrir buscarme ahí.

Queda la posibilidad de que sea trasladada. En ese caso, será mejor que espere aquí. Conozco el nombre de la paciente, así que lo más seguro es informarse.

Busco y marco el número del hospital.

Marque 1, marque 2, qué coñazo. La Mossberg es mucho más rápida.

19.30 h

Como no ha puesto un pie en el despacho en todo el día, Camille llama a Louis para hacer balance de los casos abiertos. En este momento tienen a un travesti estrangulado, una turista

alemana que sin duda se ha suicidado, un automovilista apuñalado por otro automovilista, un sin techo desangrado en el sótano de un gimnasio, un joven drogadicto rescatado en una alcantarilla del distrito XIII y un crimen pasional cuyo culpable, de setenta y un años, acaba de confesar. Camille escucha, da instrucciones y toma decisiones, pero tiene la cabeza en otra parte. Afortunadamente, Louis continúa ocupándose de lo cotidiano.

Cuando termina, Camille no se ha quedado con casi nada.

Si tuviera que hacer un resumen diría: ¡vaya lío!

Con un poco más de reflexión se daría cuenta de la que ha armado. Ha puesto en marcha un mecanismo difícil de controlar. Le ha hecho trampas a la comisaria con la excusa de un soplón que no tiene, ha mentido a sus superiores, ha dado un nombre falso a la Prefectura de Policía para así poder encargarse de un caso con implicaciones personales...

Peor aún, es el amante de la víctima principal.

Que resulta que también es testigo clave de un caso de atraco violento relacionado con otro atraco con víctimas mortales....

Cuando piensa en esa concatenación de circunstancias, en esa serie catastrófica de decisiones estúpidas, indignas incluso de su experiencia, se queda aterrado. Se siente prisionero de sí mismo. De sus arrebatos. Es un completo idiota porque actúa como si no confiase en nadie, él, que, precisamente, no tiene ninguna confianza en sí mismo. En el fondo, incapaz de ir más allá, se limita a hacer lo que sabe hacer. La intuición, que a veces es lo que le diferencia de los demás, se convierte esta vez en pasión, desmesura, ceguera.

Su actitud resulta más estúpida incluso porque el asunto no es tan difícil de entender. Unos tipos entran a dar un golpe y se cruzan con Anne, que ve sus caras. La golpean y la arrastran hasta la puerta de la joyería por si tuviese la mala idea de fugarse. Cosa que finalmente intenta. El que vigila le dispara y, desprevenido, falla, y cuando quiere

acabar el trabajo, su cómplice se interpone. Es hora de largarse con el botín. En la rue Flandrin se le presenta otra oportunidad, pero sus cómplices se lo impiden de nuevo, y Anne salva su vida.

El encarnizamiento de ese tipo le horroriza, pero se comprende por la tensión del momento, él persigue a Anne porque se ha puesto a tiro.

Con eso queda todo dicho.

Los atracadores deben de estar lejos. Difícil creer que se hayan quedado por aquí. Con un botín como ese pueden ir a cualquier parte, no tienen más que elegir.

Su arresto dependerá de la capacidad de Anne para reconocer al menos a uno. Después, lo clásico. Con los medios de los que disponen y los casos que continúan acumulándose día a día, hay una posibilidad entre treinta de encontrarlos pronto, una entre cien de encontrarlos en un plazo razonable y una entre mil de encontrarlos un día por casualidad o por milagro. En cualquiera de esas situaciones, de alguna manera, el caso está cerrado. Hay tantos atracos actualmente que

cuando no se detiene a los autores enseguida, si son profesionales, tienen muchas garantías de huir para siempre.

Entonces, se dice Camille, lo mejor consiste en dejarlo todo antes de que la historia sobrepase el nivel de Le Guen. Él podría arreglarlo todavía, sin problema. Una mentirijilla más, para él, no es nada, es el comisario jefe, pero si esto llega más allá no habrá nada que hacer. Si Camille se lo explica, Le Guen hablará con la comisaria Michard, quien estará tan encantada de que su jefe le deba un favor, que sin duda algún día se podrá cobrar, que lo considerará una especie de inversión. Hay que pararlo todo antes de que el juez Pereira empiece a inquietarse.

Camille apelará a la tentación, a la cólera, a la ceguera, al error, a nadie le costará reconocerlo en todas esas cualidades.

Su decisión le reconforta.

Pararlo todo.

Que otro se ocupe de encontrar a los atacadores, tiene compañeros muy competentes. Y

así podrá consagrar su tiempo a ayudar a Anne, a cuidarla, que es lo que más va a necesitar.

De hecho, ¿qué iba a hacer él mejor que los demás?

—Mire usted...

Camille se acerca a la recepcionista.

—Dos cosas —dice ella—. El formulario de ingreso que se metió en el bolsillo. Supongo que a ustedes les importa un comino, pero aquí la administración es muy puntillosa, no sé si me entiende.

Camille saca el formulario. Como no tenían el número de la seguridad social, no han rellenado la ficha de ingreso de Anne. La chica señala un cartel desteñido, pegado al cristal con cinta adhesiva y con las esquinas medio rotas, y recita el eslogan:

—«En el hospital, la identidad es la clave de la admisión.» Incluso nos imparten cursillos sobre ese tema, así que comprenderá la importancia del asunto. Parece que las pérdidas se cifran en millones.

Camille le hace una seña para asegurarle que lo

comprende. Tendrá que ir a casa de Anne. Asiente con la cabeza. Ese tipo de cosas le aburren mortalmente.

—Otra cosa —prosigue la recepcionista. Adopta un gesto provocativo, pone cara de niña encantadora, sin conseguirlo—. En cuestión de multas —pregunta—, ¿tiene usted mano, o es mucho pedir?

Mierda de profesión.

Camille, agotado, tiende la mano con hastío. La chica se precipita sobre un cajón. Hay por lo menos cuarenta notificaciones. Sonríe, como si mostrara un trofeo, no tiene un solo diente igual.

—Bueno —dice con tono adulator—. Hoy estoy de guardia pero... no todos los días.

—Entiendo —dice Camille.

Mierda de profesión.

Las multas no caben todas en un bolsillo, las reparte a izquierda y derecha. Cada vez que las puertas de cristal se abren, el aire del exterior le golpea, pero apenas le despierta.

Camille está tan cansado...

No está previsto traslado alguno. Nada antes de un día o dos, dice la chica al teléfono. No voy a pasarme dos días en el aparcamiento. Ya llevo mucho tiempo esperando.

Son casi las ocho de la tarde. Vaya horario para un poli. Se disponía a salir, pero de pronto ha vuelto a entrar, absorto en sus pensamientos, mira las puertas de cristal como si no las viera. Dentro de un instante se marchará.

Ha llegado el momento.

Arranco, aparco en el otro extremo, no hay nadie en esa zona, demasiado alejada de la entrada, al lado de la pared del recinto, a dos pasos de la salida de emergencia por la que podré salir si Dios quiere. Y le interesa querer, porque ya no estoy de humor...

Salir del coche y atravesar el aparcamiento ocultándome tras los vehículos aparcados, llego inmediatamente a la salida de emergencia.

Ya estoy en el pasillo. Nadie.

Al pasar veo de lejos, de espaldas, la silueta del pequeño poli, que continúa rumiando sus pensamientos.

Pronto tendrá otras ocasiones para meditar, porque le voy a propulsar hasta la estratosfera, rapidito.

19.45 h

Mientras abre la puerta de cristal que conduce al aparcamiento, Camille vuelve a pensar en la llamada telefónica de la Prefectura y de pronto toma conciencia de que el azar acaba de señalarle como el ser más cercano a Anne. Evidentemente no es verdad, pero fue a él a quien avisaron, él es el encargado de informar a los otros.

¿Qué otros?, se pregunta. Por mucho que rebusque, no conoce a «los otros» de la vida de Anne. Se ha cruzado con algún compañero de trabajo, recuerda especialmente a una mujer de

unos cuarenta años y poco pelo, con grandes ojos cansados, que caminaba con cuidado y parecía temblar de frío. «Es una compañera...», dijo Anne. Camille intenta acordarse de su nombre. Charras, Charron... El nombre le viene a la mente: Charroi. Cruzaban el bulevar, ella llevaba un abrigo azul, se saludaron con un gesto, una sonrisa, a Camille le pareció conmovedora. Anne volvió la cabeza. «Una auténtica arpía...», susurró, sonriendo.

Siempre llama a Anne al móvil. Antes de dejar el hospital, busca el número fijo de su trabajo. Son las ocho de la tarde pero nunca se sabe. Una voz de mujer:

—Ha llamado a Wertig & Schwindel. Nuestro horario...

Camille siente una subida brusca de adrenalina. Por un instante ha creído que era la voz de Anne. Eso le ha conmovido porque ya vivió la misma circunstancia con Irène. Un mes después de su muerte, llamó por error a su propia casa, y le recibió la voz de su mujer: «Hola, ha llamado al

teléfono de Camille e Irène Verhoeven. Ahora no podemos...». Fulminado, se echó a llorar.

Debe dejar un mensaje. Balbucea: les llamo para decirles que Anne Forestier... ha sido hospitalizada, no podrá (¿qué?) ir a trabajar... no ahora, un accidente..., no es grave, bueno, sí (¿cómo explicarlo?), les llamará lo antes posible..., si puede. Un mensaje lioso, confuso. Cuelga.

La irritación consigo mismo crece como una marea imparable.

Se da la vuelta, la recepcionista le mira con cara divertida.

20.00 h

Ya he llegado al rellano.

A la derecha, la escalera. Todo el mundo prefiere el ascensor, nunca hay nadie en la escalera. Sobre todo en los hospitales, donde uno

debe ahorrar fuerzas.

La Mossberg tiene un cañón de poco más de cuarenta y cinco centímetros. Con una culata de pistola, cabe sin dificultad en el gran bolsillo interior del impermeable. Eso obliga a caminar un poco rígido, con aire de robot, muy estirado, porque hay que mantener el arma contra el muslo. Pero es inevitable si se quiere estar dispuesto a disparar o a salir corriendo. O las dos cosas. Sea como sea, lo importante es ser preciso. Y decidido.

El pequeño policía ha bajado. Ella está sola en su habitación. Si todavía no se ha marchado, desde abajo va a oír el jaleo, y tendrá que subir sí o sí para cumplir con su trabajo. No apostaría mucho por su futuro.

Llegada al primero. Pasillo. Atravesar el edificio hasta la escalera del lado opuesto. Subir al segundo.

Es la ventaja de los servicios públicos: hay tanto trabajo que nadie se fija en ti. En el pasillo hay familias angustiadas, amigos impacientes que

entran y salen de las habitaciones de puntillas, como en una iglesia. La institución intimidada, las enfermeras atareadas van y vienen sin que nadie se atreva a dirigirles la palabra.

El pasillo está libre. Una auténtica avenida.

La habitación 224 está al fondo, la situación ideal para un mejor reposo. En cuestión de reposo, vamos a echar una buena manita.

Camino hacia la habitación.

Hay que abrir la puerta con precaución, una escopeta recortada cayendo brutalmente al suelo en un pasillo de hospital hace saltar las alarmas de inmediato y la gente acude sin pensar. El picaporte gira con la suavidad de la seda, planto el pie derecho en el umbral, paso la Mossberg de una mano a la otra, el impermeable se abre ligeramente. Ella está tumbada en la cama, desde la entrada diviso los pies, como los de un muerto, inmóviles, abandonados, y si me inclino un poco veo el cuerpo entero.

¡Joder, cómo tiene la cara!

Hay que ver cómo la dejé.

Duerme con la cabeza ladeada, babea, sus párpados están hinchados como ostras, no es el tipo de chica que uno se ligaría. Me viene a la mente la expresión «no levantar cabeza». Una imagen muy ajustada. La suya parece un bloque, como una caja de zapatos, son sin duda las vendas, aunque el color de la piel, sin ir más lejos, es impresionante. Como pergamino. O lona. Y completamente abotargada. Si tenía alguna cita en la agenda, va a tener que posponerla.

Permanecer en el umbral y, sobre todo, mostrar la escopeta.

No he venido con las manos vacías.

A pesar de que la puerta se ha abierto completamente, continúa durmiendo. Mira tú qué bien, se molesta uno en venir y lo reciben así. Por lo general, los heridos graves son como los animales, sienten las cosas. Se despertará, es cuestión de segundos. Instinto de conservación. Sus ojos verán el arma, ya se conocen, son casi amigos.

En cuanto nos vea, a mí y a la Mossberg, se

quedará aterrada. A la fuerza. Se revolverá, se incorporará sobre la almohada, sacudirá la cabeza de derecha a izquierda.

Y empezará a gritar.

En condiciones normales, tal y como tiene las mandíbulas, no debería ser capaz de armar un discurso correcto. Todo lo que conseguirá bramar será «uuueee» o quizás «uueeoo», en fin, algo de ese estilo, pero en vez de ser clara pondrá todas sus esperanzas en el volumen, un alarido de terror que atraerá a todo el personal. Si llega a suceder, antes de que la cosa se ponga seria, le haré una señal para que se calle, chiss, con el índice pegado a los labios, chiss. Continuará gritando como una descosida. Chiss, esto es un hospital, ¡joder!

—¿Señor?

En el pasillo, justo detrás de mí.

Una voz, bastante lejana.

No hay que volverse. Hay que seguir erguido, rígido.

—¿Busca algo...?

Aquí nadie se fija en nadie, pero cuando llevas una escopeta de caza, enseguida se te pega una celosa funcionaria a la espalda.

Levantar la mirada hacia el número de la habitación, como quien se da cuenta de su error, la enfermera no está muy lejos. Y sin girarse, articular con voz balbuceante:

—Me he equivocado...

La sangre fría, esa es la clave. Para dar un atraco o hacer una visita de cortesía a una paciente en urgencias, la sangre fría es esencial. Mentalmente vuelvo a visualizar el plano de evacuación. Hay que llegar a la escalera y subir un piso, después es justo a la izquierda. Será mejor acelerar, porque si me volviera ahora tendría que sacar la Mossberg, disparar y privar a la sanidad pública de una enfermera, como si les sobrase personal; desataría una locura. Pero en primer lugar es necesario cargar. Nunca se sabe.

El problema es que para introducir un cartucho en la recámara hay que colocar las dos manos delante. Y además, un arma de este tipo hace un

ruido muy especial, muy metálico. En el pasillo de un hospital resonará de una manera inquietante.

—Los ascensores están ahí...

Al oír el ruido del arma, la voz se interrumpe de golpe, dejando lugar a un silencio ansioso. Una voz joven, fresca pero inquieta, como abatida en pleno vuelo.

—¡Señor!

Ahora que la escopeta está lista, basta con tomarse tiempo y ser metódico. Lo importante es permanecer de espaldas. El impermeable deja adivinar la rigidez del arma, como si caminase con una pierna ortopédica. Doy tres pasos, el impermeable se entreabre, una fracción de segundo que deja a la vista el extremo del cañón de la Mossberg, prodigiosamente furtivo, como un rayo de luz o el reflejo del sol en un trozo de cristal. Casi nada, indefinible, y además, cuando solo se han visto armas en el cine, es muy difícil relacionarlo con lo que se acaba de ver. Está claro que ha visto algo, aunque duda, podría ser eso, no, imposible, sin embargo...

El tiempo de que la enfermera se percate...

El hombre se volvió, tenía la cabeza gacha, dijo que se había equivocado, se ajustó el impermeable, fue hasta la escalera... En lugar de bajar, subió. No, no creo que huyese, en ese caso habría bajado. Y esa rigidez... Qué raro. No podría asegurarlo. ¿Qué sería? Así, a primera vista, parecía una escopeta. ¿Aquí? ¿En el hospital? No. No puede ser. Corrí a la escalera...

—Señor..., ¿señor?

20.10 h

Hora de marcharse. Camille es un policía de servicio, no puede actuar como un vulgar enamorado. ¿Se imaginan a un detective pasando la noche al pie de la cama de la víctima? Ya ha hecho bastantes idioteces por hoy.

Justo. El móvil vibra: es la comisaria Michard. Vuelve a meter el aparato en el bolsillo, se dirige

a la recepcionista y levanta la mano para despedirse. Ella le responde con un guiño y una pequeña seña con el índice, invitándole a acercarse. Camille piensa en hacer como que no la entiende, pero se acerca, es el efecto del agotamiento, no queda mucha resistencia. Aparte de las multas, ¿qué más va a pedirme?

—¿Ya nos vamos? No se acuesta uno pronto, siendo policía...

Debe de haber algún tipo de doble intención porque sonrío con todos sus dientes irregulares. Perder el tiempo para escuchar esto. Expira profundamente, finge sonreír, él también necesita dormir. Ya ha dado tres pasos cuando:

—Ha habido una llamada, pensé que le gustaría saberlo...

—¿Cuándo?

—Hace un rato... Sobre las siete.

Y antes de que Camille pregunte:

—Era su hermano.

Nathan. Camille no lo conoce, pero ha oído su voz varias veces en el contestador de Anne, una

voz febril, apresurada y joven, se llevan más de quince años. Anne se ocupó mucho de él, está muy orgullosa, es investigador en una especialidad impenetrable, la fotónica, la nanociencia o algo así, el tipo de disciplina de la que Camille no entiende ni el nombre.

—Y no muy amable para ser el hermano. Escuchándole, una se alegra de ser hija única.

La idea estalla en el cerebro de Camille: ¿cómo se ha enterado de que estaba en el hospital?

Se da cuenta de pronto, se precipita hasta la portezuela, la empuja, pasa al otro lado del mostrador de recepción, la recepcionista no necesita que le haga la pregunta para responder.

—Una voz de hombre, y... —Ophélie abre mucho los ojos— ¡bastante directo!: «Forestier... Sí, claro, Forestier, ¿cómo quiere que se escriba? ¿Con dos efes?» —adopta un tono desagradable, autoritario—. «¿Qué es lo que tiene exactamente? ¿Qué dicen los médicos?» —su imitación se torna grosera—. «¿Cómo que no se sabe?» —voz atónita, casi escandalizada...

—¿Algún acento?

La recepcionista niega con la cabeza. Camille mira a su alrededor. Se le ocurrirá algo, lo sabe, espera a que se efectúen las conexiones neuronales, es solo cuestión de segundos...

—¿Una voz joven?

Ella frunce el ceño.

—No muy joven... Diría que unos cuarenta años. En mi opin...

Camille no escucha el resto. Echa a correr, atropellando a todo el mundo a su paso.

Llega a la escalera, da un empujón a la puerta del descansillo, que se cierra violentamente a su espalda. Ya está subiendo, tan deprisa como le permite la longitud de sus piernas.

20.15 h

A juzgar por el ruido de sus pasos, el hombre ha subido un piso, cree la enfermera. Veintidós años,

el cráneo casi afeitado y un aro en el labio inferior, un aspecto provocador que no concuerda para nada con su interior, toda ternura, en la vida real es casi demasiado buena, y amable, increíble. Después oye el ruido de la puerta, piensa, duda, el hombre puede estar en cualquier sitio, en el pasillo, en la planta de arriba, puede volver a bajar, o por el contrario cruzar neurocirugía y después, para localizarlo...

¿Qué hacer? Primero debería asegurarse, no dar la voz de alarma así como así, es decir, sin estar segura... Vuelve a entrar en el cuarto de enfermeras. No, no es posible, nadie entra en un hospital con una escopeta. ¿Qué podría ser? ¿Una prótesis? Algunos visitantes vienen con ramos de gladiolos del tamaño de un brazo, ¿es temporada de gladiolos? Se ha equivocado de habitación, eso es lo que ha dicho.

Desconfía un poco. En la facultad asistió a un seminario sobre mujeres maltratadas, sabe que los maridos son tenaces, muy capaces de perseguir a sus esposas hasta el hospital. Se da la vuelta y

echa un vistazo a la 224. La paciente no hace más que llorar, todo el rato, cada vez que entra en la habitación está llorando, no para de pasarse la mano por la cara, sigue la línea de sus labios, habla ocultando su boca con el dorso de la mano. La han encontrado dos veces delante del espejo del baño aunque apenas puede mantenerse en pie.

De todas formas, piensa mientras se aleja, ¿qué podía llevar ese hombre debajo del impermeable? (eso es lo que le preocupa), era como el palo de una escoba, pero en el instante en que se abrió el impermeable... vio algo como acero inoxidable o metal. ¿Qué podría parecerse tanto al cañón de una escopeta? Una muleta, quizá.

Está inmersa en sus reflexiones cuando, al otro extremo del pasillo, aparece el policía, el pequeño, el que está aquí desde primera hora de la tarde —no llega al metro sesenta, calvo, bonito rostro pero serio, no sonrío—. Viene corriendo como un loco, casi la empuja, abre la puerta de la habitación, se precipita dentro como si fuese a tirarse sobre la cama y exclama:

—¡Anne, Anne!...

Cualquiera lo entiende... Es policía pero, al verlo así, se diría que es su marido.

La paciente se muestra muy agitada. Gira la cabeza en todos los sentidos y, ante la salva de preguntas, levanta una mano que parece decir: deja de gritar. El policía repite:

—¿Estás bien? ¿Estás bien?

Tengo que pedirle que se calme. La paciente deja caer el brazo sobre la sábana y me mira. Está bien...

—¿Has visto a alguien? —pregunta el policía

—. ¿Ha entrado alguien? ¿Lo has visto?

Su voz es grave, angustiada. Se vuelve hacia mí.

—¿Ha entrado alguien?

Tengo que decirle que sí, bueno, no exactamente, no...

—Alguien se ha equivocado de planta, un hombre, abrió la puerta...

No escucha la respuesta, se vuelve de nuevo hacia la paciente, la mira fijamente, ella mueve la cabeza, como si perdiese el hilo de sus

pensamientos. No dice nada, simplemente niega con la cabeza. No ha visto a nadie. Ahora, se hunde en la cama, sube las sábanas hasta el mentón y llora. Claro, el pequeño policía la ha asustado con sus preguntas. Está más nervioso que una pulga. Intervengo.

—¡Señor, esto es un hospital!

Asiente, pero está claro que está pensando en otra cosa.

—Además, el horario de visitas ha terminado.

Se endereza:

—¿Por dónde se ha ido?

Y como no respondo con la suficiente rapidez, repite:

—Ese tipo, el que se ha equivocado de habitación, ¿por dónde se ha ido?

Le tomo el pulso a la paciente y digo:

—Por la escalera, allí...

Ya me da completamente igual, lo que me interesa es la paciente. De los maridos celosos, que se ocupe otro.

Sale disparado como una liebre sin dejarme

acabar la frase. Le oigo precipitarse por el pasillo hacia la puerta y coger la escalera, imposible saber si sube o baja.

Y esa historia de la escopeta, ¿la habré soñado?

La escalera de hormigón resuena como una catedral. Camille se agarra a la barandilla, baja los primeros escalones. Y se detiene.

No, si fuese él, subiría.

Media vuelta. No son escalones estándar, deben de tener medio centímetro más de lo normal, al décimo te cansas, al vigésimo estás agotado. Sobre todo Camille, con sus piernas cortas.

Llega a la planta de arriba sin aliento y duda. Si fuera él, ¿subiría otro piso? ¿Sí? ¿No? Se concentra. No, saldría aquí, al descansillo. En el pasillo, Camille tropieza con un médico que exclama:

—¡Pero bueno!

Tiene el tiempo justo de verlo, sin edad definida, con la bata planchada (todavía se

distinguen los pliegues), el cabello uniformemente blanco, se ha detenido, los dos puños en los bolsillos, con aire alarmado al ver aparecer a ese tipo tan nervioso...

—¿Se ha cruzado usted con alguien? —exclama Camille.

El médico inspira, adopta una postura de dignidad y prepara su réplica.

—¡Un hombre, joder! —grita Camille—. ¿Se ha cruzado usted con un hombre?

—No... Eh...

A Camille no le parece suficiente, se vuelve, abre la puerta como si quisiera arrancarla, regresa a la escalera y después al pasillo, primero a la derecha, luego a la izquierda, sin aliento. Nadie. Vuelve sobre sus pasos, corre, algo le dice (la fatiga quizá) que no va por buen camino. En cuanto se empieza a pensar eso, se corre con más lentitud, aunque le resultaría imposible acelerar, porque Camille llega al final del pasillo, un ángulo recto, y se topa con una pared con un armario eléctrico cuya puerta, de dos metros de alto, está abarrotada

de símbolos que indican lo mismo: «Peligro de muerte». Gracias por la información.

La maestría consiste en salir igual que como se ha llegado.

Es lo menos sencillo, se necesita fuerza, concentración, vigilancia, lucidez, cualidades raras en un mismo hombre. En los atracos, que son algo parecido, siempre es al final cuando se corre más riesgo de meter la pata. Uno llega con intenciones pacíficas, se enfrenta a cierta resistencia y, si falta la calma, se encuentra disparando a la muchedumbre con un calibre 12 y dejando tras de sí una carnicería debida tan solo a una pequeña falta de sangre fría.

Pero la vía estaba libre hasta el final. Exceptuando a un matasanos, plantado en la escalera, qué demonios estaría haciendo allí, no había nadie.

En la planta baja hay que salir a paso rápido. La gente puede tener la prisa que quiera, pero no se

corre en un hospital, así que cuando aceleras el paso te siguen con la mirada, pero estoy fuera antes de que nadie tenga tiempo de reaccionar. Y, de hecho, ¿reaccionar a qué?

Justo a la derecha, el aparcamiento. El aire fresco sienta bien. Mantener la Mossberg bien derecha bajo el impermeable, no vamos a comenzar a asustar a los pacientes, estar en urgencias ya es suficiente mal trago. Además, el ambiente aquí es bastante tranquilo.

Arriba, en cambio, la cosa debe de estar que arde. El canijo andará olisqueando la atmósfera, hocico al aire como los sabuesos, intentando entender qué ha pasado.

Y la enfermera no debe de estar muy segura..., ¿una escopeta? Sí, claro, ¿y qué más?

Se lo comenta a las compañeras, ¿estás de coña?, ¿una escopeta? Sí, venga ya...

Y llegarán las bromas, ¿qué bebes cuando estás de guardia, qué te has fumado?

Otra dice: de todas formas, deberías comentárselo a...

Y todo eso es tiempo más que de sobra para atravesar el aparcamiento, llegar al coche, subir, arrancar tranquilamente, unirse a la fila de coches que abandonan el hospital y en tres minutos estar en la calle. Giro a la derecha, semáforo en rojo.

Podré disparar desde aquí.

Y si no, será justo después.

Cuando uno está decidido...

Camille se siente vencido, pero de todos modos ha acelerado el paso.

Esta vez ha elegido el ascensor, para poder recuperar el aliento. Si estuviese solo, daría un puñetazo en la pared. Se contenta con inspirar profundamente.

Al llegar al vestíbulo, confirma su análisis de la situación. La sala de espera está llena, pacientes, personal, conductores de ambulancia que no dejan de entrar y salir. A su derecha un pasillo da a la salida de emergencia, otro a la izquierda desemboca en el aparcamiento.

Y esa no es más que una de las siete u ocho posibilidades de abandonar el edificio sin llamar la atención.

¿Interrogar a quién? ¿Tomar declaraciones, testimonios? ¿Declaraciones de quién? En lo que se tarda en hacer llegar a un equipo, dos tercios de los pacientes serán reemplazados por otros nuevos.

Se abofetearía a sí mismo.

A pesar de todo, sube a la planta y entra en el cuarto de enfermeras. La chica de los labios hinchados, Florence, está consultando un registro. ¿Su compañera? No, no lo sabe, dice sin levantar la vista. Pero Camille insiste:

—Tenemos mucho trabajo —responde ella.

—Razón de más, no debe de estar lejos.

Cuando quiere contestar, Camille ya ha salido. Da vueltas por el pasillo, asoma la cabeza en cuanto se abre la puerta de una habitación, entrará en los aseos de señoras si es necesario, en el estado en que se encuentra nadie podrá detenerle, pero no hace falta, porque la chica aparece.

Tiene un aire contrariado, se pasa la mano por el cráneo afeitado, Camille la dibuja en la cabeza, muy regular, esa tonsura da a su rostro un aspecto muy frágil, parece impresionada pero engaña, es una chica sólida. Su primera respuesta lo confirma. Habla mientras camina, así que Camille se ve obligado a correr a su lado:

—¿Ha oído usted su voz?

—No mucho, solo le he oído disculparse.

Pero correr así, al lado de una joven en el pasillo de un hospital para intentar obtener la información que necesita sin falta para salvar la vida de la mujer que ama, es demasiado para Camille. Agarra a la chica del brazo, obligándola a detenerse y a mirar hacia abajo para encontrar su mirada, en la que se lee su determinación, reforzada por una voz tranquila, grave y enérgica:

—Voy a tener que pedirle que se concentre, señorita...

Camille lee el nombre escrito en su placa: «Cynthia». Otros padres locos por las series de televisión.

—Ahora debe concentrarse, Cynthia. Porque necesito saberlo todo...

Y ella lo cuenta: el hombre ante la puerta abierta que se da la vuelta, con la cabeza gacha, sin duda por la confusión, un impermeable, sus andares un tanto rígidos... Después cuenta que se ha dirigido a la escalera y que un hombre que huye no sube, sino que baja, es evidente, ¿no?

Camille suspira y dice sí, claro, es evidente.

21.30 h

—Está al caer...

Al responsable de seguridad no le gusta eso. Primero, es tarde, y ha tenido que volver a vestirse. Una noche de partido, además. Ha sido gendarme, cejas bastante pobladas, vientre prominente, sin cuello, iracundo, adicto a la carne. Para ver la grabación de las cámaras necesita una autorización. Firmada por el juez. En regla.

—Por teléfono me dijo usted que ya la tenía...

—No —contesta Camille con seguridad—. Le dije que la tendría.

—No es lo que yo he entendido.

Testarudo. En general, Camille negocia, pero esta vez no tiene ganas ni tiempo de andarse con rodeos.

—¿Y qué es lo que ha entendido? —pregunta.

—Pues que tenía usted una or...

—No —le corta Camille—, no le estoy hablando de la orden judicial, le estoy hablando del tipo que ha entrado en su hospital con una escopeta de caza. ¿Qué ha comprendido de eso? ¿Ha comprendido que ha subido a la segunda planta para volarle la cabeza a una de sus pacientes? ¿Y que si se hubiese topado con alguien en su camino, sin duda habría disparado a mansalva? ¿Y que si vuelve y provoca una masacre será su cabeza la primera que caiga y tendrá que ponerse a régimen?

De todas formas, son las cámaras que cubren la entrada a las urgencias, hay pocas posibilidades

de que el hombre, si existe, haya pasado por allí, no es idiota. Si existe.

De hecho, en la franja horaria en la que podía encontrarse allí no hay nada de particular. Camille vuelve a verificarlo. El responsable de seguridad no puede estarse quieto y suspira con fuerza para manifestar su disconformidad. Camille se inclina sobre la pantalla, contempla el flujo de ambulancias, de vehículos del SAMU y particulares, gente que entra y sale, heridos, sin herir, caminando o corriendo. Nada destacable que pueda servir de ayuda.

Se levanta y se va. Vuelve de nuevo, pulsa el botón, expulsa el DVD y se larga.

—¿Me toma por imbécil? —vocifera el responsable—. ¿Y la autorización?

Camille le hace un gesto: nos ocuparemos más tarde.

Ya está de vuelta en el aparcamiento. En su lugar, se dice mientras observa los alrededores, yo saldría por un lado. Por la salida de emergencia. Se inclina sobre la puerta para verla de cerca.

Tiene que sacar las gafas. No hay marcas de que la hayan forzado.

—Cuando sale usted a fumar fuera, ¿quién la reemplaza?

La pregunta es obligada. Camille ha vuelto a recepción, ha caminado hasta el fondo del recibidor y a mano izquierda ha encontrado, como por azar, el pasillo que lleva a una salida de emergencia.

Ophélie sonríe con sus dientes amarillos.

—No tenemos suplente para las bajas por maternidad, ¿no nos lo van a poner para las pausas-cáncer!

¿Pasó por aquí o no?

Al volver al coche, escucha sus mensajes.

«¡Aquí Michard! —tono seco—. Llámeme. En cualquier momento, no tengo hora. Dígame dónde está. Y, de todas formas, tendré su informe mañana por la mañana a primera hora, ¿verdad?»

Camille se siente solo, muy solo.

23.00 h

La noche, en los hospitales, es algo especial. Hasta el silencio parece en suspenso. Aquí, en urgencias, las camillas no dejan de recorrer los pasillos, se oyen gritos, a veces lejanos, voces, pasos precipitados, timbres...

Anne consigue dormirse pero con un sueño agitado, lleno de golpes y sangre, nota bajo su mano el cemento de la galería Monier, vuelve a sentir con una exactitud hiperrealista la lluvia de cristales cayendo sobre ella, revive el choque contra el escaparate y el ruido de las detonaciones a su espalda, jadea, la joven enfermera del aro en el labio duda si despertarla. Pero no vale la pena, al final de la película Anne siempre se despierta sobresaltada, se incorpora gritando. Delante de ella tiene la imagen del hombre que se ajusta el pasamontañas a la cara, seguida de la culata de la escopeta en primer plano, dispuesta a aplastarle el pómulo.

En sus sueños, con la punta de los dedos, Anne se toca la cara, encuentra puntos de sutura, después los labios, busca sus dientes, encuentra encías, trozos de dientes rotos que sobresalen, como brotes.

Quería matarla.

Va a volver. Quiere matarla.

Día 2

6.00 h

No ha dormido en toda la noche. Doudouche tiene un sexto sentido para las emociones.

Al terminar la jornada, Camille tuvo que pasar por el despacho para liquidar todo lo que no había tenido tiempo de hacer, volvió agotado y se acostó en el sofá completamente vestido. Doudouche se acurrucó a su lado y no se movieron el resto de la noche. No le puso comida, lo olvidó, pero ella no se quejó porque entendía que estaba preocupado. Ahora ronronea. Camille se sabe de memoria los delicados matices de su ronroneo.

Hace no mucho tiempo este tipo de noches, en blanco, tensas, nerviosas o deprimentes, eran

noches para Irène. Con ella. Removía su vida anterior y sus dolorosas imágenes. No había tema más importante que la muerte de Irène. No había otro tema.

Camille se pregunta qué es lo que lleva peor hoy, si su preocupación por Anne, el espectáculo de su rostro, sus dolores o precisamente que todos sus pensamientos se dirijan hacia ella, inevitablemente, al cabo de los días, de las semanas. Hay cierta vulgaridad en el hecho de pasar así de una mujer a otra, se siente víctima de algo muy banal. Nunca pensó en rehacer su vida, pero su vida está rehaciéndose por su cuenta, casi a su pesar. Y aun así, lo que permanece, quizás indeleble, son las desgarradoras imágenes de Irène. Resisten a todo, al tiempo, a las nuevas relaciones. Bueno..., a la nueva relación, porque solo ha tenido una.

Ha aceptado a Anne porque, como ella misma dice, solo está de paso. También tiene sus propios duelos y no quiere ningún proyecto. Pero, incluso sin proyecto, se ha instalado en su vida. Y en la

sempiterna distinción entre el que ama y el que es amado, Camille no sabe qué lugar ocupa.

Se conocieron en primavera. A principios de marzo. Habían pasado cuatro años desde la pérdida de Irène y dos desde su vuelta a la superficie, sin vitalidad pero con vida. Llevaba la típica existencia sin riesgos y sin deseos de los hombres con vocación solitaria. Un hombre de su talla no encuentra mujeres tan fácilmente, y no importaba, tampoco las echaba de menos.

Pero las primeras veces siempre tienen algo de milagroso.

Anne, que no suele enfadarse, solo ha montado un escándalo en un restaurante una vez en su vida (lo jura con la mano en el corazón y una sonrisa que desarma), y tuvo que ser aquel día, en Chez Fernand, mientras Camille terminaba de cenar dos mesas más allá. Y la discusión acabó convirtiéndose en trifulca.

Hubo daños, insultos, platos y demás vajilla tirados por los aires, cubiertos rodando por el suelo, clientes que se levantaban y pedían sus

abrigo, llamaron a la policía, el dueño, Fernand, vociferaba que los desperfectos iban a ser astronómicos. Anne, de pronto, dejó de gritar. Al contemplar la escena, le entró un ataque de risa.

Su mirada se cruzó con la de Camille.

Camille cerró los ojos durante un instante, inspiró fuerte, se levantó sin prisas y sacó su placa. Comandante Verhoeven, Brigada Criminal.

Como salido de la nada. Anne dejó de reír, le miró con inquietud.

—¡Ah, qué casualidad! —exclamó el dueño.

Y después dudó.

—Eh..., ¿ha dicho usted criminal?

Camille asintió con la cabeza, cansado. Agarró del brazo al dueño y lo llevó aparte.

Y dos minutos más tarde salió del restaurante en compañía de Anne, que no sabía si reírse, sentirse aliviada, dar las gracias o preocuparse. Era libre y, como todo el mundo, no tenía muy claro qué hacer con su libertad. Camille comprendió que, en ese instante, como lo haría cualquier mujer, se estaba preguntando sobre la naturaleza de la deuda

que acababa de contraer. Y sobre cómo reembolsarla.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó por fin.

—Que estaba usted detenida.

Mentía. En realidad le había amenazado con una redada semanal. Hasta que se viese obligado a cerrar por falta de clientela. Abuso de poder de manual. Aquello le daba vergüenza, pero el tipo no tenía más que haber servido unos profiteroles aceptables.

Anne se olió la mentira, pero le hizo gracia.

Cuando al final de la calle se cruzaron con el vehículo policial que se dirigía a Chez Fernand, ella le regaló su mejor sonrisa, la devastadora, la de los hoyuelos profundos y las minúsculas arrugas bajo sus ojos verdes... De pronto, en la cabeza de Camille, la cuestión de la deuda comenzó a pesar demasiado. De modo que, al llegar a la boca de metro, zanjó la cuestión:

—¿Va a entrar usted?

Anne reflexionó.

—Prefiero un taxi.

A Camille le pareció perfecto. En cualquier caso, él habría elegido lo contrario. Se contentó con un gesto de la mano a modo de despedida, adiós, y bajó los escalones con falsa lentitud, porque en realidad descendió lo más rápidamente posible y desapareció.

Se acostaron al día siguiente.

Cuando Camille salió de la comisaría, al final del día, Anne lo estaba esperando abajo, en la acera. Fingió que no la había visto, siguió su camino hasta el metro, pero, cuando se volvió, Anne seguía en el mismo lugar, tranquilamente. La maniobra le hizo sonreír. Había caído en la trampa.

Fueron a cenar. La clásica velada. Decepcionante incluso, si no hubiese planeado por encima de ellos ese halo de ambigüedad que tenía que ver con la famosa deuda y que convertía la circunstancia en excitante y penosa a la vez. Por lo demás, lo habitual en una cita entre una mujer y un hombre de cuarenta y cincuenta años. Trataron de minimizar sus fracasos sin ocultarlos del todo,

evocando sus heridas sin exhibirlas, mencionando lo menos posible. Camille le contó lo esencial, en tres palabras, sobre Maud, su madre...

—Estaba pensando que... —dijo Anne.

Y ante la mirada interrogativa de Camille:

—He visto alguno de sus lienzos —dudó—. ¿En Montreal?

Camille se sorprendió de que conociese la obra de su madre.

Anne recordó su vida en Lyon, su divorcio; había abandonado todo y bastaba con mirarla para comprender que aquello estaba lejos de haber terminado. A Camille le supo a poco. ¿Qué hombre? ¿Qué marido? ¿Qué historia? La eterna curiosidad masculina sobre la intimidad de las mujeres.

Le preguntó si quería darle ya una bofetada al dueño o si podía pedir la cuenta. La risa de Anne fue lo que inclinó completamente la balanza. Tan femenina.

Camille, que no había tocado a una mujer desde tiempos inmemoriales, no tuvo que hacer nada.

Anne se tumbó sobre él y el resto vino solo, sin una palabra, al mismo tiempo muy triste y muy feliz. Fue amor, vamos.

No se volvieron a ver. Bueno, un poco de vez en cuando. Como si se tocaran con la yema de los dedos. Anne es auditora, pasa la mayor parte del tiempo visitando agencias de viajes y supervisando la organización, las cuentas, todas esas cosas que Camille no entiende en absoluto. Nunca pasa más de dos días a la semana en París. Esas salidas, esas ausencias, esos retornos, daban a sus encuentros una dimensión caótica, imprevisible, la sensación de encontrarse siempre por casualidad. Así que en ese momento no se sabía en qué tipo de relación se habían embarcado, estaba por ver. Salían, cenaban, se acostaban, crecía y crecía.

Camille busca en qué punto fue consciente del lugar que esa relación ocupaba en su vida. No lo recuerda.

Pero la llegada de Anne le distanció de la muerte de Irène, de esa página que quema. Se

pregunta si el nuevo ser capaz de vivir sin Irène ha aparecido por fin en él. Olvidar es inevitable. Pero olvidar no es sanar.

Hoy se encuentra electrizado por lo que le ha sucedido a Anne. Se siente responsable no de la circunstancia, no pudo hacer nada, sino del desenlace, que depende de él, de su voluntad, de su determinación, de su competencia, algo que le abruma.

Doudouche ha dejado de ronronear y duerme profundamente. Camille se levanta, la gata se echa a un lado lanzando un suspiro de descontento. Va hasta el secreter, donde conserva un «cuaderno de Irène»; los había a montones, no queda más que este, el último, los otros los tiró una noche de cólera, de desánimo. Un cuaderno plagado de imágenes de ella, Irène en una mesa, levantando el vaso y sonriendo, dormida, pensativa, Irène una y otra vez. Lo deja de nuevo. Esos cuatro años sin ella han sido los más difíciles, los más desdichados de su vida, y a pesar de todo no puede dejar de considerarlos los más interesantes,

los más vibrantes. No se ha alejado de su pasado. Es el pasado el que se ha vuelto (busca las palabras) ¿más tenue?, ¿más discreto?, ¿saldado? Como los restos de una suma que no se ha realizado. Anne no tiene nada que ver con Irène, son dos galaxias diferentes, a años luz la una de la otra, pero que tienden hacia un mismo punto. Lo que las separa es que Anne está allí mientras que Irène se ha marchado.

Camille recuerda que Anne también estuvo a punto de marcharse, pero volvió. Era agosto. Muy tarde. Ella está de pie frente a la ventana, desnuda, pensativa, los brazos cruzados. Dice: «Se acabó, Camille», sin volverse siquiera hacia él. Después se viste sin decir palabra. En las novelas, con un minuto basta. En la realidad, una mujer desnuda tarda un tiempo enorme en volver a vestirse. Camille permanece sentado, no se mueve, como un hombre al que ha sorprendido una tormenta, resignado.

Y ella se va.

Camille no ha dicho una sola palabra, lo

entiende. Su marcha no provoca un cataclismo, sino un profundo hundimiento y un dolor sordo. Lamenta esa huida, pero la comprende porque pensaba que era inevitable. Su talla hace que sufra a menudo complejos de inferioridad. Permanece así mucho tiempo, y después se mueve por fin, se tumba en el sofá, debe de ser medianoche.

Nunca sabrá qué fue lo que ocurrió en ese instante.

Anne se ha marchado hace más de una hora y él, de repente, se levanta, camina hasta la puerta sin la menor duda y, empujado por una certidumbre inexplicable, la abre. Anne está sentada en la escalera, en el primer escalón, de espaldas a él, con las rodillas entre los brazos.

Después de unos segundos se pone en pie, pasa a su lado sin tocarle, entra en el piso, se acuesta completamente vestida sobre la cama y se vuelve contra la pared.

Llora. Camille ha visto a veces hacer eso a Irène.

6.45 h

El edificio, desde fuera, no tiene mal aspecto, pero una vez dentro se comprueba lo abandonado que está. La fila de buzones de aluminio a punto de dar su último suspiro parece presa de la desolación. En el último pone: «Anne Forestier, sexto», escrito a mano, con su letra rabiosa, con la e y la erre apretadas la una contra la otra al final de la etiqueta, para no salirse, de tal manera que son prácticamente ilegibles.

Camille abandona el minúsculo ascensor.

No han dado las siete cuando llama a la puerta de enfrente con tres golpes discretos.

La vecina abre enseguida, como si hubiera estado esperando su llegada con la mano en el pomo. La señora Roman, la propietaria del piso. Reconoce a Camille de inmediato. Es la ventaja de su altura, nadie le olvida. Suelta la mentira preparada.

—Anne se ha tenido que marchar precipitadamente... —imita la sonrisa benévola del amigo lúcido y paciente, en busca de complicidad—. Tan deprisa que, claro, se ha olvidado de la mitad de las cosas.

Ese «claro», de factura muy machista, gusta mucho a la vecina. La señora Roman es una soltera que está a punto de jubilarse, con cara de pepona, como una niña envejecida prematuramente. Cojea un poco, está mal de la cadera. Por lo poco que ha visto Camille, es terriblemente ordenada y metódica hasta en el menor de los detalles.

Entrecierra los ojos con aire cómplice, se vuelve y entrega la llave a Camille:

—Espero que no sea nada grave.

—No, no, no... —sonríe mucho—. Nada grave —muestra la llave—. Me la quedo hasta que regrese...

Imposible saber si es una aseveración, una pregunta o una petición; la vecina duda y Camille aprovecha para hacer un gesto de agradecimiento.

La cocina americana brilla como un espejo. En el pequeño apartamento no hay nada fuera de su sitio. Las chicas y la limpieza, piensa Camille, qué obsesión... Un salón doble cuya segunda parte sirve de dormitorio, el sofá se transforma en una cama de dos plazas, muy hundido en el centro, una fosa en la que dar vueltas toda la noche hasta acabar durmiendo el uno encima del otro. No tiene más que inconvenientes. Y una librería con un centenar de ejemplares de bolsillo cuya elección escapa a toda lógica, fundamentalmente baratijas que a Camille le parecieron la primera vez bastante corrientes. El conjunto ofrece una impresión un poco triste.

—Tenía muy poco dinero. No me quejo —respondió Anne, incómoda.

Quiso excusarse, y ella le cortó de inmediato.

—Fue lo que pude rescatar del divorcio.

Cuando dice cosas serias, Anne te mira de frente, con una expresión casi de desafío, parece dispuesta a cualquier tipo de enfrentamiento.

—Al dejar Lyon no me llevé nada, todo está comprado aquí, todo de segunda mano. Ya no quería nada. Ya no quiero nada. Más tarde, quizá, pero ahora estoy muy bien así.

El lugar es transitorio. Palabra de Anne. El apartamento es transitorio, su relación es transitoria. Seguramente por eso están bien juntos. Añade:

—Lo que más tiempo lleva, después de un divorcio, es hacer limpieza.

Y dale con el asunto de la limpieza.

La ropa azul de urgencias recuerda una camisa de fuerza, así que Camille ha decidido llevarle algunas prendas. Cree que eso le levantará la moral. Piensa incluso que, si todo va bien, podrá salir a caminar al pasillo y bajar al quiosco de prensa de la planta baja.

Se había hecho una pequeña lista mental, pero ahora que está allí no se acuerda de nada. Sí, el chándal violeta. De pronto, la cadena asociativa se pone en marcha: unas zapatillas, las de correr, estas, no hay duda, usadas, todavía hay arena en

las suelas. Después es más difícil, ¿qué más llevar?

Camille abre el pequeño armario: para ser una chica, no está tan lleno. Unos vaqueros, piensa, ¿cuáles? Coge unos. Camisetas, jerséis, todo parece complicado. Abandona, introduce lo que ha encontrado en una bolsa de deporte, algo de ropa interior, sin mirar.

Y la documentación.

Luego avanza hasta la cómoda. Colgado encima, un espejo bastante picado que debe de datar de la construcción del edificio y en cuya esquina Anne ha colocado una foto: Nathan, su hermano. Apareta unos veinticinco años, un chico de físico banal, sonriente y reservado. Quizá porque Camille sabe dos o tres cosas de él, piensa que en esa foto tiene un rostro soñador, como sobrepasado por los acontecimientos. Es científico. Al parecer es un poco desorganizado, tiene incluso bastantes deudas y Anne le ayuda a salir a flote. Como una madre. «De hecho, eso es exactamente lo que soy», dice. Siempre le ha

ayudado. Sonríe, como si fuese una anécdota, pero se nota que está preocupada por él. El apartamento, los estudios, el ocio, se diría que Anne lo ha financiado todo, y resulta difícil averiguar si se felicita por ello o lo lamenta. En la fotografía, Nathan está en una plaza, podría ser Italia, hace sol y la gente está en camisa.

Camille abre la cómoda. El cajón derecho está vacío. En el izquierdo hay algunos sobres espachurrados, uno o dos tickets de ropa, de restaurantes, y sobre todo folletos que llevan el sello de la agencia de viajes, pero nada de lo que busca, ni la tarjeta sanitaria ni la de la mutua, que debían de estar en su bolso. En la parte de abajo hay ropa de deporte. Retrocede. Se esperaba nóminas, extractos bancarios, facturas de agua, de teléfono. Nada. Se da la vuelta. Su mirada se encuentra con la estatuilla, la «cuchara de la nadadora», la talla de una joven en madera oscura, tumbada boca abajo, con su peinado de mechones triangulares. Y un culo antológico. Se la regaló Camille. Del museo del Louvre. Anne y él habían

ido a contemplar todo lo que había expuesto de Da Vinci; Camille se lo explicó con detalle, en ese tema es intratable, enciclopédico; y en la tienda se encontraron con aquella muchacha que había salido ilesa de la dinastía XVIII egipcia, con su trasero de curvas mitológicas.

—Te lo juro, Anne, tienes exactamente el mismo.

Ella sonrió, era su forma de decir que ya le gustaría, pero gracias. Camille, en cambio, estaba seguro. Ella se preguntó si era sincero o no. Él se inclinó hacia ella, insistente.

—Sin duda.

Antes de que Anne pudiera reaccionar, se la compró. Por la noche procedió a la comparación como un experto, al principio Anne se reía mucho, después gimió, y después..., ya saben. Más tarde Anne lloró, a veces llora después de hacer el amor. Camille cree que debe de ser también para hacer limpieza.

Y precisamente, pegada a la pared, la figurilla parece castigada, un espacio vacío la separa de

los DVD que Anne guarda en ese estante. La mirada de Camille efectúa un amplio barrido semicircular. Es un dibujante excepcional gracias a su sentido de la observación, y su conclusión no se hace esperar.

Alguien ha entrado en ese apartamento.

Eso explica lo del cajón, está vacío porque ha sido registrado al milímetro. Camille inspecciona la cerradura de la puerta de entrada. Nada. Así que son ellos, han encontrado la dirección de Anne y la llave del apartamento en su bolso, el que se llevó el atracador al dejar la galería Monier.

¿Es el mismo hombre que entró en el hospital o son varios y se reparten las tareas?

Las proporciones que adquiere esta cacería tienen algo de absurdo. Ese empeño en perseguir a Anne parece fuera de lugar dadas las circunstancias. Hay algo que se nos escapa, se repite Camille. Algo que no hemos visto, que no hemos comprendido.

Gracias a la documentación personal que han conseguido aquí, probablemente lo saben todo de

ella, dónde encontrarla, los lugares en los que puede refugiarse. Lo saben todo.

Seguirle el rastro y encontrarla se convierte en un juego de niños.

Matarla, en un ejercicio de estilo.

No puede hablar de esta visita con la comisaria. Excepto si confiesa que conoce a Anne íntimamente y que ha mentado desde el principio. Ayer no era más que una duda. Hoy, solo una sospecha. Pero ante la jerarquía será indefendible. Aunque haga venir a los técnicos de la científica, con gente como la que ha entrado aquí no encontrarán nada, ni una huella, nada.

De todas formas, Camille ha entrado en el piso sin orden judicial, sin autorización, ha entrado porque contaba con los medios para obtener la llave, porque ella le ha encargado buscar sus papeles de la seguridad social, la vecina puede atestiguar que la visita regularmente y desde hace tiempo...

La suma de sus mentiras empieza a agrandarse peligrosamente. Pero no es eso lo que más miedo

le da a Camille.

Es saber que Anne está luchando por su vida. Y que él no puede hacer nada para ayudarla.

7.20 h

—No es ninguna molestia, nunca.

Si alguien para quien trabajan les responde algo parecido por teléfono a las siete de la mañana, no lo duden, es un peligro público. Sobre todo si ese alguien es comisario.

Camille empieza a relatar.

—¿Y el informe? —corta la comisaria.

—En camino.

—¿Y bien?

Camille vuelve a empezar, busca las palabras, intenta parecer técnico. La testigo está hospitalizada y todo apunta a que el atracador se ha presentado en el hospital, ha subido a su habitación y ha intentado volarle la cabeza.

—Un momento, comandante, no lo entiendo — pronuncia despacio cada palabra, como si su inteligencia golpease contra un muro infranqueable —. Esa testigo, la señora Foresti, dice...

—Forestier.

—Como quiera. Dice que no ha visto entrar a nadie en su habitación, ¿verdad? —no le deja tiempo de responder, no está preguntando nada—. Por su parte la enfermera cree haber visto a alguien pero no está segura. Entonces, ¿qué? En primer lugar, ese *alguien*, ¿quién es? E incluso si se tratara del atracador, a fin de cuentas, ¿ha estado o no ha estado allí?

No hay de qué arrepentirse. Le Guen, en su lugar, habría reaccionado igual. Desde que Camille pidió hacerse cargo del caso, todo parece volverse en su contra.

—¡Le digo que estuvo! —afirma Camille—. La enfermera creyó ver una escopeta.

—Oh —prosigue la comisaria con tono de admiración—. ¡Formidable! *Creyó ver...* Entonces, dígame, ¿el hospital ha presentado

alguna denuncia?

Camille sabe, desde el principio de la conversación, cómo va a terminar. A pesar de todo lo intenta, pero no quiere enfrentarse a su jefa. Ella no ha llegado a ese puesto por casualidad. Y su amistad con Le Guen, aunque le haya servido para hacerse con el caso prácticamente por la fuerza, no lo protegerá durante mucho más tiempo, incluso le perjudicará.

Camille siente cierto hormigueo en las sienes, un golpe de calor.

—No, no hay denuncia —no perder los nervios, mostrarse paciente y moderado, explicativo, convincente—, pero le aseguro que el tipo ese ha estado allí. No ha tenido reparos en irrumpir en un hospital con una escopeta. La enfermera habla de un arma que podría parecerse a la repetidora utilizada en el atraco y...

—*¿Que podría parecerse...?*

—*¿Por qué no quiere creerme?*

—Porque sin denuncia, sin elementos tangibles, sin testigos, sin pruebas, sin nada palpable, me

cuesta un poco imaginar que un simple atracador se presente en un hospital para asesinar a una testigo. ¡Por eso!

—¿Un *simple* atracador? —Camille se queda sin voz.

—Vale, reconozco que es bastante brutal, pero...

—¿*Bastante* brutal?

—Bueno, comandante, ¡deje usted de repetir todo lo que digo añadiéndole énfasis! ¡Me pide usted protección policial para esa testigo como si se tratase de un arrepentido de camino al tribunal!

Camille abre la boca. Demasiado tarde.

—Le concedo un agente. Dos días.

La respuesta es de una bajeza singular. No conceder a nadie sería equivocarse en caso de que hubiera algún incidente. Pero ofrecer un agente para detener a un asesino armado es como colocar un biombo para detener un tsunami. Con la salvedad de que, tal y como ella lo ve, la comisaria lleva toda la razón.

—¿Qué peligro puede representar para esos

hombres la señora Forestier, comandante Verhoeven? Ha sido testigo de un atraco, que yo sepa, ¿no de un atentado! Deben de saber que la han herido pero no matado y, en mi opinión, seguramente se están felicitando por ello.

Es lo evidente desde el principio.

¿Qué es lo que falla?

—Y su soplón, entonces, ¿cómo dice que se llama?

El eterno misterio: ¿cómo tomamos nuestras decisiones? ¿En qué momento somos conscientes de lo que hemos decidido? Imposible decir en qué medida el inconsciente actúa en la respuesta de Camille, lanzada como un rayo.

—Mouloud Faraoui.

Hasta él se ha quedado con la boca abierta.

Como en una atracción de feria, siente casi físicamente el giro que acaba de tomar al pronunciar ese nombre, una curva cerrada que le conduce directamente a un muro.

—¿Está en libertad?

Y antes de que Camille pueda agarrar la

pregunta al vuelo:

—Y, además, ¿qué coño hace metido en esto?

Buena pregunta. Los gánsteres siempre se especializan. Los atracadores, los camellos, los desvalijadores, los falsificadores, los estafadores, los chantajistas..., cada uno vive en su esfera. Y la especialidad de Mouloud Faraoui es el proxenetismo, por lo que sorprende que se involucre en un atraco.

Camille lo conoce de refilón, está demasiado arriba para hacer de chivato. Se han cruzado alguna vez. Un tipo extremadamente violento, que se ha hecho un hueco a base de terror y al que se atribuyen varios asesinatos. Es hábil, peligroso, fue imposible atraparlo durante mucho tiempo. Hasta que cayó por un asunto en el que no estaba implicado, una trampa: treinta kilos de éxtasis descubiertos en su coche, con sus huellas. El tipo de golpe bajo que no perdona. Se desgañó diciendo que era la bolsa que utilizaba para ir al gimnasio, pero acabó en chirona con una cólera capaz de arrasar el planeta.

—¿Qué? —pregunta Camille.

—¡Faraoui! ¿Qué demonios hace metido en esta historia? Y antes que nada, ¿es uno de sus soplones? No lo sabía...

—No, no es mi primo... Es más complicado, se trata de un asunto a tres bandas, verá...

—No, no veo nada, ese es el problema.

—Deje que me ocupe y se lo cuento.

—¿Que... *se ocupe*?

—Bueno, ¡no va usted a repetir todo lo que digo poniéndole énfasis!

—¡¿Se está quedando conmigo?!

Michard ha gritado e inmediatamente después ha tapado el auricular con la mano, Camille escucha un «perdón, mi niña» balbuceante, pronunciado en voz baja, que lo deja confundido. ¿Esa mujer tiene hijos? ¿De qué edad? ¿Una niña? Por su voz se diría que le ha hablado a una niña. La comisaria vuelve a la conversación con tono más suave, pero la tensión es cada vez más palpable. Los ruidos al otro lado del teléfono indican que está cambiando de cuarto. Hasta entonces Camille la irritaba, pero

ahora algo poderoso, sometido a una intensa presión, estalla en su voz aunque las circunstancias la obliguen a susurrar:

—¿De qué va exactamente su historia, comandante?

—Primero, no es *mi* historia. Y para mí también son las siete de la mañana. Mi mayor interés es explicarle todo, pero debe dejarme tiempo para...

—Comandante... —silencio—. No sé qué andará haciendo. No comprendo qué está haciendo —ni rastro de nerviosismo, la comisaria habla como si acabase de cambiar de tema, lo que de alguna manera es cierto—, pero quiero su informe esta misma noche, ¿queda claro?

—No hay problema.

Lo ha dicho con suavidad, pero Camille está empapado. Le recorre la espalda un sudor muy especial, febril y frío, que no había vuelto a sentir desde el día en que corrió en busca de Irène, el día que murió. En aquella ocasión fue obstinado, pensó que lo haría mejor que nadie... No, ni siquiera pensó. Actuó como si fuese el único que

podía hacerlo y se equivocó: cuando la encontró, Irène estaba muerta.

¿Y Anne?

Dicen que las mujeres abandonan a los hombres siempre de la misma forma, eso es lo que le da miedo.

8.00 h

Los turcos no saben lo que se han perdido. Dos enormes sacos repletos de joyas. Incluso contando con lo que se llevará el perista, podrían pesar la mitad y no importaría. Todo va por buen camino. Y, con un poco de suerte, me queda otro paquete por embolsarme.

Si está todavía.

Y si no está, va a correr la sangre.

Para saberlo, para quedarse tranquilo, es necesario ser metódico. Y constante.

Mientras tanto... que se haga la luz: ¡a leer!

Le Parisien. Página 3.

«Saint-Ouen: incendio...»

¡Genial! Al otro lado de la calle. Le Balto. Un café, cargado. Cigarrillo. Café y pitillo, la buena vida. El café aquí es de muy baja calidad, parece el de una estación, pero son las ocho de la mañana y no vamos a ponernos en plan divo.

Abrir el periódico. Redoble de tambor.

SAINTOUEN

Espectacular y misterioso incendio: dos muertos.

Un incendio de grandes dimensiones se declaró ayer, sobre las doce, en la zona de Chartiers, tras una explosión de gran violencia. Los bomberos de Saint-Ouen se presentaron inmediatamente para sofocar las llamas, que destruyeron varias naves y garajes. Recordemos que esta zona, destinada a acoger la futura Área de Reacondicionamiento Urbano, permanece

abandonada en su práctica totalidad, razón por la cual un incendio de tal amplitud resulta muy sospechoso.

Entre los escombros de uno de los almacenes destruidos por el fuego, los investigadores hallaron los restos de un todoterreno Porsche Cayenne y dos cuerpos totalmente carbonizados. Fue en ese mismo lugar donde se desencadenó la explosión: se han encontrado trazas de una gran cantidad de Semtex. A partir de los fragmentos de los componentes electrónicos recogidos, los especialistas creen que el explosivo pudo detonarse a distancia mediante un teléfono móvil.

Dada la magnitud del siniestro, el reconocimiento de las dos víctimas se prevé particularmente difícil. Todos los elementos hacen pensar en un asesinato cuidadosamente preparado para impedir cualquier identificación. Los forenses intentarán determinar si las víctimas estaban vivas o

muertas en el momento de la explosión...

Asunto resuelto.

«Los forenses intentarán determinar...» ¡Tiene gracia! Acepto apuestas. Y si la poli llega hasta los oscuros hermanos Yildiz, que no figuran en ningún archivo, dono su parte a los huérfanos del Cuerpo.

Se aproxima la hora; vía de circunvalación, salida Porte Maillot, carril auxiliar, Neuilly-sur-Seine.

Qué bien viven los burgueses. Si fueran menos gilipollas, casi tendría ganas de ser uno de ellos. Aparco a dos pasos del liceo, niñas de trece años que llevan ropa que cuesta trece veces el salario mínimo. De vez en cuando uno lamenta que la Mossberg no esté reconocida como instrumento de igualdad social.

Dejo atrás el liceo, giro a la derecha. La casa es más pequeña que sus vecinas, el jardín más modesto y, sin embargo, por las manos del propietario de este lugar pasa cada año, en botines

de robos y atracos, lo suficiente para construir un rascacielos en la Défense. Es un tipo desconfiado, escurridizo, que cambia sin cesar su modo de actuar. Seguro que ha mandado a un encargado a recoger los dos sacos de joyas en la consigna de la estación del Norte.

Un sitio para recoger el botín, otro para tasarlo, un tercero para negociar.

Y cobra muy cara la seguridad de la transacción.

9.30 h

Camille está deseando interrogarla. ¿Qué vio exactamente en la galería Monier? Pero mostrarle su auténtico grado de preocupación es admitir que está en peligro, asustarla, añadir angustia a su dolor.

A pesar de ello, está obligado a insistir.

—¿Pero qué? —grita Anne—. ¿Visto qué?

¿Qué?

La noche no le ha valido para descansar, está más agotada aún que el día anterior. Se muestra extremadamente nerviosa, siempre a punto de llorar, se advierte en la vibración de su voz, aunque se expresa con un poco más de claridad que la víspera y las sílabas se distinguen mejor.

—No lo sé —dice Camille—. Lo que sea.

—¿Qué?

Camille se encoge de hombros.

—Solo para asegurarnos, ¿entiendes?

No, Anne no lo entiende. Pero acepta pensar, inclina la cabeza para observar a Camille desde otro ángulo. Él cierra los ojos, cálmate, ayúdame.

—¿No les oíste hablar?

Anne no se inmuta, él no está seguro de que haya entendido la pregunta. Después hace un gesto evasivo, imposible de interpretar, Camille se inclina sobre ella.

—Serbio, creo...

Camille da un salto.

—¿Cómo que serbio? ¿Conoces palabras

serbias?

Es francamente escéptico. Cada vez se encuentra con más eslovenos, serbios, bosnios, croatas, kosovares, llegan a París por oleadas, pero, aunque se los ha cruzado, nunca ha sido capaz de diferenciar sus lenguas.

—No, no estoy segura...

Y renuncia, abandona y se deja caer pesadamente sobre la almohada.

—Espera, espera —insiste Camille—, es importante...

Anne vuelve a abrir los ojos y articula con dificultad:

—*Kraj*..., creo.

Camille no cree lo que está oyendo, es como si de pronto descubriese que la secretaria del juez Pereira domina el japonés.

—¿*Kraj*? ¿Eso es serbio?

Anne asiente, pero no parece estar muy segura.

—Quiere decir «para».

—Pero... Anne, ¿cómo sabes eso?

Anne cierra los ojos, como para hacerle ver lo

mucho que le cuesta tener que repetirlo todo.

—He viajado durante tres años por países del Este.

Imperdonable. Se lo ha contado mil veces. Quince años de experiencia en viajes internacionales. Antes de ocuparse de la gestión, organizaba estancias en casi todos los destinos del mundo. Y especialmente en países del Este, excepto en Rusia. Desde Polonia hasta Albania.

—¿Hablaban todos serbio?

Anne se contenta con negar, pero es necesario que lo explique, a Camille siempre hay que explicarle todo.

—Oí una sola voz... En el baño. El otro no sé...
—articula mal pero se entiende lo que dice—
Camille, no estoy segura...

Pero para él se confirma el escenario: el que grita, el que coge las joyas, el que empuja a su cómplice es el serbio. Y el que se encarga de la vigilancia, Vincent Hafner.

Es él quien golpeó a Anne, quien llamó al hospital, quien subió a la habitación. Sin duda el

que entró en su apartamento. Y él no tiene acento.

La recepcionista no lo duda.

Vincent Hafner.

Anne pide unas muletas para ir hasta el escáner. Y para entender lo que quiere, hace falta tiempo. Camille traduce. Ha decidido ir a pie. Los celadores levantan la mirada al techo y se disponen a llevársela sin contemplaciones, pero ella empieza a gritar, se suelta violentamente y se sienta en la cama con los brazos cruzados. No y no.

Esta vez todo el mundo lo entiende, sin lugar a dudas. Llega la enfermera de la planta, Florence, con sus gruesos labios de pez, segura de sí misma—sea razonable, señora Forestier, vamos a llevarla al escáner, al piso de abajo, será muy rápido—, y se marcha sin esperar respuesta; toda su conducta tiene por objetivo mostrar que está hasta arriba de trabajo y que nadie le va a tocar las narices con niñerías que... Pero antes de que salga

por la puerta de la habitación oye la voz de Anne, asombrosamente clara, con las sílabas borrosas pero un mensaje nítido: ni hablar, o voy a pie o me quedo aquí.

La enfermera vuelve sobre sus pasos. Camille intenta defender a Anne, pero Florence le fusila con la mirada —además, ¿quién es este tipo?—. Camille da un paso atrás y se pega a la pared; en su opinión, ella acaba de echar por tierra la única oportunidad de encontrar una solución simple y pacífica. Ahora veremos.

La planta empieza a vibrar, surgen cabezas por las puertas del resto de habitaciones, las enfermeras intentan restablecer el orden —entren en sus cuartos, no hay nada que ver—, y claro, llega el interno, el indio con el apellido de ochenta letras, se ve que está allí a todas horas, sus guardias deben de ser tan largas como su patronímico y le deben de pagar lo que a la mujer de la limpieza, normal, es indio. Se acerca a Anne. La escucha atentamente y, mientras inclina la cabeza hacia ella, examina sus heridas. Esa

paciente, en ese estado, pinta mal, pero no tiene nada que ver con lo que le espera dentro de unos días, la evolución de esa clase de hematomas es bastante terrible. Intenta que entre en razón con voz dulce. Antes que nada la ausculta, pero nadie comprende lo que hace porque el escáner no espera y la hora es la hora. Él, en cambio...

La enfermera se impacienta, los celadores esperan en tensión. El interno termina su auscultación y después sonríe a Anne y pide unas muletas. Sus compañeros se sienten traicionados.

Camille observa la silueta de Anne, sostenida por las muletas y agarrada por los hombros por un celador a cada lado.

Avanza lentamente pero avanza. De pie.

10.00 h

—Esto no es un anexo de la comisaría...

Un despacho en un indescriptible desorden.

Como se trata de un cirujano, uno espera que su cabeza esté mejor amueblada.

Dainville, Hubert, jefe del servicio de Traumatología. Se han cruzado el día anterior en la escalera de emergencia cuando Camille perseguía a su fantasma. Con las prisas, no le puso edad. Hoy, tiene cincuenta años. Fácil. Su pelo blanco tienen un rizado natural, se nota que es un orgullo para él, el irresistible emblema de su virilidad avejentada; no es un peinado, es una actitud ante el mundo. Manos de manicura. El tipo de hombre que lleva camisas azules con cuello blanco y que se coloca un pañuelo en la chaqueta. Un viejo donjuán. Habrá intentado tirarse a la mitad del personal y seguro que atribuye a su encanto éxitos que son solo fruto de la probabilidad. Su bata sigue impecablemente planchada pero él ha perdido por completo la cara de imbécil que tenía en la escalera. Al contrario, parece autoritario. De hecho, habla con Camille mientras hace otra cosa, como si el asunto estuviese resuelto y no tuviera tiempo que perder.

—Yo tampoco —dice Camille.

—¿Cómo?

El doctor Dainville levanta la cabeza, el ceño fruncido. Le hiere no entender algo. No está acostumbrado. Deja de rebuscar entre sus papeles.

—Digo que yo tampoco tengo tiempo que perder —prosigue Camille—. Ya veo que está usted muy ocupado, y resulta que yo tampoco me puedo quejar de falta de trabajo. Usted tiene sus responsabilidades, yo las mías.

Dainville tuerce el gesto. La argumentación no le convence demasiado y vuelve a sus impresos administrativos. Pero el pequeño policia permanece en la puerta, sin comprender que la entrevista ha terminado.

—Esa paciente necesita descanso —exclama por fin—. Ha sufrido un traumatismo muy severo —entonces mira fijamente a Camille—. Su estado es un milagro, podría estar en coma. Podría haber muerto.

—También podría estar en su casa. O en el trabajo. O podría incluso estar de compras, sí. El

problema es que se ha cruzado en el camino de un tipo que tampoco tenía tiempo que perder. Un tipo como usted. Que pensaba que sus razones eran mejores que las de los demás.

Dainville levanta bruscamente la mirada hacia Verhoeven. Con ese género de hombres, se establece de inmediato una rivalidad, pura cabellera blanca erguida sobre espolones de gallo. Lamentable. Y belicoso. Mira a Camille por encima del hombro.

—Sé muy bien que la policía cree que puede campar a sus anchas, pero estas habitaciones no son salas de interrogatorio, comandante. Esto es un hospital, no un campo de maniobras. Se dedica usted a corretear enloquecido por los pasillos, asustando al personal...

—¿Cree que corro por los pasillos para hacer deporte?

Dainville corta la discusión con un gesto.

—Si esa paciente representa un peligro, para ella o para el centro, trasládela a un lugar más seguro. En caso contrario, déjenos hacer nuestro

trabajo en paz.

—¿Cuántas plazas tienen en la morgue?

Dainville, sorprendido, mueve ligeramente la cabeza con un gesto seco. De nuevo ese lado gallito.

—Se lo pregunto —continúa Camille— porque mientras no podamos interrogar a esa mujer, el juez no ordenará traslado alguno. Usted no opera sin estar seguro, nosotros tampoco. Y nuestro problema se parece mucho al suyo. Cuanto más tarde intervenimos, más serios son los daños.

—No comprendo esas metáforas tuyas, comandante.

—Seré más claro. Es posible que esté buscándola un asesino. Y si me impide trabajar y provoca una masacre en su hospital, tendrá usted un doble problema. Una morgue sin sitio suficiente y, puesto que su paciente está en condiciones de responder a nuestras preguntas, una denuncia por obstrucción a la labor policial.

Es curioso este Dainville, funciona como un interruptor: la corriente pasa o no pasa. No hay

término medio. Llega un momento en el que, de golpe, pasa. Mira a Camille, divertido, con una sonrisa muy sincera, de dientes igualados, alineados a la perfección, una porcelana de buena calidad. Porque al doctor Dainville le gusta la resistencia, es brusco, altivo, descortés, pero adora los problemas. Agresivo, incluso pendenciero, en el fondo le gusta perder. Camille ha conocido montones de hombres así. Te aplastan y, cuando estás en el suelo, te tienden la mano.

Tiene un lado femenino, quizá por eso es médico.

Se miran. Dainville es un hombre inteligente, que siente las cosas.

—Bueno —dice Camille con calma—. ¿Qué hacemos, concretamente?

10.45 h

—No me van a operar —suelta ella.

Camille necesita unos segundos para digerir la información. Le gustaría alegrarse, pero elige la prudencia.

—Bien... —contesta con tono animado.

Las radiografías y el escáner confirman lo que el joven interno le dijo el día anterior. Necesitará cirugía dental, pero lo demás curará solo. Seguramente quedará alguna cicatriz cerca de la boca, pero sobre todo la de la mejilla izquierda. ¿Qué quiere decir *alguna*? ¿Varias? ¿Visibles? Anne se contempla en el espejo, sus labios están tan destrozados que es difícil adivinar qué permanecerá y qué desaparecerá. En cuanto a la cicatriz de la mejilla, como está cubierta de puntos de sutura es imposible adivinarlo.

Cuestión de tiempo, ha dicho el interno.

El rostro de Anne dice claramente que piensa lo contrario. Y precisamente tiempo, a Camille tampoco le queda mucho.

Ha venido para transmitirle un mensaje fundamental. Están solos en la habitación.

Espera unos segundos y después se lanza:

—Espero que puedas reconocerlos...

Anne esboza un gesto vago que puede significar muchas cosas.

—El que te disparó, me dijiste que era bastante... ¿Cómo era?

Resulta ridículo intentar hacerle hablar ahora. Los de Identificación empezarán desde cero, insistir de esta forma puede ser hasta contraproducente. Y sin embargo:

—Seductor —dice Anne.

Anne articula aplicadamente. Camille se precipita:

—¿Qué? ¿Cómo que seductor?

Anne mira a su alrededor. Camille no cree lo que ve: acaba de dibujar una especie de sonrisa. Llamémoslo una sonrisa, para abreviar, porque sus labios solo se han recogido sobre los tres dientes rotos.

—Seductor... como tú...

Durante la agonía de Armand, Camille tuvo en varias ocasiones la misma impresión: a la menor mejoría, uno cae del lado del optimismo más

firme. Anne está bromeando, un poco más y Camille correría a exigir el alta. La esperanza es asquerosa.

Le gustaría responder en el mismo tono, pero le ha pillado desprevenido. En el tiempo que tarda en balbucear algo, Anne ya ha cerrado los ojos. Ahora está menos seguro de su lucidez, de si comprende lo que acaba de decir. Abre la boca, pero le interrumpe el móvil de Anne, que empieza a vibrar en la mesilla. Camille se lo tiende. Nathan.

—No te preocupes —responde de entrada Anne, cerrando los ojos.

Adopta el tono paciente de la hermana mayor, ligeramente desbordada, que acostumbra. Camille entreoye la voz del hermano, insistente, febril.

—Ya te lo he contado en mi mensaje...

Anne se esfuerza más en hablar con normalidad que con Camille. Quiere hacerse entender, pero sobre todo tranquilizar a su hermano, calmarlo.

—No hay nada más —añade, casi contenta—. Y no estoy sola, no te preocupes.

Alza la mirada en dirección a Camille. Parece un tipo insoportable, ese Nathan.

—¡Que no! Oye, tengo que ir a hacerme una radiografía, te vuelvo a llamar. Sí, yo también.

Apaga el móvil y se lo entrega a Camille suspirando.

Él aprovecha, porque su intimidación no va a durar mucho tiempo. Su mensaje fundamental:

—Anne..., no debería ocuparme de tu caso, ¿lo entiendes?

Lo entiende. Responde «mmm...» meneando la cabeza. Eso quiere decir sí.

—¿Lo entiendes de verdad?

Mmmm... Mmmm... Camille suelta aire, se libera de la presión, por su bien, por el de ella, por los dos.

—Me he precipitado un poco, sabes. Y además...

Le sostiene la mano, la acaricia con la yema de los dedos. La mano de él es más pequeña, pero masculina, muy venosa; Camille siempre tiene las manos muy calientes. Para no aterrorizarla,

necesita elegir bien qué contarle.

No decirle: el atracador que te ha dejado así se llama Vincent Hafner, es muy violento, ha intentado matarte y estoy seguro de que lo volverá a hacer.

Sino más bien: estoy aquí, estás protegida.

Evitar: mis superiores no me creen pero, si tengo razón, está loco y no le teme a nada.

Preferir: lo encontraremos pronto y todo habrá terminado. Para eso es necesario que nos ayudes a reconocerlo. Si puedes.

Olvidarse de: vamos a ponerte un policía en la puerta durante el día, es totalmente inútil porque, te lo aseguro, mientras este tipo esté en libertad, corres peligro. Nada lo detendrá.

No mencionar: la entrada de esos tipos en su apartamento, el robo de la documentación, el plan que han puesto en marcha para encontrarla. Ni los medios de los que dispone Camille, casi inexistentes. En gran parte, por su culpa.

Decir: todo irá bien, no te preocupes.

—Lo sé...

—Me ayudarás, Anne, ¿verdad? ¿Me vas a ayudar?

Anne asiente con la cabeza.

—No digas a nadie que nos conocemos, ¿de acuerdo?

Anne dice sí. Sin embargo, en su mirada hay un brillo de desconfianza. Una nube de malestar flota por encima de ellos.

—El agente de fuera, ¿por qué está ahí?

Lo ha visto en el pasillo al entrar Camille. Él levanta las cejas. Normalmente miente con un aplomo impresionante, pero ahora actúa con la torpeza de un niño de ocho años. Es el tipo de hombre que pasa de lo mejor a lo peor sin transición.

—Es...

Una sola sílaba basta. Para alguien como Anne, esa sílaba ni siquiera es necesaria. Hay algo en la mirada de Camille, un milisegundo de duda, que ella aprovecha.

—¿Crees que va a volver?

Camille no tiene tiempo de reaccionar.

—¿Me estás ocultando algo?

Camille titubea solo un segundo, pero cuando quiere responder que no, Anne ha comprendido ya que sí. Lo mira fijamente. Él lamenta ser tan inútil y la soledad de ambos en un momento en el que deberían apoyarse el uno al otro. Anne mueve la cabeza y parece preguntarse: ¿qué va a ser de mí?

—Entonces..., ha venido —dice por fin.

—Honestamente, no lo sé.

No es la manera de responder de un hombre que, honestamente, no lo sabe. Anne empieza a temblar de inmediato. Primero los hombros, los brazos, su rostro palidece, mira la puerta, la decoración de la habitación, como si acabaran de anunciarle que ese lugar será el último que vea; imagínense que alguien les enseña su lecho de muerte. Torpe como nunca, Camille añade a la confusión:

—Aquí estás segura.

Es igual que si la hubiese insultado.

Ella vuelve la cabeza hacia la ventana y se echa a llorar.

Lo más urgente ahora es que descanse. Que recupere fuerzas, toda la energía de Camille se enfoca en ese fin. Si ella no reconoce a nadie en las fotos, la investigación tomará un camino que llevará directo al precipicio. Si les ofrece un hilo del que tirar, solo el primero, Camille se siente con suficientes fuerzas para rebobinarlo todo.

Y acabar con esto. Pronto.

Siente vértigo, como si hubiese bebido más de la cuenta, su epidermis crepita, un poco como si la realidad bailara a su alrededor.

¿En qué se ha metido?

¿Cómo acabará todo?

12.00 h

El técnico de Identificación tiene un apellido polaco, unos le llaman Krystkowiak, otros

pronuncian Krystoniak, solo Camille lo dice bien: Krysztofiak... Un tipo con tupé y aspecto de roquero nostálgico. Transporta su material en una pequeña maleta con refuerzos de aluminio.

El doctor Dainville les ha concedido una hora, pensando que tendrían tiempo de sobra. Camille sabe que serán cuatro. El técnico, con más de un millar de sesiones a sus espaldas, sabe que pueden llevar seis horas. Y llegar hasta dos días.

Dispone de un archivo con varios centenares de fotos, debe realizar una severa selección. La finalidad es no enseñar demasiado, porque al cabo de un rato todas las caras se parecen y la prueba resulta inútil. Ha mezclado entre muchas la de Vincent Hafner y las de otros tres tipos que han sido cómplices suyos. Ya se verá. Y todo lo que el fichero contiene de serbios y similares.

Se inclina sobre Anne:

—Buenos días, señora...

Bonita voz. Muy dulce. Gestos lentos, precisos, que transmiten seguridad. Anne está incorporada en la cama, con el rostro lleno de moratones e

innumerables almohadas en los riñones. Ha dormido una hora. Para demostrar su buena voluntad, esboza una especie de sonrisa, sin separar los labios, por lo de los dientes rotos. Al abrir la maleta para instalar el material, el técnico pronuncia las frases habituales, perfectamente trabajadas con el tiempo.

—Es posible que terminemos pronto, a veces hay suerte.

Y dibuja una amplia sonrisa de ánimo. Siempre intenta introducir un toque de ligereza en la situación, porque cuando enseña sus fotos a una persona, o bien ha recibido una paliza, o ha sido testigo de una escena repentina y violenta, o la han violado, o han asesinado a alguien ante sus ojos; ese tipo de cosas. Así que la atmósfera no suele ser muy distendida.

—Pero otras veces —prosigue con gesto serio, ponderado— hace falta tiempo. Así que cuando se cansa me lo dice, ¿de acuerdo? No tenemos prisa...

Anne asiente. Su mirada lechosa se dirige hacia

Camille: lo comprende. Accede.

Es la señal, y el perito dice:

—Bien, le explicaré cómo vamos a proceder.

12.15 h

La primera impresión de Camille, aunque no esté de humor, es que se trata de una broma o de una provocación de la comisaria Michard. Pero no, va completamente en serio. El agente uniformado que le han enviado es el mismo que se cruzó la víspera en el pasaje Monier, el tipo escuálido con ojeras azules que le dan aspecto de recién salido de la tumba. Si Camille fuera supersticioso, vería en ello un mal presagio. Y es supersticioso. De los que realizan gestos de conjura, teme los malos augurios y, al ver en la puerta de la habitación de Anne a un policía con cara de muerto, le cuesta mantener la calma.

El policía esboza un saludo con el índice hacia

la sien, que Camille interrumpe a la mitad.

—Verhoeven —dice.

—Comandante... —responde a pesar de todo el policía, que le tiende una mano esquelética, fría.

Un metro ochenta y tres, calcula Camille.

Es metódico. Ya ha trasladado hasta el pasillo la mejor silla de la sala de espera. A su lado, apoyada en la pared, una pequeña bolsa azul marino. Su mujer debe de prepararle el bocadillo y el termo, aunque lo que sobre todo percibe Camille es el olor a tabaco. Si fuesen las ocho de la tarde y no las doce le pondría de patitas en la calle en ese mismo instante, porque durante el primer cigarrillo el asesino al acecho observa su recorrido, cronometra cuidadosamente su ritual, con el segundo cigarrillo verifica los tiempos y, al tercero, le deja salir y en cuanto el policía está a la máxima distancia, no tiene más que subir a la habitación y acribillar a Anne con la escopeta de repetición. Le envían el más alto pero también el más tonto. Nada grave por ahora. Camille no cree que el asesino vaya a volver tan pronto y en pleno

día.

El momento decisivo será el relevo de la noche. Entonces veremos. De todas formas, Camille insiste:

—No se mueva usted de aquí, ¿entendido?

—¡Sin problema, comandante! —responde el policía con entusiasmo.

El tipo de respuesta que asusta de verdad.

12.45 h

En el otro extremo del pasillo hay una pequeña sala de espera a la que nunca va nadie, muy mal situada, uno se pregunta qué hace allí. Quisieron transformarla en un despacho pero está prohibido, ha explicado Florence, la enfermera que quiere beberse la vida a tragos. Al parecer una norma obliga a que se quede así, inútil. Es el reglamento. Europeo. Por el momento el personal guarda material allí, porque les falta mucho espacio.

Cuando viene la inspectora de seguridad colocan todo en carritos, lo mandan al sótano y después lo vuelven a subir; la inspectora de seguridad se marcha contenta y sella el formulario en el lugar correcto.

Camille aparta dos pilas de cajas de vendajes y saca dos sillas. En la esquina de una mesa baja, hace balance con Louis (traje Cifonelli color antracita, camisa blanca Swann & Oscar, zapatos Massaro, todo hecho a medida, es el único poli de la criminal que lleva encima el monto de su salario anual). Louis mantiene a Verhoeven informado acerca de las investigaciones en curso: la turista alemana efectivamente se suicidó, el automovilista del puñal ha sido identificado, está en paradero desconocido pero lo detendrán en dos o tres días, el criminal de setenta y un años ha confesado su móvil, los celos. Camille lo despacha todo con indiferencia y llegan a lo que le preocupa.

—Si la señora Forestier confirma que se trata de Hafner... —empieza Louis.

—Aunque no lo reconozca —le corta Camille

—, tampoco quiere decir que no se trate de él.

Louis suspira levemente. Ese nerviosismo no es común en su jefe. Hay algo en todo esto que no encaja. Y no será fácil explicarle que ha comprendido de qué se trata...

—Por supuesto —admite Louis—. Incluso si no lo reconoce puede seguir tratándose de Hafner. Lo que pasa es que ha desaparecido completamente de la circulación. Me he puesto en contacto con los compañeros que se ocuparon del asalto de enero, que, por cierto, se preguntan por qué no les han encargado este caso...

Camille hace con la mano un gesto de indiferencia, le da igual.

—Está en paradero desconocido desde enero. Los rumores son numerosos, hablan del extranjero, de la Costa Azul... Con un muerto a sus espaldas y al final de su carrera, es comprensible que se muestre discreto, pero ni sus allegados más próximos tienen pinta de saber...

—*Tienen pinta...*

—Sí, yo pensé lo mismo, debe de haber alguien

al corriente, nadie desaparece así de la noche a la mañana. Lo más asombroso es esa vuelta repentina. Era más probable que siguiese escondido.

—¿Ha habido algún soplo?

Queda pendiente saber cómo lo han preparado. Delincuentes que asaltan tiendas y disparan hay todos los días, pero los auténticos profesionales solo pasan a la acción con ciertas garantías, cuando el botín previsto vale el riesgo que corren si hay problemas. Y entonces, la fuente de información es siempre lo primero por lo que se interesa la policía, normalmente la caza empieza por ahí. En lo referente a la galería Monier, el empleado que llegó tarde está libre de sospechas. Así que la atención se dirige hacia otro lado:

—Preguntaremos también a la señora Forestier qué es lo que hacía en el pasaje Monier —dice Camille.

Le hará esa pregunta para mantener las apariencias, porque en el fondo implicará una respuesta a duras penas. Se la planteará porque

debe hacerlo, porque es lo que haría en cualquier situación, eso es todo. No entiende nada de los planes de Anne, qué días está en París, qué días no, le cuesta memorizar sus desplazamientos, sus citas, y se limita a saber si estará esa noche o mañana, el día después es siempre una gran incógnita.

Ahora bien, Louis Mariani es un excelente policía. Ordenado, inteligente, mucho más culto de lo necesario, intuitivo y... ¿y qué más? Suspica. Muy bien. Para un policía, es una cualidad esencial.

Por ejemplo, cuando la comisaria Michard cuestiona que Hafner haya entrado en el hospital y en la habitación de Anne con una escopeta, no está siendo más que escéptica, pero cuando pregunta a Camille qué está haciendo y le exige un informe diario, es suspica. Y cuando Camille se pregunta si Anne no habrá visto algo más que la cara de los atracadores, es suspica.

Por tanto, cuando Louis investiga sobre una mujer que se ha visto envuelta en un atraco a mano

armada, se pregunta por la razón que tenía para estar allí, en ese instante preciso. Un día de diario en el que debía estar trabajando. A la hora de apertura de los comercios. Es decir, cuando casi no hay más visitantes ni más clientes que ella. Podría habérselo preguntado directamente, pero, de forma inexplicable, siempre es su jefe quien interroga a esa mujer, podría hasta pensarse que es su coto vedado.

Así que, como Louis no la ha interrogado, ha procedido de otra forma.

Camille ya ha planteado la cuestión; cumplida la formalidad, se dispone a abordar el siguiente punto cuando se ve interrumpido por el gesto de Louis, que desliza un brazo hacia el suelo y busca tranquilamente en su cartera. Extrae un documento. Desde hace algún tiempo usa gafas para leer. Generalmente, piensa Camille, la presbicia llega más tarde, pero... ¿qué edad tiene entonces Louis? En cierto modo es como si tuviese un hijo, es incapaz de recordar su edad a la primera, se la pregunta al menos tres veces al año.

El documento es una fotocopia con el membrete de la bisutería joyería Desfossés. Camille se pone también las gafas. Lee: «Anne Forestier». Se trata de la copia de una hoja de pedido de un «reloj de lujo». Ochocientos euros.

—La señora Forestier iba a recoger un encargo efectuado diez días antes.

La joyería había pedido ese plazo para realizar el grabado. El texto está indicado en la hoja, en letras mayúsculas porque no pueden cometerse errores en un regalo de ese precio. Imagínense la cara de la cliente si hubiera una falta de ortografía en el nombre... Se le pide incluso que lo escriba ella misma, de su puño y letra, para que no haya discusión en caso de error. El documento muestra la caligrafía de Anne.

El nombre grabado en el reloj es «Camille».

Silencio.

Los dos hombres se quitan las gafas. Su sincronización acentúa la incomodidad. Camille no levanta la mirada, empuja ligeramente la fotocopia hacia su ayudante.

—Es... una amiga.

Louis asiente con la cabeza. Una amiga. De acuerdo.

—Cercana.

Cercana. De acuerdo. Louis comprende que va con bastante retraso. Que se ha perdido capítulos de la vida de Verhoeven. Hace balance de su retraso a la máxima velocidad.

Se había quedado en Irène, cuatro años atrás. La conocía bien, se caían bien, Irène le llamaba «mi querido Loulou» y él se ruborizaba cuando ella le interrogaba sobre su vida sexual. Después, tras la muerte de Irène, fue regularmente a la clínica hasta que Camille le dijo que prefería estar solo. Y meses más tarde hizo falta una intervención del comisario Le Guen para que Camille volviera [\[6\]](#), a la fuerza, a ocuparse de casos «duros», casos de homicidio, chantaje, secuestro, asesinato..., y pidiese de nuevo la ayuda de Louis. Entre la clínica y este momento, Louis no sabe qué ha sido de la vida de Camille. Sin embargo, en la vida de un hombre tan ordenado como Verhoeven, la

irrupción de una mujer debería haber sido evidente gracias a múltiples señales, pequeñas modificaciones en su comportamiento, en la organización del tiempo, todas esas cosas a las que Louis es generalmente muy sensible. Pero no ha visto nada, no se ha enterado de nada. Hasta hoy, habría afirmado que la presencia de una mujer en la vida de Verhoeven era puramente secundaria, porque una relación amorosa formal en la existencia de un viudo con tendencias depresivas tendría que ser bastante espectacular. Y, a pesar de ello, esa exaltación de hoy, esa febrilidad... Existe una contradicción que Louis no consigue resolver.

Louis mira sus gafas, posadas sobre la mesa, como si esperase que le permitieran ver mejor la situación: así que Camille tiene una «amiga cercana». Se llama Anne Forestier. Camille se aclara la garganta.

—No te pido que te mezcles en esto, Louis. Yo ya estoy hasta el cuello. No necesito que me recuerden que actúo en contra de las reglas, es cosa mía, solo mía. Y tú no estás obligado a

compartir ese riesgo —mira fijamente a su ayudante—. Solo te pido un poco de tiempo, Louis —silencio—. Tengo que resolver este caso rápidamente, antes de que Michard se entere de que la he mentido para encargarme de una investigación que afecta a una persona muy cercana. Si detenemos a esos tipos rápidamente, todo esto no será más que cosa del pasado. Al menos podremos arreglarlo. Por el contrario, si el caso se alarga y me pillan con las manos en la masa... Ya la conoces, va a armar la de San Quintín. Y no hay razón alguna para arrastrarte conmigo.

Louis parece distraído, permanece pensativo, mira a su alrededor, se diría que está esperando a un camarero para pedir. Finalmente sonrío con tristeza y señala la fotocopia.

—¡Esto no va a ser de gran ayuda! —dice. Habla con el tono de un hombre que creía haber encontrado una pista y está muy decepcionado—. ¿No le parece? Camille es un nombre muy común. Ni siquiera sabemos si se trata de un hombre o de

una mujer...

Y como Camille no responde:

—¿Qué quiere que haga con ello? —concluye.

Se arregla el nudo de la corbata.

Y el mechón, con la mano izquierda.

Se levanta dejando el documento sobre la mesa.

Camille lo recoge, hace una bola con él y se lo mete en el bolsillo.

13.15 h

El técnico de Identificación ha guardado su material y se ha marchado. Ha dicho:

—Gracias, creo que hemos hecho un buen trabajo.

Es la frase que pronuncia habitualmente, sea cual sea el resultado.

A pesar de que se marea cada vez que lo hace, Anne se ha levantado y ha vuelto al cuarto de baño. No puede resistirse al impulso de mirarse,

de verificar el alcance de los daños. Sin las vendas de la cabeza, ya no se ve más que su pelo corto y sucio, que han afeitado en varios sitios para coser. Como agujeros en el cráneo. Puntos de sutura también en la mandíbula. Hoy el rostro parece más voluminoso aún, los primeros días es así, todo el mundo se lo dice, se infla —sí, lo sé, ya me lo dijo, joder—, pero nadie le ha descrito el efecto real. Se hincha como un globo, la cara se congestiona como la de una alcohólica. El rostro de una mujer maltratada evoca la decadencia, Anne experimenta una violenta sensación de injusticia.

Toca sus pómulos con la punta de los dedos, es un dolor sordo, difuso, solapado, que parece haber llegado para quedarse.

Y los dientes, Dios mío, es una sensación desgarradora, no sabe por qué, como si le hubieran arrancado un seno, siente que ha perdido su integridad. Ya no es la misma, ya no está entera, le colocarán dientes falsos, nunca se recuperará de esa pérdida.

Pero por ahora ya está. Acaba de proceder a la identificación, ha visto decenas de fotos. Ha hecho lo que le han pedido, se ha mostrado obediente, disciplinada, ha señalado con el índice cuando ha reconocido su foto.

Él.

¿Cómo terminará todo?

Camille es incapaz de protegerla él solo, y sin embargo, ¿con quién puede contar frente a un hombre decidido a matarla?

Que, sin duda, quiere acabar con esto. Como ella. Todos quieren acabar con esto, cada uno a su manera.

Anne se seca las lágrimas, busca los pañuelos de papel. No es tarea fácil sonarse con una fractura nasal.

13.20 h

Gracias a mi experiencia, acabo siempre

obteniendo lo que quiero. En este momento he tenido que recurrir a métodos expeditivos porque tengo prisa, pero también por mi carácter. Así soy yo, impaciente y expeditivo.

Necesito dinero y no quiero perder el que me he ganado a pulso. Ese dinero, para mí, es como cotizar para la jubilación, pero más seguro.

Y no voy a dejar que cualquiera eche por tierra mis expectativas de futuro.

Por eso pongo toda la carne en el asador.

Veinte minutos de atenta observación tras haber inspeccionado los alrededores a pie, luego en coche y después otra vez a pie. Nadie. Me tomo otros diez minutos para escrutar las proximidades con los prismáticos. Confirmo mi llegada con un mensaje de texto, apresuro el paso, atravieso la fábrica, me acerco al camión, abro la puerta trasera, subo y cierro detrás de mí.

El vehículo está aparcado en un polígono abandonado. Este tipo encuentra siempre lugares

así, no sé cómo lo hace, ha debido de trabajar en el negocio del cine antes que en el del armamento.

El interior del camión está ordenado como el cerebro de un informático, todo en su sitio.

El perista me ha concedido un pequeño avance, casi el máximo autorizado en esta clase de transacciones. A un tipo de interés que merecería una bala entre las cejas, pero no tengo elección, es necesario saldar este asunto: abandono por el momento el uso de la Mossberg y elijo un fusil de seis disparos, un M40A3 calibre 7,62. En el estuche está el equipamiento completo: el silenciador, la mira telescópica Schmidt & Bender, dos cajas de munición de larga distancia, limpia y precisa, seis disparos seguidos. En cuanto a la pistola, opto por una Walther P99 compacta de diez disparos que incluye un silenciador asombrosamente eficaz. Me llevo de regalo un puñal de caza Buck Special de quince centímetros, que nunca viene mal.

La chavala ya tiene una muestra de mis prestaciones.

Ahora vamos a pasar a cosas más serias, necesita sensaciones fuertes.

13.30 h

Efectivamente, se trata de Vincent Hafner.

—La chica no tiene dudas —Krysztofiak, el perito de Identificación, se ha unido a Camille y a Louis en el cuartito—. Tiene buena memoria —dice, satisfecho.

—A pesar de que no tuvo mucho tiempo de verlos... —se arriesga a decir Louis.

—Puede bastar, depende sobre todo de las circunstancias. Hay testigos que pueden ver a un sujeto durante varios minutos y no son capaces de reconocerlo una hora después. Otros entrevén a una persona solamente un minuto pero sus rasgos se graban en su memoria, no se sabe por qué.

Camille no reacciona, se diría que están hablando de él: si se fija en la cara de alguien en

el metro, dos meses más tarde puede dibujar hasta sus arrugas.

—A veces —prosigue Krysztofiak— los sujetos reprimen sus recuerdos, pero a un tipo que te ha dado una paliza y te ha disparado casi a quemarropa desde un coche tienes tendencia a recordarlo bastante bien.

Si ha pretendido ser gracioso, nadie se ha dado cuenta.

—Hemos cotejado franjas de edad, categorías físicas, etcétera. Para ella no hay duda, es Hafner.

Muestra en la pantalla la foto de un hombre de unos sesenta años, alto, retratado de pie, durante un arresto. Un metro ochenta, calcula Camille.

—Metro ochenta y uno —precisa Louis, que consulta la ficha policial y conoce a su jefe hasta cuando calla.

Camille superpone mentalmente el hombre que tiene ante sus ojos con el atracador de la galería Monier, encapuchado, armado, que apunta y dispara después de haber golpeado con la culata, en la cabeza, en el vientre... Traga saliva.

La instantánea muestra a un hombre ancho de hombros, de rostro anguloso, pelo grisáceo, cejas blancas y finas que acentúan una mirada firme, sin expresión. Un veterano. Un tipo feroz. Camille parece hipnotizado por la fotografía. Louis observa las manos de su jefe, están temblando.

—¿Y los demás? —pregunta Louis, siempre dispuesto a cambiar de tema.

Kryzstofiak muestra en su pantalla una jeta velluda, en una foto de frente tomada con luz antropométrica, cejas espesas, mirada oscura.

—La señora Forestier ha dudado un momento. Es comprensible, para nosotros se parecen bastante, es fácil perderse. Ha dudado entre varios y se ha decidido por este, porque aunque ha querido ver más, ha vuelto siempre al mismo. Podemos calificarlo de altamente probable. Se llama Dušan Ravic. Serbio.

Camille levanta la cabeza. Se están acercando. Louis ya ha realizado la búsqueda en su ordenador:

—Instalado en Francia en 1997 —hojea el

informe a toda velocidad—. Un tipo hábil —debe de leer a la velocidad del sonido y, además, es capaz de resumir—. Detenido dos veces, sin cargos, puesto en libertad. No es imposible pensar que trabaje con Hafner. Hay muchos delincuentes pero pocos profesionales, ese gremio es bastante pequeño.

—¿Y dónde está?

Louis se encoge de hombros. Eso... Sin noticias desde enero, completamente desaparecido, carga con una muerte a sus espaldas, con su parte del cuádruple atraco tiene razones para ocultarse un buen rato. La reaparición de la banda es una auténtica sorpresa, sobre todo con los mismos miembros. Están acusados de un crimen y vuelven a actuar... Extraño.

Regresan a Anne.

—¿Qué grado de fiabilidad tiene su testimonio?

—Como es habitual, decreciente. Elevado para el primero, alto para el segundo; si hubiese tres, continuaría cayendo.

Camille ya no aguanta en su sitio. Louis alarga

la conversación porque espera que su jefe recupere la sangre fría, pero cuando el perito se marcha comprende que su esfuerzo ha sido en vano.

—Necesito a esos tipos —dice Camille colocando con calma sus manos abiertas sobre la mesa—. Los necesito de inmediato.

Una reacción pasional. Louis asiente y piensa: ¿cuál es el motor de esa energía, de esa ceguera?

Camille examina los dos perfiles.

—A este —dice señalando la foto de Hafner—, lo voy a buscar en primer lugar. Él es el peligro. Yo me encargo.

Ha pronunciado esas palabras con una determinación tal que Louis, que lo conoce, siente acercarse la catástrofe.

—Escúcheme... —empieza a decir.

—Tú —le corta Camille— te ocuparás del serbio. Voy a ver al juez y a Michard y a obtener las autorizaciones. Mientras tanto, habla con todo el personal disponible. Llama a Jourdan de mi parte, pídele que nos preste hombres. Habla

también con Hanol, pregúntale a todo el mundo, voy a necesitar gente.

Ante la avalancha de órdenes cada vez más dudosas, Louis se coloca el mechón con la mano izquierda. Camille se da cuenta.

—Haz lo que te digo —dice con voz muy suave—. Yo te cubro, no tienes que preocuparte d...

—No me preocupo. Solo que el trabajo es más fácil cuando se comprende.

—Ya lo has comprendido todo, Louis. ¿Qué quieres que te diga que no sepas? —Camille prosigue en voz baja, casi hay que inclinarse para escucharlo. Coloca su mano ardiente sobre la de su ayudante—. No puedo fallar ahora..., ¿lo entiendes? —está emocionado pero se contiene—. Así que en marcha.

Louis asiente con la cabeza, de acuerdo, no está seguro de entenderlo todo pero hará lo que le pida.

—Los chivatos —prosigue Camille—, los soplones, las putas, pero, sobre todo, nos centramos en los irregulares.

Son los inmigrantes sin papeles conocidos y

fichados y con los que se hace la vista gorda porque constituyen una fuente de información de todo tipo sin par. Información o aviación de vuelta, un trato muy productivo. Si el serbio conserva lazos con su comunidad (como no puede ser de otra manera), localizarlo no es cuestión de días, sino de horas.

Ha dado un golpe espectacular veinticuatro horas antes... Si después del cuádruple atraco y con un muerto a sus espaldas no ha abandonado Francia, es que tiene buenas razones para quedarse.

Louis se coloca el mechón, mano derecha.

—Prepara urgentemente la operación —concluye Camille—. En cuanto consiga vía libre, te llamo. Yo me uniré cuando esté en marcha, pero permaneceré localizable.

14.00 h

Camille delante de la pantalla.

Expediente «Vincent Hafner».

Sesenta años. Casi catorce en prisión, sumando penas. De joven probó un poco de todo (robo, extorsión, proxenetismo), pero encontró su verdadera vocación a los veinticinco años, en 1972, asaltando un furgón blindado en Puteaux. La cosa falla, llega la policía, un herido y ocho años en prisión. Cumple dos tercios y aprende la lección: el trabajo le ha gustado. Simplemente ha pecado de imprudencia, no volverá a pasar. En realidad, sí, lo detienen en varias ocasiones, pero solo sufre condenas menores, dos años por aquí, tres por allá. En total, lo que se denomina una bonita carrera.

Y a partir de 1985, ningún arresto. Hafner, en la madurez, ha llegado a la cima de su arte. Es sospechoso de once atracos, pero no lo detienen por ninguno, no va a juicio ni hay pruebas contra él, su ficha está limpia, sus coartadas son sólidas como el hormigón, con testigos de acero templado. Un artista.

Hafner es un jefe de los de verdad —su hoja de servicios lo confirma—, de los que no bromean. Está perfectamente informado, sus golpes son preparados meticulosamente, pero, una vez en movimiento, suele recurrir a la fuerza bruta. Víctimas heridas, golpeadas o molidas a palos, secuelas a veces graves, no hay muertos pero no faltan lesionados. Hafner deja a su paso gente herida, renqueante, cojeando, incontables caras rotas y una suma de bastantes años de rehabilitación. La técnica es sencilla: hacerse respetar con un golpe al primero que se cruce, así los demás comprenden de inmediato y todo va mucho mejor.

La primera que se cruzó, ayer, fue Anne Forestier.

El caso de la galería Monier encaja con su perfil. Camille dibuja caras de Hafner en el margen de su cuaderno mientras hojea los interrogatorios de antiguos casos.

Durante varios años, Hafner se apoya en un restringido vivero de una decena de tipos, que

utiliza en función de las necesidades y disponibilidades. Camille calcula rápidamente que siempre hay una media de tres personas entre rejas, en preventiva o en condicional. En cuanto a Hafner, casi siempre consigue salir indemne. Pero en el negocio del atraco, como en los demás, es difícil encontrar personal estable y cualificado. La mala calidad en el sector es incluso superior a la media. En el transcurso de unos años al menos seis miembros históricos de la «banda Hafner» se esfuman. Dos son condenados a perpetua por homicidio, dos acaban muertos (gemelos, juntos hasta el final), un quinto está en silla de ruedas tras una caída en moto y el último es dado por desaparecido cuando la avioneta en que viajaba cae al mar, frente a Córcega. Para Hafner, su serie negra. De hecho, pasa muchos meses sin ser acusado de nada. Todo el mundo llega a la conclusión lógica: Hafner, que debe de tener bastante ahorrado, se ha retirado por fin. Los empleados y los clientes de las joyerías pueden encender una vela a su santo patrón.

El cuádruple atraco del pasado enero resulta pues sorprendente. Y más por lo excepcional que es en la carrera de Hafner, por su magnitud. El trabajo en cadena no es algo común entre los atracadores. Es difícil imaginar lo que un solo golpe precisa en cuestión de fuerza física y desgaste nervioso, sobre todo con los métodos violentos de Hafner. También hace falta una organización perfecta y cuando se proyecta asaltar cuatro establecimientos en un mismo día, los cuatro blancos deben estar listos a las mismas horas, las distancias deben ser compatibles... Se requiere la conjunción de tantas circunstancias positivas que no es extraño que la cosa termine mal.

Camille observa las fotos de las víctimas.

En primer lugar, la del segundo robo de enero. La cara del joven empleado de la joyería de la rue de Rennes después del paso de los grandes profesionales. Unos veinticinco años, completamente destrozado... A su lado, Anne parece casi una niña de primera comunión. Él

estuvo cuatro días en coma.

El del tercer atraco. Un cliente. Es un decir. Parece más un tullido de la guerra del 14 que un cliente del Louvre des Antiquaires. El informe comienza describiendo su estado como de «seria gravedad». Vista su cara, deforme (recibió varios culatazos en la cara, otro punto en común con Anne), no se puede estar más de acuerdo, es seria.

Última víctima. La que terminó bañada en sangre en medio de su tienda de la rue de Sèvres. En cierta forma, un trabajo más limpio, dos balas en el pecho.

Este punto no encaja en la carrera de Hafner. Hasta entonces sus golpes no habían conllevado muertes. Quizá porque en esa ocasión, en vez de con su equipo histórico, se ve obligado a trabajar con el personal disponible en el mercado. Y elige a los serbios. Error. Son valientes, pero brutales.

Camille mira la página de su cuaderno de dibujo. En el centro, la cara de Vincent Hafner, inspirada en una foto antropométrica y, rodeándola, garabateados con prisa, bocetos de

sus víctimas. La que mayor impresión produce es la de Anne, dibujada de memoria tal como la vio la primera vez que entró en la habitación del hospital.

Camille arranca la página del cuaderno, la arruga y la tira a la papelera. Después anota una palabra que resume su análisis de la situación:

«Urgencia».

Porque Hafner no renunció a su jubilación el pasado enero —y encima junto a un equipo improvisado— sin una razón imperiosa.

Aparte de los apuros económicos, es difícil pensar en otra cosa.

Urgencia también porque no se contenta con volver a entrar en escena. Para maximizar los beneficios, se arriesga a un cuádruple asalto cuyo resultado es bastante aleatorio.

Urgencia, por último, porque tras conseguir un botín excepcional en enero, que debió de suponer para él doscientos o trescientos mil euros, seis meses más tarde está de vuelta. *Hafner revival*. Y si esta vez no ha obtenido tanto como esperaba,

volverá a la carga, con inocentes en peligro, así que lo más prudente sería atraparlo antes.

Cualquiera olería a gato encerrado. Camille no sabe de qué se trata, pero ahí está. Algo que no cuadra. Un acontecimiento, en alguna parte.

Tiene experiencia suficiente para saber que un hombre como Hafner va a ser difícil de localizar. Y que, por el momento, lo más rápido, lo más rentable consiste en encontrar a Ravic, su cómplice.

Y esperar que se pueda, gracias a él, tirar del hilo hacia arriba.

Y para que Anne siga viviendo, es absolutamente necesario que ese hilo sea el correcto.

14.15 h

—Le parece a usted... ¿pertinente? —se inquieta el juez Pereira al teléfono; por su tono,

está bastante perplejo—. De hecho, ¡lo que usted me pide es una redada!

—No, señoría, ¡una redada no!

Un poco más y Camille fingiría que se va a echar a reír. No lo hace porque el juez es demasiado listo para caer en la trampa. Pero está lo suficientemente ocupado como para confiar en policías experimentados cuando le proponen soluciones.

—Al contrario —justifica Camille—, serán detenciones muy concretas, señoría. Sabemos quiénes son los tres o cuatro contactos a los que Ravic podría haber pedido ayuda en su fuga, tras el asesinato de enero, y se trata simplemente de sacudir un poco el cocotero, nada más.

—¿Y qué piensa de esto la comisaria Michard? —pregunta el juez.

—Está de acuerdo —sentencia Camille.

Todavía no ha hablado con ella pero garantiza su opinión. Es el más antiguo de los métodos administrativos: decir a uno que el otro está de acuerdo y viceversa. Como todas las técnicas

rodadas, esta es muy eficaz. Bien utilizada, es casi infalible.

—Entonces, bien. Suerte, comandante.

14.40 h

El policía alto ha seguido jugando con su teléfono antes de darse cuenta de que la persona que acaba de pasar es la que él está encargado de vigilar. Se levanta precipitadamente y va detrás de ella mientras la llama, señora, ha olvidado su nombre, señora, ella no se vuelve, solo se detiene un instante al pasar delante del cuarto de enfermeras.

—Me voy.

Suena bastante ligero, como un adiós, hasta mañana. El policía alto aumenta sus zancadas, alza la voz.

—¡Señora...!

La joven enfermera del arito en el labio está de

guardia. La que cree haber visto una escopeta pero al final no, aunque quién sabe. Sale corriendo sin decir palabra y adelanta al policía, es una forma de tomar cartas en el asunto, también les enseñan a imponerse en la facultad. En cualquier caso, tras seis meses en el hospital ya sabes hacer de todo en la vida.

Llegada a la altura de Anne, la agarra del brazo muy suavemente. Anne, que esperaba cierta resistencia, se detiene y se vuelve. Para la joven, es la firmeza de la paciente lo que convierte la circunstancia en delicada, está bien plantada en el suelo. Para Anne, es la capacidad de persuasión de la enfermera lo que complica su decisión. Mira el *piercing* de la chica, su cráneo afeitado, esos rasgos que transmiten cierta bondad, cierta fragilidad, su rostro común pero con ojos de animal doméstico, de los que te enamoran, y de los que sabe servirse bien.

No hay oposición frontal, ni reprimenda, ni moral, ella se guía por otro registro.

—Si quiere usted marcharse, primero tengo que

quitarle los puntos.

Anne se toca la mejilla.

—No —dice la enfermera—, esos no, es demasiado pronto. Estos.

Tiende la mano hacia la cabeza de Anne y pasa los dedos muy delicadamente sobre la zona, con una mirada profesional pero sonriente y, considerando la propuesta como aceptada, la lleva de una mano hacia la habitación. El policía alto se echa a un lado y, sin saber si avisar a sus superiores o no, sigue a las dos mujeres.

Se detienen a medio camino, justo enfrente del cuarto de enfermeras, en una salita que sirve para curas ambulatorias.

—Siéntese... —la enfermera busca sus instrumentos. Insiste con amabilidad—. Siéntese...

El policía permanece fuera, en el pasillo, y vuelve públicamente la mirada, como si las dos mujeres estuviesen en el baño.

—Sssss...

Anne ha saltado al momento. Sin embargo, la joven no ha hecho más que rozar la cicatriz con la

punta de los dedos.

—¿Le duele?

Pone cara de preocupación: esto no es normal, ¿y si toco aquí?, ¿y aquí? Sería mejor esperar antes de quitar los puntos, ver al médico, podríamos pedir otra placa, ¿no tiene usted fiebre? Toca la frente de Anne, ¿le duele la cabeza? Anne se da cuenta de que está donde la enfermera quería llevarla, sentada, dependiente, dispuesta a volver a su cuarto. Y entonces se revuelve.

—No, nada de médicos, nada de placas, me voy —dice levantándose.

El policía alto agarra su teléfono de servicio, en todo caso, pase lo que pase, llamará a su jefe para pedir instrucciones. Lo mismo que haría si el asesino apareciese por el otro lado del pasillo armado hasta los dientes.

—No es prudente —dice la enfermera, preocupada—. Si se infecta...

Anne no sabe cómo interpretarlo, si el peligro es real o si la frase está destinada tan solo a impresionarla.

—Oh, a propósito —la enfermera cambia bruscamente de tema—, ¿todavía no han informado a su seguro? ¿Ha pedido que le traigan los papeles? Voy a llamar al médico para que venga o para que le hagan la radio rápidamente y pueda marcharse lo antes posible.

El tono es sencillo, conciliador, la proposición se presenta como la solución adecuada, la solución razonable.

Anne está agotada, asiente, se dirige a su habitación caminando pesadamente, a punto de desmayarse. Todo la agota, pero tiene otra cosa en la cabeza, que acaba de recordar. Que no tiene nada que ver con la radiografía ni con los papeles. Se detiene, y se vuelve:

—¿Fue usted la que vio al hombre con una escopeta?

—He visto a un hombre —responde la chica al vuelo—, pero no una escopeta.

Se esperaba la pregunta. La respuesta es pura formalidad. Desde el principio de la negociación, siente que esa paciente está interiormente aterrada.

No es que quiera marcharse: quiere huir.

—Si hubiese visto una escopeta, lo habría dicho. Y creo que ya no estaría usted aquí, esto no es un hospital de campaña.

Joven pero muy profesional. Anne no se cree ni una palabra.

—No —dice mirándola fijamente, como si pudiese adivinar su pensamiento—. No está usted segura de lo que vio y ya está.

A pesar de todo, entra en su habitación, la cabeza le da vueltas, ha hecho demasiado esfuerzo, está exhausta, necesita tumbarse. Dormir.

La enfermera cierra la puerta. Pensativa. Aun así, ese visitante, ese chisme debajo del impermeable, largo, aparatoso, ¿qué podía ser?

14.45 h

La comisaria Michard pasa buena parte del día reunida. Camille ha consultado su agenda, tiene

una cita tras otra, va de reunión en reunión, perfectamente pautadas. Camille ha dejado siete mensajes en su móvil en menos de una hora. «Importante.» «Inaplazable.» «Prioritario.» «Imperativo.» Ha agotado prácticamente todo el léxico de la urgencia y ha aumentado la presión al máximo, por lo que espera que conteste de manera agresiva. La comisaria, por el contrario, se muestra muy paciente y comedida. Hila aún más fino de lo que imaginaba. Susurra al hablar por teléfono, seguramente ha salido al pasillo unos minutos.

—¿Y el juez está de acuerdo con esas redadas?

—Sí —asegura Camille—. Precisamente porque no se trata de redadas, quiero decir, en el sentido estricto, v...

—Comandante, ¿cuántas detenciones va a realizar exactamente?

—Tres. Pero ya sabe usted que una detención lleva a otra, hay que golpear el hierro mientras esté caliente.

Cuando Camille recurre a un proverbio,

cualquiera que sea, puede decirse que está quemando sus naves.

—Ah, el *hierro*... —sopesa la comisaria.

—Necesito algo de gente.

Siempre lo mismo, el tema de los recursos. Michard resopla con fuerza. Lo que más le piden a uno es lo que no tiene.

—No mucho tiempo —ruega Camille—. Tres o cuatro horas.

—¿Para tres detenciones?

—No, para...

—Lo sé, para *golpear el hierro*... Pero dígame, comandante, ¿no teme usted que produzca el efecto contrario?

Michard se conoce el repertorio: la batida hace ruido, la presa huye y cuanto más se busca, menos oportunidades de cazarla.

—Por eso necesito gente.

La conversación puede durar horas. En el fondo, a la comisaria le importa un rábano si Verhoeven dirige una redada. Su papel consiste únicamente en resistirse lo suficiente para poder decir después:

se lo había dicho.

—Si el juez está de acuerdo... —cede—. Hable con su gente. Si puede.

La profesión de atracador se parece mucho a la del actor de cine, se pasa mucho tiempo esperando para luego terminar el trabajo en pocos minutos.

Así que espero. Y calculo, anticipo, uso mi experiencia.

Si su estado de salud lo permite, la policía ha debido de someter a la chica a una prueba de identificación. Si no ha sido hoy será mañana, es cuestión de horas. Le enseñarán fotos, y si es buena ciudadana y tiene un poco de memoria se pondrán en marcha inmediatamente. Lo más fácil para ellos, de primeras, será buscar a Ravic. Es lo que yo haría en su lugar. Porque es la técnica más sencilla entre las más seguras, se colocan ratoneras por todas partes y se golpea la puerta con un ariete. Algo de ruido, amenazas, más viejo que la misma policía.

Y el mejor observatorio está en el Luka. Rue de Tanger. El lugar de encuentro preferido de la comunidad serbia. Unos mafiosos de segunda que pasan su tiempo jugando a las cartas, apostando a los caballos y fumando un tabaco terriblemente espeso, como apicultores que trabajan en las colmenas. Les gusta estar informados. Cuando pasa algo importante, la onda llega al garito a la velocidad del teléfono.

15.15 h

Verhoeven ha ordenado soltar a los perros. Zafarrancho de combate. Suena hasta un poco desmesurado.

Con el respaldo de la comisaria en el bolsillo, Camille solicita todo el personal disponible en ese momento, llama por teléfono ante la mirada inquieta de Louis, pide a los compañeros que le echen una mano. Le prestan un agente por un lado,

dos por el otro, aunque es un poco chapucero acaban siendo muchos, ninguno sabe muy bien qué pinta en esto pero se hacen pocas preguntas. Camille reparte instrucciones con mucha autoridad, y además, por qué no decirlo, resulta divertido plantar las sirenas en el techo de los coches, atravesar la ciudad a gran velocidad, sacudir un poco los bajos fondos, zarandear a traficantes, rateros, delincuentes habituales, proxenetas, que también se entra en la policía para jugar a los vaqueros, joder. Camille ha dicho que solo se trata de unas horas. Una buena patada al avispero y volvemos a casa.

Hay algunos compañeros dubitativos aquí y allá, se nota que Camille está nervioso porque va desgranando toneladas de razones pero casi ninguna explicación. Lo que quiere poner en marcha no es exactamente lo que habían entendido, pensaban que se trataba de detener a tres personas al mismo tiempo, nada más, y sin embargo Camille está organizando una operación igual de fulminante pero mucho más vasta, quiere todavía más gente,

nadie parece saber a cuántos ha reclutado ya, y eso les preocupa.

—Si encontramos al tipo que buscamos —ha explicado Camille—, todo volverá a su lugar, los superiores estarán contentos y repartirán medallas al mérito entre los jefes de equipo. Y, bueno, como mucho será cosa de un par de horas. Si trabajamos bien, antes de que los jefes se pregunten en qué bar os estáis tomando el aperitivo, habremos vuelto al trabajo.

No se necesita más para que los compañeros cedan y ofrezcan algunos agentes; todos suben a los coches, con Camille a la cabeza, mientras Louis se instala al teléfono.

La operación Verhoeven no será un modelo de discreción. Y eso es exactamente lo que quiere.

Una hora más tarde no queda en París un solo delincuente nacido entre Zagreb y Móstar que no esté al corriente de que la policía busca a Ravic. Está escondido en alguna parte, se escudriña hasta el último callejón, hasta el último túnel, se acorrala a las prostitutas y se arrambla con todo,

en especial con los sin papeles.

Terapia de choque.

Suenan las sirenas, los faros azules barren las fachadas, en el distrito XVIII se corta una calle por ambos extremos, tres hombres salen corriendo y son atrapados; Camille, de pie cerca de uno de los vehículos, observa la escena mientras habla por teléfono con un equipo que está tomando un lóbrego hotel en el distrito XX.

Si se parara a pensar en ello, Camille podría sentir nostalgia. Antaño, en ese tipo de circunstancias —en los buenos tiempos del Gran Equipo, de la brigada Verhoeven—, Armand se encerraba en el archivo y rellenaba grandes hojas cuadriculadas con centenares de nombres que extraía de casos interconectados, y después, dos días más tarde, rescataba los dos únicos que probablemente les harían avanzar. Y mientras tanto, en cuanto Louis se daba la vuelta, Maleval repartía patadas en el culo a todo lo que se movía, ponía a unas chicas en cueros a base de hostias y, cuando uno estaba a punto de reprochárselo,

demostraba su eficacia enseñando un testimonio decisivo que les hacía ganar tres días.

Camille no piensa en eso. Está concentrado en la tarea.

Sube de cuatro en cuatro los escalones de hoteles roñosos acompañado de policías que irrumpen en plena faena, desalojan a maridos avergonzados con el miembro en la mano, levantan a las prostitutas que estaban tumbadas debajo; buscan a Dušan Ravic, a él, a su familia, a cualquiera, hasta un primo les vale, pero no, nadie ha oído hablar de él. Continúan interrogándolas mientras los clientes se ponen precipitadamente el pantalón y esperan salir sin ser vistos, con el susto de sus vidas. Las chicas llevan los senos al aire, muy pequeños, minúsculos, los huesos de las caderas marcados. Ravic, no les suena de nada. ¿Dušan?, repite una de ellas como si ni siquiera conociese ese nombre, pero tienen miedo, se nota. Camille dice: nos las llevamos. Quiere meter el miedo en el cuerpo a todo el mundo y no tiene mucho tiempo. Dos horas. Tres, si todo va bien.

Más lejos, al norte, delante de un edificio de las afueras, cuatro polis comprueban una dirección al teléfono con Louis, luego entran sin llamar, armados, lo revuelven todo, encuentran doscientos gramos de cannabis. Nadie conoce a Dušan Ravic, pero se llevan a la familia entera, menos a los ancianos, y aun así es mucha gente.

Camille, mientras su coche patrulla es conducido por un as que no baja de cuarta con la sirena a todo trapo, no suelta el móvil, está en comunicación constante con Louis. A fuerza de órdenes y presión sobre los equipos, el comandante ha contagiado su fiebre a todo el personal.

Tres jóvenes kosovares son llevados a la comisaría del distrito XIV. No, Dušan Ravic, no, ni idea. Pero les sacuden un poco de paso, para que vayan anunciando por ahí la buena nueva: la poli busca a Ravic.

Informan a Camille de que dos tironeros oriundos de Požarevac permanecen retenidos en la comisaría del distrito XV, y él consulta a Louis,

que a su vez consulta el mapa de Serbia. Požarevac está en el noreste, Ravic es de Elemir, bastante al norte del país, pero nunca se sabe. Camille da la señal, a la trena. Para meter miedo. Para impresionar.

Al teléfono, Louis responde a todo el mundo, perfectamente tranquilo. Su cerebro ha cartografiado el plano de París, ha clasificado las zonas y ha jerarquizado la población susceptible de tener información.

Alguien hace una pregunta a Camille, le da una idea, él se lo piensa un cuarto de segundo y responde que sí, de modo que empiezan a detener acordeonistas en el metro, los agarran incluso dentro de los vagones, los obligan a bajar del convoy a patadas, ellos aprietan en sus bolsillos las bolsitas de tela donde suenan las monedas. ¿Dušan Ravic? Miradas de asombro, un policía agarra a uno de la manga. Dušan Ravic, el tipo niega con la cabeza, pestañeando, a este me lo envolvéis para llevar, dice Camille, que sale al aire libre porque abajo el móvil no funciona y

quiere saber todo lo que está pasando. Mira el reloj inquieto, pero no dice nada. Se pregunta cuánto falta para que la comisaria Michard se le eche encima.

La poli apareció en el Luka hace una hora, sin avisar. Se llevaron a la mitad, sin criterio aparente, quizá ni ellos mismos lo sepan. Quieren asustar. Y esto no ha hecho más que empezar. Mis cálculos son exactos, en menos de una hora van a poner en pie de guerra a toda la comunidad y las ratas van a empezar a correr en todos los sentidos, buscando la salida.

A mí me bastaría con una sola rata. Dušan Ravic.

Ahora que ha empezado la operación, no hay tiempo que perder. Atravieso París y ya está.

Una pequeña calle del distrito XIII, entre la rue Charpier y Ferdinand-Conseil, prácticamente un callejón. Un edificio en el que las ventanas de la planta baja han sido tapiadas, la puerta original ha

desaparecido hace lustros, reemplazada por un tablero de contrachapado roído por la lluvia, sin cerradura, sin pomo, que no deja de golpear día y noche hasta que alguien se decide a encajarlo, y dura lo que dura, hasta la entrada de un visitante o del siguiente ocupante, cuando empieza de nuevo a golpear de forma obsesiva. Aquí hay un desfile permanente, drogadictos, traficantes, inmigrantes ilegales, familias enteras. He pasado días y días (y también bastantes noches) escondido aquí para nada, me conozco la calle como la palma de mi mano. La odio tanto que la volaría con dinamita hasta los cimientos sin dudarle un segundo.

Es donde acompañé a Ravic, ese gordo de Dušan, una noche de enero, mientras preparábamos el Gran Atraco histórico. Al llegar ante el edificio me sonrió, con sus gruesos labios rojos.

—Cuando tengo una titi, la traigo aquí.

Una titi... Gilipollas. Ningún francés se atrevería a decir eso, hace falta ser serbio.

—Una titi... —dije—. ¿Qué titi?

Mientras lo preguntaba, observaba el lugar,

haciéndome una idea inmediata del tipo de chica a la que se podía traer aquí, de dónde la habría sacado y qué haría con ella, Ravic en estado puro.

—No solo una —dijo Ravic.

Le gustaba que le consideraran un seductor. Tener ocasión de dar detalles. Pero aquello en realidad era bastante simple: ese cretino de los Balcanes usaba un camastro en ese edificio abandonado y saqueado para tirarse al tipo de zorra que podía pagarse.

Su vida sexual no ha debido de ser muy activa en los últimos tiempos, porque Ravic lleva una temporada sin poner un pie aquí —lo he vigilado lo suficiente para saberlo— y seguro que no tiene ninguna gana de volver. Uno no acude a este tipo de sitios por placer, titi aparte, sino porque no tiene otro sitio adonde ir. Y precisamente, si me acompaña la suerte y la poli hace su trabajo decentemente, no le va a quedar otra alternativa.

Si logran levantar la liebre, Ravic empezará a dudar, pero comprenderá pronto que el único sitio donde nadie vendrá a buscarlo es esta madriguera

infame.

He desmontado el silenciador para colocar la Walther P99 en la guantera, tengo tiempo para un café, pero en menos de media hora he de estar en mi puesto, porque si Ravic aparece por aquí, quiero ser el primero en recibirle.

Al menos le debo eso.

En una sala de la comisaría se sienta un tipo alto, sus papeles dicen que es de Bujanovac, Louis lo comprueba: al sur del país. ¿Dušan Ravic, o su hermano, o su hermana? Cualquiera cosa valdrá, todo lo que nos ayude a encontrarlo será bienvenido. El tipo alto ni siquiera comprende lo que le piden, da igual, un policía le suelta una bofetada. ¿Dušan Ravic? Ahora lo entiende mejor, pero no lo conoce. Segunda bofetada. Camille dice: déjalo, no sabe nada. Quince minutos más tarde, tres chicas. Dos de ellas son hermanas, dan pena, no tienen ni diecisiete años; indocumentadas, hacen mamadas en Porte de la Chapelle, sin

condón si pagan el doble, delgadas, no son más que piel y huesos. ¿Dušan Ravic? Responden que no lo conocen. No importa, decide Camille, y les explica que las retendrán durante el tiempo máximo autorizado por la ley, aprietan los labios, saben que sus chulos les van a dar una paliza proporcional a la duración del arresto, no les gusta perder dinero —el capital está hecho para circular, para gastar la acera—, y se echan a temblar. ¿Dušan Ravic? Dicen de nuevo que no, así que van camino del furgón policial... A sus espaldas, Camille hace una discreta seña a su compañero, suéltalas.

En las comisarías, los gritos resuenan en los pasillos, las quejas, los que chapurrean francés amenazan con llamar al consulado, a la embajada, como si nos importara algo. Ya pueden llamar al papa si es serbio.

Louis, que no se despega del teléfono, da órdenes, informa a Verhoeven, distribuye los equipos. En su cartografía mental se iluminan pequeñas luces, sobre todo hacia el norte y el

noreste. Louis centraliza, informa, despacha. Camille vuelve a subir al coche. Ni rastro de Ravic. Todavía no.

¿Las chicas son todas delgadas? No, para nada. En un edificio en ruinas del distrito XI hay una enorme, de unos treinta años, cuyos niños lloran, son al menos ocho; el padre, en camiseta de tirantes, delgado como un espárrago, no muy alto pero lo suficiente como para mirar a Camille desde arriba, con bigote —todos llevan bigote—, va a buscar sus papeles en un cajón de la cómoda. Todos proceden de Prokoplje, al teléfono Louis dice que está en el centro del país. ¿Dušan Ravic? Se queda callado, pensativo —no, nada, de verdad—. Se lo llevan, los niños se agarran a sus pantalones, en cierto modo su oficio es el melodrama, dentro de una hora estarán en la calle, pidiendo limosna entre la iglesia de Saint-Martin y la rue Blavière con un cartón escrito con rotulador y faltas de ortografía.

En cuestión de información, pocos mejores que los de las timbas. Pasan los días dándole a la

lengua mientras las mujeres trabajan, las más jóvenes haciendo la calle y el resto cuidando de los niños. Camille se acerca a una con tres tipos, que tiran sus cartas sobre la mesa con gesto de hastío. Es la cuarta vez en un mes que los molestan, aunque en esta ocasión es un enano, bien abrigado, con sombrero, el que va mirando a los jugadores uno por uno a los ojos, el que clava la mirada en su retina con aire salvaje y resuelto, como si los estuviera buscando precisamente a ellos. ¿Ravic? Sí, les suena, pero vagamente. Se miran entre ellos, ¿tú lo has visto? No —pequeñas muecas de desolación, les hubiera gustado ayudar—. Ya, dice Camille, y se lleva al más joven a un aparte, un tipo largo, cualquiera diría que ha elegido al más alto, y no sin razón, porque no tiene más que alargar el brazo para agarrarlo de los huevos, mirando al infinito, mientras el tipo se dobla sobre sus rodillas gritando. ¿Ravic? Este, si no dice nada, es que no sabe nada. O sus cojones ya no le funcionan, apuesta un compañero. Risas. Camille no ríe, sale del local. Todo el mundo

detenido.

Una hora más tarde, unos agentes bajan por una escalera con la cabeza gacha, el techo es muy bajo de camino al sótano, amplio como un almacén pero con menos de un metro sesenta de altura. Veinticuatro máquinas de coser, veinticuatro sin papeles. Debe de haber unos treinta grados dentro, trabajan todos a pecho descubierto, ninguno tiene más de veinte años. En las cajas se amontonan centenares de polos con el logo de Lacoste; el jefe quiere explicarlo, le cortan la palabra. ¿Dušan Ravic? Se trata de un negocio familiar tolerado, se hace la vista gorda porque el jefe ofrece mucha información. Esta vez frunce el ceño, hace como que reflexiona, esperen, esperen, un agente dice que sería mejor llamar al comandante Verhoeven.

A la espera de que llegue Camille, la policía ha desparramado todas las cajas y ha confiscado los escasos documentos, le deletrean los apellidos a Louis y los jóvenes obreros permanecen pegados a la pared como para fundirse con la piedra. Veinte minutos después de la irrupción de la policía, hace

un calor tan intenso en el interior que los obligan a salir, son alineados en la calle, esperando lo peor o aterrorizados.

Camille llega minutos más tarde. Es el único que no necesita agacharse para bajar la escalera. El jefe es de Zrenjanin, al norte, no lejos de Elemir, la ciudad de Ravic. ¿Ravic? No lo conozco, dice. ¿Estás seguro?, pregunta Camille.

Se nota que aquello le escuece.

16.15 h

No me he alejado mucho tiempo, por temor a perderme la llegada de mi amigo. Estoy demasiado acostumbrado a esconderme como para cometer el error de fumar o abrir la ventana para airear el habitáculo, pero si el gordo de Ravic tiene que refugiarse aquí, haría bien en presentarse rápidamente porque su viejo amigo se muere de cansancio.

La poli está removiendo cielo y tierra, así que no tardará en aparecer.

Y hablando del rey de Roma, ¿qué es esa figura que se dibuja en la esquina de la calle? La silueta de mi amigo Dušan, perfectamente reconocible, grande como una chimenea, sin cuello y con los pies arqueados como los de los payasos.

He aparcado a unos treinta metros de la entrada, a unos cincuenta del sitio por donde acaba de aparecer. Puedo observarle mientras camina, ligeramente encorvado. No sé si hay una titi en el gallinero, pero el gallo tiene mala cara.

Francamente patético.

Por la ropa que lleva (un plumas que debe de tener más de diez años) y sus zapatos gastados, no hay que ser adivino para saber que no tiene un céntimo.

Y eso es muy mala señal.

Porque en condiciones normales el botín de enero tendría que haberle servido para renovar el vestuario. Con ese montón de pasta es fácil imaginárselo comprando americanas brillantes,

camisas hawaianas y zapatos de cocodrilo. Verlo hecho un pordiosero resulta inquietante.

Para ocultarse después de la muerte y los cuatro atracos, seguramente tuvo que trapichear. Y su titi era el apaño más escandaloso. Hay que estar realmente desesperado para venir a refugiarse aquí.

Así que, por lo que parece, también le traicionaron. Como a mí. Era bastante previsible, pero también bastante desmoralizador. Tendré que arreglármelas.

Sin preámbulos, Ravic empuja la puerta de contrachapado, que rebota violentamente. Dušan no es muy delicado, todo lo contrario.

De hecho, nos encontramos en esta situación por culpa de su fogosidad, si no hubiese descargado dos balas de 9 mm en el pecho del joyero en enero...

Salgo del coche con discreción, llego a la entrada pocos segundos después que él y oigo sus andares pesados en alguna parte a la derecha. El recubrimiento del techo ha desaparecido, el

pasillo está tenuemente iluminado por la luz que se escapa de los apartamentos cuyas puertas no cierran. Subo tras él, de puntillas, un piso, dos, tres, es horrible lo que apesta este sitio, orina, hamburguesa, porros. Le oigo llamar, así que me detengo una planta más abajo. Sabía que estaría acompañado, eso no hará más fácil el encuentro, todo depende de cuántos sean.

Arriba se abre una puerta, se vuelve a cerrar. Subo. Tiene una cerradura de verdad pero es un modelo antiguo, fácil de forzar. Antes, pego la oreja y reconozco la voz de Ravic, ronca a causa del tabaco, me produce una sensación extraña oírlo de nuevo. Ha costado mucho encontrarlo, hacerlo salir de su madriguera.

Ravic, por su parte, no parece contento. Dentro hay alboroto. Y después una voz de chica, joven, que habla en voz baja, tiene pinta de estarse quejando pero no demasiado, más bien gime.

Sigo al acecho. De nuevo la voz de Ravic, me gustaría estar seguro de que solo son dos, permanezco así un buen rato, sin escuchar otra

cosa que mi corazón latiendo con fuerza. Creo que solo hay dos, pero no importa, me pongo el gorro, me coloco bien el pelo dentro, me calzo un par de guantes de goma, saco la Walther, la cojo con la izquierda mientras fuerzo la puerta y, cuando escucho el inconfundible ruido del pestillo que cede, agarro la pistola con la derecha, abro y los veo a los dos de espaldas, inclinados sobre no sé qué. Al sentir una presencia tras ellos se incorporan bruscamente, se vuelven, la chica debe rondar los veinticinco años, fea, morena.

Y muerta, porque le clavo inmediatamente una bala en plena frente. Abre mucho los ojos, como si se escandalizara, como si le estuvieran proponiendo un precio muy por debajo de su tarifa o acabase de ver entrar a Papá Noel en calzoncillos.

El gordo de Ravic introduce precipitadamente la mano en el bolsillo y, a él, le pego un tiro en el tobillo izquierdo. Primero brinca en el aire, bailotea sobre ambos pies como si anduviera sobre un suelo incandescente, para luego

derrumbarse ahogando un grito.

Ahora que hemos celebrado el reencuentro, vamos a poder tener una conversación.

El apartamento es un estudio de una sola pieza, bastante grande, con cocina americana y cuarto de baño, pero todo revuelto y, sobre todo, lo más sucio que puede estar.

—Oye, chaval, tu titi no era muy hacendosa.

He visto enseguida la mesita llena de jeringuillas, cucharas y papel de aluminio... Espero que Ravic no se haya fundido toda la pasta en heroína.

Tras recibir la bala de 9 mm, la chica ha caído sobre el colchón que hay en el suelo. Exhibe unos brazos delgados llenos de pinchazos. No he tenido más que levantarle las piernas para dejarla tumbada sobre un bonito lecho de muerte. El montón de ropa y mantas que tiene debajo forma una especie de *patchwork*, resulta muy original. Sigue con los ojos abiertos, aunque su expresión escandalizada de antes se ha vuelto más serena, parece haberse resignado a su suerte.

Pero Ravic continúa gritando. Está sentado en el suelo, sobre una sola nalga, con la pierna tendida, los brazos estirados hacia su tobillo hecho trizas, que chorrea sangre, y mientras tanto grita: «Ay, joder, ay, joder...». Aquí a nadie le importa el ruido, hay teles por doquier, parejas peleándose, niños llorando y seguramente tipos tocando la batería a las tres de la mañana cuando van puestos hasta las trancas... Aun así, al menos para poder hablar, será mejor que mi serbio favorito se concentre un poco.

Le planto un culatazo con la Walther en plena jeta, para centrar su atención en la conversación, y se calma un poco. Se agarra la pierna pero trata de contener los gritos, gime con la boca cerrada. Progresa. Sin embargo, no estoy seguro de poder contar con él, con su delicadeza, no es un chico de natural reservado, sino más bien con tendencia a berrear. Hago una bola con una camiseta que he encontrado tirada y se la meto en la boca. Y, para estar realmente en paz, le ato una mano a la espalda. Con la otra sigue intentando agarrarse el

tobillo ensangrentado, pero tiene los brazos demasiado cortos, dobla la pierna, se contorsiona, le duele de verdad; el tobillo parece un punto muy sensible, lleno de huesitos por todos lados, bastante frágil en sí mismo, se tuerce uno un pie en una escalera y es un martirio, así que cuando te lo destrozan con una 9 mm, cuando queda unido a la pierna apenas por algunos ligamentos, un pedacito de músculo y una papilla de huesos aplastados, el sufrimiento es atroz. Y no puedes hacer nada. De hecho, cuando le doy una patada en lo que le queda de tobillo, me doy cuenta de que le duele, de que no está fingiendo.

—Tío, menos mal que tu titi está muerta porque le daría mucha pena verte en ese estado.

Pero Ravic, vete a saber por qué, quizá porque no le importaba tanto su titi, no parece estar muy preocupado por ella. Se diría que solo piensa en sí mismo. La atmósfera se vuelve irrespirable, el olor a sangre, el olor a pólvora, voy a abrir la ventana. Espero que el alquiler no sea muy caro, las vistas dan a una tapia.

Vuelvo, me inclino sobre él, está empapado en sudor, claro, no deja de moverse, se retuerce en todos los sentidos, presiona la pierna con su mano libre. También le sangra la cabeza. A pesar de la mordaza, consigue babear por la comisura de los labios. Lo agarro del pelo, es la única manera de que me haga caso.

—Escúchame bien, chaval, no vamos a estar aquí toda la noche. Te voy a dar la ocasión de hablar y te aconsejo que seas elocuente. A estas horas no me queda mucha paciencia. Llevo dos días sin dormir, así que, si me tienes suficiente cariño, responderás a mis preguntas con rapidez y nos iremos todos a la cama, la titi, tú, yo, todos, ¿de acuerdo?

Ravic nunca ha hablado un francés muy fluido, su charla está repleta de un montón de errores de sintaxis, falta de vocabulario..., con él hay que ser muy claro. Encontrar palabras simples, gestos convincentes. Por ejemplo, para reforzar mis buenas intenciones, le hundo el cuchillo de caza en lo que le queda de tobillo, la hoja lo atraviesa de

arriba abajo y la punta se clava en el suelo. Con ese agujero en el parqué seguro que perderá la fianza cuando se vaya del apartamento, pero no importa. Llega a gritar a pesar de la mordaza, no puede estarse quieto, se revuelve como un gusano, su mano libre se agita en el aire como el ala de una mariposa.

Ahora creo que ha comprendido lo esencial. Dejo que repose la información el tiempo necesario para evaluar la situación. Después le explico:

—Me parece que, al principio, te pusiste de acuerdo con Hafner para traicionarme. Tú también debías de pensar que tres eran multitud, mejor dos. Claro, las partes son más grandes, eso sin dudarlo.

Ravic me mira a través de sus ojos llenos de lágrimas, no es pena, es dolor, pero creo que he dado en el clavo.

—Pero como eres tonto del culo... ¡Ay, sí, Dušan! ¡Eres tonto! ¿Por qué crees que te eligió Hafner sino por tu estupidez? ¿Te das cuenta?

Hace una mueca, ese problemita en el tobillo

parece atormentarlo bastante.

—Así que ayudas a Hafner a traicionarme... y él te traiciona a su vez. Lo que nos lleva a esa conclusión: ¡eres tonto del culo!

Su coeficiente intelectual no parece su interés principal. Ravic, en este instante, está más preocupado por su salud, evalúa los daños. Y tiene razón, porque noto que hablar del tema me está poniendo aún más nervioso.

—Creo que no fuiste detrás de Hafner. Demasiado peligroso, ese tipo. No te sentiste con fuerzas para reclamarle nada, no das la talla y lo sabes. Además, tenías un crimen a tus espaldas, preferiste esconderte. Pero yo necesito a Hafner. Así que me vas a explicar todo lo que sabes para ayudarme a encontrarlo: cuál era vuestro acuerdo, qué pasó en realidad, me dirás todo lo que sabes, ¿verdad?

Mi propuesta parece razonable. Le retiro la mordaza, pero su carácter volcánico se impone de inmediato y grita algo que no entiendo. Me agarra de la ropa con su mano libre, tiene un puño de

campesino, el muy cabrón, muy fuerte, me suelto de milagro. Eso me pasa por confiarme.

Para colmo me escape.

En ese contexto su reacción es comprensible, pero no quita que sea poco amistosa.

Comprendo que me he equivocado. He querido mostrarme amable, pero Ravic es un paleta que no se anda con chiquitas. Sufre demasiado como para oponer una verdadera resistencia, es inconstante, de manera que lo tumbo en el suelo de dos patadas en el cráneo y, mientras trata de liberarse del cuchillo que mantiene su tobillo clavado al suelo, busco lo que necesito.

Y la titi lo tiene debajo. Qué le vamos a hacer, agarro el edredón (hay que tener mucho estómago para dormir debajo) y tiro con fuerza. La chica gira sobre sí misma y se queda boca abajo, con la falda medio levantada, sus piernas son blancas y delgadas. También se pinchaba detrás de las rodillas. De todas formas tenía las horas contadas.

Me vuelvo en el instante en que mi amigo Ravic consigue arrancarse el cuchillo del tobillo. Ese

tipo tiene la fuerza de un caballo.

Le pego un tiro en la rodilla, su reacción es explosiva, si se me permite la expresión. Su cuerpo se alza literalmente del suelo, grita, pero antes de que se recupere le doy la vuelta, lo cubro con el edredón y me siento encima. Busco la mejor posición, no quiero que se asfixie, lo necesito, solo quiero que se concentre en mis preguntas. Y que deje de gritar.

Tiro de su brazo hacia mí, es curioso estar sentado sobre él, se bambolea como en una atracción de feria o como si montara un potro salvaje, cojo mi cuchillo de caza y apoyo su mano abierta contra el suelo. Hay que ver lo que se mueve el animal, es como si hiciese pesca de altura y estuviera tirando de un pez de cien kilos.

Le corto primero el meñique. A la altura de la segunda falange. Normalmente uno se toma tiempo para deshuesar limpiamente, pero con Ravic todo lo que suponga un poco de delicadeza es innecesario. Me contento con cortar, algo decepcionante cuando uno es un esteta.

Estoy dispuesto a apostar a que en menos de un cuarto de hora Ravic me va a decir todo lo que necesito saber. Le interrogo más que nada por quedar bien, porque todavía no está suficientemente concentrado y, con el edredón y conmigo encima, sin contar lo del tobillo y la rodilla, no le resulta fácil expresarse en francés.

Prosigo mi trabajo, ahora con el índice, cómo se mueve el tío, increíble, mientras vuelvo a pensar en mi visita al hospital.

Si no me equivoco, dentro de un momento mi querido serbio me anunciará malas noticias.

Y la solución pasará entonces por esa chica. Me parece totalmente inevitable. Lógicamente, ahora debería mostrarse más cooperativa.

Lo espero por su bien.

17.00 h

—¿Verhoeven?

Ni siquiera «comandante». Demasiado estresada. Ni preliminares, ni fórmulas inútiles. La comisaria Michard no sabe ni por dónde empezar, tiene tantas cosas que decir... Así que opta por una fórmula clásica:

—Tiene que ponerme al corriente...

La jerarquía es siempre el recurso de los seres sin imaginación.

—Habló usted al juez de una «operación limitada», después me sale con «tres objetivos», y al final monta una redada en cinco distritos, ¿se está usted riendo de mí?

Camille abre la boca. Ella le corta la palabra de inmediato, como si lo estuviera viendo venir:

—De todas formas, ya puede detener su demostración de fuerza, comandante, ahora es inútil.

Fracaso. Camille cierra los ojos. Se ha metido en un esprint y acaban de sobrepasarle a pocos metros de la meta.

Louis, a su lado, mira a su alrededor apretando los labios. También lo ha comprendido. Camille,

con un dedo, le confirma que el caso se ha ido al garete, con la mano le hace una seña para que mande a casa a todo el mundo y Louis empieza inmediatamente a marcar números en su móvil. La cara del comandante Verhoeven es suficiente para entender. Junto a ellos, los compañeros bajan la cabeza, falsamente decepcionados, les van a echar una buena bronca pero lo han pasado de fábula. Algunos, camino de sus coches, le saludan con complicidad, Camille les responde con gesto abatido.

La comisaria le deja tiempo para digerir la información, pero ese silencio no es más que una pausa teatral, insidiosa, saturada de sobreentendidos.

Anne está de nuevo frente al espejo cuando la enfermera hace su entrada. La mayor, Florence. En fin, mayor... Sin duda es más joven que Anne, menos de cuarenta, pero le gustaría tanto tener diez años menos que eso la envejece.

—¿Va todo bien?

Sus miradas se cruzan en el espejo. Mientras anota la hora en el tablero que cuelga del pie de la cama, la enfermera le sonríe. Incluso con labios como esos, nunca más tendré esa sonrisa, piensa Anne.

—¿Va todo bien?

¡Qué pregunta! No quiere hablar, y menos con ella. No tendría que haber cedido frente a la otra enfermera, la más joven. Debió marcharse, aquí se siente en peligro. Al mismo tiempo, tampoco consigue decidirse, tiene tantas razones para irse como para quedarse.

Y además, está Camille.

En cuanto piensa en él tiembla de miedo, está solo, impotente, nunca lo conseguirá. Y si lo consigue, será demasiado tarde.

Número 45 de la rue Jambier, la comisaria dice que llegará enseguida. Es en el distrito XIII. Camille se presentará allí en menos de un cuarto

de hora.

En cierta forma, la redada ha dado sus frutos aunque no sean los deseados. La comunidad serbia se ha movilizadado para reencontrar la paz y la discreción que necesita para prosperar, vivir o simplemente sobrevivir, ha puesto en marcha sus redes, ha cercado a Ravic, un juego de niños, y una llamada anónima ha señalado su cuerpo, rue Jambier. Camille esperaba un cuerpo vivo, en vano.

Con el anuncio de la llegada de la policía, el inmueble se ha vaciado en un abrir y cerrar de ojos. No queda ni un alma, nadie a quien interrogar, ni un testigo, nadie que haya visto u oído nada. Es como investigar en el desierto. Solo han dejado a los niños, con ellos no hay nada que temer y todo que ganar, contarán lo que haya que saber a la vuelta, aunque por el momento los policías uniformados los mantienen a distancia, en la acera: juegan, se ríen, se llaman entre ellos. Como no van al colegio, un doble asesinato se convierte para ellos en un recreo.

Arriba, en el umbral del apartamento, la comisaria está de pie con las manos cruzadas, como en misa. Hasta que no aparezcan los técnicos de la científica no dejará entrar más que a Verhoeven, a nadie más, una medida de precaución de la que no está muy convencida y que no servirá de nada, ha debido de pasar tanta gente por el colchón de esa chica que recogerán, como mínimo, unas cincuenta huellas, cabellos y vello de diversa procedencia; se hará, pero más que nada por respeto al protocolo.

Cuando Camille llega, la comisaria ni le mira, ni se vuelve, solo se interna en la habitación, con paso muy cuidadoso, atento, precavido. Camille pisa por donde ella ha pisado. Silenciosamente, ambos proceden a su análisis y van anotando los indicios. La chica —droga y prostitución— murió en primer lugar. Viéndola boca abajo, como si estuviera enfurruñada, puede adivinarse que la manta que cubre púdicamente el cuerpo de Ravic estaba debajo de ella y la han sacado de un tirón, lanzándola brutalmente contra el tabique. Si solo

se tratara de ese cuerpo pálido, uno entre miles, presa del rígor mortis, no habría gran cosa que decir, sobredosis o asesinato, mueren todas más o menos en la misma posición, pero como está el otro cuerpo, la cosa cambia.

La comisaria avanza lentamente, siempre alejada del charco de sangre que impregna el sucio parqué. El tobillo no es más que un amasijo de huesos unido a la pierna por unos pocos jirones de piel. ¿Seccionado? ¿Arrancado? Camille saca sus gafas, se agacha, observa, busca marcas en el suelo, encuentra algo más lejos el impacto de la bala, vuelve al tobillo; los huesos muestran la huella de un cuchillo, se inclina aún más, como un indio al acecho del enemigo, y descubre la marca limpia de la punta de un puñal en el parqué. Cuando se levanta intenta recomponer esa parte de la escena. En orden. Primero el tobillo, luego los dedos.

La comisaria hace inventario. Cinco dedos. La cuenta está clara, pero no así el orden, el índice aquí, el corazón allá, el pulgar un poco más lejos,

todos cortados a la altura de la segunda falange. El muñón de la mano sobresale, pálido, por debajo de la manta, calada de sangre negra. Con la punta del bolígrafo, la comisaria la levanta. Aparece el rostro de Ravic, que dice a las claras lo que ha sufrido.

Todo terminó con una bala en la nuca.

—¿Y bien? —pregunta la comisaria Michard.

Con tono casi alegre, quiere buenas noticias.

—En mi opinión —empieza a decir Camille—, los tipos entraron...

—¡Ahórreme tonterías, comandante, está muy claro lo que ha pasado! A mí lo que me interesa es lo que está haciendo usted, ¡usted!

¿Qué está haciendo Camille?, se pregunta Anne.

La enfermera se ha marchado después de haber cruzado algunas palabras, Anne ha estado agresiva, la otra ha fingido no percatarse.

—¿No necesita nada?

No, nada, un único movimiento de cabeza. Anne

ya piensa en otra cosa. Como en cada ocasión, verse en el espejo le ha destrozado la moral, y al mismo tiempo no puede evitarlo. Lo hace una y otra vez, se vuelve a acostar, se levanta. Ahora que tiene los resultados de las radiografías y del escáner no para quieta, la habitación la obsesiona y la deprime.

Huir. Lo tiene decidido.

Ha encontrado el valor de sus reflejos de niña para huir, para esconderse. Hay en eso algo en común con la violación, siente vergüenza. Vergüenza del ser en el que se ha convertido, también eso lo ha visto en el espejo.

¿Qué está haciendo Camille?, se pregunta.

La comisaria Michard ha reulado para abandonar la habitación y vuelve a tener los pies en el lugar exacto en el que los puso al entrar, con un margen de error milimétrico. Como en un ballet bien ensayado, su salida se ha coordinado con la llegada de los técnicos. La comisaria recorre una

parte del pasillo marcha atrás, para que su trasero deje vía libre. Se detiene en el descansillo. Se vuelve hacia Camille, cruza los brazos y sonríe. Cuéntemelo.

—El cuádruple atraco de enero fue obra de una banda dirigida por Vincent Hafner y de la que formaba parte Ravic.

Señala con el pulgar la habitación, violentamente iluminada por los focos de la policía científica. La comisaria asiente con la cabeza, eso ya lo sabemos, prosiga.

—La banda ha vuelto a las andadas y atracó ayer la joyería del pasaje Monier. La operación se desarrolló bien salvo por un detalle, la presencia de esa clienta, Anne Forestier. No sé lo que ha visto aparte de sus caras, pero ha pasado algo. Continuamos interrogándola, tanto como su estado lo permite. No obstante, no hemos llegado a ninguna conclusión. En todo caso, es lo bastante importante para que Hafner haya intentado matarla varias veces. Incluso en el hospital... —levanta las manos al cielo—, ¡estoy seguro! ¡Aunque no

tengamos prueba de ello!

—¿Ha pedido el juez una reconstrucción del atraco?

Desde su visita a la galería Monier, Camille no ha informado al juez de nada. Va a tener que decirle todo de golpe, será mejor tomar aliento.

—Todavía no —dice con tono seguro—. Pero, visto el giro de esta historia, en cuanto la testigo esté en disposición de...

—¿Y qué hay de esto? ¿Han venido a quitarle a Ravic su parte del botín?

—Sea lo que sea, han venido a hacerle hablar. Del botín, es posible...

—Este asunto plantea numerosas incógnitas, comandante Verhoeven, pero resulta que plantea menos que su actitud.

Camille ensaya una sonrisa. A estas alturas ha intentado ya de todo.

—Quizá me haya precipitado...

—¿*Precipitado*? Se salta usted todas las reglas, tiene autorización para una pequeña operación y al final pone patas arriba los distritos XIII, XVIII,

XIX y la mitad del XV, sin pedir opinión a nadie.

Pone un poco de suspense y...

—Ha sobrepasado claramente el permiso del juez.

Tenía que ocurrir, pero le parece que llega antes de lo previsto.

—Y de sus superiores. Todavía no me ha entregado ni una sola línea de su informe, actúa como un electrón libre. ¿Quién se cree que es, comandante Verhoeven?

—Solo hago mi trabajo.

—«Servir y proteger.» ¡Pro-te-ger!

Camille se aleja tres pasos, le gustaría estrangularla. Respira hondo.

—Ha subestimado usted el caso —dice—. No se trata simplemente de la paliza a una chica. Los atracadores son reincidentes, mataron a una persona durante un cuádruple atraco. El jefe, Vincent Hafner, es un tipo sin piedad y está acompañado por serbios que tampoco son hermanitas de la caridad. Todavía no sé por qué razón, pero Hafner quiere matar a esa mujer y,

aunque no quiera usted creerme, estoy convencido de que se ha presentado en el hospital con un arma. Si matan a nuestra testigo, habrá que dar explicaciones, ¿usted la primera!

—De acuerdo, esa chica es de una importancia estratégica inconmensurable, pero para anticiparse a un riesgo que no puede usted demostrar, arrambla en París con todo lo que ha nacido entre Belgrado y Sarajevo.

—Sarajevo está en Bosnia, no en Serbia.

—¿Cómo dice?

Camille cierra los ojos.

—De acuerdo —concede—, me he saltado el protocolo, en mi informe yo...

—No se trata solo de eso, comandante.

Verhoeven frunce el ceño, su alarma interna empieza a sonar con urgencia. Sabe perfectamente hasta dónde puede llegar la comisaria si lo desea. Señala con la cabeza la habitación donde yace el cuerpo de Ravic.

—Le ha obligado usted a salir de su escondrijo haciendo mucho ruido, comandante. Y se lo ha

puesto en bandeja al asesino.

—Nada lo demuestra.

—No, pero la duda es legítima. Y, cuando menos, una redada brutal exclusivamente centrada en una etnia extranjera, organizada sin el aval de sus superiores y transgrediendo la autorización del juez, solo tiene un nombre, comandante.

Para ser sincero, Camille no había previsto ese punto de vista. Palidece.

—Se llama razia.

Cierra los ojos. Qué desastre.

¿Qué está haciendo Camille? Anne no ha tocado la bandeja de la comida. La auxiliar, originaria de Martinica, se la ha llevado intacta —hay que comer, no hay que abandonarse, qué pena ver cosas así—. Anne, de pronto, se siente agresiva con todo el mundo. Como con la enfermera, que un rato antes le decía:

—Todo irá bien, ya verá.

—¡Ya voy muy bien! —ha respondido Anne.

La enfermera era sincera, quería ayudar de verdad, ha sido un mal gesto desarmar su buena voluntad, sus ganas de hacer el bien, de esa manera. Pero cuando ha probado con el tónico, el recurso a la paciencia, Anne ha replicado:

—¿A usted le han dado ya una paliza? ¿Han intentado matarla a culatazos, a patadas? ¿Le disparan a menudo con una escopeta de caza? Vamos, cuéntemelo, eso me animará, estoy segura...

Cuando Florence ha salido, Anne le ha pedido llorando que volviera y le ha dicho: perdóneme, lo siento. La enfermera ha hecho un ligero gesto, no hay problema.

Da la impresión de que esas mujeres aguantan todo lo que se les diga.

—Ha querido y ha pedido encargarse de este caso, poniendo como excusa un informador que no ha servido de nada. Ya que estamos, ¿cómo se enteró del atraco, comandante?

—Por Guérin.

Le sale así, sin más. El primer compañero que le ha venido a la cabeza. Al no encontrar otra solución, se ha puesto en manos de la providencia, pero la providencia es como la homeopatía, si no se cree en ella... El resultado es catastrófico. Habrá que llamar a Guérin, pero solo ayudará a Camille si no corre demasiado riesgo. La comisaria se queda pensativa.

—¿Y cómo lo supo Guérin?

Se corrige:

—Quiero decir, ¿por qué se lo comentó a usted?

La perspectiva que contempla obliga a Verhoeven a subir la apuesta, cosa que no ha dejado de hacer desde el principio.

—Bueno, lo cierto es que surgió así...

No se le ocurre ninguna idea. Es evidente que la comisaria está cada vez más interesada en este caso. Se lo van a quitar. Quizá algo peor. La amenaza de informar al fiscal, de una investigación de Asuntos Internos, se perfila en el horizonte.

Durante una fracción de segundo, la imagen de

cinco dedos cortados se interpone entre la comisaria y él; son los dedos de Anne, los reconoce sin dudarlos. El asesino está en movimiento.

La comisaria Michard arrastra su enorme trasero hasta el descansillo, dejando a Camille con sus reflexiones.

Piensa lo mismo que ella: no se puede descartar que haya ayudado al asesino a encontrar a Ravic, pero no tenía otra alternativa si quería actuar deprisa. Hafner pretende librarse de todos los testigos y actores del atraco de la galería Monier: Ravic, Anne, pronto le tocará al último comparsa, el conductor...

En todo caso, él es la clave del problema, el que manda en toda esta historia.

Asuntos Internos, la comisaria y el juez pueden esperar, piensa Camille. Para él, lo más urgente es proteger a Anne.

Recuerda haberlo aprendido en la autoescuela, cuando entras demasiado rápido en una curva hay dos soluciones. La mala reacción consiste en

frenar, tienes todas las papeletas para acabar en la cuneta. Paradójicamente, lo más eficaz es acelerar, pero para conseguirlo hay que luchar contra un instinto de conservación que empuja a detenerse.

Camille decide acelerar.

Es la única forma de salir de esa curva peligrosa. No quiere pensar que también es lo que hay que hacer cuando uno quiere lanzarse por un precipicio.

Pero no hay muchas alternativas...

18.00 h

Cada vez que lo ve, Camille piensa que Mouloud Faraoui no se parece en nada a alguien que pueda llamarse Mouloud Faraoui. Los rasgos de sus raíces marroquíes siguen presentes en su nombre, pero en cuanto a su físico todo se ha diluido en tres generaciones de uniones inesperadas y acoplamientos casuales, una mezcla

cacofónica de sorprendentes resultados. El rostro de ese chico es un concentrado de historia. Castaño muy claro, casi rubio, una nariz bastante larga, un mentón cuadrado atravesado por una cicatriz que debió de doler lo suyo y que le confiere un aspecto malvado, y unos ojos de un azul verdoso glacial. Su edad debe de situarse entre los treinta y los cuarenta, imposible decirlo. Para quedarse tranquilo es preciso leer su ficha, en la que se descubre una hoja de servicios que confirma una rara y precoz madurez. De hecho, tiene treinta y siete años.

Es un hombre tranquilo, casi despreocupado, de pocos gestos y palabras. Se sienta frente a Camille sin dejar de mirarle a los ojos, tenso, como si esperase que el comandante desenfundase su arma reglamentaria. Es desconfiado. Sin duda no lo suficiente, porque en lugar de estar tan tranquilo en su casa, está aquí, en la sala de visitas de la Prisión Central. Podían haberle caído veinte años, pero le condenaron a diez y cumplirá siete. Lleva aquí dos. A pesar de su actitud, Camille siente, al

verlo, que se le hace terriblemente largo.

Frente a un poli, una visita inesperada, la desconfianza de Faraoui está por las nubes. Se sienta muy recto, cruza los brazos. Entre los dos hombres todavía no ha habido una sola palabra, pero el número de mensajes que se han intercambiado es sencillamente alucinante.

La mera visita del comandante Verhoeven es en sí un mensaje bastante complejo.

En una cárcel se sabe todo. Antes incluso de que el preso entre en la sala de visitas, la noticia corre por las galerías. Qué es lo que quiere un poli de la criminal de un proxeneta del calibre de Faraoui, esa es la gran pregunta. En el fondo, poco importa el motivo de la entrevista, los rumores invadirán el lugar; las hipótesis, desde las más racionales hasta las más disparatadas, se golpearán unas contra otras como dentro de un gigantesco billar y, según los intereses de cada uno y del peso respectivo de las bandas presentes, la madeja se desenrollará solita.

Por eso está Camille allí, sentado en el

locutorio con las manos cruzadas, y se limita a mirar a Faraoui. Nada más. El trabajo se hace solo, sin levantar ni un dedo.

Pero el silencio se hace realmente pesado.

Faraoui, que sigue sentado, espera y observa, sin decir palabra. Camille no se mueve. Piensa en la forma en que el nombre de ese delincuente le ha venido a la cabeza cuando la comisaria le ha interrogado. Su inconsciente sabía ya lo que había que hacer, pero Camille lo ha comprendido más tarde: es el camino más rápido hacia Vincent Hafner.

Para llegar al final de la senda, del túnel que acaba de enfiar, Camille tendrá que atravesar momentos difíciles. La angustia le va llenando como el agua en una bañera. Si Faraoui no le mirase tan fijamente se levantaría a abrir la ventana. El solo hecho de entrar en la Prisión Central ya le ha producido una gran impresión.

Respirar. Volver a respirar. Y va a tener que seguir...

Vuelve a pensar en la forma en que dijo «un

asunto a tres bandas». Su cerebro funciona más rápido que él, que solo más tarde entiende lo que ha decidido. Lo comprende ahora.

El reloj cuenta los segundos, luego los minutos, dentro del locutorio cerrado los sobreentendidos resuenan a la velocidad de las vibraciones.

Faraoui muestra en primer lugar desprecio, piensa que se trata de la prueba del silencio, en la que cada uno espera a que el otro hable, una especie de pulso de inercia, una técnica bastante vulgar, y le sorprende. Conoce la reputación del comandante Verhoeven, no es el tipo de poli que se rebaja a esa clase de prácticas. Así que hay algo más. Camille le ve bajar la cabeza, pensar lo más deprisa que puede. Como es inteligente, llega a la única explicación posible, y se dispone a levantarse.

Camille se anticipa, tst tst tst... sin mirarle. Faraoui, que tiene una excelente percepción del interés que suscita, decide seguir el juego. El tiempo continúa pasando.

Esperan. Diez minutos. Luego un cuarto de hora.

Veinte minutos.

Camille da entonces la señal. Abre los brazos.

—Bueno. No es que me esté aburriendo...

Se levanta. Faraoui permanece sentado. Sonrisa discreta, apenas perceptible, incluso se recuesta en el respaldo de su silla como si quisiera tumbarse.

—¿Me toma usted por el cartero?

Camille está en la puerta. Golpea con la palma de la mano para que le abran, se vuelve.

—En cierto modo, sí.

—¿Y yo qué gano?

Camille pone cara de estar escandalizado.

—¡Habrás ayudado a la justicia de tu país! Joder, ¿te parece poco?

La puerta se abre, el guardia se echa a un lado para dejar pasar a Camille, que permanece un momento en el umbral.

—Dime, Mouloud, a propósito... El tipo que te denunció, esto..., cómo se llamaba.... Joder, tengo su nombre en la punta de la lengua...

Faraoui nunca supo quién le había denunciado. Movi6 cielo y tierra para averiguarlo, daría cuatro

años de prisión por enterarse, todo el mundo lo sabe. Y nadie es capaz de imaginar realmente lo que Faraoui hará con ese tipo cuando lo encuentre.

Sonríe y asiente con la cabeza. De acuerdo.

Es el primer mensaje de Camille.

Visitar a Faraoui es como decirle a alguien: vengo de hacer un trato con un asesino.

Si le doy el nombre de quien le entregó, no podrá negarse a nada.

A cambio de ese nombre, puedo ordenarle que vaya detrás de ti, estará a tus espaldas antes de que tengas tiempo de respirar.

A partir de ahora, puedes contar los segundos.

19.30 h

Camille se sienta en su despacho, los compañeros asoman la cabeza, hacen una seña con la mano, todo el mundo ha oído hablar de su caso, claro, y es el centro de todas las conversaciones.

Sin contar a los que han participado en la «razia», que no están preocupados pero ya han oído la palabra por ahí, la comisaria ha comenzado su labor de zapa. Mal asunto. ¿Qué pretende Camille? Nadie lo sabe. Ni siquiera a Louis le ha dicho casi nada, así que el rumor circula a gran velocidad, un policía de ese nivel, como si tuviera algo que reprocharse; algunos se muestran sorprendidos, otros asombrados, se sabe que la comisaria está furiosa, y eso no es nada comparado con el juez, que va a convocar a todo el mundo. Hasta el comisario jefe Le Guen está que no hay quien se le acerque, pero, oh, sorpresa, cuando uno se asoma al despacho, se ve a Verhoeven tecleando su informe, tranquilo como Juan el Bautista, como si la cosa no fuese con él o el asunto del atraco con un equipo de asesinos se tratase de una cuestión personal —no entiendo nada, ¿y tú? Yo tampoco. Resulta extraño—. Pero nadie se detiene demasiado, la corriente los arrastra, se oye un alboroto por ahí, en los pasillos, y gritos. Aquí se trabaja día y noche, sin descanso.

Camille debe terminar ese informe, intentar limitar el desastre anunciado. Lo que necesita es un poco de tiempo, muy poco. Si su estrategia funciona, encontrará a Hafner rápidamente.

Un día o dos.

Ese es el objetivo de su informe. Ganar dos días.

En cuanto localicen y detengan a Hafner todo se aclarará, las nieblas del caso se disiparán, Camille se justificará, pedirá excusas, recibirá la carta certificada con la advertencia administrativa, quizá el despido, el bloqueo de cualquier ascenso hasta el final de su carrera, deberá quizá pedir —o aceptar— un cambio de destino, pero nada de eso importará. Hafner entre rejas, Anne a salvo. Lo demás...

En el momento de comenzar la redacción de algo tan delicado (esto de los informes, a él...) recuerda la página del cuaderno que ha tirado a la papelera, hace unas horas. Se levanta, la recupera. El rostro de Vincent Hafner, el de Anne en su cama de hospital. Mientras alisa la hoja arrugada sobre

la mesa con la palma de la mano, con la otra llama a Guérin, para dejarle un mensaje, el tercero del día. Si Guérin no le responde rápidamente es que no quiere hacerlo. En cambio, el comisario jefe Le Guen lleva detrás de Camille varias horas, todo el mundo corre detrás de todo el mundo. Cuatro mensajes, uno detrás de otro: «¿Qué coño estás haciendo, Camille? ¡Llámame!», está muy enfadado. Y con razón. De hecho, Camille ha escrito apenas las primeras líneas de su informe cuando el teléfono se pone a vibrar de nuevo. Le Guen. Esta vez descuelga y cierra los ojos, preparado para la avalancha.

Al contrario, Le Guen habla en voz baja, tranquilo.

—¿No crees que deberíamos vernos, Camille?

Camille puede decir que sí o decir que no. Le Guen es amigo suyo, el único que le queda de todos sus naufragios, el único capaz de enderezar el rumbo. Pero Camille no dice nada.

Se encuentra en uno de esos momentos decisivos que pueden, o no, salvarle a uno la vida,

y calla.

No crean que se ha vuelto súbitamente masoquista o suicida. Al contrario, se siente muy lúcido. En tres trazos, en una esquina en blanco, esboza el perfil de Anne. Hacía lo mismo con Irène en cuanto tenía un segundo libre, del mismo modo que otros se comen las uñas.

Le Guen intenta hacerle razonar, usa su tono más persuasivo, más aplicado:

—Has estado removiendo mierda toda la tarde, todo el mundo se pregunta si buscamos a terroristas internacionales, has roto todos los tratos. Los soplones están asustados. Echas por tierra el trabajo de tus compañeros con esa gente durante años. En tres horas arruinas un año de seguimientos y con la muerte del serbio ese, Ravic, todo se complica más aún. Ahora tienes que decirme exactamente lo que pasa.

Camille no se concentra en la conversación, mira su dibujo. Hubiera podido ser otra mujer, piensa, pero ha sido ella, Anne. En su vida y en la galería Monier. ¿Por qué ella y no otra? Misterio.

Al recuperar en el dibujo la forma de los labios de Anne, Camille podría casi sentir su calor, subraya un trazo, ese punto, justo debajo de la mandíbula, que le gusta tanto.

—Camille, ¿me estás escuchando? —pregunta Le Guen.

—Sí, Jean, te escucho.

—No estoy seguro de poder salvarte esta vez de la quema, ¿sabes? Me está costando mucho calmar al juez. Es un tipo inteligente y, por eso mismo, no hay que tomarlo por idiota. Y naturalmente los jefazos se me han echado encima hace menos de una hora, pero creo que puedo limitar los daños.

Camille suelta el lápiz, inclina la cabeza, a fuerza de querer corregirlo ha estropeado completamente el retrato de Anne. Siempre pasa lo mismo, tiene que salir del tirón, si se retoca demasiado se arruina.

Y, de pronto, una nueva idea surge en su mente, una idea totalmente inédita, una cuestión que, por muy sorprendente que parezca, no se había planteado todavía: ¿qué va a ser de mí después?,

¿qué es lo que quiero? Y como a veces en los diálogos de sordos, aunque no consigan ni escucharse ni ser escuchados, curiosamente los dos hombres llegan a la misma conclusión:

—¿Es un asunto personal, Camille? —pregunta Jean—. ¿Conoces a esa chica personalmente?

—Que no, Jean, qué cosas se te ocurren...

Le Guen deja flotar un doloroso silencio. Después se encoge de hombros.

—Si pasa algo habrá una investigación...

Camille comprende de pronto que toda esa historia no es solo una cuestión de amor, que es otra cosa. Ha empezado a recorrer un camino oscuro y sinuoso, desconoce adónde le lleva pero siente, sabe que no está siendo arrastrado por una pasión ciega por Anne.

Hay algo distinto que le empuja a continuar, cueste lo que cueste.

En el fondo, hace con su vida lo que siempre ha hecho con sus casos, prosigue hasta el final para comprender cómo ha llegado hasta ahí.

—Si no te explicas inmediatamente —continúa

Le Guen—, si no lo haces aquí, ahora, la comisaria Michard informará al Ministerio Público, Camille. No podremos evitar una investigación interna...

—Pero... una investigación interna... ¿sobre qué?

Le Guen se encoge de nuevo de hombros.

—Vale. Como quieras.

20.15 h

Camille llama suavemente a la puerta de la habitación, sin obtener respuesta. Abre. Anne está tumbada, mirando al techo, se sienta a su lado.

No se hablan. La toma simplemente de la mano, ella se deja hacer, todo en ella rezuma un terrible abandono, como una renuncia. Sin embargo, después de unos minutos, dice sin afectación:

—Quiero salir...

Se incorpora lentamente en la cama, apoyándose

en los codos.

—Como no te van a operar —dice Camille—, podrás volver a casa dentro de poco. Es cosa de uno o dos días.

—No, Camille —habla lentamente—. Quiero salir ya, ahora.

Camille frunce el ceño, Anne mueve la cabeza de un lado a otro y repite:

—Ahora.

—No puedes salir así, en plena noche. Y además hace falta un alta médica, recetas, y...

—¡No! Quiero marcharme, Camille, ¿lo entiendes?

Camille se levanta, debe calmarla, está poniéndose nerviosa. Pero ella se le ha adelantado, ha sacado las piernas de la cama y se ha puesto en pie.

—No quiero seguir aquí, ¡nadie puede obligarme!

—Pero nadie trata de obli...

Ha calculado mal sus fuerzas, se marea, se apoya en Camille, se sienta en la cama y baja la

cabeza.

—Estoy segura de que ha venido, Camille, quiere matarme, esto no va a quedar así, lo sé, lo presiento.

—¡No sabes nada, no presientes nada! —dice Camille.

Imponerse por la fuerza no es la estrategia adecuada, porque lo que impulsa a Anne es el pánico, inaccesible a la razón o a la autoridad. Ha empezado a temblar.

—Hay un agente en la puerta, no puede pasarte nada...

—¡Ya vale, Camille! Cuando no está en el servicio, ¡está jugando con el teléfono! Ni siquiera se percata de si salgo del cuarto...

—Voy a pedir que traigan a otro. De noche...

—¿De noche qué?

Intenta sonarse, pero le duele la nariz.

—Ya lo sabes... De noche todo da más miedo, pero te aseguro...

—No, tú no me aseguras nada. Precisamente...

Esa sola palabra hace un daño terrible, tanto al

uno como al otro. Ella quiere marcharse *precisamente* porque él no puede garantizar su seguridad. Todo es culpa suya. Tira el pañuelo al suelo con rabia. Camille intenta ayudarla pero ella no quiere —déjame—, dice que se las arreglará sola...

—¿Cómo que *sola*?

—Déjame ahora, Camille, no te necesito.

Pero tras decir eso vuelve a acostarse, no es sencillo mantenerse en pie, el cansancio la vence, él la arropa. Déjame.

Entonces la deja, se vuelve a sentar, intenta acariciarle la mano, pero es una mano fría, inánime.

Su posición en la cama es como un insulto.

—Puedes marcharte... —dice.

No le mira. Gira el rostro hacia la ventana.

Día 3

7.15 h

Camille no ha dormido casi nada en dos días. Mientras se calienta las manos con la taza de café, mira al bosque a través de la gran cristalera del taller. Fue aquí, en Monfort, donde su madre pintó durante tantos años, prácticamente hasta su muerte. Después de aquello el lugar cayó en el abandono, ocupado, saqueado, sin que Camille hiciera nada para remediarlo, pero tampoco lo vendió nunca, sin saber muy bien por qué.

Después, un día, tras la muerte de Irène, decidió no conservar nada de su madre, ninguna obra, tenía una vieja cuenta que saldar con ella: por culpa de su adicción al tabaco mide un metro cuarenta y

cinco.

Algunos lienzos están en museos extranjeros. Se había prometido librarse del dinero que le habían pagado por ellos, pero, evidentemente, no hizo nada. O más bien sí. Cuando recuperó su vida social después de la muerte de Irène, reconstruyó y decoró aquel taller al borde del bosque de Calmart, la antigua casa de los guardeses de una finca que ya no existe. Hace años el lugar estaba más aislado aun, hoy tiene las primeras casas a apenas trescientos metros, aunque son trescientos metros de densa vegetación. El camino no conduce a ninguna parte, termina allí.

Camille lo ha renovado por completo, mandó cambiar el antiguo suelo que crujía a cada paso por un enlosado rojizo, hacer un auténtico cuarto de baño y construir un altillo para instalar en él un dormitorio; toda la planta baja es un amplio salón con cocina americana, y a lo largo de la estancia hay una inmensa cristalera con vistas a la linde del bosque.

Como cuando era niño y venía por las tardes a

ver a su madre trabajar, ese bosque continúa aterrorizándolo. Hoy se trata de un terror adulto que tiene algo de evocador, de delicioso y doloroso a la vez. El único toque de nostalgia que se ha permitido se resume en la enorme estufa de leña, de brillante hierro fundido, plantada en medio de la pieza, que reemplaza a la que su madre había instalado y que robaron cuando la casa permanecía abandonada.

Si se enciende mal, el calor solamente sube, el cuarto de arriba se convierte en un horno mientras que abajo se te hielan los pies; sin embargo esa calefacción, rústica, le gusta porque hay que ganársela, necesita tanta atención como experiencia. Camille sabe cargarla y regularla para que se mantenga activa toda la noche. En la época más fría del invierno el ambiente es fresco por la mañana, y considera esa primera tarea, cargar y poner en marcha la estufa, como una pequeña liturgia.

También hizo reemplazar gran parte del techo por cristaleras, así que se ve permanentemente el

cielo, y las nubes y la lluvia parecen derramarse encima si se levanta la vista. Cuando nieva, casi da miedo. Esa abertura en la parte superior no sirve de nada, añade luz, pero la casa ya era luminosa. Cuando estuvo de visita, Le Guen, hombre práctico, se planteó la cuestión de inmediato. Camille contestó:

—Qué quieres, mido lo que un caniche pero tengo aspiraciones cósmicas.

Viene aquí siempre que puede. Viene durante las vacaciones y los fines de semana. Trae pocos invitados. De hecho, en su vida hay muy poca gente. Louis y Le Guen han estado, Armand también; no es que lo haya decidido así, pero mantiene el lugar bastante en secreto, allí se pasa el tiempo dibujando, siempre de memoria. Entre las pilas de esbozos, en los centenares de cuadernillos apilados en el gran salón, se encuentran los retratos de todos los que ha detenido, de todos los muertos que ha visto y sobre los que ha investigado, de los jueces para los que ha trabajado, de los compañeros con los que se ha

cruzado y de sus preferidos, los testigos a los que ha interrogado, esas siluetas que han llegado y se han marchado, peatones traumatizados, aturridos, espectadores tajantes, mujeres desbordadas por los acontecimientos, chicas jóvenes ahogadas por la emoción, hombres todavía temblorosos después de haber escapado a la muerte. Casi todos están allí, dos mil croquis, quizá tres mil, una gigantesca galería de retratos sin igual: la vida diaria de un policía de la Brigada Criminal plasmada por el artista que nunca fue. Camille es un dibujante fuera de lo común, casi letal, a veces dice que sus dibujos son más inteligentes que él, lo que es bastante cierto. Hasta el punto de que incluso las fotografías parecen menos fieles, menos justas. Durante una visita al Hôtel Salé, Anne le pareció tan hermosa que le dijo: no te muevas, sacó su teléfono móvil y le hizo una foto, una sola, para que apareciese cuando llamara; al final tuvo que fotografiar uno de sus propios bocetos, más justo, más real, más evocador.

Es septiembre, todavía no hace frío, al llegar

anoche Camille se contentó con encender en la estufa lo que él llama un fuego de confort.

Su gata, Doudouche, debería venirse a vivir aquí, pero no le gusta el campo —o París o nada, ella es así—. También la ha dibujado mucho. Y a Louis. Y a Jean. Y a Maleval en su momento. Ayer, justo antes de acostarse, sacó todos los retratos que había hecho de Armand, incluso encontró el retrato que hizo el día de su muerte: Armand tumbado en la cama, con esa figura larga y por fin tranquila que hace que todos los muertos se parezcan más o menos.

Frente a la casa, a cincuenta metros, al fondo de lo que puede llamarse el patio, empieza el bosque. La humedad lo inunda de madrugada, esa mañana su coche está empapado.

Ha dibujado bastantes veces ese bosque, se ha arriesgado incluso a hacer alguna acuarela, aunque no esté muy dotado para el color. Lo suyo es el movimiento, la vida del sujeto, pero no es un colorista. Su madre sí. Él no.

Su móvil vibra exactamente a las siete y cuarto.

Sin soltar la taza de café, lo coge. Louis se disculpa.

—No —responde Camille—, dime...

—La señora Forestier ya no está en el hospital.

Corto silencio. Si hubiese que escribir la biografía de Camille Verhoeven, la mayor parte estaría consagrada a la historia de sus silencios. Louis, que es consciente de ello, continúa haciéndose preguntas. Esa mujer desaparecida, ¿qué lugar ocupa realmente en su vida? ¿Es la verdadera, la única razón de su comportamiento? ¿Cuánto hay de exorcismo en la conducta de Camille? En todo caso, el silencio del comandante Verhoeven expresa los muchos tumbos que ha dado su vida.

—¿Desde cuándo está desaparecida? — pregunta.

—No se sabe, esta noche. La enfermera pasó hacia las diez, habló con ella y parecía tranquila, pero hace una hora su sustituta se ha encontrado la habitación vacía. Ha dejado la mayor parte de su ropa en el armario para hacer creer que solo había

salido. Así que han tardado un rato en darse cuenta de que había desaparecido.

—¿Y el vigilante?

—Dice que tiene problemas de próstata y que cuando se ausenta puede tardar bastante.

Camille da un sorbo al café.

—Envía enseguida a alguien a su apartamento.

—Ya lo he hecho antes de llamarle —dice Louis—. Nadie la ha visto...

Camille mira fijamente la linde del bosque, como si esperase que llegara ayuda.

—¿Sabe si tiene familia? —pregunta Louis.

Camille dice no, no sé. La verdad es que sí, tiene una hija en Estados Unidos. Intenta recordar su nombre: Agathe. Pero no lo menciona.

—Si se aloja en un hotel —prosigue Louis— llevará más tiempo encontrarla, pero ha podido también pedir ayuda a algún conocido. Voy a preguntar en su trabajo.

Camille suspira:

—No, déjalo —dice—. Sigue concentrado en Hafner. ¿Tenemos algo?

—Por el momento nada, parece que ha desaparecido del mapa. Último domicilio, vacío. Ni rastro en los lugares que frecuentaba. Sus conocidos cercanos no lo han visto desde principios de año...

—¿Desde el atraco de enero?

—Sí, aproximadamente.

—Se ha esfumado...

—Es lo que piensa todo el mundo. Algunos creen incluso que está muerto, pero no tenemos pruebas. También se dice que está enfermo, es lo que nos han contado muchos, aunque vista su intervención en la galería Monier yo diría que tiene buena salud. Continuamos buscando, pero con pocas esperanzas...

—Y los resultados del laboratorio sobre la muerte de Ravic, ¿cuándo los tendremos?

—No antes de mañana.

Louis deja pasar un silencio delicado, en su cultura es una clase de silencio muy especial, reservado a las preguntas difíciles. Después se lanza:

—¿Quién le dice a la comisaria lo de la señora Forestier, usted o yo?

—Lo haré yo.

La respuesta ha salido de golpe. Demasiado rápida. Camille deja la taza en la pila. Louis, siempre intuitivo, aguarda lo siguiente, que no se hace esperar.

—Escúchame, Louis..., preferiría buscarla yo mismo.

Se puede sentir cómo Louis asiente prudentemente con la cabeza.

—Creo que puedo encontrarla... bastante rápido.

—No hay problema —decide Louis.

El mensaje implica claramente que no se mencione el tema a la comisaria Michard.

—Voy para allá, Louis. Y rápido. Tengo una cita, en cuanto termine estaré allí.

El sudor frío que le recorre la espalda a Camille no tiene nada que ver con la temperatura de la estancia.

7.20 h

Termina de vestirse en un santiamén, pero no puede marcharse así, es más fuerte que él, debe asegurarse de que todo queda cerrado, tiene esa molesta impresión de que todo depende de él.

Sube al altillo caminando de puntillas.

—No estoy dormida...

Avanza entonces con más aplomo y se sienta al borde de la cama.

—¿He roncado? —pregunta Anne sin volverse.

—Con la nariz rota es inevitable.

De pronto, su postura le deja helado. Igual que en el hospital, con la cara mirando siempre hacia el otro lado, hacia la ventana, evitándome, me cree incapaz de protegerla.

—Aquí estás segura, no puede pasarte nada.

Anne menea la cabeza, resulta difícil saber si es un sí o un no.

Es un no.

—Me localizará. Y vendrá.

Entonces se da la vuelta y le mira. Podría hacerle dudar.

—Es imposible, Anne. Nadie sabe que estás aquí.

Anne se limita a mover una vez más la cabeza. No hay duda sobre lo que significa: puedes decir lo que quieras, me va a encontrar y va a venir a matarme. El tema roza la obsesión, se vuelve incontrolable. Camille le agarra la mano.

—Después de lo que ha pasado es normal que tengas miedo. Pero te aseguro...

Esta vez el movimiento de cabeza puede querer decir: ¿cómo te lo explico? O: déjalo.

—Me voy a tener que ir —dice Camille consultando el reloj—. Abajo tienes todo lo que necesitas, ya te he enseñado...

Sí. Otra seña. Todavía está muy cansada. Ni la penumbra del cuarto es capaz de ocultar las marcas de los hematomas y las heridas.

Le ha enseñado todo: el café, el cuarto de baño, el botiquín. Él no quería que dejase el hospital,

¿quién supervisará su evolución y le quitará los puntos de sutura? Pero no había nada que hacer: frenética, nerviosa, no quería permanecer allí, amenazaba con volver a su casa. Y él no podía decirle que allí la estarían esperando, que era una trampa, ¿qué podía hacer sino traerla al fin del mundo?

De modo que aquí está Anne.

Ninguna mujer ha venido antes. Camille aparta esa idea de su mente, porque de hecho fue abajo, cerca de la puerta, donde mataron a Irène. En cuatro años todo ha cambiado, lo ha reformado por completo, pero a la vez todo sigue igual. También ha «limpiado». A su manera, nunca del todo, jirones de vida siguen colgando en algunos sitios, puede verlos por todos lados si mira a su alrededor.

—Haz lo que te he dicho —prosigue—, cierr...

Anne posa su mano en la suya. Con los dedos vendados, el gesto no tiene nada de romántico. Quiere decir: ya me lo has contado, lo he entendido, lárgate.

Camille se larga. Baja los escalones del altillo, sale, cierra con llave y entra en el coche.

Su situación se ha vuelto mucho más complicada, pero la de Anne es ahora más segura. Ocuparse él solo, echarse el mundo a la espalda. Si su talla fuese normal, ¿sentiría tanto la llamada del deber?

8.00 h

El bosque me deprime, siempre lo he odiado. Este es peor que los otros. Clamart, Meudon, es tanto como decir ninguna parte. Triste como un domingo por la tarde. Un cartel anuncia un lugar, no se sabe bien qué es, chalés, propiedades de falsos ricos, no es ni una ciudad, ni un pueblo, ni un barrio. Es la periferia. La periferia de qué, se pregunta uno. Por cómo cuidan sus jardines y sus porches, no se sabe qué es más deprimente, si la desolación del lugar o la satisfacción que parece

procurar a sus habitantes.

Más allá de la línea de chalés no hay más que bosque hasta donde alcanza la vista, la rue du Pavé-de-Meudon, que el GPS tarda una eternidad en encontrar, y a la izquierda la de la Morte-Bouteille[7], ¿quién le habrá puesto ese nombre? Sin contar con que es francamente imposible aparcar sin ser visto, hay que subir hasta Dios sabe dónde y continuar a pie.

Estoy muy nervioso, no como bien, me encuentro cansado, quiero hacerlo todo de una vez. Y no me gusta caminar. En el bosque menos aún...

Más vale que la chica se comporte. Le voy a dar una clase de grabado, voy bien equipado para explicárselo claramente. Y cuando haya terminado con esto me largaré a un sitio donde prohíban los bosques. No quiero ver un árbol a menos de cien kilómetros a la redonda, quiero una playa, cócteles fantásticos, algunas buenas manos de póker y reponerme de tanto sobresalto. Ya tengo una edad. Cuando haya pasado todo, quiero aprovechar ahora que todavía estoy a tiempo. Pero para eso

hay que conservar la sangre fría, caminar por este bosque de mierda y prestar atención a cualquiera que se cruce, que no lo parece pero hay que ver la de gente que puede andar por un lugar tan desértico como este, jóvenes, viejos, parejas, el sitio bulle desde primera hora de la mañana con los paseos, el ejercicio..., hasta me he cruzado con alguien a caballo.

Dicho esto, cuanto más avanzo menos gente hay. La casa está bastante retirada, a más de trescientos metros, y el camino termina allí. Después, nada, el bosque.

Merodear por aquí con un fusil de largo alcance, incluso en su estuche, no hacía juego con el paisaje, así que lo he metido en una bolsa de deporte. Lo único que mis pintas no son precisamente las de alguien que va a por setas.

Llevo unos cuantos minutos sin ver a nadie, el GPS se ha perdido pero no hay otro camino.

Todo va a estar bastante tranquilo, se podrá trabajar bien.

8.30 h

Cada puerta que se cierra, cada metro de pasillo, cada mirada hacia la reja, todo le cuesta y le pesa. Porque, en el fondo, Camille está asustado. Aunque desde hace tiempo el convencimiento de que algún día debería regresar había aflorado, hasta ahora lo había evitado. Pero ha vuelto a la superficie y no ha hecho más que agitarse como un pez en su acuario, susurrándole que la gran cita tendría lugar, tarde o temprano. Solo le hacía falta una razón para venir, para ceder a esa necesidad irreprimible sin avergonzarse.

Las pesadas puertas metálicas de la Prisión Central se abren y se cierran, delante, detrás, en torno.

Mientras avanza, con sus pasitos de gorrión, tan ligero, Camille siente ganas de vomitar, la cabeza le da vueltas.

El guardia que le escolta se muestra respetuoso,

casi precavido, como si conociese la situación y Camille tuviera derecho, dada las excepcionales circunstancias, a una atención particular. Camille ve señales por todas partes.

Una sala, otra y llegan al locutorio. Se abre la puerta. Entra, se sienta delante de la mesa de hierro clavada al suelo, su corazón late con una cadencia alucinante, su garganta está seca. Espera. Pone las manos encima, nota cómo tiemblan y las vuelve a esconder bajo la mesa.

Entonces se abre la otra puerta, la del fondo de la sala.

Primero solo ve los zapatos, plantados sobre el borde metálico de la silla de ruedas, zapatos de cuero negro excesivamente brillantes. Después la silla se desliza, muy lentamente, dando una impresión de inquietud o de desconfianza. Aparecen entonces dos piernas cuyas rodillas, que abomban la tela, denotan corpulencia, y la silla se para allí, a medio camino, en el umbral de la sala, sin dejar ver más que dos manos rollizas, blancas, sin venas, que se agarran a las grandes ruedas de

goma. Un metro más y por fin aparece el hombre.

Se detiene un momento. En cuanto entra, mira fijamente a los ojos de Camille y no aparta la mirada. El guardia pasa delante, separa de la mesa la silla metálica para dejar sitio a la de ruedas y, después de un gesto de Camille, sale.

La silla avanza, gira sobre sí misma con una ligereza inesperada.

Por fin están frente a frente.

Camille Verhoeven, comandante de la Brigada Criminal, se encuentra, por primera vez después de cuatro años, frente al asesino de su mujer.

Había conocido a un hombre alto, todavía delgado pero con tendencia a engordar, de una elegancia desfasada, un poco decadente, sensual hasta resultar desagradable, sobre todo su boca. El preso que tiene ante él está gordo y descuidado. Sus rasgos son idénticos a los de antaño, pero sumergidos en un conjunto en el que han cambiado todas las proporciones. Tiene la cara igual que siempre, como una máscara finamente dibujada en una cabeza de obeso. Su pelo está demasiado

largo, graso, pero conserva su mirada cautelosa y burlona.

—Estaba escrito —dice Buisson. Su voz tiembla, demasiado alta, demasiado fuerte—. Y por fin ocurre —concluye, como si la entrevista acabase de terminar.

Ya en su época de esplendor le gustaba pronunciar frases lapidarias. En el fondo es lo que le convirtió en un asesino séxtuple, ese gusto por la grandilocuencia, esa arrogancia pretenciosa. Camille y él se odiaron de inmediato, en cuanto se conocieron. Después la historia, a veces sucede, confirmó que sus intuiciones no eran erróneas. Pero no es el momento de remontarse hasta el principio de los tiempos.

—Sí —responde Camille simplemente—, por fin.

Su voz no tiembla. Ahora que se encuentra frente a Buisson está más tranquilo. Tiene mucha experiencia en el cara a cara y ha comprendido que no se va a derrumbar. Ese hombre al que tantas veces deseó la muerte, la tortura, el sufrimiento, no

es el mismo. Al descubrirlo así, años más tarde, Camille comprende que ahora puede abandonarse a un rencor sereno, definitivo, porque ya no corre prisa. Durante todos estos años ha depositado sobre el asesino de Irène todo su odio, su violencia y su resentimiento, pero ahora es agua pasada.

Se acabó Buisson.

La propia historia de Camille, por el contrario, no.

Su culpa en la muerte de Irène le seguirá dando guerra. Nunca acabará con ella, es la constatación, la certeza que se encuentra por encima de todo. El resto se diluye.

Cuando toma conciencia de ello, Camille levanta la cabeza hacia el techo y deja brotar unas lágrimas que lo acercan de inmediato a una Irène intacta, resplandeciente, como eternamente joven, para él solo. Él envejece, ella, más radiante que nunca, no cambiará. Lo que Buisson le hizo no tiene influencia alguna en su recuerdo, ese manojito íntimo de imágenes, de reminiscencias, de

sensaciones que condensan el amor que Camille sintió por Irène.

Por eso su vida lleva esa marca como una cicatriz en la mejilla, discreta pero inalterable.

Buisson no se mueve. Desde el principio de la entrevista tiene miedo.

La emoción de Camille, breve, rápidamente controlada, no ha provocado ninguna incomodidad entre los dos hombres. Ya habrá tiempo de hablar, pero primero era necesario que el silencio tomase posesión. Camille resopla, no quiere que Buisson interprete esa turbación repentina y el silencio de ambos como una especie de muda comunión. No quiere compartir nada parecido con él. Se suena, guarda el pañuelo en el bolsillo, apoya los codos en la mesa, cruza las manos bajo el mentón y mira fijamente a Buisson.

Buisson teme este momento desde el día anterior. En cuanto supo —y no tardó mucho— que Verhoeven había ido a visitar a Mouloud Faraoui, comprendió que por fin había llegado su hora. No ha dormido en toda la noche, ha dado vueltas y

vueltas en la cama, no podía creerse que fuese en este momento. No duda ni un segundo de su muerte. La banda de Faraoui, en esa cárcel, es omnipresente, tiene controlada hasta la última cucaracha. Si Camille encuentra algo con lo que pagar los servicios de Faraoui —por ejemplo, el nombre de quien le denunció—, en una hora, en dos días, a Buisson le clavarán un punzón en la garganta a la salida del comedor o lo estrangularán por la espalda con un alambre mientras dos culturistas lo sujetan por los brazos. O se caerá con su silla por encima de la barandilla del tercer piso. O le asfixiarán con su colchón. Todo dependerá de lo que pida. Verhoeven puede incluso, si quiere, exigir una muerte muy lenta, que Buisson agonice una noche entera amordazado en un váter apestoso o que se desangre gota a gota atado dentro de un armario en un taller...

Buisson tiene miedo a morir.

Ya no creía que Camille deseara venganza. Ese miedo, que había perdido después de todo este tiempo, emerge ahora con más violencia, es más

aterrador porque hoy le parece menos merecido. Estos años de prisión, con todo lo que ha pasado aquí, el lugar que ha sabido construirse, el respeto que ha logrado inspirar, el poder que ha adquirido, han fabricado en su imaginario una especie de perennidad que Verhoeven ha arruinado en pocas horas. Le ha bastado con visitar a Faraoui para que todo el mundo comprenda que su permiso solo era aparente, que Buisson ha entrado en sus últimas horas de prórroga. Se ha hablado mucho de eso en los pasillos, Faraoui ha hecho correr la noticia por todos lados, debía de formar parte del acuerdo con Verhoeven, aterrar a Buisson. Algunos matones lo saben, los presos ya no tienen la misma cara que antes cuando le miran.

Por qué ahora, esa es la cuestión.

—Parece que te has convertido en un jefecillo.

Buisson se pregunta si esa declaración es la respuesta. Pero no. Camille ha hecho un simple diagnóstico. Buisson es un hombre muy inteligente. Cuando intentaba escapar, Louis le pegó un tiro en la espalda que lo ha dejado postrado en una silla,

pero antes de eso había dado mucho trabajo a la policía. Llegó a prisión precedido de una elevada reputación, se convirtió incluso en una especie de estrella por haber tenido tanto tiempo en vilo a la Brigada Criminal, un pequeño capital de simpatía que supo hacer valer con mucho talento frente a otros presos, consiguiendo situarse al margen de las guerras de clanes, haciendo favores a los unos y a los otros: un intelectual entre rejas, un hombre que sabe cosas, es una rareza. Ha ido tejiendo, al cabo de los años, una estrecha red de relaciones, primero dentro, luego en el exterior gracias a los presos liberados a los que ha continuado haciendo favores, les ha presentado gente, ha conseguido entrevistas y ha mediado en sus tratos. El año anterior llegó a intervenir en una lucha fratricida entre dos bandas del extrarradio oeste, calmando los ánimos, proponiendo los términos de un acuerdo, negociando, un auténtico trabajo de orfebre. No participa en ningún trapicheo interno, pero está al corriente de todos. Y en lo que respecta a la calle, en materia de delincuencia y

siempre que esta sea de alto nivel, Buisson sabe todo lo que hay que saber, y estar tan asombrosamente informado lo convierte en un hombre poderoso.

Sin embargo, ahora que Camille lo ha decidido, mañana quizá, o dentro de una hora, será hombre muerto.

—Pareces preocupado... —dice Camille.

—Estoy esperando.

Buisson se arrepiente de inmediato de lo que parece una provocación, y por tanto, su sentencia. Camille levanta la mano, no hay problema, lo comprende.

—Ahora me explicaré...

—No —dice Camille—, no hay nada que explicar. Simplemente te voy a decir lo que va a pasar, eso es todo.

Buisson está muy pálido. La indiferencia que demuestra Verhoeven le parece una amenaza suplementaria. Y eso le irrita.

—¡Tengo derecho a una explicación! — exclama.

Físicamente es otra persona, pero en su interior nada ha cambiado. Sigue teniendo un ego desmesurado. Camille busca en su bolsillo. Y coloca una foto sobre la mesa.

—Vincent Hafner. Es...

—Sé quién es...

Responde como si le hubieran insultado. También porque se siente aliviado. En una fracción de segundo, Buisson ha comprendido que tiene una oportunidad.

Camille ha sentido una especie de euforia espontánea e involuntaria en su voz, pero no se detiene ahí. Era previsible. Buisson intenta preparar a toda prisa un cortafuegos, ganar tiempo.

—No lo conozco personalmente... No es una leyenda pero sí alguien importante. Tiene una reputación bastante... salvaje. Es un bestia.

Habría que colocar electrodos en su cráneo para calcular la velocidad impresionante a la que se producen sus conexiones neuronales.

—Desapareció el pasado enero —Camille retoma la palabra—. Ha permanecido en paradero

desconocido durante mucho tiempo, incluso para sus allegados, los que han trabajado con él. No ha vuelto a dar señales de vida. Y ahora aparece de pronto, de golpe, se diría casi que ha rejuvenecido. Regresa con sus viejos métodos y se pone a trabajar, fresco como un chaval.

—Y eso le parece extraño.

—Me cuesta un poco relacionar su desaparición, tan repentina..., con su vuelta al terreno de juego. Para ser un tipo que ha llegado al final de su carrera, es sorprendente.

—Así que hay algo que no cuadra.

Camille muestra entonces un aire preocupado, el rostro de un hombre descontento consigo mismo, casi enfadado.

—Vamos a llamarlo así, algo que no cuadra. Algo que no comprendo.

Por la infinitesimal sonrisa de Buisson, Camille se felicita de haber apostado por su chulería. La que hizo de él un asesino reincidente. La que lo ha llevado a prisión. Un día será la causa de que muera en una celda y a pesar de ello no ha

aprendido la lección, su narcisismo está intacto, es un pozo sin fondo, siempre dispuesto a hacerle caer por la borda. «Que no comprendo», la frase clave, la palabra mágica para Buisson, que, él sí, comprende. Y es incapaz de ocultarlo.

—Quizá tenga alguna urgencia...

Hay que llegar hasta el fondo. Camille no muestra lo mucho que está sufriendo al rebajarse de esa manera. Está investigando, el fin justifica los medios. Así que levanta la mirada hacia Buisson y pone cara de intrigado.

—Dicen que Hafner está bastante enfermo... — articula lentamente Buisson.

Cuando se ha elegido una estrategia, lo mejor es ceñirse a ella salvo que se demuestre inservible:

—Pues que se muera — responde Camille.

El resultado no se hace esperar.

—Precisamente es lo que debe de tenerlo tan inquieto, ¡el morirse pronto! Está con una chica mucho más joven... Una puta de lo más bajo, con diecinueve años se la había pasado por la piedra el equivalente a la población de Châteauroux.

Deben de gustarle los golpes, si no, no lo entiendo...

Camille se pregunta si Buisson va a tener la cara, o la inconsciencia, de llegar hasta el final. Y sí.

—A pesar de eso parece que Hafner está colado por esa chica. El amor, comandante, qué fuerza, ¿verdad? Usted ya lo sabe...

Camille no lo demuestra, pero está a pocos milímetros de derrumbarse. En su interior es un hombre deshecho. Acaba de dar permiso a Buisson para regodearse en su historia. «El amor, comandante...»

Buisson debe de haberlo advertido y por un momento su instinto de supervivencia toma la delantera sobre la alegría que le produce la situación.

—Si está muy enfermo —prosigue—, quizá Hafner esté intentando que su amada quede bien cubierta. Las almas más negras tienen los reflejos más generosos, ¿sabe?

Corría el rumor, Louis se lo había dicho, pero

esa confirmación, tan cara, valía el sacrificio.

Para Camille acaba de encenderse una luz, allí, al final del túnel. Buisson no es ajeno a ello. Pero es un perverso, al mismo tiempo que arriesga su vida no puede evitar especular sobre la necesidad del comandante Verhoeven, sobre la importancia que concede a esa búsqueda como para humillarse dirigiéndose a él. Sobre su urgencia. Con su vida a salvo por los pelos, se pregunta cuánto puede sacar de aquello.

Camille no le deja tiempo.

—Necesito a Hafner, de inmediato. Te doy doce horas.

—¡Eso es imposible! —se atraganta Buisson, aterrado.

Al ver cómo Camille se levanta, ve escaparse su última oportunidad de seguir vivo. Golpea nerviosamente con los puños los brazos de su silla. Camille permanece impasible.

—Doce horas, ni una más. Se trabaja mejor con prisas.

Golpea la puerta con la palma de la mano. En el

momento en que se abre, se vuelve hacia Buisson:

—Incluso después, puedo hacer que te maten cuando quiera.

Ha bastado con decirlo para que ambos se den cuenta de que era necesario mencionarlo, aunque no deje de ser mentira.

Porque si hubiera tenido que suceder, Buisson llevaría ya mucho tiempo muerto.

Porque para Camille Verhoeven encargarse de un asesinato no es compatible con su forma de ser.

Y ahora que sabe que no corre peligro, ahora que comprende que quizá, en realidad, nunca lo ha corrido, Buisson toma la decisión de encontrar lo que Camille necesita saber.

Al salir de la cárcel, Camille se siente a la vez aliviado y terriblemente hundido, como el último superviviente de un naufragio.

9.00 h

El frescor me plantea casi tantos problemas como el cansancio. No se siente a la primera, pero, si no te mueves, enseguida se te hielan hasta los huesos. ¡Va a ser difícil apuntar con precisión!

Pero al menos el lugar es tranquilo. La casa solo tiene una planta, alargada, aunque el techo es alto. Hay bastante espacio en la parte delantera. Organizo el material al resguardo de un minúsculo cobertizo situado al fondo del patio, que debía de ser una conejera o algo parecido.

Guardo el fusil de francotirador, solo conservo la Walther y el puñal de caza, y salgo a campo abierto en reconocimiento.

Es esencial sopesar la topología. Hay que provocar los daños justos. Ser cuidadoso. Preciso. ¿Cómo lo llamaban? Ah, sí. Quirúrgico. Aquí usar la Mossberg sería como utilizar un rodillo para pintar una miniatura. Quirúrgico quiere decir hacer agujeros precisos en el lugar preciso. Y como está claro que la cristalera es a prueba de bastantes cosas, me felicito por haber elegido el M40A3, con su mira telescópica, un arma muy precisa. Con

un gran poder de perforación.

Un poco a la derecha de la casa hay una especie de cerro. En la parte superior la tierra está erosionada por la lluvia, es un montículo formado por materiales de construcción, yeso, bloques de cemento, esas cosas de las que uno quiere siempre deshacerse y luego no lo hace nunca. No parece la posición ideal pero es lo único de lo que dispongo. Desde ahí puedo ver una gran parte de la habitación principal, aunque de forma lateral. Para disparar me tendré que poner de pie en el último momento.

Ya la he visto pasar una o dos veces, fugazmente. No importa, habría sido precipitado. Y hay que hacer las cosas bien.

En cuanto se ha levantado, Anne ha ido hasta la puerta para comprobar si Camille había echado bien los cerrojos. Le han robado varias veces, en un sitio tan aislado no tiene nada de extraño, así que todo está blindado. El gran ventanal cuenta

con un doble acristalamiento reforzado, podrían atacarla a martillazos sin que se inmutara.

—Este es el código de la alarma —le dijo Camille blandiendo un papel arrancado de un cuaderno—. Teclea almohadilla, los números y almohadilla. Eso activa la alarma. No está conectada a la comisaría, y no dura más que un minuto, pero te aseguro que es muy disuasiva.

Los números son: 29091571. No tuvo ganas de preguntarle a qué correspondían.

—La fecha de nacimiento de Caravaggio... —dijo él como disculpándose—. No es una mala idea para un código, no hay muchos que la conozcan. Pero te aseguro, una vez más, que no lo necesitarás.

Ha ido también hasta la parte trasera, donde están el cuarto de la lavadora y el baño. La única puerta que da al exterior está blindada y también cerrada.

Después se ha duchado como ha podido, es imposible lavarse el pelo correctamente, y ha estado pensando si retirarse los vendajes de los

dedos. No lo ha hecho porque todavía le duelen mucho, en cuanto toca la punta de las falanges tiene que contener un grito. Tendrá que acostumbrarse. Como si tuviera patas de oso, agarrar cualquier cosa es toda una aventura. Hace lo esencial con el pulgar derecho, tiene un esguince en el izquierdo.

La ducha le ha sentado muy bien, toda la noche se ha encontrado sucia, con la impresión de llevar encima los olores del hospital.

El agua muy caliente, extremadamente agradable, ha sido un gran alivio, y después ha entreabierto la ventana y un aire deliciosamente fresco le ha dado fuerzas.

Aun así, su rostro no da muestras de ningún cambio. En el espejo es el mismo de la noche anterior pero cada vez más feo, más hinchado, más azul por aquí, más amarillo por allá, y con esos dientes rotos...

Camille conduce con prudencia. Con mucha

prudencia. Muy lento, sobre todo porque el tramo de autopista no es demasiado largo y los conductores tienden a saltarse los límites. Camille tiene la cabeza en otro sitio, está preocupado hasta el punto de que su piloto automático ha reducido la velocidad al mínimo: setenta kilómetros por hora, sesenta, luego cincuenta, con las habituales consecuencias, una lluvia de pitidos, insultos al adelantarle, fognazos con las luces largas. El coche se arrastra en dirección a la vía de circunvalación. Todo viene provocado por esta pregunta: ha dormido, en el lugar más secreto de su vida, con esa mujer, pero ¿qué sabe realmente de ella? ¿Qué saben el uno del otro?

Hace un rápido balance de lo que Anne sabe de él. Le ha contado lo esencial, Irène, su madre, su padre. En el fondo, en su vida no hay tantas cosas. Con la muerte de Irène, sumaría simplemente un drama más que la mayoría de la gente.

Y lo que él sabe de Anne no es mucho más. Un trabajo, un matrimonio, un hermano, un divorcio, una hija.

Cuando llega a esta conclusión, Camille se aparta del carril central, saca el móvil, lo enchufa al mechero, se conecta a Internet, abre el navegador y, como la pantalla es muy pequeña, se pone las gafas. El teléfono se le cae de las manos, ha de palpar bajo el asiento del pasajero, cosa nada fácil cuando se mide un metro cuarenta y cinco.

En ese momento el coche ya rueda por el carril de la derecha, en el que puede ir casi arrastrándose, junto al arcén, que pisa un instante largo, el tiempo que necesita Camille para recuperar el móvil. Tiempo en el que su cerebro, de todas maneras, sigue funcionando.

Lo que sabe de Anne.

Su hija. Su hermano. Su trabajo para la agencia de viajes.

¿Qué más?

La señal de alarma se manifiesta con un picor. Entre los hombros.

Y un brusco acceso de saliva.

Con el móvil por fin en la mano, Camille teclea:

«Wertig & Schwindel». Nada fácil de escribir, esos nombres tienen un montón de letras imposibles, pero lo consigue.

Golpea con nerviosismo el volante mientras espera a que se cargue la página principal, que aparece por fin con un fondo de palmeras y playas de ensueño —al menos para aquellos que sueñan con playas—. Un tráiler lo adelanta furiosamente mientras le gritan con rabia. Camille da un ligero bandazo pero sigue inclinado sobre la minúscula pantalla: la estructura, la carta del presidente —a quién le importa—, y por fin el organigrama de la empresa. Camille circula a caballo sobre la línea del arcén, da un bandazo, un coche le roza por la izquierda, de nuevo gritos, desde aquí parecen oírse los insultos del conductor exaltado. El departamento de dirección y control de gestión, dirigido por Jean-Michel Faye. Con un ojo en el móvil y el otro en la circulación, llega a París. Camille aumenta la foto en la pantalla, la foto de su cara, la de Jean-Michel Faye, treinta años, gordito, cabello escaso pero seguro de sí mismo,

una buena cara de director.

Al llegar a la entrada de la vía de circunvalación, Camille sigue consultando la interminable página de contactos, por la que desfila todo el que pinta algo en la empresa. Busca la foto de Anne en la lista de colaboradores, pasa una por una las imágenes con el pulgar en la flecha de abajo, pero ya se ha saltado la letra efe. Justo cuando va a dar marcha atrás, escucha la sirena a su espalda, levanta los ojos hacia el retrovisor, se aparta un poco hacia la derecha pero no hay nada que hacer, el policía motorizado le adelanta y le hace un gesto para que salga. Camille suelta el móvil. Mierda.

Se detiene. Hay que joderse con la policía.

Aquí no hay nada para las chicas. Ni secador de pelo ni espejo, es una casa de hombre. Tampoco hay té. Anne localiza las tazas, elige una que lleva una inscripción en cirílico:

Мой дядя самых честных правил,
Когда не в шутку занемог

Ha encontrado una infusión, pero demasiado vieja, sin sabor.

Se ha dado cuenta casi enseguida de que en esta casa se ve obligada a repetir sus gestos una y otra vez, a hacer un pequeño esfuerzo suplementario para cada cosa. Porque en la casa de un hombre de un metro cuarenta y cinco todo está un poco más bajo de lo normal, los pomos de las puertas, los cajones, los objetos, los interruptores... De un vistazo amplio se percata de que por todas partes hay apoyos para trepar: escabeles, escalerillas, taburetes... Curiosamente, tampoco nada es de la talla de Camille. No ha descartado por completo el compartir este espacio con alguien, todo se encuentra a una altura intermedia entre lo que sería cómodo para él y aceptable para el otro.

Al llegar a esa conclusión, Anne siente un pinchazo en el pecho. Nunca ha sentido pena por Camille, no es el tipo de sentimiento que provoca,

en nadie; no, se siente conmovida. Se siente culpable, aquí más que en ningún otro lado, ahora más que nunca, culpable de colonizar su vida de esa forma, de irrumpir en su historia. Pero ya no quiere llorar más, ha decidido que no volverá a hacerlo.

Tiene que recuperarse. Tira la infusión a la pila con un gesto definitivo, un gesto de cólera contra sí misma.

Lleva la parte de abajo de su chándal violeta y arriba un jersey de cuello alto, aquí no tiene otra cosa. La ropa que llevaba puesta al llegar al hospital estaba cubierta de sangre, el personal lo tiró todo, y decidió dejar la mayoría de lo que Camille recogió en su casa en el armario para hacer creer, si entraban en su ausencia, que solo había salido un momento de la habitación. Él había aparcado cerca de la salida de urgencias, Anne se deslizó por detrás de la recepción, subió al coche y se tumbó en el asiento de atrás.

Camille ha prometido que traerá su ropa esta noche. Pero esta noche es otro día.

En la guerra, los hombres debían de preguntarse cada jornada: ¿será hoy el día que muera?

Porque, a pesar de que Camille esté tan seguro, él vendrá.

La única cuestión es cuándo. Se planta delante de la cristalera. Desde que empezó a dar vueltas por la estancia, después de la marcha de Camille, se siente irresistiblemente atraída por la presencia de ese bosque.

A la luz de la mañana resulta fantasmagórico. Se da la vuelta para ir al baño, pero regresa al bosque. Acaba de recordar una idiotez, *El desierto de los tártaros*, ese puesto avanzado, frente al desierto, por el que habitualmente llega el irreductible enemigo.

¿Cómo se sale vivo?

Los polis son tipos geniales.

En cuanto ha salido del coche (para salir tiene que saltar de su asiento lanzando las piernas hacia delante, como un niño), el compañero de la moto

ha reconocido inmediatamente al comandante Verhoeven. Trabaja en pareja y su perímetro es limitado, no puede alejarse demasiado, pero le ha propuesto abrirle paso durante un tramo, digamos hasta la Porte de Saint-Cloud. También le ha dicho que de todas formas, comandante, manejar el teléfono cuando uno conduce, aunque sea por buenas razones, es muy imprudente. Ser de la Criminal no da derecho a convertirse en un peligro público por muy preocupado que esté uno. Camille ha ganado media hora larga y ha seguido usando el teclado discretamente. Ya llegaba a los muelles cuando el compañero se ha despedido con la mano. Camille se ha vuelto a poner las gafas y ha necesitado más de diez minutos para comprobar que el nombre de Anne Forestier no figura en la lista de colaboradores de Wertig & Schwindel. Sin embargo, la página no ha sido actualizada desde diciembre de 2005... En aquella época Anne debía de vivir todavía en Lyon.

Busca una plaza en el aparcamiento, baja del coche, y está subiendo las escaleras hacia su

despacho cuando suena el teléfono.

Guérin. Camille da media vuelta, descuelga y vuelve a bajar rápidamente al patio. No necesita que nadie oiga lo que le tiene que pedir a Guérin.

—Gracias por devolverme la llamada —dice con tono alborozado.

Le explica justo lo necesario, sin asustar a su colega pero con honestidad —te estoy pidiendo un favor, te lo explicaré—. No es necesario, Guérin ya está al corriente, la comisaria Michard también le ha dejado un mensaje, sin duda por el mismo motivo. Y después, cuando la llame, se verá obligado a decirle, igual que a Camille, que no puede haberle informado de ese atraco de ninguna manera:

—Llevo cuatro días de permiso, hombre... Te estoy llamando desde Sicilia.

Me cago en la puta. Camille tiene ganas de darse de bofetadas. Le da las gracias —no, nada grave, no te preocupes, sí, tú también—, cuelga. Al momento pasa a otra cosa porque la llamada de su compañero no ha interrumpido el picor en el

cuello, ni el exceso de saliva, muy desagradable, que en él son señales precisas de excitación profesional.

—¡Buenos días, comandante! —dice el juez.

Camille desciende a la tierra. Desde hace dos días tiene la impresión de estar encerrado en una peonza gigante que se acelera vertiginosamente. Esta mañana gira en todos los sentidos, la peonza se comporta como un electrón libre.

—¡Señoría!

Camille sonrío lo más ampliamente posible. Si fueran ustedes el juez Pereira, habrían jurado que Camille les estaba buscando impaciente. O más bien que caminaba a su encuentro y que su aparición supone un gran alivio. Extiende una mano abierta y asiente con cara de sorpresa, el encuentro de dos grandes espíritus.

El gran espíritu judicial no parece tan entusiasmado como Camille. Le da la mano fríamente. Camille busca a la secretaria zancuda en su estela, pero no le da tiempo, el juez ya le ha adelantado, camina deprisa y estirado y sube la

escalera. Todo en él parece indicar que no tiene ganas de charla.

—¿Señoría?

Pereira se vuelve, se detiene, pone cara de sorpresa.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunta Camille—. Sobre el caso de la galería Monier...

El contraste entre el calor reparador del cuarto de baño y la frescura del salón confirma duramente la vuelta a la realidad.

Camille le ha dado instrucciones muy precisas y muy técnicas con respecto a la estufa, que por supuesto Anne no ha tardado en olvidar. Abre la placa de hierro con ayuda del atizador e introduce en el enorme hueco un tronco al que le cuesta entrar. Anne empuja, el tronco cede, y mientras vuelve a colocar la placa la estancia se llena de una atmósfera de chimenea, un poco acre.

Se decide a preparar una taza de café soluble.

No consigue calentarse, está destemplada. Mira

de nuevo al bosque en espera de que el agua se caliente...

Después se instala en el sofá, ojea los dibujos de Camille, tiene donde elegir, están por todas partes. Rostros, siluetas, hombres de uniforme; encuentra con sorpresa al policía alto con cara de estúpido y ojeras amarillas, el que vigilaba su habitación en el hospital, que roncaba profundamente cuando se fue. Aquí está apostado en alguna parte, tres trazos de Camille y el realismo es impresionante.

Son retratos emotivos pero sin concesiones. A veces Camille se convierte en un caricaturista muy agudo, más cruel que divertido, sin ilusión.

Y de pronto (no se lo esperaba), en un cuaderno colocado sobre la mesita baja de vidrio, allí está ella, Anne. En varias páginas. Sin fechar. Sus ojos se inundan de lágrimas. Primero por Camille, al imaginarlo solo aquí, días enteros, dibujando de memoria instantes que han compartido. Después por ella misma. No se parece en nada a la mujer que es ahora, son bocetos que datan del periodo en

el que todavía era guapa, con sus dientes intactos, sin hematomas, sin cicatrices en la mejilla y alrededor de los labios, sin la mirada perdida. Camille, en unas cuantas pinceladas, apenas esboza los elementos del decorado, pero ella averigua, casi siempre, el contexto en el que se inspira. Un ataque de risa de Anne, la escena de Chez Fernand el día en que se conocieron, Anne frente a la salida del trabajo de Camille..., basta con seguir el cuaderno página a página para repasar su historia. Anne en el Verdun, el café adonde fueron a charlar la segunda tarde; ella lleva boina, sonríe, está realmente segura de sí misma y, por la forma en que Camille plasma ese momento, tenía muchas razones para estarlo.

Anne se sorbe, busca un pañuelo. He aquí su silueta caminando por la calle, cerca de la Ópera. Había ido a buscarle y él sacó dos entradas para *Madame Butterfly*, así que, justo después, ella aparece imitando a Cio-Cio-San en el taxi. Cada página los relata juntos, semana tras semana, mes a mes, desde el principio. Anne aquí y allá, bajo la

ducha y después en la cama, en varias páginas. Lloro, se siente horrible aunque Camille la mire con buenos ojos. Extiende el brazo hacia la caja de pañuelos, tiene que levantarse para alcanzarla.

Justo en el momento en que coge un pañuelo, la bala atraviesa la cristalera y hace estallar la mesita baja.

Anne temía ese instante desde el momento en que se despertó, pero aun así le sorprende. No es el ruido habitual de un disparo de fusil, sino que con el impacto de la bala le da la impresión de que toda la fachada de la casa va a derrumbarse. Y la mesa, que de un solo golpe estalla bajo sus manos, la deja paralizada. Lanza un grito. Se repliega sobre ella misma, como un erizo, tan pronto como sus reflejos se lo permiten. Al mirar hacia el exterior, ve que la cristalera no ha reventado. En el lugar por donde ha pasado la bala ha quedado un agujero rodeado de largas grietas... ¿Cuánto tiempo aguantará?

Anne comprende de inmediato que es un blanco perfecto. De dónde saca su energía, es imposible decirlo: da un impulso y salta por encima del respaldo del sofá.

El golpe en sus costillas rotas al lanzarse de costado le corta la respiración, cae pesadamente, grita, pero su instinto de conservación es más fuerte, a pesar del dolor se sienta precipitadamente contra el respaldo del sofá y se pregunta al mismo tiempo si una bala puede atravesarlo y alcanzarla. Su corazón late al límite del infarto. Siente oleadas de temblores, de la cabeza a los pies, como de frío.

El segundo disparo le pasa justo por encima. La bala se estampa contra la pared, ella baja instintivamente la cabeza, recibe fragmentos de escayola en el rostro, en el cuello, en los ojos, y se tumba en el suelo, las manos sobre la cabeza.

Casi en la misma posición en la que se encontraba en los baños del pasaje Monier el día en que la molieron a palos.

Un teléfono. Llamar a Camille. Deprisa. O a la

policía. Que venga alguien. Rápido.

Anne comprende la dificultad de la situación: su móvil está arriba, cerca de la cama, y para llegar al altillo hay que atravesar toda la estancia.

Al descubierto.

Cuando la tercera bala golpea la estufa, provoca un ruido de gong terriblemente potente. Anne, que se tapa los oídos con las manos, casi se desmaya. El proyectil sale rebotado y hace estallar, más allá, un cuadro que estaba colgado. Está tan aterrada que su mente no consigue centrarse en una idea, oscila entre una especie de estupor, donde se mezclan imágenes de la galería Monier y el hospital y, por encima de ellas, el rostro de Camille que la observa seriamente, con desaprobación, como en una vuelta atrás, el tipo de cosas que deben de imaginarse justo antes de morir.

Es lo que va a pasar. No va a fallar siempre. Y esta vez está completamente sola, sin ninguna esperanza de que alguien venga a ayudarla.

Anne traga saliva. No puede quedarse ahí. Él

conseguirá entrar en la casa, todavía no sabe cómo, pero lo conseguirá. Tiene que llamar sin falta a Camille. Le ha dicho que haga sonar la alarma, pero el papel con el código está junto al interruptor, al otro lado del salón. Y el teléfono está arriba.

Necesita subir al dormitorio.

Levanta la cabeza, mira a su alrededor, el suelo, la alfombra con los trozos de yeso, pero de ahí no llegará el auxilio, sino de ella misma. Ha tomado una decisión. Se gira sobre su espalda, con las dos manos se quita el jersey, que se engancha en las vendas, tira, se lo arranca, cuenta hasta tres y vuelve a sentarse con la espalda apoyada en el respaldo del sofá y el jersey hecho una bola contra su vientre. Si dispara al respaldo, está muerta.

Debe darse prisa.

Un vistazo a la derecha, la escalera está a unos diez metros. Un vistazo a la izquierda, pero sobre todo hacia arriba; desde donde se encuentra, a través de la vidriera del techo, divisa las ramas de los árboles, ¿podría él subir hasta el tejado, entrar

por allí? Lo más urgente es pedir ayuda. A Camille, a la policía, a quien sea.

No tendrá otra oportunidad. Dobla las piernas bajo su cuerpo y lanza el jersey lejos, a su izquierda, no demasiado fuerte, intentando que planee mucho tiempo en el aire, lo más alto posible. En cuanto lo suelta se pone en pie y corre hacia la escalera. Como preveía, la primera bala que oye impacta detrás de ella...

Aprendí esto hace mucho tiempo: el tiro alterno. Se coloca un blanco a la derecha, otro a la izquierda, y se dispara a uno y después al otro lo más rápidamente posible.

Apunto y fijo el objetivo a través del visor. Cuando el jersey vuela por un lado, estoy preparado y disparo; si quiere volver a ponérselo un día tendrá que remendarlo porque le he acertado de lleno.

En un segundo paso al otro blanco, la veo precipitarse hacia la escalera, apunto, ya ha

llegado al segundo escalón cuando mi disparo acierta al primero y ella desaparece en el altillo.

Ha llegado la hora de cambiar de estrategia. Dejo el fusil en la conejera y cojo la pistola. Y, por si necesito rematar el trabajo, el cuchillo de caza. Ya lo probé con el amigo Ravic. Excelente material.

Ahora está en el dormitorio. No ha costado mucho llevarla allí, esperaba tenerlo más complicado, pero en el fondo era cuestión de dirigirla bien. Solo tengo que dar la vuelta. Habrá que correr un poco, y aun así no será fácil, porque acabará dándose cuenta.

Pero si todo sale como está previsto llegaré antes que ella.

El primer escalón se hace polvo justo después de pasarlo.

Anne siente temblar la escalera a sus pies, sube tan deprisa que tropieza, cae al llegar al altillo y se golpea la cabeza contra la cómoda, el lugar es

muy estrecho.

Se vuelve a poner en pie. Echa una ojeada hacia abajo y comprueba que desde ahí no se la puede ver ni oír. No se moverá. Lo primero, llamar a Camille. Tiene que venir inmediatamente, tiene que ayudarla. Tantea la cómoda con manos febriles, pero no lo encuentra. Y en la mesita de noche tampoco. Dónde está el puto teléfono. Entonces lo recuerda, lo dejó al otro lado de la cama cuando se acostó, lo enchufó para cargar la batería. Revuelve la ropa, lo encuentra y lo enciende. Le falta el aliento, su corazón late tan fuerte dentro de su pecho que le provoca náuseas, da un puñetazo en su rodilla, lo que tarda en arrancar este teléfono. Camille... Por fin marca su número.

Camille, contesta enseguida. Te lo suplico...

Primer timbrado, segundo...

Camille, por favor, dime qué debo hacer...

Las manos de Anne tiemblan bajo el aparato.

—Este es el contestador de Camille Verh...

Cuelga, vuelve a marcar pero salta de nuevo el

buzón de voz. Esta vez deja un mensaje:

—¡Camille! ¡Está aquí! ¡Respóndeme, te lo suplico!

Pereira consulta la hora. No parece fácil encontrar un hueco para hablar con el juez. Está muy ocupado. Para Verhoeven el mensaje resulta muy claro, está prácticamente fuera del caso. El juez sacude la cabeza, contrariado, tiene una agenda infernal. Camille interpreta: qué desbarajuste, qué cantidad de irregularidades y cuánta confusión, quizá hasta desmantele la brigada entera. En consecuencia, para cubrir sus espaldas y aguantar, la comisaria Michard informará al fiscal; la amenaza de una investigación de Asuntos Internos sobre las actividades del comandante Verhoeven se perfila en el horizonte con terrible nitidez.

Al juez Pereira le gustaría disponer de tiempo suficiente. Duda, hace pequeños gestos —veamos—, vuelve a mirar el reloj —no, de verdad, lo

siento, no puedo hacer nada—; se ha detenido dos escalones más arriba que Camille, lo mira, se lo piensa de veras, porque huir de esta forma no cuadra con su temperamento. No transige ante el comandante Verhoeven, pero sale a relucir su ética.

—Le llamaré en un rato, comandante. A lo largo de la mañana...

Camille abre las manos, gracias. El juez Pereira asiente con la cabeza, no hay problema.

Camille sabe que esa cita es su última oportunidad. Entre la amistad y el apoyo de Le Guen y la actitud bastante positiva del juez, le queda una mínima esperanza de escapar del diluvio. Se agarra a eso, el juez lo lee claramente en su rostro. También le produce una gran curiosidad, que no esconde: lo que le pasa a Verhoeven, lo que se comenta de él desde hace dos días, parece tan extraño que dan ganas de seguirle, de ver qué ocurre.

—Gracias —dice Camille.

La palabra suena a confesión, como una

petición, Pereira le saluda con un gesto y después, incómodo, se vuelve y desaparece.

De pronto, ella levanta la cabeza. Ya no dispara. ¿Dónde está?

La parte trasera de la casa. La ventana del cuarto de baño está entreabierta. Aunque sea demasiado estrecha como para pasar por ella, es una rendija al fin y al cabo, y quién sabe de lo que es capaz a partir de ahí.

Sin pensar en el riesgo que corre, Anne se precipita sin tener en cuenta que puede estar escondido todavía al otro lado de la cristalera, baja a toda prisa la escalera, salta por encima del último escalón y gira a la derecha, a punto de estrellarse.

Cuando entra en el cuarto de la lavadora lo ve de frente, al otro lado de la ventana.

Su rostro sonriente está enmarcado como en un cuadro costumbrista. Pasa el brazo a través de la abertura. Sostiene una pistola que apunta en su

dirección, con silenciador. El cañón es increíblemente largo.

Nada más verla, dispara.

Una vez que el juez se ha ido, Camille sube con rapidez las escaleras. En lo alto aparece Louis, hermoso como Apolo, con un traje Christian Lacroix, camisa Savile House de rayitas, zapatos Forzieri.

—En un momento estoy contigo, Louis, lo siento...

Pequeño gesto de la mano, le espero, no tenga prisa. Se echa a un lado, volverá después, este tipo es la discreción en persona.

Camille entra en su despacho, tira su abrigo sobre una silla, busca y marca el número de la sede de Wertig & Shwindel mientras consulta el reloj. Las nueve y cuarto. Alguien responde.

—¿Anne Forestier, por favor?

—No cuelgue —dice la telefonista—, voy a ver.

Inspira. El nudo se afloja. Le falta poco para

soltar un grito de alivio.

—Disculpe..., ¿cómo ha dicho? —pregunta la joven—. Lo siento —una voz divertida, que busca complicidad—, estoy haciendo una sustitución...

Camille traga saliva. El nudo se cierra con fuerza alrededor de su plexo pero el dolor se transmite ahora a todo el cuerpo, y la angustia aumenta a una velocidad...

—Anne Forestier —repite Camille.

—¿En qué departamento trabaja?

—Esto..., control de gestión o algo así.

—Lo siento, no la encuentro en el directorio...

No cuelgue, le paso con alguien...

Camille nota cómo sus hombros se hunden. Responde una mujer, quizá esa de la que Anne dijo: «Es una auténtica arpía». No, imposible que sea ella porque Anne Forestier, no, no le suena, no suena a nadie, le preguntan si está seguro del nombre. Puedo pasarle a otra persona, ¿qué desea exactamente?

Camille cuelga.

Tiene la garganta seca, debería beber un vaso de

agua pero no tiene tiempo, le tiemblan las manos.

Escribe su contraseña.

Con un clic, se introduce en la red interna: «Anne Forestier». Las hay a cientos. Concreta. «Anne Forestier, nacida el...»

Recuerda la fecha, se conocieron a principios de marzo y, tres semanas más tarde, cuando se enteró de que era su cumpleaños, la invitó a cenar en Nénesse. No había tenido tiempo de comprarle un regalo, así que simplemente pagó la cena. Anne dijo riéndose que para un cumpleaños una comida estaba muy bien, le encantan los postres. Le hizo un retrato sobre el mantel y se lo dio; aunque no lo mencionó, quedó especialmente satisfecho con ese dibujo, muy inspirado, muy preciso. Hay días así.

Saca el móvil, abre la agenda: 23 de marzo.

Anne tiene cuarenta y dos años. 1965. ¿Nacida en Lyon? No está seguro. Trata de rescatar algo más de aquella velada. ¿Comentó dónde había nacido? Borra «Lyon», busca de nuevo, obtiene dos Anne Forestier. No tiene nada de raro, introduzcan su fecha de nacimiento, si su apellido

es lo suficientemente común encontrarán gemelos por todas partes.

La primera Anne Forestier no es la suya. Murió el 14 de febrero de 1973 a los ocho años.

La segunda tampoco. Fallecida el 16 de octubre de 2005, hace dos años.

Camille se frota repetidamente las mejillas con los dedos. Conoce bien la excitación que le embarga, va unida al trabajo, no es solo agitación profesional sino el descubrimiento de una anomalía. Y él es el campeón incontestable de las anomalías, todo el mundo puede comprobarlo a primera vista. Salvo que, esta vez, esa anomalía responde a otra, la de su propio comportamiento, que nadie comprende.

Que él mismo ya no entiende.

¿Por qué está luchando?

¿Contra quién?

Algunas mujeres mienten con respecto a su fecha de nacimiento. No es el estilo de Anne, pero nunca se sabe.

Camille se levanta y abre el armario. Nadie

ordena aquello jamás. Para no encargarse él, siempre pone como excusa su altura. A veces es útil... Necesita varios minutos para encontrar la regleta de funciones que busca. No puede pedir ayuda a nadie.

—Después de un divorcio, lo que más tiempo lleva es hacer limpieza —decía Anne.

Camille se apoya sobre las palmas de las manos para concentrarse. No, imposible, necesita un lápiz, un papel. Garabatea. Busca. Están en casa de ella. Ella está sentada en el sofá cama, él acaba de decir que ese apartamento es bastante..., cómo decirlo, digamos que le parece lúgubre. Trata de encontrar una palabra que no la hiera pero, haga lo que haga, una frase que empiece de esa forma, seguida de un largo silencio incómodo, ya está condenada, es solo cuestión de tiempo.

—Me da completamente igual —dice Anne con sequedad—. Quería desembarazarme de todo.

Afloran los recuerdos. Debe volver al divorcio, nunca hablaron seriamente de eso, Camille no hizo ninguna pregunta.

—Hace dos años —dice por fin Anne.

Con un índice sobre la regleta de funciones y el otro sobre el teclado, lanza una búsqueda referente al matrimonio y/o divorcio en 2005 de una tal Anne Forestier. Busca entre los resultados, selecciona, elimina todo lo que no coincide y queda una sola Forestier, Anne, nacida el 20 de julio de 1970. Treinta y siete años... Camille consulta: «Condenada por fraude el 27 de abril de 1998».

Anne está fichada.

La información le turba tanto que no es consciente en ese momento de todas sus consecuencias. Suelta el lápiz. Anne, fichada. Lee. Condena más reciente por falsificación de cheques, alteración y uso de documentos falsos. Se encuentra tan noqueado que necesita un buen montón de segundos antes de comprenderlo: Anne Forestier está internada en el centro penitenciario de Rennes.

No es la Anne que busca. Una Anne Forestier, sí, pero que no tiene nada que ver con la suya.

Aunque... esta fue puesta en libertad. ¿Cuándo? ¿La ficha está actualizada? Debe cambiar de manual para saber cómo llegar hasta la foto antropométrica de la detenida. Estoy nervioso, demasiado nervioso, piensa, y lee: «Pulsar F4, validar». La chica que aparece de frente y de perfil es una mujer muy gorda y, con toda seguridad, asiática.

Lugar de nacimiento: Da Nang.

Vuelta a la pantalla. Alivio. Anne, la suya, no tiene ficha policial. Pero es realmente difícil de rastrear.

Camille podría respirar un poco, pero no puede, siente una opresión en el pecho. A esa habitación le falta aire, lo ha dicho mil veces.

En cuanto lo vio frente a ella, Anne se tiró al suelo y la bala se clavó en el marco de la puerta, pocos centímetros por encima de su cabeza. Después del estruendo que había provocado la que había rebotado en la estufa de hierro, apenas ha

escuchado esta detonación, aunque el impacto en la madera ha resonado con fuerza.

Anne, a cuatro patas, se mueve frenéticamente para salir del cuarto. Está aterrada. Qué horror, es exactamente la misma escena que vivió dos días atrás en el pasaje Monier. De nuevo a gatas por el suelo mientras alguien la apunta con un arma...

Gira sobre sí misma, las vendas resbalan sobre las baldosas enceradas, el dolor ya no cuenta, ya no hay dolor, solo instinto.

Otra bala roza su hombro derecho y se incrusta en la puerta. Anne corre como un perrito, rueda sobre sí misma para atravesar el umbral de la estancia. Milagrosamente acaba a cubierto, sentada con la espalda contra la pared. ¿Podrá entrar? ¿Cómo?

Curiosamente, no ha soltado el móvil. Ha bajado por la escalera, se ha echado al suelo y ha corrido hasta aquí sin soltarlo, como esos niños que se agarran a un peluche cuando a su alrededor llueven bombas y obuses.

¿Qué estará haciendo? Le gustaría echar un

vistazo, pero si el tipo está emboscado la próxima bala acabará en su cabeza.

Pensar. Deprisa. Su dedo ha marcado de nuevo el número de Camille. Vuelve a colgar, está sola.

¿Llamar a la policía? ¿Y dónde está la policía de este poblacho? Aparte del tiempo que le llevará explicarles la situación, ¿cuánto tardarían en llegar hasta aquí?

Diez veces más de lo que necesita Anne para morir. Porque está ahí, muy cerca, al otro lado de la puerta.

La única solución que queda es Caravaggio.

La memoria es un instrumento extraño, ahora que sus sentidos se han afilado como cuchillas, todo emerge. Agathe, la hija de Anne, es estudiante de administración de empresas. Vive en Boston. Camille está seguro, Anne dijo que había ido a visitarla (desde Montreal, fue allí donde vio un lienzo de Maud Verhoeven), que la ciudad es muy bonita, muy europea, «al viejo estilo», añadió, sin

que Camille comprendiese exactamente qué quería decir con eso, que le evocaba vagamente Luisiana. A Camille no le gusta viajar.

Debe consultar un archivo distinto, así que busca otra regleta de funciones. De vuelta al armario y luego a teclear; a priori no necesita más autorización de la que dispone, la red funciona con rapidez, Universidad de Boston, cuatro mil profesores, treinta mil estudiantes, imposible un resultado concreto. Camille hace un recorrido por las asociaciones de estudiantes, copia todas las listas, las pega en un fichero en el que puede buscar por nombre.

Ninguna Forestier. ¿Su hija está casada? ¿Lleva el apellido de su padre? Lo más simple será intentarlo con el nombre de pila. Mucha Ágata pero solo dos Agathe, y una Agate. Tres currículos.

Agathe Thomasson, veintiséis años, canadiense. Agate Leandro, veintitrés años, argentina. Agathe Jackson, estadounidense. Ni una francesa.

Nada de Anne, y ahora, nada de Agathe.

Camille duda si lanzar una búsqueda sobre el padre de Anne.

—Lo nombraron tesorero de unas cuarenta asociaciones. Vacío las cuarenta cuentas el mismo día, y desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

Al contar eso, Anne se reía, pero con una risa extraña. Con tan pocos datos, será difícil. Era comerciante, ¿qué vendía?, ¿dónde vivía?, ¿a cuándo se remontan los hechos? Demasiadas incógnitas.

Queda Nathan, el hermano de Anne.

Resulta imposible que un investigador (y además astrofísico o algo parecido) que, por definición, ha publicado, no se pueda rastrear en la Red. Le cuesta respirar. La búsqueda lleva su tiempo.

Ningún investigador con ese nombre, en ninguna parte. Lo más cercano es un Nathan Forest, neozelandés, de setenta y tres años.

Camille cambia de criterio varias veces, lo intenta con Lyon, París, las agencias de viajes... Cuando realiza una última búsqueda sobre el

teléfono fijo de Anne, el picor entre los hombros ha cesado. Ya lo sabe. Está casi seguro.

El número está en lista reservada, hay que dar un rodeo, es fastidioso pero no complicado.

Nombre del abonado: Maryse Roman.
Dirección: rue de la Fontaine-au-Roi, 26.
Resumiendo, el apartamento donde vive Anne es de su vecina y todo está a su nombre porque todo le pertenece, el teléfono, los muebles y sin duda hasta la librería con su barullo de libros apilados sin lógica alguna.

Anne ha alquilado todo amueblado.

Camille podría seguir profundizando, enviar a alguien a comprobarlo, pero no vale la pena. Nada pertenece a ese fantasma que él conoce por el nombre de Anne Forestier. Por muchas vueltas que le dé a la cuestión, llega siempre a la misma conclusión.

En realidad, Anne Forestier no existe.

¿A quién persigue Hafner entonces?

Anne deja el teléfono en el suelo, va a tener que arrastrarse; lo hace con los codos, lentamente, si pudiese sumergirse en el suelo... Da toda la vuelta al salón y llega a la mesita donde Camille ha dejado el código.

El panel de la alarma está situado al lado de la puerta de entrada.

#29091571#

En cuanto la alarma empieza a sonar, Anne se tapa los oídos con las manos y se pone instintivamente de rodillas, como si la sirena no fuese más que la continuación de los disparos pero de otra forma. Es tan potente que taladra los oídos.

¿Dónde está? Aunque todo su cuerpo se resista, se levanta lentamente y echa un vistazo. Nadie. Despega ligeramente sus manos de los oídos, pero la sirena es demasiado fuerte, le impide concentrarse, pensar. Con las palmas cerca de las orejas, avanza hacia la cristalera.

¿Se ha marchado? Anne no consigue deshacer el nudo de su garganta. Sería demasiado fácil. No puede haber huido. No tan deprisa.

Camille oye apenas la voz de Louis, que acaba de asomar la cabeza por la puerta, ha llamado pero nadie ha respondido.

—El juez Pereira quiere verle...

Camille no ha salido todavía por completo de su estupefacción. Necesitaría tiempo, hay que ser muy inteligente, riguroso, racional e independiente para asimilarlo, para comprenderlo todo, se necesitan un montón de cualidades que Camille no tiene.

—¿Cómo? —pregunta.

Louis repite. Bien, murmura Camille mientras se levanta. Recoge su chaqueta.

—¿Va todo bien? —pregunta Louis.

Camille no escucha. Acaba de sacar su móvil. Tiene un mensaje. ¡Anne ha llamado! Pulsa desesperadamente el botón, activa el buzón de voz. Al oír las primeras palabras —«¡Está aquí! ¡Respóndeme, te lo suplico!...»— se precipita hacia la puerta, pasa delante de Louis empujándolo, corre por el pasillo, atraviesa el

rellano en tromba, la escalera, el piso inferior. Está a punto de arrollar a una mujer, la comisaria Michard, a la que acompaña el juez Pereira; suben precisamente a verlo, a hablar con él, el juez abre la boca, Camille se detiene apenas un milisegundo y, según desciende a trompicones por la escalera, exclama:

—¡Ya les explicaré más tarde!

—¡Verhoeven! —grita la comisaria Michard.

Pero ya está abajo, en su coche. Cierra la puerta, da marcha atrás al tiempo que coloca el faro giratorio en el techo con el brazo fuera de la ventanilla y arranca a toda velocidad, con la sirena y las luces a plena potencia mientras un policía pita para parar el tráfico y abrirle paso.

Camille coge el carril bus y marca el número de Anne. El manos libres a todo volumen.

¡Responde, Anne!

¡Responde!

Anne se ha levantado. Espera un rato. Es

inexplicable que no esté. Quizá sea una trampa, pero pasan los segundos y nada. La alarma acaba de detenerse dejando paso a un silencio vibrante.

Avanza hasta el ventanal, se coloca de lado, protegida a medias, dispuesta a echarse hacia atrás. No puede haber huido así. Tan deprisa. Tan repentinamente.

En ese preciso instante aparece ante ella.

Anne recula, aterrada.

Están a menos de dos metros el uno del otro, uno a cada lado de la cristalera.

No lleva armas, la mira a los ojos, se acerca un paso. Si alargase el brazo tocaría el cristal. Sonríe, asiente con la cabeza. Anne le mira a los ojos. Da otro paso atrás. Él muestra sus manos abiertas, como Jesús en un cuadro que le enseñó Camille. Los ojos clavados en los suyos, las manos extendidas. Las levanta y se vuelve lentamente sobre sí mismo, como si ella le estuviera apuntando.

Ves, no estoy armado.

Y después de dar una vuelta completa, se pone

de nuevo frente a ella. Sonríe, aún más, con las manos abiertas, dialogantes.

Anne no se mueve. Dicen que los conejos, hipnotizados por los faros de los coches, se quedan así, paralizados, esperando la muerte.

Sin dejar de mirarla, da un paso, dos, avanza con lentitud hasta el pomo de la puerta de la cristalera, sobre el que pone una mano, muy suavemente, como si no quisiera asustarla; de hecho, Anne sigue inmóvil, lo mira, su respiración se acelera, los latidos de su corazón son sordos, pesados, dolorosos. Él no se inmuta, hasta su sonrisa se ha detenido. Espera.

Que acabe ya, piensa Anne, este es el final del camino.

Vuelve la cabeza hacia el suelo de la terraza. No había visto que él había tirado allí su cazadora de cuero. La culata de la pistola está a la vista, ostentosa, y saliendo de otro bolsillo, el mango de un puñal. Parecen los despojos de un soldado romano. Mete las manos en los bolsillos y las saca lentamente, mostrando los forros, ves, nada en las

manos, nada en los bolsillos.

Solo tiene que dar dos pasos más. Ella ya ha dado tantos... Él no mueve ni una pestaña.

Por fin se decide, de golpe, como si se arrojase al fuego. Da un paso adelante. Es difícil girar el pestillo con las vendas, sin contar con que no le queda fuerza alguna.

En cuanto cede el pestillo, la puerta se abre y él no tiene más que empujar un poco. Ella se echa atrás bruscamente, con la mano en la boca, como si de pronto se diese cuenta de lo que acaba de hacer.

Anne se queda con los brazos pegados al cuerpo. Él entra. Ella no se contiene:

—¡Cabrón! —grita—. ¡Cabrón, cabrón, cabrón...!

Caminando hacia atrás, a pleno pulmón, el insulto se mezcla con lágrimas muy profundas, que surgen del vientre, cabrón, cabrón.

—Vamos, vamos...

Está claro que el tema le aburre. Da tres pasos, con la expresión curiosa e interesada de un visitante, de un agente inmobiliario, no está mal el

atillo, no está mal la luz... Anne, casi sin fuerzas, se ha refugiado cerca de la escalera que lleva al dormitorio.

—¿Estás mejor? —pregunta él volviéndose hacia ella—. ¿Ya te has calmado?

—¿Por qué quiere matarme? —grita Anne.

—Pero... ¿de dónde te has sacado eso?

Disgustado de verdad, casi ofendido.

Anne no puede controlar sus impulsos, todo su miedo, toda su cólera se escapan, habla a gritos, ya no se tapa la boca con la mano, ya no se contiene; solo rezuma odio, pero al mismo tiempo siente miedo de él, teme que la golpee otra vez, da un paso atrás...

—¡Ha intentado matarme!

Él resopla, hastiado... Qué aburrimiento. Anne prosigue:

—¡No es lo que habíamos acordado!

Esta vez mueve la cabeza, desesperado ante tanta ingenuidad.

—¡Claro que sí!

Hay que explicárselo todo. Pero Anne no ha

terminado.

—¡No! ¡Tenía que golpearme solamente! ¡Es lo que dijo: «Te voy a golpear un poco»!

—Pero... —se queda sin palabras al tener que explicar cosas tan elementales—. ¡Era necesario que fuera creíble! ¿Lo entiendes? ¡Creíble!

—¡Me persigues por todas partes!

—Sí, pero ¡cuidado! Es por una buena causa...

Se ríe. Y la cólera de Anne se redobla.

—¡No habíamos quedado en eso, hijo de puta!

—Bueno, es verdad que no te conté todos los detalles... Y no me llames hijo de puta porque te suelto una hostia pero ya.

—¡Ha querido matarme desde el principio!

Esta vez se enfada de verdad.

—¿Matarte? ¡Venga ya, nena, claro que no! Si hubiese querido matarte, puedo asegurarte que, con la de ocasiones que he tenido, no estarías aquí hablando —levanta el índice en el aire, para subrayar—. ¡Eso es lo que ha parecido, que es muy diferente! Y créeme, es mucho más difícil de lo que piensas. ¡Te aseguro que, solo en el

hospital, para asustar a tu poli sin que alertase a la Guardia Nacional tuvo que emplearme a fondo y usar todas mis habilidades!

El argumento funciona, pero ella está fuera de sí.

—¡Me ha desfigurado! ¡Me ha roto los dientes!
¡Me...!

Él hace una pequeña mueca compasiva.

—Debo decir que no tienes buen aspecto, es cierto —le cuesta retener la risa—. Pero se arreglará, ahora hay cosas estupendas. Mira, para empezar, si me llevo el botín te regalo dos dientes de oro. O de plata, como prefieras, tú eliges. Si quieres encontrar marido, así, de primeras, te aconsejo que sean de oro, son más elegantes...

Anne está hundida, arrodillada, hecha un ovillo. Las lágrimas ya no brotan, solo el odio.

—Algún día le mataré...

Él ríe.

—Y además, rencorosa... Lo dices porque estás enfadada —camina por el salón, como si estuviese en su casa—. No, no —habla con voz más grave

—, créeme, si todo sale bien irás a que te quiten los puntos, a que te pongan dientes de plástico y volverás a casa como una niña buena.

Se detiene y mira hacia arriba, al altillo y la escalera.

—Esto no está nada mal. Está bien montado, ¿eh? —ojea su reloj—. Bueno, me vas a perdonar..., no me puedo quedar más tiempo.

Avanza. Ella corre a apoyarse contra la pared.

—¡Que no te voy a tocar!

Ella grita:

—¡Largo de aquí!

Él asiente con la cabeza, pero está absorto en otra cosa. Mira el primer escalón, se vuelve hacia el impacto de bala en el cristal.

—Soy bueno, ¿eh? —se dirige a Anne, satisfecho. Le gustaría convencerla—. Te aseguro que es muy difícil de hacer, ¿ni te lo imaginas!

Le parece una ofensa que no se valore su habilidad.

—¡Lárguese!

—Sí, tienes razón —mirada en redondo.

Satisfecho—. Creo que he hecho todo lo que se podía. Somos un buen equipo, ¿verdad? Ahora — señala los impactos repartidos en la estancia— esto debería ir rodado si no me equivoco.

Da unas zancadas y ya está en el umbral de la terraza.

—Oye, ¡vaya vecindario de cobardes! Ya podría estar sonando todo el día que aquí no vendría una rata a ver qué pasa. Claro que era previsible, es igual en todas partes. Bueno...

Sale a la terraza, recoge su chaqueta, mete una mano en el bolsillo interior y vuelve.

—Esto —dice tirando un sobre en dirección a Anne— úsalo solamente si todo sale como hemos previsto. Y te interesa que todo salga como hemos previsto. En todo caso, no te vayas sin avisarme, ¿entendido? Si no, lo que has pasado hasta ahora considéralo un aperitivo.

No espera respuesta y desaparece.

A pocos metros, el móvil de Anne suena y vibra sobre las baldosas. Después de la alarma, el sonido parece aflautado, como el de un teléfono de

juguete.

Es Camille. Hay que responder.

«Haz lo que te he dicho y todo irá bien.»

Anne pulsa el botón. Ni siquiera finge estar agotada.

—Se ha marchado... —dice.

—¿Anne? —grita Camille—. ¿Qué dices?
¿Anne?

Camille está enloquecido, su voz no logra entonar bien.

—Ha estado aquí —dice ella—. Puse en marcha la alarma, tuvo miedo y se fue...

Camille la oye mal. Apaga la sirena.

—¿Estás bien? Voy de camino, ¿estás bien?
¡Dímelo!

—Estoy bien, Camille —levanta la voz—, todo está bien ahora.

Camille disminuye la velocidad, suspira. La fiebre sucede a la angustia. Querría estar ya allí.

—¡Dime qué ha pasado!

Anne, abrazada a sus rodillas, llora.

Le gustaría morir.

10.30 h

Camille se ha calmado un poco, ha apagado la sirena y ha guardado el faro. Tiene muchos elementos que analizar y todavía se siente preso de las emociones, incapaz de ordenar sus pensamientos...

Desde hace dos días avanza sobre un tablero inestable, con un barranco a cada lado. Y Anne acaba de abrir otro justo bajo sus pies.

Ahora que probablemente está jugándose su carrera, que en dos días la mujer que hay en su vida ha estado a punto de ser asesinada en tres ocasiones, que está junto a él usando una identidad falsa, que ya no sabe qué lugar exacto ocupa ella en esta historia, debería reconsiderar su estrategia, razonar. Sin embargo, su mente está monopolizada por una sola pregunta que define la importancia de todas las demás: ¿qué hace Anne en su vida?

No, no es una única pregunta, hay una segunda: ¿qué cambiaría el hecho de que ella no sea Anne?

Repasa su historia en común, esas noches de buscarse, de tocarse ligeramente y después revolcarse entre las sábanas... En agosto le abandona, y una hora más tarde la encuentra en la escalera, ¿se trataba simplemente de una treta por su parte? ¿De una trampa? Las palabras, las caricias, los besos, las horas y los días, ¿eran una simple y pura manipulación?

Dentro de unos minutos estará frente a la que se hace llamar Anne Forestier, la mujer con la que se acuesta desde hace varios meses y que le miente desde el primer día. No sabe qué pensar, está vacío, como si saliese de una centrifugadora.

¿Qué relación existe entre la falsa identidad de Anne y el caso de la galería Monier?

Y sobre todo, ¿qué pinta él en toda esta historia?

Pero hay algo esencial: alguien intenta matarla.

Ya no sabe quién es ella, pero si le queda alguna certeza es que es él quien debe protegerla.

Cuando entra en la casa, Anne sigue sentada en el suelo, con la espalda pegada a la puerta del cuarto de la lavadora y las rodillas entre los brazos.

Camille había olvidado, en medio de la desazón, la mujer en la que se ha convertido. Durante todo el trayecto ha sido la otra Anne, la del principio, la que tenía en la cabeza, alegre y divertida, con sus ojos verdes y sus hoyuelos. Con esos puntos de sutura, esa piel amarillenta, esos vendajes y los apósitos sucios, encontrársela desfigurada le impacta. El golpe es casi el mismo que el que sintió, dos días antes, al descubrirla en su habitación de urgencias.

Se hunde al instante, preso de la compasión. Anne no se mueve, no lo mira, tiene los ojos fijos en un punto oscuro, como hipnotizada.

—¿Estás bien, mi amor? —pregunta Camille mientras se acerca.

Es como si quisiera domesticar a un animal. Se arrodilla cerca de ella, la abraza como puede, con

su altura no es fácil, le sujeta el mentón, la obliga a levantar su cara hacia él y sonrío.

Ella le mira como si acabase de advertir su presencia.

—Oh, Camille.

Inclina la cabeza hacia él y la apoya en su hombro.

Ya puede llegar el fin de los tiempos.

Pero el fin de los tiempos no está previsto para ese momento.

—Dime...

Anne mira a derecha, a izquierda, es difícil saber si está mareada o si no sabe por dónde empezar.

—¿Estaba solo? ¿Eran varios?

—No, solo...

Su voz es grave, vibrante.

—¿Era el que reconociste en las fotos? ¿Hafner? ¿Era él?

Sí. Anne se contenta con asentir con la cabeza.

Sí, era él.

—Cuéntame lo que ha pasado.

Mientras Anne relata los hechos (son solo palabras entrecortadas, no frases de verdad), Camille recompone la escena. El primer disparo. Vuelve la vista hacia los fragmentos de vidrio que cubren el suelo en el lugar donde se encontraba la mesa baja, las astillas de cerezo que parecen arrancadas por una tormenta. Mientras escucha, se levanta y avanza hacia el ventanal. El agujero de la bala está demasiado alto para que él lo pueda tocar, así que imagina la trayectoria.

—Continúa... —dice.

Se acerca a la pared, luego vuelve a la estufa, toca con el índice el punto donde ha impactado la bala, busca de nuevo, contempla de lejos el gran agujero del muro, se dirige después hacia la escalera. Permanece allí un rato, mira hacia lo alto, pensativo, se vuelve hacia el lugar desde donde partió el tiro, al otro lado de la estancia, y luego sube al segundo escalón.

—¿Y después? —pregunta volviendo a bajar.

Sale, entra en el cuarto de baño. Ahora escucha a Anne de lejos, apenas puede oírla. Camille sigue recomponiendo la escena, está en su casa pero se trata de una escena del crimen. Busca hipótesis, constataciones, conclusiones.

La ventana entreabierta. Anne llega al cuarto, Hafner espera en el otro lado, pasa el brazo entero por la ventana, blande hacia ella su arma con silenciador. Por encima de él, Camille descubre el impacto de la bala en el marco y vuelve al salón.

Anne calla.

Busca una escoba bajo la escalera y empuja someramente los trozos de vidrio y madera de la mesa baja contra la pared. Sacude rápidamente el sofá. Hay que calentar agua.

—Ven... —dice por fin—. Ya terminó...

Se sientan, Anne se acurruca a su lado. Sorben lo que Camille llama té, francamente malo, pero Anne no va a quejarse.

—Te voy a llevar a otro lugar.

Anne niega con la cabeza.

—¿Por qué?

No importa, para ella es un no. Los impactos de bala en el cristal, en la puerta, en el escalón, la mesa baja del salón pulverizada, todo demuestra la imprudencia de esa decisión.

—Creo que...

—No —corta Anne.

Asunto cerrado. Camille se dice que, como Hafner no ha conseguido entrar en la casa, es poco probable que se arriesgue de nuevo hoy. Mañana ya veremos. Han pasado tres días que parecen años, así que mañana...

Y lo que cambia también es que Camille ha llegado por fin al siguiente peldaño.

Ha necesitado tiempo, el tiempo que necesita todo boxeador noqueado para volver a levantarse, para volver a la pelea.

Ahora ya no está lejos.

Será suficiente con una hora o dos. No mucho más. Mientras tanto, cerrará la casa, comprobará las salidas, dejará a Anne aquí.

Ya no hablan. Solo las vibraciones del móvil de Camille interrumpen el curso de sus pensamientos,

las llamadas no cesan. Sin necesidad de mirar, sabe de quién se trata.

Es una extraña sensación la de abrazar así a una mujer desconocida a la que se conoce tan bien. Debería hacerle preguntas, pero eso será más tarde. Primero hay que deshacer la madeja.

La fatiga invade a Camille. Con el cielo nublado, el bosque delante, esa casa pesada y morosa transformada en búnker, el cuerpo hinchado de ese misterio abrazado a él, dormiría el resto del día si pudiese. Pero es a Anne a quien escucha, su respiración, el ruido de esa boca que acaba de beber su té, su silencio, esa pesadez muda que se ha interpuesto entre ellos.

—¿Lo vas a encontrar? —pregunta por fin en voz baja.

—Claro que sí.

La respuesta ha surgido sin esfuerzo, como la expresión de una íntima convicción, tan fuerte que la misma Anne está impresionada.

—Me lo dirás enseguida, ¿verdad?

Camille piensa que solo con lo que se intuye en cada pregunta se podría escribir una novela. Frunce el ceño, ¿por qué?

—Quiero sentirme aliviada, ¿me entiendes?

Anne ha levantado la voz, esta vez sin la mano delante de la boca, mostrando su encía con los dientes rotos, como una bofetada.

—Claro...

Casi le pide perdón.

Sus silencios se ponen al fin de acuerdo. Anne se queda dormida. A Camille le faltan las palabras, necesitaría un lápiz para dibujar, en pocos trazos, su soledad en común, cada uno de ellos en un extremo de su historia, tan juntos y tan separados. Inexplicablemente, se siente más cerca de ella que nunca, una oscura solidaridad le une a esa mujer. Se aparta con suavidad, apoya delicadamente la cabeza de Anne en el sofá y se levanta.

Vamos. Ahora hay que encontrar la clave de todo.

Sube la escalera con el sigilo de un indio, conoce cada escalón, cada crujido, no hace ruido alguno; además, él no pesa mucho.

El altillo es abuhardillado, el techo cae con una inclinación vertiginosa, el fondo de la estancia solo tiene unas decenas de centímetros de altura. Camille se tumba en el suelo, se arrastra hasta la cabecera de la cama para llegar a un panel de madera que gira sobre sí mismo y permite acceder a las vigas del techo, una trampilla. El interior está negro de polvo y telarañas, así que introducir la mano es toda una aventura, Camille mete el brazo, busca a tientas, encuentra el plástico, lo agarra y tira de él. Una bolsa de basura gris que contiene un grueso informe cerrado con gomas elásticas. No lo ha abierto desde...

Quedará claro que este asunto le sitúa sin cesar frente a sus mayores temores.

Busca a su alrededor, quita la funda de la almohada e introduce cuidadosamente en ella la

bolsa de plástico, cuya suciedad, como de ceniza, forma una nube de polvo al menor movimiento. Se levanta y, con el paquete en la mano, vuelve a bajar con precaución.

Minutos más tarde deja una nota a Anne: «Descansa. Llámame cuando quieras. Volveré muy pronto». Estarás segura, no, eso no se atreve a escribirlo.

Antes de salir, de lejos, mira el cuerpo de Anne tumbado en el sofá. Le rompe el corazón abandonarla. Aunque por muy difícil que le resulte partir, quedarse es imposible.

Allá va. Con el enorme informe bajo el brazo, envuelto en la funda de almohada de rayas, Camille atraviesa por fin el patio y avanza hacia el bosque, hasta el lugar donde ha aparcado el coche.

Después se vuelve. Se diría que la casa, silenciosa, está colocada sobre una bandeja, en medio del bosque, como si se tratase de un bodegón del siglo XVII, de un cofre. Piensa en Anne dormida.

Sin embargo, cuando su coche, al ralentí,

abandona el patio y se interna en el bosque, Anne, tendida en el sofá, tiene los ojos muy abiertos.

11.30 h

A medida que se acerca a París, el paisaje mental de Camille se simplifica. No lo tiene mucho más claro pero al menos sabe dónde poner los signos de interrogación.

Lo urgente es plantear las preguntas correctas.

Durante un atraco a mano armada, un criminal se enfrenta a esa mujer que se hace llamar Anne Forestier. La busca, quiere matarla y la persigue para darle caza.

¿Qué relación hay entre la identidad oculta de Anne y ese atraco?

Todo sucede como si hubiese estado allí por casualidad, como si hubiera ido simplemente a buscar el reloj encargado para Camille, pero los dos acontecimientos, por muy distantes que

parezcan entre sí, están ligados. Estrechamente.

¿Existen dos cosas que no estén ligadas?

Por el lado de Anne, Camille no ha encontrado la verdad, ni siquiera sabe quién es en realidad. Ahora debe llegar a la otra punta del hilo.

En su móvil hay tres llamadas de Louis, que no ha dejado mensaje. Solo uno de texto: «¿Necesita ayuda?». Un día, cuando todo esto haya terminado, Camille le propondrá a Louis adoptarlo.

Y tres mensajes de Le Guen que se resumen todos en una misma cosa. Pero el tono evoluciona, la voz de Jean se extingue llamada a llamada, son cada vez más cortas. Y cada vez más prudentes. «Oye, tienes que llamarme inm...» Siguiente. «Pero bueno, ¿por qué no...?» Siguiente. En el último, Le Guen suena serio. En realidad, es infeliz: «Si no me ayudas, no puedo ayudarte». Siguiente.

Su mente aparta todo lo que le molesta y continúa tirando del hilo. Permanece concentrado en lo esencial.

La perspectiva acaba de cambiar brutalmente

por los sorprendentes daños que hay en la casa.

Espectaculares, por supuesto, pero, sin ser un experto en balística, le obligan a plantearse ciertas cuestiones.

Anne está sola detrás de una cristalera de veinte metros de largo. Al otro lado, un hombre preparado, hábil, perfectamente armado. Es mucha mala suerte que no consiga darle de pleno. Pero que después, con la ventana abierta, el brazo tendido, a seis metros, no sea capaz de plantarle una bala en la cabeza es preocupante. Cabría pensar incluso que desde la galería Monier le han echado una maldición. ¿Está jugando a la mala suerte desde el principio? Tanto infortunio resulta apenas creíble...

Es lícito incluso pensar que, para conseguir no matar a Anne con tantas oportunidades de hacerlo, hay que ser un excelente tirador. Y Camille no conoce muchos en su entorno.

Y cuando uno se hace esa pregunta, debe hacerse otras a la fuerza.

Por ejemplo: ¿cómo ha podido seguir a Anne

hasta Montfort?

La noche anterior Camille hizo este mismo camino, en sentido contrario, desde París. Anne, agotada, se durmió en cuanto empezó el trayecto, solo se despertó al llegar.

Incluso de noche, en la vía de circunvalación, en la autopista, en la carretera nacional, siempre hay mucho tráfico. Pero Camille se detuvo dos veces, esperó varios minutos, observó la circulación y después hizo el final del trayecto dando un rodeo por tres secundarias en las que unos faros se ven de lejos.

Hay un patrón inquietante que se repite: ha llevado a los asesinos hasta Ravic al ordenar una redada entre los serbios y después los ha conducido hacia Anne al llevarla a Montfort.

Es la hipótesis más aceptable. Al menos es lo que quieren hacerle creer. Porque ahora que sabe que Anne no es Anne, ahora que esta historia no es en absoluto lo que había creído hasta ese momento, las hipótesis más sólidas se vuelven las menos aceptables.

Camille está seguro, no le siguieron. Lo que quiere decir que fueron a Montfort a buscar a Anne porque sabían que estaría allí.

Así pues, hay que encontrar otra teoría. Y esta vez se cuentan con los dedos de una mano.

Cada solución es un nombre, el de alguien cercano. Suficientemente cercano a Camille como para conocer Montfort. Como para saber que tiene una relación con la mujer apaleada en el pasaje Monier.

Para saber que la escondería allí para ponerla a salvo.

Camille rasca, excava, pero por mucho que busque no encuentra muchos nombres. Si quitamos a Armand, reducido a cenizas hace cuarenta y ocho horas, la lista es incluso muy corta.

Y Vincent Hafner, a quien no ha visto nunca, no forma parte de ella.

Esa conclusión es impactante para Camille.

Ya está seguro de que Anne no es Anne. Ahora está convencido de que Hafner no es Hafner.

Es como si toda la investigación volviera al

principio.

Otra vez en la casilla de salida.

Y, para Camille, después de todo lo que ha hecho, se convierte en un billete directo a la casilla de la cárcel.

Ya está de nuevo en camino, el pequeño poli, yendo y viniendo de París a su casa en el campo, parece una ardilla dentro de una noria. Se agita como un hámster. Espero que tanto movimiento termine dando frutos. No para él, evidentemente, que me parece incluso que ya ha cedido, que está en la trampa, dentro de poco tendrá la confirmación. A pesar de su altura, va a caer desde muy arriba. No, espero que los frutos sean para mí.

Ahora ya no puede escapárseme.

La chica ha hecho lo que debía, puedo incluso reconocer que lo ha pagado en carne propia, sin duda. Queda poco margen, pero por el momento va todo sobre ruedas.

Ahora hace falta que yo lo remate. He hecho un

buen calentamiento con mi amigo Ravic. Si estuviese todavía vivo podría dar fe de ello, aunque, visto el número de dedos que le quedaban al final, no habría podido jurar con la mano sobre la Biblia.

Pensándolo un poco, me porté bien con él, incluso demostré compasión. Pegarle un tiro en la cabeza fue casi una obra de caridad. Hay que ver, los serbios son como los turcos, no saben dar las gracias. Está en su cultura. Son así. Y luego se quejan de que tienen líos.

Vamos a pasar a cosas serias. Allá donde esté (no sé si existe un paraíso para atracadores serbios, pero seguro que sí, porque lo hay para los terroristas), Ravic va a estar contento. Se va a tomar la revancha post mórtem, porque tengo unas ganas terribles de deshuesar vivo a alguien. Necesito algo de suerte. Como hasta ahora no me ha hecho falta, debo de tener crédito allá arriba, en las altas esferas donde se decide todo.

Si Verhoeven hace su trabajo, no tardaremos en comprobarlo.

Por el momento me vuelvo a mi refugio de paz, a recuperar energías, porque voy a tener que actuar rápidamente.

Tengo los reflejos algo entumecidos, pero la motivación intacta, y eso es lo esencial.

12.00 h

En el cuarto de baño, Anne mira de nuevo sus encías, ese agujero, ese horror. Ingresó en el hospital con un nombre falso, así que no podrá recuperar su informe médico, las radiografías, los análisis, los diagnósticos, tendrá que volver a hacerlos. Empezar desde cero, en todos los sentidos.

Finge que no la ha querido matar porque la necesita. Ya puede decir lo que quiera, no se cree ni una palabra. Anne le hubiese servido igual muerta que viva. La pegó con tanta violencia, con tanto ensañamiento... Puede defender que era

necesario para el plan, pero ella no tiene dudas, la golpeó por puro placer y si hubiese podido castigarla más, lo habría hecho.

En el botiquín encuentra unas tijeritas afiladas y unas pinzas de depilar. El médico, el joven indio, le aseguró que era una herida poco profunda, que pensaba retirar los puntos en unos diez días. Ella quiere hacerlo ahora. También ha encontrado una lupa en un cajón del escritorio de Camille, aunque dos instrumentos improvisados en un cuarto mal iluminado no son lo ideal para este tipo de trabajo. Pero no quiere esperar. Y esta vez no tiene que ver con su manía de la limpieza. Es lo que decía a Camille cuando estaban juntos, que quería hacer limpieza. Esta vez no. Contrariamente a lo que él pensará después, cuando haya terminado todo, le ha mentado muy pocas veces. Lo mínimo. Porque era Camille, y a Camille es muy difícil mentirle. O demasiado fácil, que viene a ser lo mismo.

Anne se seca con el dorso de la manga; quitarse puntos de sutura una misma no es tarea fácil y si además se le nubla la vista con las lágrimas... Hay

once puntos. Sostiene la lupa con la mano izquierda, las tijeras con la derecha. De cerca, esos pequeños hilos negros parecen insectos. Desliza la punta bajo el primer nudo y el dolor llega de inmediato, violento, punzante como las tijeras. Normalmente no debería doler, eso significa que la herida no está cerrada. O que se ha infectado. Hay que conseguir pasar del todo la punta para cortar la sutura. Anne hace una mueca, un golpe seco y muere el primer insecto, no queda más que retirarlo. Sus manos tiemblan. El hilo resiste, pegado todavía a la piel, tiene que tirar con las pinzas de depilar a pesar de que está temblando. Por fin cede, y al deslizarse bajo la herida le provoca una impresión desagradable. Anne escruta de inmediato, pero todavía no ve nada, y empieza con el segundo hilo, tensa, tan nerviosa que debe sentarse y tomar aire...

De vuelta ante el espejo, retuerce la herida con una mueca. Segundo punto, y después el tercero. Está claro que es demasiado pronto para quitárselos, a través de la lupa se ve la herida

todavía roja, sin cerrar. El cuarto hilo se le resiste, más pegado a la carne que los anteriores, pero la voluntad de Anne es inquebrantable. Rasca con la punta de las tijeras, aprieta los dientes, consigue pasar por debajo, lo atrapa, lo pierde, vuelve a empezar, la herida empieza a sangrar, abierta de nuevo. El hilo cede por fin y ella tira hacia arriba, ahora sangra abundantemente por la herida, rosa en la parte superior y roja en la inferior, gotas gruesas como lágrimas. Los hilos siguientes ceden y se deslizan bajo la piel. Va deshaciéndose de los cadáveres en el lavabo, aunque con los últimos tiene que trabajar un poco a ciegas porque la sangre que limpia remonta de inmediato a la superficie. No se detiene hasta que ha retirado todos. Sangra. Y sangra. Sin pensar, coge la botellita de plástico de alcohol de noventa grados del botiquín, y sin algodón ni gasa, lo vierte en la palma de la mano y se lo aplica directamente.

Le duele una barbaridad... Anne grita y golpea violentamente el lavabo con el puño; sus dedos, mal protegidos por los vendajes medio sueltos, le

hacen gritar de nuevo. Pero hoy ese grito es suyo, le pertenece, nadie ha venido a arrancárselo.

Otra vez, el alcohol directamente sobre el rostro con la palma. Anne apoya las dos manos sobre el borde del lavabo, cerca del desmayo, pero aguanta.

Después, cuando se calma el dolor, empapa una gasa en alcohol y la aprieta con fuerza contra la mejilla. Cuando la retira, el apósito descubre una herida apelmazada, fea, que continúa sangrando un poco.

Una cicatriz que se quedará ahí. Recta, atravesando toda la mejilla. Los hombres la llaman tajo. Resulta difícil saber cuánto permanecerá, pero es fácil comprender que no se irá jamás.

Es definitiva.

Pero si fuese necesario hurgar de nuevo en la herida, lo haría.

Porque quiere recordar todo esto. Siempre.

12.30 h

El aparcamiento de urgencias está lleno, como es habitual. Esta vez, para poder entrar, Camille se ve obligado a enseñar su acreditación.

La recepcionista está fresca como una rosa. Una rosa pasablemente madura pero que cae bien.

—Entonces, ¿ha escapado?

Como si fuera consciente de la importancia que tiene para Verhoeven, pone cara de disgusto —qué ha pasado, vaya golpe, eso es un fracaso para la policía, ¿no?—. Camille quiere librarse de ella pero no es tan fácil como espera.

—¿Y la documentación?

Camille vuelve atrás.

—No es culpa mía, pero cuando una paciente se marcha sin despedirse y sin dejar siquiera su número de la seguridad social para facturarle la estancia, puedo asegurarle que ahí arriba empiezan a bramar. Y los jefes descargan su rabia contra todos, responsables o no, sin hacer distinciones, a mí también me ha tocado... Por eso le pregunto.

Camille asiente con la cabeza, lo comprende, se hace el compungido mientras la recepcionista vuelve a su teléfono. Como es evidente que entró con un nombre falso, Anne hubiera sido incapaz de presentar una tarjeta de la seguridad social o de una mutua. Por eso no encontró ninguna documentación a su nombre en casa. No tiene, al menos con ese nombre.

De pronto siente muchas ganas de llamarla, así, sin razón, como si temiese cerrar este caso sin ella, al margen de ella, tiene ganas de decirle: Anne...

Y se da cuenta de que sin duda no se llama Anne. Todo lo que esa palabra representa en su vida puede tirarlo a la basura, Camille se siente desamparado, ha perdido hasta su nombre.

—¿Se encuentra bien? —pregunta la recepcionista.

Sí, bien, Camille dibuja una mueca de preocupación, es lo más eficaz cuando hay que cambiar de tema.

—Su informe —pregunta—, ¿dónde está? Su

informe médico.

Anne huyó la noche anterior, todo sigue en su planta.

Camille da las gracias. Cuando llega a la planta todavía no sabe cómo va a actuar, no tiene ni la menor idea. Así que avanza unos pasos para pensar. Está al final del pasillo, a pocos metros de la salita de espera transformada en trastero, en la que improvisó una primera reunión con Louis.

Ve cómo el pomo gira lentamente y la puerta se abre muy despacio, como si fuese a salir un niño, tímido y temeroso.

El niño está más cerca de la jubilación que del parvulario: se trata de Hubert Dainville en persona, el gran jefe, el director del departamento, con su cabellera blanca tan bien plantada que cualquiera pensaría que acaba de quitarse los rulos. Y rojo como una amapola al ver a Camille. Normalmente allí no hay nadie, esa sala no sirve para nada, no hay nada útil, nadie entra.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunta, furioso, dispuesto a morder.

¿Y usted? La respuesta le quema en los labios a Camille, pero no es el método adecuado, así que adopta una expresión extraviada.

—Me he perdido... —y después, fatalista—: He atravesado el pasillo en el sentido equivocado.

El cirujano pasa del rojo al rosado, la confusión desaparece, recupera la compostura, se aclara la garganta y empieza a caminar con paso decidido. Anda deprisa, como si le hubiesen llamado para algo urgente.

—No tiene nada que hacer aquí, comandante.

Camille le sigue al trote, cosa que le cuesta, sobre todo porque está pensando tan rápidamente como la situación se lo permite.

—¡Su testigo ha dejado el hospital esta noche! —prosigue el doctor Dainville, como si le dirigiese un reproche personal.

—Ya me he enterado, sí.

Camille no ve otra solución, se mete la mano en el bolsillo, agarra el móvil y lo suelta. El aparato cae al suelo con un ruido seco, el sonido de un accidente doméstico.

—¡Joder!

El doctor Dainville, ya frente al ascensor, se vuelve y ve al comandante arrodillado, de espaldas, como si estuviera recogiendo las piezas de su teléfono. Qué bobo. Las puertas se abren y desaparece.

Camille recoge su móvil intacto y finge recomponerlo mientras vuelve sobre sus pasos, hacia la salita.

Pasan los segundos. Un minuto. Duda si entrar, algo se lo impide. Continúa esperando. Seguramente se ha equivocado. Espera. Nada. Bah. Se dispone a marcharse. Pero no lo hace.

La puerta se abre de nuevo, esta vez de forma enérgica.

La mujer que sale tiene cara de estar ocupada, es Florence, la enfermera. También se ruboriza; al descubrir a Camille sus labios hinchados dibujan un círculo perfecto, titubea un segundo y ya es demasiado tarde, pierde su oportunidad de escabullirse. Su incomodidad queda de manifiesto por la manera en que se recoloca un mechón detrás

de la oreja, mira a Camille y cierra la puerta con una tranquilidad enérgica, autoritaria —soy una mujer trabajadora, ocupada y concentrada en su tarea, no tiene nada que echarme en cara—. No resulta creíble ni para ella misma. Camille no necesitaría aprovechar más su ventaja, no actuaría así si... No le gusta hacer esto, pero es necesario. La mira fijamente, inclina la cabeza, acentúa la presión —no he querido molestarla durante sus juegucitos ahí dentro, he tenido delicadeza, ¿eh?—. Se comporta como si hubiese estado trasteando con su móvil mientras esperaba en el pasillo a que terminase su trabajito con el doctor Dainville.

—Necesito el informe de la señora Forestier —dice.

Florence camina por el pasillo pero sin escapar, al igual que lo hizo voluntariamente el doctor Dainville. No tiene mucha defensa. Y ninguna maldad.

—No sé... —empieza a decir.

Camille cierra los ojos, suplica en silencio para no verse obligado a decir: hablaré de ello con el

doctor Dainville, creo que...

Llegan al despacho.

—No sé... si el informe sigue aquí.

No se ha vuelto ni una sola vez hacia él. Abre el gran cajón con las carpetas colgantes. Sin dudarlo, saca el informe Forestier, un gran sobre con el escáner, las radiografías, los diagnósticos; dar eso al primero que se lo pide, aunque sea de la policía, es muy grave por parte de una enfermera.

—Haré que le envíen la petición del juez al final de la tarde —dice Camille—. Mientras tanto, puedo firmarle un recibo.

—No —contesta precipitadamente—. Quiero decir, si el juez...

Camille coge el informe, gracias. Se miran. Lo más doloroso para él, lo que le pone enfermo, no es solo la bajeza de su método para extraer información a la que no tiene derecho alguno, es que comprende a esa mujer.

Comprende que sus labios hinchados no obedecen al deseo de permanecer joven, sino a unas indudables ganas de ser amada.

13.00 h

Pasen la verja y caminen por el sendero. Enfrente tienen el edificio rosa y, sobre sus cabezas, los grandes árboles. Podrían pensar que están entrando en un palacete, es difícil imaginar que tras esas ventanas se guardan y se manipulan cadáveres. Camille conoce el lugar de memoria y lo detesta. Lo que le gusta es la gente, los empleados, los técnicos, los médicos, y sobre todo Nguyen. Comparten bastantes recuerdos, malos y peores, y eso une a las personas.

Al entrar, Camille saluda a los conocidos. Nota cierta tensión, que el rumor también le ha precedido aquí. Lo siente en las sonrisas incómodas, en las manos que se ofrecen dubitativas.

Nguyen, en cambio, sigue siendo el mismo, una especie de esfinge, impenetrable, un poco más alto

que Camille, igual de delgado, la última vez que sonrió corría el año 1984. Da la mano a Camille, escucha, mira el informe que le tiende. Circunspecto.

—Échale un vistazo. Cuando tengas un rato.

«Échale un vistazo» quiere decir: quiero tu opinión, tengo una duda, dime qué piensas, no te digo nada, no quiero influirte, pero si pudieses darte prisa...

«Cuando tengas un rato» quiere decir: no es oficial, es personal —lo que confirma el rumor de que Verhoeven está en el ojo del huracán—, así que Nguyen dice vale, a Camille no le niega nunca nada. Además, él no corre riesgo alguno y le encantan los misterios, descubrir los fallos, señalar los detalles, lo adora, es forense.

—¿Me llamas esta tarde a las cinco?

Y diciendo esto, guarda el informe en su cajón, es personal.

13.30 h

Ha llegado el momento de pasar por el despacho. Con lo que le espera, no tiene ninguna gana, pero es necesario.

En los pasillos, Camille saluda a los compañeros, no hace falta ser psicólogo para advertir el malestar. En el Instituto Forense era un malestar sordo. Aquí es agudo. Como en todas las oficinas, tres días es un plazo de sobra para un rumor. Y cuanto más vago es, más grande se hace, es un efecto mecánico. Clásico. Algunas muestras de simpatía parecen condolencias.

Aunque le preguntaran, Camille no tiene el más mínimo deseo de hablar ni de explicarse, con nadie. De todos modos no sabría qué decir, por dónde empezar. Afortunadamente, casi todos los miembros de su equipo tienen trabajo, y no quedan más que dos en la oficina. Camille saluda con la mano, uno de ellos está al teléfono, levanta el brazo —buenos días, comandante—, el otro tiene el tiempo justo de darse la vuelta y Camille ya ha

pasado.

De inmediato llega Louis. Entra sin decir palabra en el despacho de Verhoeven. Los dos hombres se miran.

—Andan todos buscándole...

Camille se inclina sobre su mesa. La comisaria Michard ha convocado una reunión.

—Ya veo...

A las siete y media. Bastante tarde. En la sala de reuniones. Un lugar neutro. La convocatoria no precisa quién asistirá. El procedimiento no es el habitual. Cuando un poli está en el punto de mira, no se le convoca para que dé explicaciones, eso sería como anunciarle que podría abrirse una investigación en su contra. Bien mirado, el hecho de que le avisen no cambia nada, porque Michard dispone de elementos tangibles que Camille no tiene tiempo de neutralizar.

No intenta comprenderlo, no es urgente, las siete y media de la tarde es como decir dentro de mil años.

Cuelga su abrigo, mete la mano en el bolsillo y

saca una bolsa de plástico que manipula con las dos manos, como un frasco de nitroglicerina, para no tocar el contenido con los dedos. Deja la taza sobre su mesa. Louis se acerca y se inclina con curiosidad, lee en voz baja: Мой дядя самых честных правил...

—Es el primer verso de *Eugenio Oneguín*, ¿no?

Por una vez, Camille sabe la respuesta. Sí. La taza pertenecía a Irène, pero eso no se lo dice.

—Quiero que mandes analizar las huellas. Deprisa.

Louis asiente con la cabeza y cierra la bolsa de plástico.

—La registro... ¿en el caso Pergolin?

Claude Pergolin, el travesti ahorcado en su casa.

—Por ejemplo... —aprueba Camille.

Cada vez es más difícil actuar de esa forma, sin decirle nada. Camille duda si hacerlo, primero porque es muy largo de contar, y segundo porque mientras no esté al corriente de nada, a Louis no pueden echarle nada en cara.

—Bueno, si queremos los resultados enseguida —dice Louis— aprovecharé que la señora Lambert está todavía aquí.

A la señora Lambert le gusta mucho Louis; también ella, como el comandante Verhoeven, podría adoptarlo. Es una encarnizada sindicalista, su combate es la jubilación a los sesenta. Tiene sesenta y ocho, y todos los años encuentra un subterfugio para seguir trabajando. Si nadie la tira por la ventana, le quedan todavía treinta años de sindicalismo activo.

A pesar de la urgencia, Louis no se mueve. Con la bolsa de plástico entre las manos, inmerso en una intensa reflexión, permanece en el umbral del despacho, como un joven que quiere pedir algo.

—Me he perdido muchos episodios, creo...

—Si te sirve de consuelo, yo también — responde Camille sonriendo.

—Ha preferido poner distancia... — inmediatamente levanta la mano—. ¡No es un reproche!

—Sí, Louis, es un reproche. Y tienes mucha

razón en hacérmelo. Pero ahora...

—¿Es demasiado tarde?

—Eso es.

—¿Demasiado tarde para la explicación o demasiado tarde para el reproche?

—Es mucho más jodido que eso, Louis. Es demasiado tarde para todo. Demasiado tarde para comprender, para reaccionar, para explicarte... Y sin duda para salir honroso de esta. Como ves, la cosa no pinta bien.

Louis señala vagamente al techo, a las altas esferas. Y confirma:

—No todo el mundo parece tener tanta paciencia como yo.

—Tú serás el primero en conocer la noticia — responde Camille—. Garantizado. Es lo menos que te debo. Y si todo va como está previsto, te reservo incluso una sorpresa. El mayor éxito que uno pueda soñar cuando es policía: brillar ante los ojos de los jefes.

—«El éxito es...»

—¡Oh, sí, venga, Louis! ¡Una cita!

Louis sonríe.

—No —prosigue Camille—, déjame adivinar:
¡Saint-John Perse! No, mejor: ¡Noam Chomsky!

Louis sale del despacho.

—Ah, sí... —dice, volviendo a introducir la cabeza por la puerta—. Debajo del cartapacio..., creo que hay algo para usted, no estoy seguro...

Claro que lo está.

Un post-it. La letra grande y angulosa de Jean: «Bastille, salida Roquette, 15 horas». Es mucho más que una cita.

Que el comisario jefe haya preferido dejar un mensaje anónimo debajo de su cartapacio en vez de llamarlo al móvil es muy mala señal. Jean Le Guen dice claramente: estoy tomando precauciones. También dice: somos lo suficientemente amigos para correr el riesgo, pero hablar contigo podr a acelerar el fin de mi carrera, así que vamos a ser discretos.

Por su talla, Camille está bastante acostumbrado al ostracismo, le basta con viajar en metro de vez en cuando... Pero convertirse en sospechoso para

la misma policía, incluso después de lo que ha pasado estos últimos tres días, no le sorprende pero le duele bastante.

14.00 h

Fernand es un tipo estupendo. Un poco bobo, pero no molesto. Aunque el restaurante cerró, lo ha vuelto a abrir. Tengo hambre y me hace una tortilla de setas. Es buen cocinero. Le habría ido mejor si se hubiera quedado en eso, pero claro, siempre pasa, el empleado solo sueña en convertirse en jefe. Está endeudado hasta las cejas, y ¿para qué? Por el placer de ser «jefe». Qué idiota. A mí me viene muy bien, los idiotas son útiles. Vistos los intereses prohibitivos que le cobro, me debe más dinero del que nunca podrá devolverme. Llevo año y medio rescatando su negocio, prácticamente cada mes. No sé si Fernand es realmente consciente, pero su restaurante es mío, con solo chascar los

dedos el autodenominado jefe acabaría en la cola del comedor social. Me cuidó bien de decírselo porque me hace muchos favores. Me sirve de coartada, de buzón, de despacho, de fianza, de cuenta corriente, me bebo su bodega y me da de comer cuando lo necesito. La pasada primavera, en el encuentro con Camille Verhoeven, estuvo perfecto. Lo cierto es que todo el mundo estuvo perfecto. El escándalo funcionó a las mil maravillas. En el momento justo, mi comandante favorito acabó levantándose de la mesa y actuando como debía. Mi único temor era que otro interviniera antes, porque la chica era realmente guapa. Ahora ya no, eso está claro. Hoy, con sus cicatrices, sus dientes rotos y la cabeza como la pantalla de una lámpara, ya podría montar otro escándalo en un restaurante, que no habría muchos hombres que corriesen a socorrerla. Antes sí que daban ganas de liarse a palos con el bueno de Fernand. Guapa, y por tanto hábil, supo mirar como debía, y a quien debía. De buena o mala gana, Verhoeven acabó levantándose...

Vuelvo a pensar en todo eso porque tengo algo de tiempo. Y porque el lugar se presta.

He dejado mi móvil sobre la mesa, no puedo evitar mirarlo todo el rato. Sin haber llegado todavía al final, estoy contento con el resultado hasta ahora. Espero que sea un premio gordo, porque si no me voy a volver a enfadar y estaré de un humor como para arrancarle los brazos al primero que pase.

Mientras tanto, saboreo las primeras horas de auténtico relax desde hace más de tres días, y Dios sabe que no he estado de brazos cruzados.

En el fondo la manipulación tiene muchos puntos en común con el atraco. Hace falta mucha preparación y un equipo selecto. No sé cómo pudo convencer a Verhoeven para que la ayudase a dejar el hospital y la llevara a su casa de campo, pero queda claro que no le costó mucho.

Sin duda el truco de la crisis de ansiedad. Es lo que mejor funciona con los hombres sensibles.

Vistazo al teléfono.

Cuando suene tendré la respuesta.

O he hecho todo esto para nada, y entonces volvemos todos a casa sin protestar, o bien me dirijo hacia el gran montón de dinero, y en ese caso no sé de cuánto tiempo voy a disponer. Seguramente no mucho, habrá que darse prisa.

Y ahora que estoy a dos pasos del resultado, no puedo a fallar. Así que pido a Fernand que me sirva agua mineral, no es el momento de hacer el tonto.

Anne ha encontrado apósitos en el botiquín. Ha tenido que pegarse dos a lo largo para cubrir la cicatriz. Debajo le sigue quemando. No se arrepiente.

Después se ha agachado para recoger el sobre que él le lanzó, como un trozo de carne a un animal de circo. Le quema entre las manos. Lo abre.

Dentro hay un fajo de billetes, cuenta doscientos euros.

Una lista de números de teléfono: los taxis más cercanos.

Un plano de situación, una vista aérea, se ve la casa de Camille, el sendero y los accesos al pueblo, Montfort.

Con esto se salda todo.

Deja el móvil cerca de ella, en el sofá.

Ahora, a esperar.

15.00 h

Camille esperaba un Le Guen desatado, pero lo encuentra abrumado. Sentado en un banco de la estación de metro, se mira los pies con aspecto triste. Ni un reproche. O quizá sí, pero en forma de queja.

—Podrías haberme pedido ayuda...

Camille se da cuenta de que emplea el pasado. Para Le Guen, una parte del caso está ya cerrado.

—Una persona de tu rango... —dice—. Parece que los coleccionas.

Y eso, piensa Camille, que Le Guen no lo sabe

todo.

—Pides el caso, lo que en sí ya es bastante sospechoso. Porque la historia del soplón, reconocerás que...

Y eso no es nada. Le Guen va a enterarse pronto de que Camille ha ayudado personalmente a huir del hospital a la testigo clave de este caso, y por tanto se la ha ocultado a la policía.

De hecho, Camille no sabe quién es esa testigo, pero si se demuestra que Anne es culpable de algo grave, vete a saber, puede encontrarse con una acusación de complicidad... A partir de ahí cualquier cosa es imaginable: cómplice de homicidio, de robo, de asesinato, de secuestro, de atraco a mano armada... Le costará que alguien crea en su inocencia.

No responde a Jean. Traga saliva.

—Y en cuanto a cómo te has portado con el juez —dice Le Guen—, eres un gilipollas: lo has estado toreando, en vez de decirle que lo resolverías todo y no se hable más. Pereira es un tipo con el que se puede hablar.

Le Guen no tardará en saber que, además, Camille ha hecho mucho más que eso, ha sustraído el informe médico de la testigo. Testigo a la que, de hecho, esconde en su domicilio personal.

—¡Y la que has montado con tu redada de ayer! Era previsible, ¿te das cuenta de lo que haces? ¡Tengo la impresión de que eres totalmente inconsciente!

Y el comisario jefe no se imagina siquiera que el nombre de Verhoeven figura en una prueba del dossier que ha hurtado a la joyería, ni que ha dado una falsa identidad a la prefectura. Y ahora es demasiado tarde.

—En opinión de la comisaria Michard —prosigue Le Guen—, maniobrar para obtener este caso fue querer pasar por encima de ella.

—¡Qué gilipollez! —exclama Camille.

—Desde luego. Pero te comportas desde hace tres días como si trabajases por tu cuenta. Así que no es extraño que...

—No es extraño —admite Camille.

Los convoyes se suceden ante ellos. Le Guen

mira a todas las chicas que pasan, absolutamente a todas, sin lascivia, las admira a todas, les debe todos sus matrimonios. Camille siempre ha sido su testigo.

—¡Yo lo que quiero saber es por qué has convertido este caso en un asunto personal!

—Creo que es a la inversa, Jean. Es un asunto personal que se ha convertido en un caso.

Al decir esto, Camille comprende que acaba de dar en el clavo. Entra en efervescencia, necesitaría un poco de tiempo para valorar todas las consecuencias. Incluso intenta grabar esas palabras en su memoria: es un asunto personal que se ha convertido en un caso.

La información sume a Le Guen en la incertidumbre:

—Un asunto personal... ¿A quién conoces en esta historia?

Buena pregunta. Hace algunas horas, Camille habría respondido: a Anne Forestier. Todo ha cambiado.

—Al atracador —dice automáticamente

Camille, que continúa reflexionando al margen de la conversación.

Le Guen pasa entonces de la incertidumbre a la inquietud.

—¿Tienes *relación* con un atracador? ¿Un atracador, según he creído entender, cómplice de asesinato? —parece inquieto, pero en realidad está completamente aterrado—. ¿Conoces a Hafner *personalmente*?

Camille niega con la cabeza. No. Sería difícil de explicar.

—No estoy seguro —empieza a decir evasivamente—. No puedo decirte nada por ahora.

Le Guen junta sus dos índices y los apoya en la boca, señal de una reflexión intensa y delicada.

—Me parece que no estás entendiendo por qué estoy aquí.

—Sí, Jean, lo comprendo perfectamente.

—Con toda seguridad, Michard querrá avisar al Ministerio Fiscal. Está en su derecho, necesita protegerse, no quiere cerrar los ojos ante tus actuaciones y no sé cómo podría oponerme.

Además, en esta situación, no tengo permitido hablar de esto contigo. No debería estar hablando contigo.

—Lo sé, Jean, te agradezco que...

—¡No es por eso por lo que te hablo, Camille! ¡Me dan igual tus agradecimientos! Si no tienes ya a los de Asuntos Internos detrás de ti, es inminente. Te van a pinchar el teléfono, si es que no lo han hecho ya. Te siguen o lo harán pronto, vigilarán tus desplazamientos, analizarán tu comportamiento... Y, por lo que me has dado a entender, no te arriesgas solo a perder tu trabajo, ¡puedes acabar en la cárcel, Camille!

Le Guen deja pasar otro metro, unos segundos de silencio de los que espera mucho, le gustaría que Camille volviese a tomar el control. O que se explicase. Y no le quedan muchas cartas para forzarle.

—Escucha —prosigue—, no creo que Michard informe al fiscal sin comentármelo. Acaba de llegar, necesita mi apoyo, tu asunto le ofrece un crédito inesperado ante mí... Por eso me he

adelantado. Aprovecho la ocasión, ¿lo entiendes? Te han convocado a las siete y media, yo me he encargado de ello.

Los desastres se suceden a un ritmo casi mareante. Camille le mira con gesto interrogativo.

—Es tu última oportunidad, Camille. Seremos pocos. Nos cuentas tu versión y vemos cómo podemos limitar los daños. No quiero prometerte que quedará todo ahí, todo dependerá de lo que nos digas. ¿Qué nos vas a decir, Camille?

—Todavía no lo sé, Jean.

Se hace una idea pero no sabe cómo explicarla, primero tiene que resolver algunas dudas. Le Guen se siente ofendido. Y se lo dice:

—Me ofendes, Camille. Nuestra amistad no sirve de nada.

Camille apoya su mano sobre la enorme rodilla de su amigo, tamborilea sobre ella con los dedos como si quisiera consolarle, transmitirle su solidaridad.

Es el mundo al revés.

17.15 h

—Qué quieres que te diga... Una paliza en toda regla.

Por teléfono, Nguyen tiene una voz muy nasal. Debe de estar hablando en una sala amplia, de techo muy alto, porque hay eco, parece un oráculo. Y para Camille lo es, en cierto modo. De ahí su pregunta:

—¿Hay intención de matar?

—No..., o al menos no lo creo. Hay voluntad de hacer daño, de castigar, de dejar marcas si quieres, pero no de matar...

—¿Estás seguro?

—¿Acaso conoces a algún médico que esté seguro de algo? Solo te digo que si hubiese querido, a ese tipo le habría bastado con darle con todas sus fuerzas a esa mujer en el cráneo para hacerlo estallar como un globo.

Para no llegar a ese punto, reflexiona Camille,

tuvo que contenerse. Calcular. Se lo imagina levantando en alto la escopeta, apuntando con la culata a la mejilla y no al cráneo, frenando su golpe en el último segundo. Un hombre con sangre fría.

—Lo mismo con las patadas —prosigue el forense—. Aunque el informe del hospital dice ocho impactos, yo cuento nueve, pero eso no es lo más importante. Lo esencial es la forma en que se han dado. Con la intención de romper alguna costilla, de herir, de hacer daño, sí, de destrozar, claro, pero teniendo en cuenta dónde apuntó y el tipo de calzado que llevaba le habría resultado sencillo matar a esa mujer. Podía haberle reventado el bazo: tres golpes certeros y le provoca una hemorragia interna. La muerte de esa mujer habría podido sobrevenir por accidente, pero su voluntad era dejarla con vida.

La paliza descrita por Nguyen parece una advertencia. El tipo de aviso que anuncia que podría llegar a ser mucho peor, no tan severo como para dejar secuelas permanentes pero

suficientemente violento como para que se tome en cuenta.

Si su agresor (ya no se plantea que sea Hafner, está olvidado) no ha querido matar a Anne (que tampoco se trata ya de Anne, claro), eso plantea que la complicidad de Anne (se llame como se llame) se vuelve más que probable, casi segura.

Y en ese caso la auténtica víctima no es Anne, sino Camille.

17.45 h

No queda más que esperar. El ultimátum que Camille ha dado a Buisson termina a las ocho, pero no son más que palabras, es virtual. Buisson ha dado algunas órdenes y ha hecho algunas llamadas. Ha puesto en marcha sus redes de peristas, reventas, falsificadores de documentos y demás antiguos colegas de Hafner. Le hace falta tirar de todo el crédito del que dispone para

obtener lo que quiere. Puede tardar dos horas como puede llevarle dos días, y Camille tendrá que esperar la respuesta el tiempo que haga falta porque no puede hacer otra cosa.

Qué humillación: será Buisson el que dé —o no— el golpe de gracia.

La vida de Camille depende ahora de la eficacia del asesino de su mujer.

Anne está sentada en el sofá del salón, no ha encendido la luz, la penumbra del bosque ha invadido el interior de la casa. Los únicos brillos, intermitentes, son los números que parpadean en la alarma y en su móvil, que van desgranando los segundos. Anne no se mueve, se repite una y otra vez las palabras que va a decir. Siente que podrían fallarle las fuerzas, pero tiene que conseguirlo, es una cuestión de vida o muerte.

Si esa muerte, en este instante, fuera la suya, cedería. Aunque no tiene ganas de morir, lo aceptaría.

Pero debe conseguirlo, es el último obstáculo por franquear.

Fernand juega a las cartas igual que vive, como un blando. Me tiene miedo, se deja ganar, y cree que eso me gusta. Un auténtico gilipollas. No dice nada y sin embargo está preocupado. En menos de una hora tiene que recibir al personal y preparar el servicio de la cena. Ya ha llegado el cocinero, buenas tardes, jefe. A Fernand le llena de orgullo, por una frase como esa ha vendido su vida y todavía lo considera un buen trato.

Yo pienso otra cosa.

Veo pasar las horas, esto puede seguir así el resto del día y toda la noche siguiente. Espero que Verhoeven se muestre eficaz, es una de las variables con las que contaba. No le interesa decepcionarme.

Según mis cálculos, la hora límite es mañana al mediodía.

Si no he obtenido resultados mañana al

mediodía, el asunto estará muerto.

En todos los sentidos.

18.00 h

Rue Durestier. La sede de Wertig & Schwindel. El vestíbulo se divide en dos partes, a la derecha los ascensores que suben a los despachos, a la izquierda la tienda de venta de billetes. En estos edificios antiguos el vestíbulo es desmesurado. Para amueblarlo y hacer la recepción menos fría, han reducido la altura del falso techo, han puesto macetas con plantas de interior a diestro y siniestro, grandes sofás, expositores con catálogos de viajes y mesas bajas.

Camille permanece a la entrada. Se imagina perfectamente a Anne, sentada en un sofá, echando un vistazo de vez en cuando a su reloj y esperando a la hora de salida para reunirse con él.

Al llegar hacía como si estuviera muy liada,

siempre ligeramente retrasada respecto a la hora de la cita, con una mueca —lo siento, he hecho lo que he podido— y esa sonrisa ante la que uno solo tenía ganas de decir: no importa.

El plan era incluso más sofisticado. Camille se da cuenta cuando ve aparecer de pronto, en la esquina del ascensor, a un mensajero con prisas que lleva el casco bajo el brazo. Camille se adentra un poco. Hay otra salida que da a la rue Lessard. Realmente práctica. Si Anne llegaba tarde podía entrar por allí y aparecer de inmediato por la rue Durestier.

Camille encantado en la acera y todo el mundo contento.

Ha dejado el bulevar a su espalda y se ha sentado en la terraza de la Roseraie, en la esquina de la rue Faubourg-Laffite. Puestos a dejar pasar el tiempo, mejor ocuparse en algo, porque la inacción es mortal cuando uno siente que está cayendo en picado.

Camille consulta su móvil. Nada.

Todo el mundo sale de las oficinas a esta hora. Sorbe su café con los ojos por encima de la taza, mirando a los ajetreados peatones cruzar las calles, saludarse de lejos, sonreír a alguien o, ansiosos, correr hacia el metro. Gente de todas clases; su mirada atrapa el perfil de un joven, que le recuerda a otros cientos de perfiles distintos que viven en su memoria, o la tripa de ese hombre, abombada, afirmada, o la silueta compacta, curva, de esa chica que sin embargo es todavía joven, y que lleva el bolso colgando del brazo sin ganas, sin placer, por el hecho de que una chica debe llevar uno. Si le presta atención demasiado tiempo, la vida atraviesa a Camille de parte a parte.

De pronto, ella aparece por la esquina de la rue Bleue. Se detiene, con los pies perfectamente alineados a cuarenta centímetros del paso de peatones y un abrigo azul marino. Una cara extrañamente parecida al *Retrato de familia* de Holbein pero sin estrabismo, a esa comparación

mental debe Camille el recordarla con tanta nitidez. Para cuando empieza a cruzar, él ya ha abierto la puerta de la terraza acristalada, sale y la espera cerca del semáforo. Ella se detiene un instante, con la mirada curiosa y una vaga inquietud. El físico de Camille produce ese efecto con frecuencia. Sobre todo porque la mira fijamente a los ojos; ella, sin embargo, sigue avanzando y pasa delante como si ya lo hubiese olvidado.

—Disculpe...

Se vuelve y baja la mirada hacia él. Mide un metro setenta y uno, según Camille.

—Lo siento —dice—, usted no me conoce...

Ella parece querer responder que sí, pero no lo hace. Su sonrisa es menos triste que su mirada, aunque tiene la misma tonalidad benévola y dolorosa.

—¿La señora... Charroi?

—No —dice esbozando una sonrisa de alivio—, me estará confundiendo...

Pero sigue quieta, porque comprende que la

conversación no ha terminado todavía...

—Nos hemos cruzado aquí una o dos veces...

—prosigue Camille.

Señala el cruce. Si continúa así, la explicación va a resultar farragosa, así que prefiere sacar su móvil, teclea y la mujer se inclina, curiosa por saber qué va a hacer, por comprender qué quiere.

No se ha dado cuenta de que hay un mensaje de Louis. Escueto: «Huellas: DSP».

Desconocida en los servicios policiales. Anne no está fichada. Falsa pista.

Ante Camille se extiende un pasillo en el que todas las puertas se van cerrando una tras otra. Dentro de hora y media una última puerta, esencial, que nunca imaginó que se cerraría, le dará en las narices. La de su carrera profesional.

Va a ser expulsado de la policía, no sin antes pasar por un juicio largo y humillante. Él decidirá si le merece la pena o no. Piensa que no tiene elección, pero sabe bien que elegir o no elegir sigue siendo una elección.

Levanta la cabeza, la mujer sigue allí, curiosa,

atenta.

—Disculpe...

Camille vuelve a inclinarse sobre su móvil, cierra una pantalla, abre otra, se equivoca, vuelve a empezar, pulsa en la lista de contactos y muestra por fin el retrato de Anne en el aparato.

—No trabaja usted con ella...

No es exactamente una pregunta. Sin embargo, el rostro de la mujer se ilumina.

—No, pero la conozco...

Le alegra servir para algo. El malentendido no durará. Trabaja en el barrio desde hace más de quince años, el número de personas que conoce de esa forma, solo por cruzarse con ellas, es impresionante.

—Un día, en la calle, nos saludamos. Desde entonces, cuando nos cruzábamos, nos dábamos los buenos días, pero nunca hemos hablado.

«Una auténtica arpía», dijo Anne.

18.35 h

Anne ha decidido que no esperará más. Pase lo que pase. La espera es demasiado larga. Y ahora la casa le da miedo, como si con la llegada de la noche el bosque fuera a cerrarse sobre ella.

En casa de Camille también se ha dejado llevar por sus manías, como podría haber hecho en la suya, con lo maniática que es. Por ejemplo, esta noche, para no atraer la mala suerte (y como si pudiese pasarle algo peor), no enciende la luz. Para orientarse se conforma con la luz indirecta del rellano, al pie de la escalera. Alumbra el escalón astillado por la bala, ese que Camille estuvo observando un buen rato.

¿Cuándo se volverá hacia mí y me escupirá en la cara?, se pregunta Anne.

No quiere esperar más. Resulta irracional, tan cerca del final, pero precisamente lo más insoportable es esperar ese final. Debe marcharse. De inmediato.

Coge su móvil y marca el número de la

compañía de taxis.

Doudouche está enfadada, ya se le pasará. Basta con que se dé cuenta de que Camille no está con ánimo para soportar su humor y se le suavizará el carácter. Un día, Camille se sorprendió soñando con una gobernanta gruñona, odiosa, que limpiase a diario hasta debajo de los muebles y le cocinase patatas tristes como sus posaderas. En lugar de eso adoptó esta gata, Doudouche, que es prácticamente lo mismo. La adora. Le acaricia el espinazo, le abre una lata y la coloca en la ventana. Ella observa el bullicio del canal, justo debajo del edificio.

Va después al cuarto de baño, manipula con precaución la bolsa de basura para que el polvo no invada el lugar y luego lleva la carpeta hasta la mesa del salón.

Doudouche, desde la ventana, lo mira fijamente. No deberías.

—¿Hay otra manera de hacerlo? —responde

Camille.

Suelta las gomas de la carpeta y saca directamente el sobre grande que contiene las fotos.

La primera es una imagen en color algo sobreexpuesta que muestra los restos de un cuerpo destripado. Las costillas rotas atraviesan una bolsa roja y blanca, sin duda un estómago, y un seno de mujer rebanado y con numerosas marcas de mordeduras. La segunda foto es la de una cabeza de mujer separada del cuerpo y clavada a la pared por las mejillas...

Camille se levanta y va hasta la ventana para tomar aire. No se trata de que esas imágenes sean más duras que muchos de los sórdidos crímenes a los que se ha enfrentado durante su carrera, sino de que estas son de algún modo las suyas. Las más cercanas, las que siempre ha intentado mantener a distancia. Mira un momento el canal mientras acaricia la espalda de Doudouche.

Llevaba años sin abrir esa carpeta.

La historia, pues, empezó así, con un cuerpo de

mujer destrozado en un loft de Courbevoie. Y acabó con la muerte de Irène. Camille vuelve a la mesa.

Debería ir hasta el final de la carpeta, encontrar rápidamente lo que busca, volverla a cerrar y esta vez, en lugar de guardarla en el falso techo de su cuarto... De pronto es consciente de que en Montfort ha dormido junto a esa carpeta meses y meses sin pensar en ello, incluso la noche anterior, con Anne acurrucada a su lado y agarrando su mano toda la madrugada para intentar calmarla mientras ella no cesaba de dar vueltas.

Camille ojea un paquete de fotos, se detiene en una al azar. En esta hay un cuerpo, también de mujer. De hecho medio cuerpo, la parte inferior. Al muslo izquierdo le han arrancado toda una porción de carne y una larga cicatriz, ya ennegrecida, revela una herida profunda que va de la cintura hasta el pubis. Por su posición puede adivinarse que le rompieron ambas piernas a la altura de las rodillas. En un dedo de un pie, una huella dactilar impresa con tinta de tampones.

Son los primeros homicidios de Buisson.

Todos ellos, al final, conducen hasta el asesinato de Irène, pero claro, en el momento en que Camille descubre esas escenas del crimen no puede ni imaginarlo.

La siguiente, una mujer joven. Camille la recuerda muy bien, Maryse Perrin, tenía veintitrés años. Buisson la mató a martillazos. Camille prosigue.

Está la chica extranjera, estrangulada. A aquella tardaron mucho en identificarla. El hombre que la descubrió se llamaba Blanchet o Blanchard, no recuerda el apellido pero sí su cara, como siempre, cabellos blancos escasos, ojos legañosos que le daban a uno ganas de ofrecerle un pañuelo, labios finos como cuchillas, nuca rosada, perlada de sudor. El cuerpo de la joven fue encontrado cubierto de barro por completo, en el muelle, cuando pusieron en marcha la grúa de dragado sobre la que lo habían abandonado. Blanchet había sentido un pudor repentino y, como había decenas de curiosos contemplando la escena desde el

punte —donde Buisson no se perdía un segundo del espectáculo—, cubrió a la joven desnuda con su chaqueta. Camille no puede evitar ojear las fotos, ha dibujado veinte veces la mano clara de la joven que aparece bajo la chaqueta.

Deja ya eso, se dice, ve a lo esencial.

Coge un gran paquete de documentos, pero el azar, que no existe, se empeña y hace que se encuentre con la foto de Grace Hobson. Hace años de eso y sin embargo recuerda el texto casi letra por letra: «Su cuerpo estaba parcialmente cubierto de hojas secas. Su cabeza formaba un extraño ángulo con su cuello, como si estuviese intentando escuchar algo. Sobre su sien izquierda vio un lunar, ese que ella pensaba que le quitaría todas sus oportunidades». Extracto de una novela. William McIlvanney. Un escocés. La joven había sido violada y sodomizada. Cuando la encontraron llevaba toda su ropa puesta excepto una prenda.

Venga, de una vez, Camille se decide, coge la carpeta con las dos manos, le da la vuelta y comienza a remontar las páginas desde el final.

Lo que no quiere ver son las fotos de Irène. Nunca ha podido mirarlas, nunca ha podido enfrentarse a ellas. Minutos después de que hubiera muerto vio el cuerpo de su mujer, como un flash, el tiempo justo antes de desmayarse. Después nada, solo quedó esa última imagen. En la carpeta están todas las demás, las de la policía científica, las del Instituto Forense, nunca las ha mirado. Ninguna.

Y no es lo que está buscando.

A lo largo de su larga carrera de asesino, Buisson no ha necesitado a nadie. Era extremadamente organizado. Pero para matar a Irène, para completar su recorrido asesino con un final tan apoteósico, asesinar a la mujer del comandante Verhoeven, debía disponer de información segura, muy fiable. Y la obtuvo del mismo Camille, en cierta forma. De su entorno directo, de un miembro de su equipo.

Camille vuelve a la realidad, mira la hora, descuelga el teléfono:

—¿Estás aún en el despacho?

—Yo, sí...

Es muy poco frecuente que Louis se permita una frase como esa, casi un reproche. Su nerviosismo se muestra en una media sonrisa. A Camille no le quedan más que veinte minutos para presentarse en la convocatoria del comisario jefe y, desde la primera sílaba, Louis comprende que está lejos. Muy lejos.

—No querría abusar, Louis.

—¿Qué necesita?

—El expediente de Maleval.

—Maleval..., ¿Jean-Claude?

—¿Conoces a otro?

Extraída del dossier sobre la muerte de Irène, frente a Camille, está su foto.

Jean-Claude Maleval, un tipo alto, ancho pero muy fibroso, yudoca en su juventud.

—Me gustaría que me enviases todo lo que haya sobre él. A mi correo personal —completa Camille.

La foto fue tomada durante su arresto. Rasgos sensuales, debe de tener unos treinta y cinco años,

algo más. Camille nunca recuerda la edad de la gente.

—¿Puedo saber qué pinta en todo esto? — pregunta Louis.

Fue expulsado de la policía tras la muerte de Irène por haber informado a Buisson. En aquel momento él no sabía que Buisson era un asesino, no fue una complicidad objetiva, y el veredicto lo tuvo en cuenta. Pero Irène estaba muerta. Camille quiso matarlos a los dos, a él y a Buisson, pero no se cargó a nadie. Hasta hoy.

Es Maleval quien se encuentra en el meollo del asunto. Camille lo sabe. Ha reconstruido toda la historia desde el cuádruple atraco de enero hasta la galería Monier. La única cosa que desconoce es qué relación tiene con Anne.

—¿Necesitas mucho tiempo para reunirlo?

—No, todo es accesible. Media hora.

—Bueno... También me hará falta que estés localizable, Louis.

—Por supuesto.

—Comprueba también quién está de servicio,

podrías necesitar gente.

—¿Yo?

—¿Quién si no?

Camille confirma así que va por su cuenta. Para Louis es un shock. Nadie entiende nada.

No es difícil imaginar lo que en ese momento pasa en la sala de reuniones de la planta cuarta. Le Guen, hundido en un sillón, tamborileando sobre la mesa con los dedos, evita consultar su reloj. A su derecha, la comisaria Michard, oculta tras una pila impresionante de informes, hojea documentos a la velocidad de la luz, marca, rubrica, subraya, señala, anota, toda su actitud demuestra a las claras que es una mujer extremadamente activa, que no pierde un segundo, perfectamente dueña de..., ¡joder!

—Tengo que dejarte, Louis...

El resto del tiempo Camille lo pasa sentado en el sofá, con Doudouche sobre sus rodillas. Esperando.

Con la carpeta cerrada.

Se ha limitado a hacer una foto de Jean-Claude

Maleval con su móvil y después ha vuelto a meter en la carpeta todos los papeles sin orden ni concierto y la ha cerrado con el elástico. La ha dejado cerca de la puerta de entrada, que es como decir la puerta de salida.

El uno en París, la otra en Montfort, Anne y Camille están sentados en la penumbra, esperando.

Porque, evidentemente, ella no ha llamado al taxi, ha colgado al momento.

Sabe desde siempre que no se marchará. Solo con la luz del rellano, Anne sigue tumbada en el sofá, sostiene su móvil en la mano, lo consulta de vez en cuando, revisa la carga de la batería, o si hay alguna llamada perdida, o el número de barras que indican la cobertura de la red.

Nada.

Le Guen ha cruzado las piernas y balancea en el vacío su pie derecho. Le parece recordar que, para Freud, ese gesto que parece impaciente no es más que un sucedáneo de la masturbación. Menudo

imbécil, Freud, piensa Le Guen, que ha pasado, en total, once años sobre un diván en veinte de matrimonios. Mira de soslayo a la comisaria Michard, que compulsa copias de correos a gran velocidad. Atrapado entre Michard y Freud, Le Guen no apuesta un céntimo por lo que le va a deparar el resto del día.

Siente una pena inmensa por Camille, pero ni siquiera sabe a quién contárselo. ¿De qué sirven seis matrimonios en veinte años si no puede decirle eso a nadie?

Nadie llamará a Camille para preguntarle si solo se ha retrasado. Nadie le volverá a ayudar. Vaya pérdida.

19.00 h

—¡Apaga eso, joder!

Fernand se ha disculpado, ha corrido hacia el interruptor, lo ha apagado y se ha deshecho en

excusas, contento porque por fin tiene permiso para volver al salón del restaurante, donde le reclama la actividad del servicio.

Me quedo solo en la salita del fondo en la que hemos estado jugando a las cartas. Prefiero estar a oscuras. Me ayuda a pensar.

Esta espera, impotente, me agota. Yo necesito acción. El tiempo libre me pone de mal humor. Me pasaba lo mismo de joven. Y con la edad no se arregla. Habría que morirse joven.

Un pitido saca de pronto a Camille de sus reflexiones. La pantalla del ordenador parpadea y le anuncia la llegada de un correo de Louis.

El expediente de Maleval.

Camille se pone las gafas, respira muy profundamente y lo abre.

Las primeras misiones de Jean-Claude Maleval son brillantes. Después de haber quedado en un excelente puesto en la Academia de Policía, se confirma como un agente prometedor, lo que le

vale, años más tarde, su promoción a la brigada dirigida por el comandante Verhoeven.

La gran época, con los grandes casos en los que destaca.

Lo que Camille recuerda no está en el dossier. Maleval trabaja a destajo, es muy activo, con muchas ideas, un policía dinámico, intuitivo, con jornadas cargadas pero también noches revueltas. Sale mucho, empieza a beber demasiado y le gustan las mujeres con locura. Bueno, más que las mujeres en sí, lo que le fascina es seducirlas. Camille piensa a menudo que la policía, como la política, es una enfermedad sexual. Maleval, en aquella época, seduce, no para de seducir, una señal de angustia ante la que Camille no puede hacer nada, porque no es asunto suyo y porque no atañe a la naturaleza de su relación. Maleval revolotea alrededor de las chicas, incluso de las testigos que tienen menos de treinta años, se incorpora al trabajo por las mañanas con cara de no haber pegado ojo. Su vida, un poco disoluta, preocupa a Camille. Louis le presta dinero que no

devuelve nunca. Después empieza a extenderse el rumor: Maleval se dedica a acosar a los camellos un poco más de lo necesario y no siempre deja en depósito lo que cae en sus manos. Una prostituta presenta una denuncia por un atraco que nadie cree, pero que llega a oídos de Camille. Habla con él, lo lleva aparte, le invita a cenar. Ya es demasiado tarde; aunque Maleval jure por lo más sagrado, se desliza rápidamente hacia la puerta de salida. Las juergas, las noches, el whisky, las chicas, los clubs, las malas compañías, el éxtasis.

Algunos policías bajan por la pendiente con lentitud, con una regularidad que permite a su entorno acostumbrarse, prepararse para ello. Maleval, en cambio, lo hace en plan brutal, fulgurante.

Lo detienen por complicidad con Buisson, al que se acusa de siete asesinatos, escándalo que las autoridades consiguen aplacar. La historia de Buisson resulta tan demencial que acapara la prensa y arrasa todo a su paso, como el fuego en un bosque tropical. El arresto de Maleval

desaparece prácticamente entre las llamas.

Tras la muerte de Irène, Camille permanece hospitalizado con una depresión severa. Pasará varios meses en la clínica, mirando por la ventana, dibujando en silencio, rechazando visitas, y llegará a pensar en no volver nunca a la Criminal.

Maleval es juzgado, pero la prisión preventiva compensa su condena. Sale, aunque Camille no lo sabe de inmediato, nadie quiere decírselo. Cuando se entera no dice nada, como si hubiese pasado demasiado tiempo, como si la suerte de Maleval no tuviese importancia, como si no le afectase personalmente.

Libre y de vuelta a la vida civil, Maleval desaparece. Después se empieza a saber de él de vez en cuando, de manera velada, indirecta. Camille se cruza con su nombre aquí y allá en el dossier reunido por Louis.

Para Maleval, el fin de su época policial coincide con el principio de su carrera delictiva, para la que muestra unas dotes innatas, razón sin duda por la que fue, antaño, tan buen policía.

Camille echa un vistazo rápido, aunque el paisaje va definiéndose poco a poco; aparecen los primeros apuntes sobre Maleval, pequeños delitos, pequeños casos, unas pocas detenciones, nada grave, pero significa que ha elegido un bando. No le vale, a pesar de su paso por la policía, con trabajar en una agencia de seguridad, vigilar un supermercado o conducir un furgón blindado. Es interrogado y puesto en libertad en tres ocasiones. Y llegamos al verano del año anterior, dieciocho meses antes.

Una detención seguida de una denuncia.

Nathan Monestier.

Aquí está, suspira Camille. Monestier, Forestier, no han ido a buscar muy lejos. Es una técnica muy antigua: para mentir mejor, pegarse lo más posible a la realidad. Habría que saber si Anne lleva el mismo apellido que su hermano. ¿Anne Monestier? Quizá. Por qué no.

Lo más cerca posible de la realidad: el hermano de Anne, Nathan, es efectivamente un científico prometedor, precoz y con muchos títulos, pero

también al parecer bastante ansioso.

Detenido por primera vez por posesión de cocaína. Treinta y tres gramos, que no es poca cosa. Se defiende, presa del pánico, nombra a Jean-Claude Maleval, que se la habría entregado o le habría presentado a su camello. En su declaración duda, da rodeos, se retracta. Es puesto en libertad a la espera de juicio. Pero vuelve a aparecer de inmediato, hospitalizado tras una severa paliza. No sorprende que no quiera presentar denuncia... Ya se ve que Maleval arregla los problemas a base de fuerza bruta. Se vislumbra ya, en sus métodos expeditivos, su futura afición a los atracos violentos.

Camille no dispone de detalles, pero le basta para adivinar lo básico. El campo está sembrado. Maleval y Nathan Monestier tienen negocios juntos. ¿Qué deuda contrae Nathan con Maleval? ¿Acabará debiéndole mucho dinero? ¿Con qué chantajeará Maleval al joven?

Aparecen otros nombres en la carrera del expolicía. Algunos realmente amenazadores. El de

Guido Guarnieri, por ejemplo. Camille lo conoce por su reputación, como todo el mundo. Es un especialista en deudas: las compra a bajo precio y se encarga de cobrarlas por cuenta propia. Fue interrogado el año anterior acerca de un tipo cuyo cuerpo fue encontrado de milagro en una obra. El informe forense no dejaba lugar a dudas, lo habían enterrado vivo. Se tarda días y días en morir, y la descripción de lo que se sufre es inimaginable. Guarnieri es de los que saben qué hacer para llamar la atención. ¿Amenaza Maleval a Nathan con vender su deuda a un hombre como Guarnieri? Es posible.

En realidad importa poco, porque para Camille lo esencial no es Nathan, no lo conoce y jamás lo ha visto.

Lo esencial es que todo eso conduce a Anne.

Sea cual sea la deuda que su hermano tiene con Maleval, Anne es la que paga.

Se dedica a rescatarlo. Como una madre. «De hecho, es exactamente lo que soy», dice ella.

Siempre ha estado ahí para rescatarlo.

Y, como ocurre a veces, las cosas llegan cuando más falta hacen.

—¿Señor Bourgeois?

Número oculto. Camille ha dejado que el teléfono suene varias veces. Hasta que Doudouche ha levantado el hocico. Una voz de mujer. Cuarenta años. Corriente.

—No —responde Camille tranquilamente—, debe de haberse equivocado...

Pero no intenta colgar.

—¿Ah, sí?

Está sorprendida, a punto de preguntarle si está seguro. Lee un papel.

—Yo tengo aquí: Éric Bourgeois, rue Escudier, 15, Gagny.

—Pues se equivoca usted.

—Ah —dice la mujer contrariada—. Disculpe...

Oye gruñir algo, pero vete a saber qué... Ella cuelga, enfadada.

Se acabó. Buisson ha hecho el favor a Camille. Ahora Camille puede ordenar que lo asesinen cuando quiera.

En cuanto a lo más urgente, esta información abre un nuevo pasillo que tiene una única puerta. Hafner ha cambiado de identidad. Ahora es el señor Bourgeois. Ideal para un jubilado.

Detrás de cada decisión se perfila otra. Camille mira la pantalla de su móvil.

Puede ir corriendo a la reunión: aquí tienen la dirección de Hafner, si está en su casa, mañana por la mañana estará detenido, les explicaré todo. Le Guen lanza entonces un amplio suspiro de alivio, pero no demasiado fuerte, no sea que esa revelación suene ante la comisaria Michard como una victoria; simplemente mira a Camille y le hace una seña apenas distinguible —lo has hecho bien, qué susto me has dado—, y después prosigue, irritado: ¡lo siento, Camille, pero esto no es ninguna explicación! La comisaria Michard siente que le han tomado el pelo, le hubiera gustado tanto ver humillado al comandante Verhoeven..., ha

pagado su entrada y ahora le roban el espectáculo. Llega su turno de réplica y adopta un tono reposado, metódico. Sentencioso. Le gustan las verdades rotundas, no ha elegido esta profesión por capricho, en el fondo es una mujer de talento. Sean cuales sean sus explicaciones, comandante Verhoeven, sepa usted que no tengo intención de hacer la vista gorda. En nada.

Camille levanta las manos al cielo. Sin problema. Y comienza a explicar.

El círculo vicioso.

Sí, tiene una relación personal con la mujer agredida en la galería Monier, todo empieza ahí. De inmediato estallan las preguntas: ¿cómo que la conocía?, ¿qué relación tiene ella con el atraco? ¿Y por qué no nos...?

Puede adivinarse lo que sigue, sin sorpresas. Lo importante ahora es organizarse e ir a buscar a Hafner-Bourgeois a su escondite de las afueras, detenerlo por robo a mano armada, homicidio y lesiones. No vamos a pasar la noche con el caso del comandante Verhoeven. Ya se verá más tarde,

la comisaria está de acuerdo, seamos pragmáticos. Es una palabra que le gusta, «pragmático». Mientras tanto, Verhoeven, usted se queda aquí.

No participará en nada, será un simple espectador. Ya ha demostrado con creces lo que sabe hacer como actor. Y cuando volvamos, ya decidiremos, falta, expulsión, destino forzoso... Todo es tan previsible que ni siquiera es un acontecimiento destacable.

Esa es una posibilidad. Pero Camille sabe desde hace tiempo que las cosas no sucederán de ese modo.

Ha tomado una decisión, ni siquiera recuerda desde cuándo.

Y su decisión tiene que ver con Anne, con esta historia, con su vida, lo engloba todo y nadie puede hacer nada más.

Pensaba que se había dejado llevar por las circunstancias pero no es cierto.

Lo que nos ocurre es lo que construimos nosotros mismos.

19.45 h

En Francia hay casi tantas rues Escudier como habitantes. Son calles rectas, perpendiculares, con las mismas filas de casas de piedra o de hormigón revocado, los mismos jardines, las mismas verjas desiguales, las mismas marquesinas compradas en las mismas tiendas. El número 15 no es una excepción. Piedra, marquesina, verja de hierro forjado, jardín, lo tiene todo.

Camille ha dado dos o tres vueltas con el coche, en ambos sentidos y a velocidad variable. Cuando ha pasado por última vez, la luz de la ventana del primer piso se ha apagado de golpe. No vale la pena continuar.

Ha aparcado al final de la calle. En la esquina hay un pequeño supermercado, el único comercio en dos kilómetros cuadrados de desierto. En el umbral, un árabe de unos treinta años, como salido de un lienzo de Hopper, masca un palillo de

dientes.

Cuando Camille detiene el motor son las siete y treinta y cinco. Cierra la puerta. El tendero levanta la mano en su dirección, hola, Camille responde a su vez y sube lentamente por la rue Escudier. Como único elemento distintivo, las casas tienen, de vez en cuando, un perro que ladra sin demasiada convicción o un gato acurrucado sobre el murete que te fusila con la mirada. Las farolas tiñen de amarillo la acera desigual, ya han sacado los cubos de basura afuera y el resto de los gatos, los callejeros, empiezan a pelearse por el botín.

A la altura del número 15, la verja se encuentra a unos doce metros de las escaleras de entrada a la casa. A la derecha, un gran portón cierra un garaje.

Otra luz, en la planta de arriba, se ha apagado desde la última vez que ha pasado. Solo quedan dos ventanas iluminadas, las dos en la planta baja. Camille llama. De no ser por la hora, podría tratarse de un comercial que confía en la amabilidad de la propietaria. La puerta se entreabre, aparece una silueta de mujer. A

contraluz no se la distingue muy bien, pero su voz es juvenil:

—¿Qué desea?

Como si no lo supiese, como si el baile de ventanas encendidas y apagadas no indicase ya que se han fijado en él, que lo han visto y lo han escudriñado. Si hubiese tenido enfrente a esa mujer en una sala de interrogatorios, le habría dicho: no sabes mentir, no llegarás muy lejos. Se vuelve hacia alguien que se encuentra en el interior de la casa, desaparece un momento. Luego regresa y le dice a Camille:

—Ahora voy.

Baja. Joven, aunque con el cuerpo deformado por un vientre caído, como el de las ancianas, y un rostro algo hinchado. Abre el portillo. «Una puta de lo más bajo, con diecinueve años se había pasado...», le dijo Buisson. Camille no logra adivinar su edad, pero en ella hay cierta belleza. Es su miedo, que se nota en la forma de caminar, en el modo de bajar la vista hacia un lado pero sin sumisión. Un miedo valiente, desafiante, casi

agresivo, dispuesto a soportarlo todo. Un miedo que impresiona. El tipo de mujer que puede apuñalarte por la espalda sin dudarlo un segundo.

Se aparta sin decir palabra, sin una mirada, y su silueta expresa toda su hostilidad y su determinación. Camille atraviesa el minúsculo patio de entrada, sube los escalones y empuja la puerta, que se ha entrecerrado. Un recibidor sencillo con un perchero mural vacío. A la derecha, un salón, y a pocos metros, sentado en un sillón, de espaldas a la ventana, un hombre terriblemente delgado, con los ojos hundidos, febril. A pesar de estar dentro de casa, lleva un gorrito de lana que subraya la redondez perfecta de su cráneo. Tiene los rasgos muy marcados, a Camille le recuerda de inmediato a Armand.

Entre dos hombres de esa experiencia hay muchas cosas que se callan, sería casi insultante. Hafner sabe quién es Verhoeven, a un poli con esa altura todo el mundo lo conoce. También sabe que si hubiese venido a detenerlo lo habría hecho de otra manera. Así que se trata de algo distinto. Más

complejo. Vamos a ver.

Detrás de Camille, la joven juega con sus dedos, acostumbrada a esperar. «Deben de gustarle los golpes, si no no lo entiendo...»

Camille permanece de pie en el pasillo, atrapado entre Hafner, sentado frente a él, y esa mujer, detrás. El silencio pesado, provocador, revela claramente que va a ser complicado pillar a esos dos. Pero también les dice a ellos que ese pequeño poli de nada puede traer con él el caos. Y, en la vida que llevan, el caos no es más que un nombre distinto para la muerte.

—Vamos a tener que hablar... —dice por fin Hafner en voz baja.

¿Se lo dice a Camille, a la mujer, o habla para sí mismo?

Camille da unos pasos, sin dejar de mirarle, se acerca y se detiene a dos metros de él. En Hafner no queda nada de la fiera que describe su currículum. Por otra parte, se comprueba con frecuencia que, fuera de los pocos minutos que dedican a despachar lo más violento de sus

actividades, los atracadores, ladrones y gánsteres parecen gente de lo más normal. Los asesinos son gente como usted y como yo. En este caso, además, hay otra cosa. La enfermedad, la muerte que se acerca. Y ese silencio, esa pesadumbre, que resume todas las amenazas.

Camille avanza un paso hacia el interior del salón, donde una lámpara, en una esquina, expande débilmente una luz azulada y difusa. No le sorprende descubrir una decoración sin gusto, un gran televisor de pantalla plana, un sofá cubierto con una manta de lana, unos adornos vulgares y, sobre la mesa redonda, un hule estampado. Los grandes delincuentes tienen a menudo gustos de clase media.

La mujer ha abandonado la habitación sin que Camille se diera cuenta. Se la imagina por un instante sentada en la escalera con una escopeta de repetición. Hafner no se mueve de su sillón, a la espera de los acontecimientos. Por primera vez, Camille se pregunta si estará armado. No se le ha ocurrido antes. No tiene ninguna importancia,

piensa, pero por si acaso sus gestos son lentos, nunca se sabe.

Saca su móvil del bolsillo del abrigo, lo enciende, busca la foto de Maleval, da otro paso y enseña el aparato a Hafner, que se contenta con arrugar los labios, soltar un sonido gutural y asentir con la cabeza. Ya veo. Señala el sofá. Camille prefiere una silla, la acerca y deja su sombrero sobre la mesa. Los dos hombres están frente a frente, como si esperasen a que alguien les sirviera.

—Ya le avisaron de mi visita...

—En cierto modo...

Lógico. El tipo que tenía que darle a Buisson el nuevo nombre y la dirección de Hafner necesitaba cubrirse. Pero eso no cambia nada.

—¿Resumo? —propone Camille.

Entonces oye, en alguna parte de la casa, un grito agudo, lejano, e inmediatamente, esta vez justo sobre él, pasos precipitados y la voz de la mujer, aplacada. Camille se pregunta si ese nuevo elemento va a complicar o a simplificar las cosas.

Señala el techo.

—¿Qué edad tiene?

—Seis meses.

—¿Niño?

—Una niña.

Otro en su lugar preguntaría el nombre, pero la situación no se presta a ello.

—Así pues, en enero su mujer estaba embarazada de seis meses.

—Siete.

Camille señala el gorro.

—Y una huida siempre es un asunto complejo. A propósito, ¿puedo saber dónde hace su quimio?

—En Bélgica, pero lo he dejado.

—¿Demasiado cara?

—No, demasiado tarde.

—Entonces demasiado cara.

Hafner deja escapar algo parecido a una sonrisa, poca cosa, solo una sombra en alguna parte de los labios.

—Así que en enero —prosigue Camille— ya no le queda mucho tiempo para poner a salvo a su

pequeña familia. Y organiza el Gran Atraco. Cuatro golpes en un día. El gran botín. Sus cómplices habituales no están disponibles o también puede que sienta escrúpulos por hacerles una jugarreta. El caso es que recluta a Ravic, el serbio, y a Maleval, el expolicía. Por cierto, no sabía que se había metido en el negocio del atraco a mano armada.

Hafner se toma su tiempo.

—Estuvo un tiempo buscando su sitio cuando usted le expulsó —dice por fin—. Andaba bastante metido en la cocaína.

—Sí, eso me ha parecido escuchar...

—Pero lo que prefiere son los atracos. Pega bastante con su morfología.

Desde que lo dedujo, Camille intenta imaginarse a Maleval como un atracador, y le cuesta. No tiene mucha imaginación. Y como Maleval y Louis nacieron en su equipo, le resulta difícil imaginarlos fuera de lugar. Como esos hombres que nunca tendrán hijos, Camille es un especialista en paternalismo. Su altura influye mucho en ello. Y

por esa razón se ha fabricado hijos, dos. Por un lado, Louis, el virtuoso, el irreprochable, la eterna recompensa; por el otro, Maleval, el violento, el desprendido, el oscuro, el que le ha traicionado, el que le ha costado la vida a su mujer. El que llevaba la amenaza hasta en su nombre[8].

Hafner está expectante. Sobre ellos, la voz de la mujer se apaga poco a poco, debe de estar acunando al bebé.

—En enero —prosigue Camille—, excepto por una víctima, todo sale como estaba previsto —habría que ser ingenuo para esperar la menor reacción de un hombre como Hafner—. Usted ya tenía pensado traicionar a todo el mundo y largarse con el dinero. Todo el dinero —Camille señala de nuevo al techo—. Es normal, cuando uno tiene sentido del deber quiere poner a los suyos a cubierto. En el fondo, el botín de esos atracos era una especie de aportación al testamento, por así decirlo. Por cierto, lo desconozco, ¿ese tipo de cosas tributan?

Hafner no mueve ni una ceja. Nada le hará

desviarse de su trayectoria. Al que ha venido hasta aquí para echarle, a ese portador de malas noticias, a ese apóstol del final, no le concederá ni una sonrisa, ni una confianza, ni la más mínima connivencia.

—En el plano moral —continúa Camille—, su posición es inexpugnable. Ha hecho como cualquier buen padre de familia, intenta simplemente proteger el futuro de su descendencia. Pero sus cómplices, vete a saber por qué, se lo toman a mal. No les vale de nada, porque usted ha preparado bien el golpe. Por mucho que intenten ponerle la mano encima, ya se ha anticipado, ha comprado una nueva identidad y ha cortado todos los lazos que le ligaban a su antigua vida. Me extraña que no haya elegido el extranjero.

Hafner primero no dice nada, pero presiente que va a necesitar a Camille. Así que se ve obligado a soltar algo de lastre, el mínimo.

—Por la pequeña... —exclama.

Camille no sabe si se refiere a la madre o a la hija. De hecho, da igual.

Las farolas de la calle se apagan de pronto, por la hora o por una avería. La luz, en el salón, baja un grado. La silueta de Hafner se recorta a contraluz, como una gran carcasa vacía y amenazante, fantasmagórica. Encima de ellos, el bebé empieza a llorar suavemente, de nuevo se oyen pasos precipitados y apagados, y el llanto cesa. Camille podría seguir así indefinidamente, en esa especie de penumbra, en ese silencio. Pero ¿a qué espera? Piensa en Anne. Vamos.

Hafner cruza y descruza las piernas, tan lentamente que se diría que no quiere asustar a Camille. O quizá por el dolor. Es posible. Vamos.

—Ravic... —empieza a decir Camille, que se da cuenta de que su voz se ha sincronizado con la atmósfera de la casa, un tono más bajo, amortiguada—. No conocí personalmente a Ravic, pero supongo que no estaba contento por haberse dejado traicionar y encontrarse sin un céntimo. Y encima esa historia le valía una acusación de asesinato. Sí, lo sé, había sido culpa suya, falta de sangre fría, etcétera. Pero una cosa no quita la

otra. Se había ganado su parte y usted se marchó con ella. ¿Sabe qué ha sido de Ravic?

Camille cree distinguir en Hafner un imperceptible endurecimiento.

—Está muerto. A su novia, o lo que fuese, le pegaron un tiro en la cabeza. Y a Ravic, antes de matarlo, le cortaron los dedos, uno por uno. Con un cuchillo de caza. En mi opinión, el tipo que lo hizo es un salvaje. Ravic era serbio, pero bueno, Francia es una tierra hospitalaria, ¿no? ¿Cree que eso es bueno para el turismo, cortar a los extranjeros en trocitos?

—Deje de joderme, Verhoeven.

En su interior, Camille lanza un suspiro de alivio. Si no consigue sacarlo de su mutismo, no conseguirá nada y se verá condenado a un monólogo. Y él necesita un diálogo.

—Tiene usted razón —dice—, no es el momento de recriminar nada. El turismo es una cosa y el atraco otra. Bueno, lo que sea. Estábamos con Maleval. A él, al contrario que a Ravic, lo conocí bien antes de que se dedicase a cortar manos

enteras con machetes.

—En su lugar yo lo habría matado.

—Lo comprendo, eso le habría ahorrado que le pisara los talones. Porque se ha convertido en un ser malvado, es sanguinario, mi querido Maleval, pero sigue siendo un tío listo. A él tampoco le gustó que lo traicionaran, y le ha buscado con ganas...

Hafner asiente lentamente. Tiene sus informadores, ha debido de seguir, de lejos, las etapas de la búsqueda de Maleval.

—Pero con su cambio de identidad, su forma bastante radical de cortar puentes con todo y con todos, la complicidad activa de todos los que le aprecian o le temen, ya podía Maleval mover cielo y tierra, que sin sus apoyos, sus relaciones y su reputación, al final debió de rendirse a la evidencia: no iba a encontrarle.

Hafner frunce el ceño.

—Entonces tuvo una idea estupenda.

Hafner espera la bomba.

—Confió ese trabajo a la policía —Camille

abre completamente las manos—. Encargó la búsqueda a este humilde servidor. Y con razón, porque soy un policía bastante competente, necesito menos de veinticuatro horas para encontrar a un tipo como usted cuando estoy motivado. Y para fomentar la motivación de un hombre, lo mejor es una mujer... Sobre todo una mujer maltratada, imagínese, con lo sensible que soy, nada más eficaz. La arrojó en mis brazos hace meses e inmediatamente me sentí halagado.

Hafner asiente. Por más que sepa que ha caído en la trampa, que sienta acercarse el momento en el que le llegará el turno de luchar, admira el golpe. Quizá allí, en la penumbra, esté sonriendo ligeramente.

—Para confiarme esta investigación, Maleval organiza un atraco que recuerda irresistiblemente su modus operandi, que lleva su marca, si puede llamarse así: la joyería, la Mossberg de cañón recortado, la violencia. Para nosotros no hay dudas, el atraco de la galería Monier está firmado por Hafner. Y a mí me afecta de lleno. Qué quiere,

golpean a mi pareja casi hasta matarla cuando va a recoger un reloj para regalármelo. Me veo obligado a arrasar con lo que encuentre. Hago todo lo posible para ocuparme del caso y, como soy bastante listo, lo consigo. Para confirmar mi intuición, durante la identificación, la mujer, único testigo y que, por supuesto, jamás lo ha visto salvo en una foto que Maleval debió de enseñarle, lo reconoce formalmente. A usted y a Ravic. Simula incluso haber oído palabras en serbio, ¡imagínese! Para nosotros, el atraco de la galería Monier es obra suya, garantizado, sellado y firmado, ni sombra de duda.

Hafner aprueba lentamente, con cara de encontrar el golpe particularmente bien pensado. Y de pensar que ese Maleval es un adversario de talla para él.

—Entonces empiezo a buscarle por cuenta de Maleval —concluye Camille—. Me convierto en su investigador privado. Él mantiene una gran presión sobre la testigo, lo que me obliga a acelerar el ritmo. Amenaza con matarla y yo

redoblo los esfuerzos. Y al final se demuestra que ha elegido bien. Soy eficaz. Para encontrarle he tenido que pedir un favor desagradable, pe...

—¿Qué favor? —le corta Hafner.

Camille levanta la cabeza, ¿cómo decirlo? Permanece un instante inmerso en sus pensamientos, Buisson, Irène, Maleval..., y luego renuncia.

—Yo —prosigue casi para sí mismo— no tenía ninguna cuenta que saldar con nadie...

—Eso nunca es cierto.

—Tiene razón. Porque Maleval, por su parte, sí que tenía una antigua cuenta que saldar conmigo. Al informar a Buisson, asesino de siete personas, cometió una falta profesional muy grave. Así que llegó el arresto, la humillación, la expulsión, los grandes titulares, el juez de instrucción, el juicio..., y al final, la cárcel. No demasiado tiempo, pero, para un policía, ¿se imagina el ambiente durante su cautiverio? Así que, esta vez, pensó que se le presentaba la ocasión soñada, que podía devolverme el golpe. Dos pájaros de un tiro.

Me encarga encontrarle y al mismo tiempo él se encarga de que me expulsen.

—Porque usted lo ha querido.

—En parte... Sería complicado de explicar.

—Y aparte me da exactamente igual.

—Esta vez se equivoca. Porque, ahora que le he encontrado, Maleval llegará. Y no vendrá simplemente a reclamar lo que es suyo, créame. Lo querrá todo.

—No me queda nada.

Camille hace ademán de sopesar los pros y los contras.

—Sí —dice por fin—, puede intentarlo, quien no se arriesga no gana. Creo que también Ravic lo intentó: me lo gasté todo, debe de quedarme algo suelto, no mucho... —Camille sonrío—. Seamos serios. Ese dinero lo guarda para el día en que ya no esté aquí, para proteger a sus niñas, así que lo tiene. La cuestión no es saber si Maleval va a encontrar sus ahorros, sino cuánto tiempo le va a llevar encontrarlos. Y, por otra parte, los métodos que va a emplear para conseguirlos.

Hafner vuelve la cabeza hacia la ventana, uno podría preguntarse si no espera ver surgir a Maleval con un cuchillo de caza en la mano. Sigue en silencio.

—Vendrá a visitarle. Cuando yo lo decida. Bastará con que le dé su dirección a su cómplice, diez minutos más tarde Maleval se pondrá en marcha y una hora después reventará su puerta con la Mossberg.

Hafner inclina muy ligeramente la cabeza.

—Ya veo lo que está pensando —dice Camille—. Que le va a volar la cabeza en cuanto la asome. No me gustaría ofenderle, pero no me parece que esté en muy buena forma. Él tiene veinte años menos, está bien entrenado y es listo. Ya lo subestimó una vez y se equivocó. Siempre es posible un golpe de suerte, claro, pero es la única oportunidad que le queda. Y si quiere un consejo, no la pierda. Porque está bastante disgustado, y si usted falla, va a arrepentirse cuando le pegue un tiro a la joven mamá entre ceja y ceja, y cuando empiece a deshuesar a la pequeña, allí arriba, sus

deditos, sus manitas, sus piececitos...

—¡Déjese de gilipolleces, Verhoeven, he conocido a veinte tipos como él!

—Eso es pasado, Hafner, y el futuro está a su espalda. Aunque intente esconder a sus niñas con el botín, suponiendo que yo le deje tiempo, no servirá de nada. Maleval le ha encontrado, y eso que era difícil. Dar con ellas será un juego de niños —silencio—. Su única oportunidad —concluye Camille— soy yo.

—Que le jodan.

Camille asiente lentamente, acerca la mano a su sombrero. Todo en él denota que la situación le resulta paradójica, porque asiente pero su rostro está contrariado. Bueno, he hecho lo que he podido. Se levanta a su pesar. Hafner no esboza ni un gesto.

—Bueno —dice Camille—, le dejo con su familia. Aproveche.

Se dirige hacia el pasillo.

No tiene duda alguna de que su estrategia va a funcionar, llevará el tiempo que lleve, hasta la

puerta, hasta las escaleras, hasta el jardín, quizá hasta la verja, no importa, pero Hafner le llamará. La luz en la calle se ha vuelto a encender, las farolas, muy separadas, dejan caer sobre la acera y el extremo del jardín una luz amarillo pálido.

Camille permanece en el umbral de la puerta, mira la calle tranquila, después se vuelve y hace un gesto con la cabeza hacia lo alto de la escalera.

—¿Cómo se llama la pequeña?

—Ève.

A Camille le gusta, bonito nombre.

—Es un buen principio —exclama marchándose—
— Espero que dure.

Sale.

—¡Verhoeven!

Camille cierra los ojos.

Y vuelve sobre sus pasos.

Anne se ha quedado, incapaz de saber si actúa con valor o por cobardía; simplemente sigue allí, esperando. Pero pasan las horas y el agotamiento le oprime el pecho. Tiene la impresión de haber pasado una prueba, de encontrarse al otro lado: ya no controla nada, es una cáscara vacía, no puede más.

Es el fantasma de Anne el que, veinte minutos antes, recoge sus cosas. No tiene mucho que llevarse. Su chaqueta, el dinero, el móvil y el papel con el plano y los números de teléfono. Se dirige hacia la puerta acristalada y da media vuelta.

El taxista acaba de llamar desde Montfort, no encuentra el maldito camino y está desesperado. Tenía acento asiático. Ella ha tenido que encender la luz en la casa para mirar el plano e intentar guiarle, pero nada —¿dice usted después de la rue de la Longe? Sí, a la derecha—, ni siquiera sabe en qué sentido conduce. Saldrá a su encuentro —vaya a la iglesia, no se mueva y espéreme allí, ¿de acuerdo?—. Está de acuerdo, prefiere esa

solución, lo siente pero el GPS... Anne cuelga. Y después vuelve a sentarse.

Solo unos minutos, se promete. Si el teléfono suena en los próximos cinco minutos... Y si no suena...

En la oscuridad, pasa su dedo fatigado por la cicatriz de la mejilla, por la encía, coge un cuaderno de bocetos, al azar. Aquí se puede hacer ese gesto cien veces sin caer nunca sobre el mismo dibujo.

Solo unos minutos. El taxista vuelve a llamar, impaciente, no sabe si debe esperar o marcharse, duda.

—Espéreme —dice ella—, ya voy.

Él contesta que el taxímetro está en marcha.

—Déjeme unos minutos. Diez minutos...

Diez minutos. Después, llame Camille o no, se irá. ¿Todo eso para nada?

¿Y qué pasará después?

Su móvil suena justo en ese instante.

Es Camille.

Qué insoportable es la espera. He hecho que me preparen el futón, que me suban una botella de Bowmore Mariner y fiambre, pero ya sé que no voy a pegar ojo.

Al otro lado del tabique oigo el ruido del comedor del restaurante, Fernand ganando mi dinero. Eso debería alegrarme, pero no es lo que quiero, lo que espero. Me ha costado tanto...

Y cuanto más tiempo pasa, menos posibilidades me quedan. Lo peor sería que Hafner se hubiese largado a las Bahamas con su golfa. Aunque todo el mundo dice que está enfermo, puede haber preferido ir a researse al sol, vete a saber. ¡Y con mi dinero! Quizá esté en un balneario de lujo pagado con el salario de sus empleados, y eso me hunde.

En cambio, como ande oculto por aquí, en cuanto me entere de dónde se encuentra, le salto encima antes de que la policía tenga tiempo de organizarse, lo arrastro hasta el sótano y le obligo a tener una conversación con un soplete.

Mientras tanto, bebo para tranquilizarme, pienso en esa chica a la que tengo bien agarrada de la melena, en Verhoeven, cogido por los huevos, en Hafner, al que voy a crucificar...

Tranquilo.

Camille ha vuelto al coche, permanece un buen rato sentado, inmóvil. ¿Por efecto de la decantación? ¿Porque ya ve la meta delante? Se siente frío como una serpiente, dispuesto a todo. Lo ha organizado para que sea un final en toda regla. Solo le queda una duda: ¿tendrá fuerzas suficientes?

El tendero árabe, en el umbral de su tienda, le mira sonriendo amablemente y continúa mascando su palillo. Camille intenta rebobinar la película de su relación con Anne pero no lo consigue. La cinta está rota. Es el efecto de la prueba que le espera.

No es que sea incapaz de mentir, nada de eso, simplemente se trata de que siempre duda un poco antes del final de las cosas.

Anne debe liberarse de Maleval, y para ello se comprometió a espiar a Camille durante su investigación.

Se comprometió a darle la dirección en la que se esconde Hafner.

Solo Camille es capaz de ayudarla a liberarse. Pero ese acto sellará el final de su historia. Igual que él ha firmado ya el final de tantas cosas. Hay mucho agotamiento flotando sobre la última decisión de Camille.

Vamos, piensa. Se revuelve, coge su móvil y llama a Anne. Contesta de inmediato.

—¿Sí, Camille?

Silencio. Después surgen las palabras.

—Hemos encontrado a Hafner. Ya puedes estar tranquila. Todo ha terminado.

Habla con voz serena, pretende expresar hasta qué punto tiene la situación controlada.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Al cien por cien —oye un murmullo alrededor de ella, como una corriente—. ¿Dónde estás?

—En la terraza.

—¡Te había dicho que no salieses de casa!

Anne no parece haber comprendido. Su voz suena vibrante, precipitada.

—¿Lo habéis detenido?

—No, Anne, no puede hacerse así. Acabamos de localizarlo, quería avisarte enseguida. Me lo pediste, insististe. No puedo hablar demasiado. Lo importante, ya...

—¿Dónde está, Camille? ¿Dónde?

Camille duda, seguramente por última vez.

—Hemos averiguado que se esconde...

El bosque susurra alrededor de Anne. El viento sopla en la copa de los árboles, la luz que ilumina la terraza tiembla un poco. No se mueve. Debería abrumar a Camille a preguntas, reunir toda su energía, decir, por ejemplo: quiero saber dónde se encuentra. Es el tipo de frases que se había preparado. O: tengo miedo, ¿comprendes? Poner una voz más aguda, hacer que se preocupe, insistir: ¿está escondido?, ¿dónde? Y, si eso no basta, atacarle directamente: lo habéis encontrado, sí...,

¿cómo estás tan seguro? ¡No me dices nada! También es posible una forma benigna de chantaje: eso me inquieta aún más, Camille, necesito saber, ¿lo entiendes? O recordarle los hechos: me ha pegado, Camille, ese hombre quería matarme, ¡tengo derecho a saber! Etcétera.

En lugar de eso, calla, se ha quedado sin voz.

Ha vivido un instante exactamente igual al de tres días antes, de pie en la calle, cubierta de sangre, agarrada con las dos manos a la carrocería de un coche aparcado, el todoterreno de los atracadores ha llegado, el hombre ha sacado la escopeta frente a ella, que ve el extremo del arma y no hace nada, vacía, agotada, dispuesta a morir, incapaz de reunir el menor grano de energía. Y ahora igual. Calla.

Camille la va a socorrer una vez más.

—Lo tenemos localizado en el extrarradio —dice—, en Gagny. Rue Escudier, número 15. Un barrio tranquilo, de casas bajas. No sé cuánto tiempo lleva allí, acabo justo de enterarme. Se hace llamar Éric Bourgeois, es todo lo que sé.

Último silencio.

Camille piensa que es la última vez que la escucha, pero no es verdad porque ella continúa preguntando.

—Y ahora ¿qué va a pasar? —dice.

—Es un tipo peligroso, Anne, lo sabes. Estudiaremos la zona. Primero hay que comprobar que efectivamente está allí, intentar saber con quién, pueden ser varios; no podemos transformar el extrarradio de París en un fuerte Álamo, vamos a llamar a una unidad especializada. Y a esperar el momento preciso. Sabemos dónde encontrarlo. Y tenemos los medios para ponerlo fuera de circulación —se obliga a sonreír—. ¿Estás mejor?

—Sí —contesta.

—Ahora tengo que dejarte. ¿Nos vemos luego?

Silencio.

—Hasta luego.

En realidad, ya no tenía esperanzas. Pero ahí está el resultado: ¡han localizado a Hafner!

No me extraña que haya sido imposible de encontrar, ahora que se ha convertido en el señor Bourgeois. Cuando uno ha conocido a ese tipo en la cima de su gloria, verlo escondido tras un apellido así resulta triste.

Pero Verhoeven está seguro. Así que yo también.

El rumor de su enfermedad era fundado, solo espero que no se haya gastado todo el dinero en análisis y en medicamentos, que le quede suficiente para compensarme el esfuerzo, porque si no, comparada con lo que le reservo, la metástasis es bicarbonato sódico. Lógicamente debe de haber intentado conservar sus ahorros y tenerlos a mano en caso de necesidad.

No tengo más que meterme en el coche, atravesar la vía de circunvalación, un tramo de autopista, y ya estoy en el extrarradio.

Un adosado... Me cuesta imaginar a Vincent

Hafner en un lugar así. Es un plan astuto, pero no puedo evitar pensar que, para terminar refugiado en un adosado en las afueras, debe de haber una chica en su vida, si no es imposible. Sin duda la chavala de la que se hablaba, un delirio senil, el tipo de sentimiento que hace que aceptes convertirte en el señor Bourgeois para tus vecinos.

Ese tipo de reflexión hace que te plantees el sentido de la existencia: Vincent Hafner, que pasó la mitad de su vida asaltando al prójimo, se enamora y se vuelve tierno como un panecillo.

La ventaja para mí es que la presencia de una chica resulta siempre una ayuda muy valiosa. Es la mejor palanca. Le rompes las dos manos, te dan todos sus ahorros, le sacas un ojo, los de toda la familia, va *in crescendo*. Una chica es casi como un donante voluntario, cada órgano vale su peso en oro.

Claro que un niño es mucho mejor. Cuando quieres obtener algo, un niño es el arma absoluta. No quiero ni soñarlo.

Primero he dado un par de vueltas por el barrio,

bastante lejos de la rue Escudier. La policía no se acercará hasta que sea de madrugada.

Y no es seguro, porque van a tener que prepararlo bien. Acordonar la zona no será difícil, basta con bloquear todas las calles, pero asaltar el adosado será bastante más complicado. Primero habrá que asegurarse de que Hafner está en casa —qué menos— y de que está solo. No será fácil, porque no hay ningún sitio libre para estacionar los equipos, y como en este barrio apenas hay circulación, enseguida se da uno cuenta de que un coche anda merodeando. Habría que enviar discretamente dos o tres submarinos para vigilar la casa, algo que no se consigue en medio día, eso seguro.

Por el momento, los de operaciones especiales estarán entretenidos mirando planos, distribuyendo sobre las imágenes de satélite los trayectos, las zonas, los sectores. No tienen prisa. Como mínimo se tomarán toda una noche para los preparativos, es imposible actuar antes de mañana por la mañana, y después, vigilar, vigilar, vigilar...

Puede llevar un día, o dos, o hasta tres. Y para entonces no presentará peligro alguno porque yo me habré encargado personalmente de ello.

Mi coche está aparcado a doscientos metros de la rue Escudier, he pasado por encima de una valla con la mochila, les he pegado dos o tres porrazos a los perros que querían jugar a dar miedo y voy saltando de cerca en cerca hasta llegar a un jardín donde me siento debajo de un pino. Los propietarios, en el salón, miran la tele. Al otro lado, a treinta metros, a través de la verja que separa los dos adosados, tengo una vista perfecta de la parte trasera del número 15.

Hay una sola luz encendida, en el piso de arriba. Un brillo azulado, intermitente, señal inequívoca de que se trata de un televisor. El resto de la casa está a oscuras. Solo existen tres hipótesis: o Hafner está viendo la tele en la planta de arriba, o ha salido, o se ha acostado y es la chica la que se está instruyendo frente a la pantalla.

Si ha salido, me aseguraré de que tenga una buena bienvenida a su vuelta.

Si se ha acostado, le serviré de despertador.

Y si está delante de la tele, se va a perder la publicidad porque yo le voy a distraer.

Me tomo mi tiempo para observar con los prismáticos y me pongo en marcha. A mi favor tengo un gran efecto sorpresa. Me relamo por adelantado.

El jardín se presta a la meditación. Hago balance de la situación. Cuando me di cuenta de que todo funcionaba de maravilla, casi mejor de lo que había esperado, tuve que hacer un esfuerzo por tener paciencia porque soy impetuoso por naturaleza. Al llegar aquí, un poco más y empiezo a disparar al aire y asalto la casa gritando como un loco. Pero he llegado a este punto gracias a mucho trabajo, mucha reflexión y mucha energía, estoy a dos dedos del premio gordo y tengo que controlarme. Dejo pasar media hora y, como no hay un solo movimiento, ordeno cuidadosamente mis cosas y doy la vuelta a la casa. No hay sistema de alarma. Hafner no ha querido llamar la atención transformando su remanso de paz en un búnker. Es

un tío listo, se ha fundido con el paisaje, el señor Bourgeois.

Vuelvo a mi sitio, me siento de nuevo, me ajusto la parka y continúo observando con los prismáticos.

Por fin, sobre las diez y media, la tele del primer piso se apaga y la ventanita del centro se ilumina un minuto. Esa ventana es más estrecha que las demás, es la del baño. No podría soñar con una distribución mejor. A juzgar por ese único movimiento, hay gente pero no mucha. Me decido, me levanto y paso a la acción.

La casa es un adosado de los años treinta en el que la cocina está instalada en la parte trasera de la planta baja. Se accede por una puerta acristalada y después hay un portillo que da al jardín. Subo con sigilo, la cerradura es tan vieja que podría abrirse con un abrebotellas.

A partir de ahí, entro en terreno desconocido.

Dejo mi bolsa de viaje cerca de la puerta, solo conservo mi Walther con su silenciador y, en su funda de cuero a la cintura, mi puñal de caza.

Reina aquí un silencio palpitante. Una casa, de noche, siempre es algo inquietante. Primero debo calmar mi ritmo cardiaco o no podré oír nada.

Permanezco un largo rato al acecho.

Ningún ruido.

Camino de puntillas, muy lentamente porque algunas baldosas se mueven. Al salir de la cocina, me encuentro con un descansillo. Frente a mí, la puerta principal. A mi izquierda se abre una estancia, sin duda el salón o el comedor, del que han quitado la puerta doble para dar más espacio.

Todo el mundo está en la planta de arriba. Por precaución, me pego al tabique en el momento de cruzar por delante de la puerta del salón hacia la escalera, con la Walther sujeta a dos manos y el cañón apuntando el suelo...

La sorpresa me paraliza: según atravieso el descansillo en dirección a la escalera veo, a mi izquierda, en el otro extremo del salón y prácticamente en completa oscuridad, solo rota por la luz de las farolas de la calle, a Hafner. De frente, en un sillón.

Esa visión me deja perplejo.

Solo tengo tiempo de fijarme en su gorro de lana hundido hasta las cejas, en sus ojos desorbitados...

Hafner, en ese sillón, parece Ma Baker en su mecedora.

Sujeta su Mossberg, que apunta hacia donde estoy.

En cuanto aparezco, dispara.

El ruido de la detonación llena de golpe todo el espacio, una descarga como esa aturdiría a cualquiera. Reacciono con rapidez. En un milisegundo salto hacia el descansillo. No soy lo suficientemente rápido para esquivar su disparo, que arrasa toda la entrada, pero sí lo bastante como para que no me alcance más que en la pierna.

Hafner me estaba esperando, y me ha dado. No estoy muerto pero me he quedado de rodillas porque me ha alcanzado en la pantorrilla.

Los acontecimientos se suceden con tanta rapidez que mi cerebro procesa a duras penas la

información. De hecho va con retraso respecto a un reflejo casi de reptil, una reacción que procede de la médula espinal. Porque hago exactamente lo que nadie podría esperarse: sorprendido, tocado, herido, paso a la acción.

Me vuelvo sin darme tiempo siquiera a medir las consecuencias, doy un auténtico salto de carpa, me lanzo hacia el marco de la puerta, al nivel del suelo y veo el rostro de Hafner, que esperaba cualquier cosa menos verme resurgir así, en el mismo lugar donde acaba de dispararme.

Estoy arrodillado ante él, con el brazo extendido.

Y la Walther en la mano.

Mi primera bala le atraviesa la garganta, la segunda le agujerea el centro de la frente, ni siquiera tiene tiempo de apretar el gatillo de nuevo, porque las cinco balas siguientes le revientan el pecho. Se convulsiona furiosamente, como si luchara con desesperación contra un ataque de tos.

Apenas consciente del hecho de que estoy

herido en la pierna, de que Hafner está muerto y de que todos mis esfuerzos han derivado en un fracaso monumental, mi cerebro me entrega una nueva información: estás de rodillas en el pasillo, tu pistola está vacía y tienes el cañón de un arma apoyado en tu nuca.

Me quedo paralizado. Dejo lentamente la Walther en el suelo.

Una mano firme sostiene el arma. El cañón ejerce una ligera presión. El mensaje es claro, empujo la Walther lejos de mí, se desliza unos dos metros y se detiene.

La he cagado pero bien. Separo los brazos para demostrar que no me resisto, me vuelvo muy lentamente, con la cabeza baja, evitando todo movimiento brusco.

No tengo que ir muy lejos para adivinar quién está dispuesto a matarme así. La confirmación me llega de inmediato, cuando descubro los zapatos, de un número muy pequeño. Zapatos de enano. Mi cerebro, que continúa su loca carrera en busca de una salida, me hace la pregunta: ¿cómo ha llegado

hasta aquí antes que yo?

Pero no me entretengo analizando el fracaso porque, antes de que encuentre la respuesta, voy a recibir una bala en la cabeza con toda impunidad. De hecho, el cañón del arma se desliza sobre mi cráneo hasta llegar al centro de mi frente, exactamente donde Hafner ha recibido mi segunda bala. Levanto la cabeza.

—Buenas noches, Maleval —me dice Verhoeven.

Lleva una gabardina, su sombrero, y tiene una mano en el bolsillo. Cualquiera diría que está a punto de marcharse.

No obstante, el peor augurio es que en su otra mano, la que sostiene su arma con firmeza, se ha puesto un guante. Empieza a invadirme el pánico. Aunque actúe con mucha rapidez, si dispara estoy muerto. Sobre todo con una pata averiada. Estoy perdiendo bastante sangre, creo, no puedo saberlo, pero me duele mucho, no sé cómo reaccionará esa pierna si le pido algo.

Verhoeven, en cambio, lo sabe muy bien.

Por precaución da un paso atrás. Su brazo no se relaja, permanece perfectamente firme, no tiene miedo, está decidido, su rostro anguloso expresa una serenidad sobria, modesta.

Estoy de rodillas, él está de pie, nuestros ojos no están a la misma altura por poco. Quizá sea mi oportunidad, la última. Lo tengo al alcance de la mano, si gano unos centímetros, unos minutos.

—Veo que sigues pensando deprisa, grandullón...

«Grandullón»... Verhoeven siempre ha sido así, protector, paternalista. Teniendo en cuenta su altura, es francamente ridículo. Pero es sutil. Y yo, que lo conozco bien, veo que no está precisamente de buen humor.

—Bueno, deprisa... —me dice— es un decir. Porque esta noche llevas una vuelta de retraso. Qué fastidio, tan cerca del final —no deja de mirarme a los ojos—. Si has venido buscando una maleta llena de dinero, te alegrará saber que la había. La mujer de Hafner se fue con ella hace una hora. Fui yo mismo el que llamó al taxi. Ya me

conoces, soy un hombre muy servicial con las mujeres. Ya lleven una maleta o monten un escándalo en un restaurante, estoy siempre dispuesto a ayudarlas.

No cometerá ningún error, su pistola está cargada y no es su arma reglamentaria...

—Sí —dice, como si me leyese el pensamiento—, el arma pertenece a Hafner. Tiene un arsenal en el piso de arriba que ni te imaginas. Fue él quien me recomendó esta. A mí, en este caso, me valía cualquiera...

No deja de mirarme, es casi hipnótico. Lo pensaba a menudo cuando trabajaba con él, tiene una mirada gélida, como un cuchillo.

—Te estás preguntando cómo he llegado aquí, pero sobre todo de qué manera podrás escapar. Porque adivinas hasta qué punto estoy furioso.

Su perfecta inmovilidad confirma que el final es solo cuestión de segundos.

—Y humillado —prosigue Verhoeven—. Sobre todo humillado. Es lo peor en un hombre como yo. La cólera puede controlarse, puede terminar

calmándose, uno relativiza... Pero el amor propio... Es terrible el daño que puede hacer. Especialmente en un hombre que no tiene nada que perder, un hombre al que ya no le queda nada. Un tipo como yo, por ejemplo, con el amor propio herido, es capaz de todo.

No digo nada. Trago saliva.

—Tú —dice— te la vas a jugar. Lo presiento —sonríe—. En tu lugar también lo haría. Doble o nada, está en nuestra naturaleza. No somos muy distintos, verdad, nos parecemos bastante. Creo que es lo que ha hecho esta historia posible.

Diserta, pero no deja de tener la situación controlada.

Tenso mis músculos.

Saca su mano izquierda del bolsillo.

Sin mover los ojos, calculo mi trayectoria.

Sostiene su pistola con las dos manos, apunta exactamente entre las cejas. Le voy a sorprender, espera que cargue contra él o me eche a un lado, pero voy a lanzarme hacia atrás.

—Tst, tst, tst...

Su mano deja el arma y se la lleva a la oreja.

—Escucha...

Escucho. Las sirenas. Avanzan con rapidez, Verhoeven no sonríe, no saborea la victoria, está triste.

Si no estuviese en esta maldita situación, me dar a pena.

Siempre supe que quería a ese hombre.

—Arresto por asesinato —dice en voz muy baja, hay que concentrarse mucho para escucharla —, atraco, complicidad en el homicidio en enero... Por lo de Ravic, tortura y asesinato; por lo de su chica, asesinato. Vas a estar en el hoyo una buena temporada. Me da pena,  sabes?

Suena sincero.

Las sirenas se acercan a gran velocidad, hay por lo menos cinco, quizá más. Las luces de los faros se cuelan por las ventanas y alumbran el interior de la casa como neones de feria. En una esquina del salón, el rostro apagado de Hafner, hundido en su sillón, se tiñe alternativamente de rojo y azul.

Pasos precipitados. La puerta de entrada parece

volar en pedazos. Vuelvo la cabeza.

Es Louis, mi amigo Louis, el que entra primero. Impecable, peinado como para hacer la comunión.

—Qué hay, Louis...

Me gustaría adoptar un aire despreocupado, ser cínico, continuar con mi actuación, pero encontrarme con Louis así, con todo ese pasado, con todo este desastre, me rompe el corazón.

—Qué hay, Jean-Claude... —dice Louis acercándose.

Mi mirada vuelve a Verhoeven. Ya no está.

22.30 h

Hay luz en todas las casas y en los jardines. Los propietarios están apoyados en el umbral de sus puertas, se llaman, se preguntan unos a otros, algunos avanzan y se asoman por encima de las verjas. Otros, más temerarios, han salido hasta el medio de la calle, pero dudan si acercarse. Dos

agentes de uniforme acaban de colocarse en las esquinas para impedir cualquier acercamiento intempestivo.

El comandante Verhoeven, con el sombrero calado en el cráneo y las manos en los bolsillos de su gabardina, ha vuelto la espalda a la escena y mira la calle recta iluminada como una noche de Navidad.

—Te pido perdón, Louis —habla lentamente, como un hombre reventado por el cansancio—. Te he mantenido al margen de todo, como si desconfiara de ti. Sabes que no es eso, ¿verdad?

La pregunta es puramente formal.

—Por supuesto —dice Louis.

Le gustaría protestar, pero Verhoeven ya ha desviado la mirada. Siempre es así entre ellos dos, algo comienza, pero pocas veces termina. Esta vez es diferente, claro. Ambos tienen la sensación de estar viéndose por última vez.

Una impresión que proporciona a Louis un aplomo excepcional.

—Esa mujer... —empieza a decir.

Dos palabras como esas son una barbaridad para Louis. Camille reacciona de inmediato:

—Oh, no, Louis, ¡ni lo pienses! —no se muestra enfadado, sino vehemente, como si temiese ser víctima de una injusticia—. Cuando dices *esa mujer* tengo la impresión de haberme dejado llevar por una historia de amor.

Mira de nuevo la calle, mucho tiempo.

—No ha sido el amor lo que me ha hecho actuar así, ha sido la situación.

La calle vibra con el murmullo de los adoquines y el zumbido de los motores. Se escuchan voces, órdenes, la atmósfera no es eléctrica sino tranquila, casi estudiosa.

—Desde la muerte de Irène —prosigue Camille —, creía que todo había terminado. Pero quedaban brasas encendidas aunque no fuera consciente de ello. Maleval ha sabido soplar sobre ellas en el momento preciso, es todo. En el fondo, esa mujer, como tú dices..., no ha significado gran cosa.

—Cuando menos —insiste Louis—, mentira, traición...

—Venga, Louis, eso no son más que palabras... Al percatarme del asunto podría haberlo detenido todo, la mentira habría terminado allí y no habría habido traición.

El silencio de Louis significa: ¿y entonces?

—En realidad...

Camille se vuelve hacia Louis, parece buscar sus propias palabras en el rostro del joven.

—Ya no tenía ganas de parar, quería llegar hasta el final, para acabar con esto. Creo... que se trata de fidelidad —él mismo parece asombrado por el término. Sonríe—. Y además, esa mujer..., nunca pensé que actuara con maldad. Si lo hubiese creído, lo habría parado todo de inmediato. Cuando lo comprendí era un poco tarde, pero podía asumir los daños, podía seguir haciendo mi trabajo. Pero no. Siempre pensé que si ella tragaba con todo lo que estaba sufriendo... no podía ser por una causa equivocada —asiente con la cabeza, como si despertara, sonrío—. Y tenía razón. Se sacrificaba por su hermano. Sí, lo sé, sacrificio es una palabra ridícula... No es una palabra de hoy

en día, sino más bien del pasado, pero bueno... Mira a Hafner, no era un ángel pero se ha sacrificado por su familia. Anne lo ha hecho por su hermano... Esas cosas existen.

—¿Y usted?

—Yo también.

Duda y después se lanza.

—Puestos a llegar hasta el fondo, descubrí que no estaba mal tener a alguien por quien sacrificar algo importante —sonríe—. En estos tiempos de egoísmo es casi un lujo, ¿no te parece?

Se sube el cuello de la gabardina.

—Bueno, hay que seguir, mi jornada no ha terminado. Tengo que escribir una carta de dimisión. No he dormido apenas...

Sin embargo, permanece quieto.

—¡Eh, Louis!

Louis se vuelve. Un técnico le llama a unos quince metros, en la acera, delante de la casa de Hafner.

Camille hace una seña, ve, Louis, no te entretengas.

—Ahora vuelvo —dice Louis.

Pero, cuando vuelve, Camille ya se ha ido.

1.30 h

Camille ha sentido una brusca aceleración cardiaca cuando ha visto la luz encendida en la casa.

Ha detenido inmediatamente el coche y ha apagado el motor. Ha permanecido sentado al volante, preguntándose cómo debía actuar. Anne seguía allí.

No necesitaba esa decepción adicional, esa nueva prueba. Necesitaba estar solo.

Suspira, coge el abrigo y el sombrero y su gruesa carpeta de gomas y asciende lentamente a pie por el camino preguntándose cómo va a ser su encuentro, lo que le va a decir y de qué manera. La imagina todavía en el mismo sitio, sentada en el suelo, cerca de la pila de la cocina.

La puerta de la terraza está ligeramente abierta.

La luz difusa, en el salón, procede únicamente de la iluminación bajo la escalera, insuficiente para ver dónde se encuentra Anne. Camille deja su paquete en el suelo, agarra el pomo de la puerta acristalada, la abre. Sonríe.

Está solo. No necesita hacer la pregunta, pero en todo caso:

—¡Anne...! ¿Estás ahí?

Ya conoce la respuesta.

Se acerca a la estufa. Es siempre lo primero que hay que hacer. Un leño. Y abrir la salida de aire.

Luego se quita el abrigo, enciende, de paso, el hervidor eléctrico, pero lo apaga inmediatamente y se dirige al armario donde guarda los licores.

Duda: ¿whisky?, ¿coñac?

Vamos con el coñac.

Solo un dedo.

Después recoge el paquete que ha dejado en el suelo y cierra la puerta de la terraza.

Se recuperará lentamente, con unos cuantos tragos. Le gusta esta casa. Sobre él, el techo de

vidrio está cubierto de follaje sombrío y en movimiento.

Desde ahí no se oye el viento, simplemente se ve.

Es curioso, en ese instante —a pesar de que ya tiene una cierta edad— echa de menos a su madre. Inmensamente. Y podría incluso llorar si se abandonase.

Pero resiste. Llorar solo no tiene ningún sentido.

Así que deja el vaso, se arrodilla, abre la gruesa carpeta donde están las fotos, los informes, los análisis, los recortes de prensa. Donde deben de estar las últimas fotos de Irène.

No busca nada, no mira nada, lo introduce todo, metódicamente, a puñados, en la enorme boca de la estufa, que ahora ronca tranquilamente a velocidad de crucero.

Courbevoie, diciembre de 2011

Agradecimientos

Camille es la última entrega de la serie Verhoeven, inaugurada con *Irène*, seguida de *Alex y Rosy & John*.

Quiero dar las gracias a Pascaline, mi mujer, a Gérald Aubert por sus consejos y al amigo Sam, siempre presente y disponible. Y a Pierre Scipion por su atención e indulgencia, así como al personal de Albin Michel.

Y, por supuesto, por las pequeñas cosas que he ido tomando prestadas, mi gratitud a (por orden alfabético): Marcel Aymé, Thomas Bernhard, Nicolas Boileau, Heinrich Böll, William Faulkner, Shelby Foote, William Gaddis, John le Carré,

Jules Michelet, Antonio Muñoz Molina, Marcel Proust, Olivier Remaud, Jean-Paul Sartre y Thomas Wolfe.

Notas

- [1] Personaje ficticio de la novela de Victor Hugo *Los miserables* a la que las circunstancias obligan a prostituirse, vender su pelo y sus incisivos. (*N. del T.*)
- [2] Véase *Irène* (Alfaguara, 2015).
- [3] Véase *Rosy & John* (Alfaguara, 2016).
- [4] «Miche», originalmente el nombre de una hogaza de pan, es una forma vulgar de referirse a las nalgas. (*N. del T.*)
- [5] École National de Administration. Establecimiento de élite para la formación del alto funcionariado francés. (*N. del T.*)
- [6] Véase *Alex* (Alfaguara, 2015).
- [7] Morte-Bouteille quiere decir «botella muerta» en francés. (*N. del T.*)
- [8] Maleval sugiere, en francés, «valle del mal». (*N. del T.*)

El final de la tetralogía protagonizada por el comandante Camille Verhoeven, la serie más apasionante de los últimos años, ganadora del prestigioso Dagger Award de novela negra.



«Un acontecimiento se considera decisivo cuando desbarata nuestras vidas por completo. Por ejemplo, tres disparos de una escopeta de repetición sobre la mujer que uno ama.»

Anne Forestier queda atrapada en medio de un atraco a una joyería en los Campos Elíseos. Tras recibir una paliza que la deja al borde de la muerte, tiene la suerte de sobrevivir... y la condena de haber visto la cara del asaltante. Su vida corre un grave peligro, pero Anne cuenta con

la ayuda del hombre al que ama: el comandante Camille Verhoeven. Este estará dispuesto a actuar al margen de la ley con tal de protegerla. Pero ¿quién es ese enemigo, y por qué ese empeño tan feroz en acabar con Anne?

La atmósfera y la escritura escalofriantes de este final de la tetralogía confirman una vez más el increíble talento de Pierre Lemaître.

Reseñas:

«Lemaître sabe cómo renovarse, cómo sorprender con cada nueva novela, y una vez más lo ha logrado con *Camille*, gracias a una maquinaria perfecta y a giros impredecibles. Otra obra de auténtica escritura. Opresiva, absorbente, *Camille* nunca hace trampas.»

Roger Martin, *L'Humanité*

«Camille Verhoeven, el policía enano, colérico, brutalmente humano..., un personaje del que me enamoré desde el primer momento, que respira verdad y dolor, al que vuelvo una y otra vez.»

Juan Carlos Galindo, blog *Elemental* de *El País*

«Con *Camille* Pierre Lemaitre se impone definitivamente como el rey de la novela negra francesa... ¡En ella todo funciona a la perfección!»

Jacques Teissier, *Un Polar Collectif*

«Brillante... Con un gran sentido del suspense y un increíble manejo de la emoción.»

Yann Plougastel, *Le Monde*

«Una capacidad original y absorbente para generar incredulidad en el lector.»

Jurado del Dagger Award

«Lemaitre, hoy por hoy, el mejor y más en forma novelista *noir* galo, un tipo capaz de pisarle los talones al maestro (Banville) Black, en destreza narrativa y musculoso magnetismo literario criminal.»

Laura Fernández, *El Cultural*

«El comandante Verhoeven es un gran tipo y ya lo he subido al altar que ocupan Holmes, Maigret, Wexford o Harry Bosch.»

Ramón de España, *El Periódico de Catalunya*

«Pierre Lemaitre ha llevado a la novela negra hasta un nivel desconocido para los autores franceses: uno en el que se celebra la literatura.»

Jean-Christophe Buisson, *Le Figaro*

Sobre el autor

Pierre Lemaitre nació en París en 1951. Antes de ganar el Premio Goncourt 2013 con su novela *Nos vemos allá arriba* ya era un escritor de renombre en el género de la novela policiaca. Con *Irène* (2006, Alfaguara 2015, Premio a la Primera Novela Policiaca del Festival de Cine Policiaco de Cognac y Mejor Novela Negra del Año según *El Periódico de Catalunya*) inició la serie protagonizada por el comandante Camille Verhoeven, que incluye *Alex* (Alfaguara 2015, ganadora del Dagger Award 2013 junto a Fred Vargas y del Premio de Lectores de Novela Negra de Livre de Poche 2012 y uno de los libros del año según el *Financial Times*, en curso de adaptación al cine por James B. Harris, con guion

del propio Lemaitre), *Rosy & John* (Alfaguara 2016) y *Camille* (ganadora del Dagger Award 2015). Fuera de la serie llegaron, con una extraordinaria recepción por parte del público y de la crítica, *Vestido de novia* (Alfaguara 2014, Premio del Salon du Polar 2009 y Premio Best Novel Valencia Negra, en curso de adaptación al cine) y *Cadres noirs* (2010, de próxima publicación en Alfaguara). Además del Goncourt y de los dos Dagger Awards, ha obtenido el Premio de Novela Negra Europea, el Premio a la Mejor Novela Francesa 2013 de la revista *Lire*, el Premio Roman France Télévisions y el Premio de los Libreros de Nancy-Le Point, y su obra, con más de tres millones de lectores, está siendo traducida a dieciocho idiomas.

Título original: *Sacrifices*

© 2012, Éditions Albin Michel

© 2016, Juan Carlos Durán Romero, por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-2372-2

Imagen de la cubierta: © Tigran Tsitoghdzyan

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin

permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Camille](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Día 1](#)

[Día 2](#)

[Día 3](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)